

Problemas cruciales para el psicoanálisis

Clase 1	del 2 de Diciembre de 1964
Clase 2	del 9 de Diciembre de 1964
Clase 3	del 16 de Diciembre de 1964
Clase 4	del 6 de Enero de 1965
Clase 5	del 13 de Enero de 1965
Clase 6	del 20 de Enero de 1965
Clase 7	del 27 de Enero de 1965
Clase 8	del 3 de Febrero de 1965
Clase 9	del 24 de Febrero de 1965
Clase 10	del 3 de Marzo de 1965
Clase 11	del 10 de Marzo de 1965
Clase 12	del 17 de Marzo de 1965
Clase 13	del 7 de Abril de 1965
Clase 14	del 5 de Mayo de 1965
Clase 15	del 12 de Mayo de 1965
Clase 16	del 19 de Mayo de 1965
Clase 17	del 10 de Junio de 1965
Clase 18	del 16 de Junio de 1965



Clase 1

2 de Diciembre de 1964

Colorless green ideas sleep furiously
Furiously sleep ideas green colorless
Songe, songe, Céhise, à cette nuit cruelle,
qui fut pour tout un peuple une nuit éternelle
(Ver traducción(1))

Si yo no estuviera ante un auditorio francófono, podría inmediatamente decir: ¡He aquí lo que se llama hablar! Ocurre que debo suponer que, pese a la evidente necesidad del bilingüismo en nuestra cultura, hay algunas personas aquí que no entienden el inglés. Daré de ello la equivalencia palabra a palabra:

Sin color, verde, ideas, sueño, dormir (a condición de poner "to" delante) puede querer decir duermen en la tercera persona del plural del indicativo presente. Verán por qué éste es el sentido en el cual nos detendremos.

La naturaleza del indefinido en inglés permite traducir: incoloro, ideas, verde, duermen, furiosamente (adverbio, en razón de su terminación).

Yo digo: he ahí lo que se llama hablar y hablar bien. ¿Cómo saberlo? Es precisamente para saberlo que ha sido formada esta cadena significante, me atrevo apenas a decir la frase. Ha sido formada por un lingüista: Noam Chomsky. Este ejemplo está citado en una pequeña obra que se llama "Estructuras Sintácticas", aparecida por Mouton, en La Haya.

¿De qué se trata? De estructuralismo, crean en mi palabra, y de estructura sintáctica, de sintaxis. Ello merecería, inmediatamente, un comentario más preciso. No hago más que indicarlo.

Sintaxis, en una perspectiva estructuralista, se sitúa en un nivel preciso que llamaremos de formalización, por una parte, y por otra, en el concerniente al sintagma. El sintagma es la cadena significante considerada en lo que tiende a la unión de esos elementos.

Estructura sintáctica es lo que consiste en formalizar esas ligazones.

Todas esas ligazones entre esos elementos, ¿son equivalentes a otros términos, no importa qué elemento pueda estar inmediatamente contiguo a qué significante?

Salta a los ojos que la respuesta se inclina más bien hacia la negativa , al menos en lo que concierne a ciertos usos de esta cadena significante, digamos a su uso en el discurso.

Este ejemplo se encuentra al comienzo de la obra en cuestión. Introduce algo que se distinguirá en el final de ese trabajo, a saber: la constitución , el comienzo,, el esbozo de un razonamiento sobre la estructura sintáctica. Introduce su propósito: "Syntactic structure" especificándola como teniendo un fin: cómo establecer la formalización, los signos algebraicos, digamos que permitirían producir en la lengua inglesa todo lo que es

gramatical e impedir que se produzca una cadena que no lo sea.

No me puedo anticipar aquí a juzgar lo que obtiene el autor de tal empresa, lo que puedo indicar, es que en las condiciones particulares que le ofrece esta lengua positiva que es la lengua inglesa, quiero decir la lengua tal como se habla, no se trata de despejar la lógica de la misma , se trata, de algún modo, de algo que podría ser montado en una máquina electrónica. De ella no pueden salir más que frases gramaticales correctas, y ambición más grande aún, todas las formas posibles que ofrece, al sujeto hablante inglés, su lengua, la inglesa. La naturaleza de esta obra es fuertemente seductora porque da la idea de lo que persigue un trabajo así, suerte de rigor, de imposición de un cierto real que es el uso de la lengua y la posibilidad muy ingeniosa y cautivante que no es demostrada, de arribar a amoldarse a fórmulas que son, por ejemplo, la de la más compleja conjunción de los auxiliares que son propias del inglés, como engendrar sin error la transformación del activo al pasivo y el uso conjunto de una cierta forma que es la del presente en su actualidad , que para decir leer, distingue '*read*" de *"I am reading*" que engendra de un modo enteramente mecánico "*I am been reading*". Hay allí algo muy seductor pero que no es de ningún modo aquello con lo cual yo me comprometo. Pues lo que me interesa es por qué ha sido formado este ejemplo. Ha sido formado para distinguir lo gramatical de otro término que el autor introduce en el orden de la significación en inglés. Eso se llama "*meaning*". El autor piensa , al haber construido esta frase, que ella no tiene significación, bajo el pretexto que : *Colorless* contradice a *green*, que las ideas no pueden dormir , que aparece más bien problemático que se duerma furiosamente. Lo que lo afecta es que se pueda obtener de un sujeto que él interroga, o hace interrogar, que esté sin recursos, que esta frase sin significación sea una frase gramatical. Tomo este ejemplo histórico porque está en la historia, en el trabajo, en el camino actual de la lingüística, lo cual me incomoda un poco en razón que él también puntualiza en francés esta ambigüedad que forma parte de nuestra posición.

Para aquellos que no saben el inglés, les pido hacer el esfuerzo de representarse el orden invertido de las palabras - eso no es gramatical - :

"¡Nuestro Padre que estás en los cielos, permanece allí!" (J. Prévert)

"¡Allí permanece cielos en los estás que Padre nuestro!'

He ahí lo que resta de la frase que se expresa.

Está claro que ella no descansa sobre lo que puede aparecer en algunas palabras de flexión, a saber las de ideas, la y de *furiously*.

La carácterística que permanece en la segunda frase es para un inglés de un grado enteramente diferente en cuanto a la experiencia de la palabra, de la primera. Ella no es gramatical y no ofrecerá más sentido que la plegaria irónica, hasta blasfematoria, de Prévert. Pero con el tiempo se la bautizará: ¡qué respeto en ese permanece allí!

Esto indica que subrayen al pasar lo que acabo de articular: la palabra sentido.

Veremos hoy, en qué va a servirnos; veremos aquello que, por allí, yo introduzco aquí. En efecto; la empresa de Chomsky está sometida a la discusión. Otros lingüistas han destacado, y enteramente a justo título, que existe algún abuso, o en todo caso que la discusión puede abrirse alrededor de esta connotación del : "sin significación". Seguramente, la significación está allí donde existe gramática, quiero decir constitución gramatical sentida y asumida por el sujeto. Sólo que aquí, no existe en absoluto gramática.

El sujeto interrogado que está allí, llamado a ser juez, en el lugar del otro, para reintroducir nuestros términos ya introducidos en nuestras exposiciones del año pasado, para nuestras referencias. Allí donde existe construcción gramatical, ¿podría decirse que no existe significación?

Siempre es fácil, fundándome sobre documentos, rogarles referirse a un artículo de Jakobson en la traducción de Ruvet, Para que reencuentren en él, en la parte gramática de sus artículos agrupados bajo el título de "Ensayo de Lingüística General", página 205, la discusión de este ejemplo. Les será fácil impulsar toda clase de testimonios en el uso en inglés , en Marvel. Está traducido : *"Un verde pensamiento en una sombra verde"*. Hasta tales expresiones rusas (*russes*) enteramente análogas a la pretendida contradicción aquí inscripta en la frase. No hay necesidad de ir tan lejos, es suficiente destacar que decir un "*round square*" - ejemplo tomado del autor - no es una contradicción, dado que "*square*" es designado para indicar un lugar y que un lugar redondo puede ser un "*square*".

¿En qué iremos a comprometernos? En equivalencias, y para decir todo, si trato de mostrarles que esta frase puede tener significación, entraré, ciertamente, en vías más finas. Partiré de la gramática misma. Observaré que si esta frase es gramatical, es en razón que lo que surge como adjetivo se encuentra antes que el sustantivo y que aquí nos encontramos , en inglés como en francés, ubicados ante un cierto número de efectos que falta calificar. Provisoriamente continúo llamándolos efectos de sentido. Es que en esa relación del adjetivo al sustantivo - en griego epíteto - esta cuestión del lugar es importante para calificar el efecto de sentido de la unión del adjetivo al sustantivo .

En francés, por ejemplo, el adjetivo se ubica antes que el sustantivo, adjetivo que aquí, podría decirse, está identificado a la sustancia. Una bella mujer es otra cosa que una mujer bella. La referencia de la mujer a la belleza es algo distinto en tanto que ya en el interior de la sustancia de una bella mujer se encuentra que ella es bella. Hay un tercer tiempo a destacar: el uso epifántico(2), el ambiente, en que aparece bella esta mujer.

Es allí que está permitido poner el adjetivo después del nombre. El epíteto está más cerca del sustantivo "De bella apariencia provisto de una bella barba, viejo hombre".

Henos aquí por las vías gramaticales, en medida de distinguir los planos.

Por ejemplo, Lady Teals protesta contra la tortura a propósito de sus gastos de dinero. El uso del adjetivo, el uso hablado, no puede quizá ser tomado en inglés como en francés. *"Elegancias costosas".*

"Al salir de su sueño resplandor extraño y no extrañeza luminosa".

Aquí es esta idea de verdor ideal de lo que se trata en relación al cual *colourless* es más

caduca. Algo como sombras de ideas perdiendo su color que están allí para aromatizarse, *exanghes*, no paseándose ya, en tanto ellas duermen.

No tendría ninguna pena , háganme el favor, en el fin del ejercicio de estilo. He querido mostrarles que si se quiere dar al sueño (*sleep*) algo de metafórico, un sueño acompañado de algún furor, ¿no es eso lo que nos ocurre todos los días ?

¿Es que se podría interrogar a las cosas en el sentido del lazo de la gramática a la significación? No puedo encontrar en esta frase la evocación, hablando con precisión, del inconsciente mismo.

¿Qué es el inconsciente si no son justamente las ideas, los pensamientos de verdor extenuado? ¿No dice Freud , en alguna parte, como las sombras de la evocación en los infiernos, volvían a la luz demandando beber sangre para reencontrar un color? Si no son los pensamientos del inconsciente los que aquí duermen furiosamente , todo esto habría sido un ejercicio divertido. No lo he resumido más que para soplar encima, pues es, muy simplemente, por completo idiota.

El inconsciente no tiene nada que hacer con esas significaciónes metafóricas, por más lejos que las impulsemos. Busquen en una cadena significante gramatical. La significación es una empresa de una futilidad extraordinaria pues, si en razón del hecho de que estoy ante este auditorio, pudiera dar esta significación, podría muy bien haber dado una totalmente distinta, por una simple razón: es que una cadena significante engendra siempre, habiendo previsto que ella sea gramatical, una significación. Diría más: no importa cuál.

Me hago fuerte haciendo variar al infinito las concepciones de interrogación de las situaciones, hasta aún más, las situaciones de diálogos. Se puede hacer decir a esta frase todo lo que se quiera. Comprendido allí que, en tal ocasión, yo me burle de ustedes. ¡Atención! En este extremo, ¿no interviene otra cosa más que una significación? Que yo pueda en tal contexto hacer de ello surgir toda significación, es una cosa, pero, ¿es de significación de lo que se trata? Pues la significación en su momento permitirá - he dicho, nada lo aseguraba, o sea, en la medida misma en que acababa de darle una significación, en relación a qué, ¿a un objeto? ,¿a un referente? - algo que yo había hecho surgir por las necesidades de la causa, a saber: el inconsciente.

Hablando de contexto, de diálogo, dejo desvanecerse, vacilar, aquello de lo cual se trata, a saber, la función del sentido. De lo que se trata aquí es de estrechar de más cerca la distinción de los dos. Que es lo que hace, en último análisis, que esta frase haya sido elegida por su mismo autor, tan fácilmente confortado de algo dudoso, a saber, que ella no tiene sentido. Como un lingüista, que no tiene necesidad de ir a ejemplos extremos, al cuadrado redondo, del cual hablé hace un momento, para darse cuenta que las cosas que hacen el sentido más fácilmente recibido, deje pasar completamente, en el *as*, (*passer à l' as*) la distinción de una contradicción. No se dice con el asentimiento general: una joven muerta. Lo que podría ser correcto es decir que ella ha muerto joven. Pero calificarla de joven muerta, con lo que quiere decir el adjetivo puesto antes que el sustantivo en francés, debe dejarnos perplejos. ¿Es como muerta que ella es joven?

Me he preguntado lo que hace al carácter distintivo de esta frase, no pudiendo creer en una ingenuidad de parte de aquél que lo dice. ¿Por qué ha tomado tal parodia, manifiestamente forjada? Sin embargo, yo me preguntaba lo que hacía el valor paradigmático de esta frase. Me he propuesto aprender a pronunciarla bien. No tengo una fonética inglesa especialmente ejemplar. Este ejercicio tenía para mí un uso.

En ese ejercicio, me he dado cuenta que entre cada palabra, era necesario que yo retomara aliento ¿ Por qué?

Ideas sleep…

Entonces he comenzado a interesarme en las consonantes, en lo que podría decirse que ese texto alcanza de divertido (*d'amussie*), de oculto (*d' à musie*).

…."Uno se divierte, se oculta, con los lagartos(3)", dice Queneau.

Con esas consonantes, las dos "l" de *colourless*, me han venido al espíritu esos versos que espero adoren tanto como yo, que han sido escritos allí arriba, que emplean la batería consonántica de la frase forjada. No es menos extraño hablar de una noche cruel que de un cuadrado redondo y de una noche externa. Pero el valor emotivo de esos dos versos está esencialmente en la repercusión, en primer lugar , en la repetición de esas "s" - cuatro "s" sibilantes; la repetición de Céphise, la repetición de la "t" cuatro veces, de la "n" de *nuit* dos veces, la labial primitiva promovida por su forma atenuada del *fut* y de Céphise, en ese: para todo un pueblo , que Hermione hace vibrar de un cierto modo algo que seguramente en los dos versos está todo el sentido, sentido poético.

La naturaleza de esto nos fuerza a acercarnos más íntimamente a la función de significante. Seguramente los dos versos de que se trata nos fuerzan a interrogarnos si no estamos allí mucho más cerca de lo que hace su sentido, de lo que para su autor era, sobre todo, el punto verdadero donde él se aseguraba de su no sentido, pues en un cierto nivel, las exigencias del sentido son, quizá, diferentes de lo que nos parece en primer lugar, a saber, que en ese nivel del sentido, el divertimento es una objeción radical. He ahí porqué me he decidido a introducir esta idea - historia de darles su tono - lo que yo llamo: problemas cruciales para el psicoanálisis.

He hablado el año pasado de los fundamentos del psicoanálisis. He hablado de los conceptos que me parecían esenciales para estructurar su experiencia. Han podido ver que a ningún nivel han sido verdaderos conceptos; que no he podido hacerlos sostenerse en la medida en que los hago rigurosos, en el lugar de ningún referente.

Que siempre , de algún modo, el sujeto que ese concepto aborda está implicado en mi discurso mismo por esta abertura y este cierre. No puedo hablar del reencuentro como constituyendo, por su misma falta, el principio de la repetición, sin tornar inaprehensible el punto mismo donde se califica esta repetición.

Kant, después de otros, antes de otros, introduciendo la razón - vamos a hablar de cuestiones más profundas que la lingüística - va a poder declarar lo que es necesario traducir: su objeto.

Su objeto puede tener su valor. En el latín, del cual Dante se sirve, se llama *subjectum*. Es precisamente en el análisis del sujeto que él opera. Aquí, ningún desplazamiento es posible que permita hacer de él un objeto que sea el mismo de la lingüística. Esto no se escapa a ningún lingüista, tampoco escapa a Dante ni a su lector. Pero el lingüista puede esforzarse en resolver ese problema de forma diferente a nosotros, analistas. Es precisamente por ello que la lingüística se compromete siempre más adelante en la vía que puntuaba el trabajo de nuestro autor, en la vía de la formalización, porque en la vía de la formalización lo que buscamos excluir es el sujeto. Sólo que, para nosotros, analistas, nuestro punto de mira debe ser exactamente contrario, en tanto allí está el pivote de nuestra praxis. Sólo ustedes saben que allí yo no retrocedo ante la dificultad en tanto que , en suma, planteo - lo que hecho el año pasado de modo suficientemente articulado - que el sujeto no puede ser, último análisis, otra cosa que eso que piensa, "luego yo soy", lo que quiere decir que el punto de apoyo, el ombligo, como diría Freud, de este término del sujeto no es precisamente más que el momento en que él se desvanece bajo el sentido, o el sentido es lo que lo hace desaparecer como ser. Pues ese "yo soy" no es más que un sentido.

No es más que allí donde puede apoyarse la discusión sobre el ser.

La relación del sentido al significante es lo que yo creo, desde siempre, esencial a mantener en el corazón de nuestra experiencia para que todo nuestro discurso no se degrade. En el centro de este esfuerzo, que es el mío, orientado para una praxis, yo he puesto la noción de significante.

¿Cómo puede ser que , todavía, muy recientemente, en una reunión de mis alumnos, haya podido escuchar a uno que pudo decir - y después de todo lo sé bien, ése no era el único en decirlo - que la noción de significante para Lacan dejaba cierta incertidumbre en su espíritu? Si es así, después de todo un artículo como *"La instancia de la letra en el inconsciente*", que les ruego releer, entonces es un hecho que mis textos devienen más claros con los años. Rumor. (sic).

Uno se pregunta, ¿por qué?

Ese texto es admirablemente claro y el ejemplo Hombre-Dama, que doy como evocando, por su conexión significante, el sentido de un urinario y no de la oposición de los sexos, pero como insertándose por el hecho del enmascaramiento de ese sentido. Dos niñitos pasando entre el mencionado urinario en una estación. Una división irremediable: el uno sorprendiéndose que haya pasado por hombre, el otro por dama.

Esta es una historia que debería abrir las orejas. Por otra parte las formulaciones convienen menos a la apología que el signo que, de cualquier modo que esté compuesto, incluye en sí mismo la división significante-significado. El signo; esto es, lo que representa algo para alguien. Es decir que al nivel del signo estamos al nivel de todo lo que ustedes quieran, del psicologismo, del conocimiento. Pueden buscar que existe el signo verdadero, el humo que indica el fuego, que existe el índice, la traza dejada por la gacela sobre la arena o el peñasco. Pero el significante es otra cosa y el hecho que el significante represente al sujeto para otro significante es una formulación suficientemente firme para que, sola, pueda forzarlos a reencontrar alguna consecuencia.

¿Por qué es que, desde ahí, ese discurso sobre el significante puede conservar alguna oscuridad? ¿Es que durante cierto tiempo yo lo he querido? ¿Quién es entonces ese yo (je)? Es, quizá, interno a ese nudo de lenguaje que se produce cuando él da cuenta de su propia esencia. Quizá esté obligado a que en esta conjetura se produzca obligatoriamente alguna pérdida.

Es exactamente unida, conjunta a esta cuestión de la pérdida que se produce cada vez que el lenguaje trata, en un discurso , de dar razón de sí mismo, que se sitúa el punto de donde quiero partir para marcar el sentido de lo que yo llamo relación del significante al sujeto.

Llamo filosofía a todo lo que tiende a enmascarar el carácter radical y la función originante de esta pérdida. Toda dialéctica, y especialmente la hegeliana, va a enmascararla, y en todo caso, es una filosofía, porque apunta a recuperar los efectos de esta pérdida. Hay otros modos más que la pretensión de tratar con esta pérdida. Hay que mirar en otra parte, y especialmente girar la mirada hacia la significación y hacer del sujeto esa entidad que se llama el espíritu humano, al ponerlo antes que el discurso. Es un viejo error cuya última encarnación se llama psicología del desarrollo, o si ustedes quieren, para ilustrarlo, Piagetismo. Se trata de saber si podemos abordar su crítica sobre su propio terreno. Ejemplo: La contribución que espero aportar este año para el psicoanálisis muestra que el discurso que proseguimos para ello, necesita las elecciónes, y especialmente de la exclusión de un cierto número de posiciones que son posiciones que conciernen a lo real; que esas posiciones son falsas y que no lo son sin razón. Que la posición que tomamos es quizá la única que permite fundar, en su fundamento más radical, la noción ideológica.

No les dejaré partir hoy, todavía - que sea esto talismán superfluo - sin una fórmula inscribible en el pizarrón. Si es verdad que la relación del significante es esencialmente al significante, que el significante como tal, en tanto que se distingue del signo, no significa más que para otro significante, y nunca otra cosa que el sujeto, debe haber de ello pruebas sobreabundantes. Pienso dárselas en el plano de la crítica de Piaget y, especialmente, en el del lenguaje egocéntrico.

A título de grafo , diré la fórmula de un modo no ambigüo y a interpretar desde siempre como esto: hay un orden del significante que es otro significante, esto es lo que lo define esencialmente.

¿Qué es entonces el significado? El significado no sólo se concibe en relación al sujeto. La relación del significante al sujeto, en tanto que interesa la función de la significación, pasa por un referente. El referente quiere decir lo real. Y lo real no es simplemente una masa bruta y opaca. Lo real está aparentemente estructurado. No sabemos por otra parte en qué , en tanto no tenemos el significante. Eso no quiere decir que de no saberlo no tengamos relaciones con esa estructura. En los diferentes escalones de la animalidad esta estructura se llama la tendencia, la necesidad. Es lo mismo que se llama con o sin razón, aún en psicología animal, la inteligencia. Es necesario pasar por esta estructura de la inteligencia. No sé por qué se ha hecho un error: pensar la inteligencia - para mí como para todo el mundo - no verbal. Es indispensable para no cometer el error de creer que la

evolución del niño consiste en seguir una voluntad predeterminada por el Eterno y hacerlo cada vez más capaz de dialogar con el señor Piaget. Esto es plantear la cuestión, sino resolverla , de en qué la inteligencia como preverbal viene a anudarse con el prelenguaje como preintelectual. Por el momento veo que, para concebir lo que sea de la significación, es necesario aprehender, en primer lugar, lo que nos va a destacar que hay dos usos del significante en relación al referente: el uso de denotación, comparable a una correspondencia que se querría biunívoca, digamos una marca, una marca de hierro sobre el referente , y una connotación, a saber, en qué - es allí que va a dar nuestro ejemplo de la crítica de Piaget - un significante puede servir para introducir en la relación al referente algo que tiene un nombre, que es el concepto. Esta es una relación de connotación.

Es pues, por intermedio de la relación del significante al referente que vemos surgir el significado. No hay distancia válida de la significación que no haga circuito, rodeo, por algún referente.

La barra, entonces, no es como se la dice - comentándome - la simple existencia, de algún modo, del obstáculo aquí entificado. Es, en primer lugar, punto de interrogación sobre el circuito de retorno. Pero ella no es simplemente más que representar al sujeto. Y al sujeto , se lo ha encarnado, en su momento , en lo que he llamado el sentido, donde él se desvanece como sujeto. A nivel de esa barra se produce el efecto de sentido. Es desde donde he partido en mi ejemplo para mostrarles cómo el efecto de significado, si no tenemos el referente en la partida , es flexible en todo sentido, pero, también, que el efecto de sentido es otra cosa. Tanto es otra cosa, que la cara que ofrece al lado del significado es, precisamente, lo que no es menos no significación, que es, precisamente, lo que se traduce por la expresión "no sentido" y que es posible escindir eso de lo cual se trata en nuestra experiencia analítica, de ver que lo que es explorado no es el océano, el mar infinito de significaciónes. Es lo que ocurre en toda la medida en que ella nos revela esta barrera del "no - sentido" , lo que no quiere decir sin significación, lo que es la faz de rehusado que ofrece el sentido del lado del significado . Es por eso que, después de haber pasado por ese sondeo de la experimentación psicológica, trataremos de mostrar cuánto les falta a los hechos por desconocer la verdadera relación del lenguaje a la inteligencia. Tomaremos otro esclarecimiento y, para partir de una experiencia que es enteramente diferente de la psicología, tomaremos la experiencia literaria, e interrogaremos a *"Alicia en el país de las maravillas".* Veremos el esclarecimiento a dar al estatuto del significante.



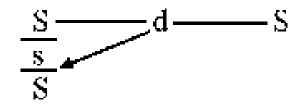
9 de Diciembre de 1964

Agradezco a mi público por mostrarse tan atento en el momento en que retomo estos cursos.

Comienzo por el por qué. En verdad esto es para mí una parte de un problema que trataré de plantear en relación al cual querría definir algo que llamaría: cómo vamos nosotros a trabajar este año. Digo "vamos nosotros" no concibiendo que mi discurso se despliegue en una abstracción profesoral, de la cual, después de todo, poco importaría quien aprovechara de ella bien o mal, ni por qué vía.

Me he informado por esos ecos que justamente en razón de la especificidad de mi posición no tardan nunca en llegarme que, la última vez, yo había sido didáctico. En fin; que sobre ese particular se me acordaba un buen punto de progreso. Eso no es cierto pero, sin embargo, me parece que les he preparado, si pudiera decirlo, pues introducir el problema que nos va a ocupar de entrada este año, el de la relación del sujeto al lenguaje, como lo he hecho, por ese no-sentido y permanecer allí, sostener su comentario, la cuestión, suficiente tiempo para hacerles pasar por vías, desfiladeros que podrían anular con un revés de la mano, en cuanto al resultado, no en cuanto al valor de la prueba, para, al final, hacerles admitir, diría casi desde mi punto de vista hacerles pasar la muscada de una relación distinta, aquella cuyo sentido es soportado por las dos frases escritas en el pizarrón.

No puedo más que felicitarme de que algo de un tal discurso haya llegado a su fin: si es verdad que existe la grieta (*faille*) cuya formulación he comenzado la última vez entre algo que nosotros asimos en el mismo nivel en el que el significante funciona como tal, y como lo he definido: *el significante es lo que representa al sujeto para otro significante*. Si es verdad que esta representación del sujeto, que eso en lo cual el significante es su representante, es lo que se presentifica en el efecto de sentido y que haya entre eso todo lo que se construye como significación, esa suerte de campo neutro, de grieta (*faille*), de punto de azar, lo que se reencuentra no se articula enteramente de modo obligado, a saber: lo que vuelve como significación de una cierta relación, que falta definir, del significante al referente, En ese algo de articulado o no en lo real, sobre lo cual , es viniendo, digamos, a repercutirse, por no decir más por ahora, que el significante engendra el sistema de las significaciónes. Hay allí, sin duda, para aquellos que han seguido mi discurso del pasado, acentuación nueva de algo de lo cual podrán sin duda reencontrar el lugar en mis esquemas precedentes y hasta ver allí que aquello de lo que se trataba en el efecto del significado donde tenía que conducirlos para señalarles el lugar en el momento en que el año pasado, les di el esquema de la alienación, que ese referente existía, pero en otro lugar; que ese referente era el deseo en tanto estaba instituido en la formación, en la institución del sujeto cruzándose en alguna parte en el intervalo entre los dos significantes esencialmente evocados en la definición del significante mismo.



Aquí no el sujeto desfalleciendo (*défaillant*) en esta formulación de lo que se puede llamar la célula primordial de su constitución, sino ese significado ya en una primera metáfora que por la posición misma del sujeto en vías de desfallecimiento, había d e ser reemplazado por la función del deseo. Fórmula restallante para designar toda suerte de efectos genéticos en nuestra experiencia analítica, pero fórmula relativamente oscura si vamos a ubicar aquello de lo cual se trata en fin de cuentas: esencialmente de la validez de esta fórmula y, para decir todo, de la relación del desarrollo, tomado en su sentido más amplio, de la relación, de la posición del sujeto, tomado en su sentido más radical en la función del lenguaje.

Estas fórmulas, producidas de un modo más aforístico que dogmático, son dadas como punto de apoyo a partir de las cuales puede seriarse la gama de las formulaciones diferentes que son dadas a todos los niveles donde esta interrogación intenta proseguirse de un modo contemporáneo, ya sea por el lingüista, el psico-lingüista, el psicólogo, el estratega, el teórico de los juegos, etcétera.

El término que yo anticipo, el del significante representando al sujeto para otro significante, tiene en sí mismo algo de exclusivo que recuerda - para dar otra vía, en cuanto al estatuto a dar a tal o tal nivel del significado - que algo, seguramente, es arriesgado, que más o menos anula, franquea una cierta grieta y que antes de dejarse tomar allí convendría mirarlo dos veces. Es más; es posición , yo diría casi imperativa que, con toda seguridad no puede sostenerse más por intentar una referencia que no sólo encuentra su recurso en un desarrollo adecuado de una teoría adaptada a los hechos, sino también encuentra su fundamente en una estructura más radical. Lo mismo que aquéllos que han podido seguir lo que pude desarrollar hace tres años en un seminario sobre la identificación, no deja de tener relación con lo que les introduzco ahora. Fui conducido a la necesidad de una cierta topología que me ha parecido imponerse, surgir, de esta misma experiencia, la más singular, a veces hasta la más confusa, que fuera aquélla con la cual tratamos en el psicoanálisis, a saber: la identificación.

Seguramente esta topología es esencial a la estructura del lenguaje. Hablando de estructura, no se puede dejar de evocar la primera distinción, yo diría primaria: que todo desarrollo en el tiempo… que debemos concebir en el discurso, si es algo que el análisis estructural tal como se ha operado en lingüística está hecho para revelarnos, que esta estructura lineal no es de ningún modo suficiente para dar cuenta de la cadena del discurso concreto, de la cadena significante que no podemos ordenar, acordar, más que bajo la forma que se llama de escritura musical; un pentagrama es la noción que tenemos que decir - desde entonces la cuestión de la función de esta segunda dimensión , de cómo concebirla - es algo que nos obliga a la consideración de la superficie y bajo qué forma , aquélla hasta aquí formulada en la intuición del espacio tal como puede inscribirse de un modo ejemplar en la estética trascendental , o si es otra cosa, esta superficie teorizada al nivel de las matemáticas, de las superficies tomadas bajo el ángulo de la topología. Si este pentagrama sobre el cual conviene inscribir toda unidad de significante , toda frase en sus cortes, ¿cómo, en las dos extremidades, ese corte viene a estrechar ese pentagrama? Digamos que hay en este lugar más de un modo de interrogarse; ¡qué hay fagot y fagot!

Seguramente no es demasiado pronto para, ante esta estructura, replantear la cuestión de saber - lo que hasta el presente ha pasado por ir de suyo - si el tiempo se reduciría a una sola dimensión.

Pero dejémoslo por el instante, y para atenernos a esta curiosa fluctuación al nivel de lo que puede ser esta superficie siempre indispensable para toda nuestra ordenación, son precisamente estas dos dimensiones del pizarrón las que me hacen falta. Entonces es visible que cada línea no tiene nunca una función homogénea con las otras. Simplemente, en primer lugar, para quebrantar el carácter intuitivo de esta función del espacio en tanto que ella puede interesarnos, les haría destacar que, en esta primera aproximación a una cierta topología muy estructuralmente de lo que adviene del sujeto en nuestra experiencia, recuerdo que aquello a lo cual había sido llevado a servirme, es algo que no toma partido de un espacio que parece de tal modo integrado a nuestra experiencia y que puede decirse que cerca de este otro, merece el nombre de espacio familiar y particular, también. Que haya un espacio menos imaginable con el cual sea necesario familiarizarse. Uno reencuentra allí igual ausencia de posición que en lo que he tratado de introducir la primera vez. Déjenme conducirlos aquí bajo la forma de esta suerte de juguete, algo del cual reencontraremos, quizá, ulteriormente, la forma.

Estos elementos topológicos, para hablar de aquéllos sobre los cuales he puesto el acento, el agujero, el toro, el *cross-cap*, están verdaderamente separados por una suerte de mundo distintivo con formas. Llamémoslas como los guestalistas, de los cuales es necesario decir que son llevados por el desarrollo de una geometría, pero también de una significancia. Las metamorfosis del círculo de G. Poulet… Hay otros de ellos, otros que recuerdan que la significancia de la esfera ha dominado todo un pensamiento, no en verla culminar en un poema dantesco, hasta con lo que podemos reportarle lo que es de su mundo; el cono, implicando la generación de todo lo que ha sido confirmado en la geometría de la sección cónica. Hay allí un mundo que introduce las referencias a las cuales hacía alusión.

Les mostraré un ejemplo interrogándoles sobre él. No tomaré ninguna de esas estructuras topológicas que he enumerado porque son demasiado complicadas para nuestro objeto. Tomaré la forma más familiar que todo el mundo termina por entender: la banda de Moebius.

Su forma podría ser, en el comienzo, un segmento de cilindro por el hecho que al mismo tiempo se hace el tiro en la pared utilizando términos que van a atravesar la materia. La inversión culmina en la existencia de una superficie cuyo punto más destacable es el hecho que ella no tiene más que *una cara* . A saber: que de cualquier punto que se parta se puede llegar, por un camino que permanece sobre la cara de donde se ha partido, a algún punto que podría hacernos creer que es una cara y la otra. No hay más que una. No tiene más que *un borde*.

Esto supondría la anticipación de toda clase de definiciones: la de la palabra borde, que es para nosotros de gran utilidad.

Lo que quiero hacerles notar es esto:- que será algo a considerar por los más novicios - ¿pueden ustedes prever lo que ocurre si se corta esta superficie en dos, longitudinalmente? Eso da el siguiente resultado: no la superficie dividida, sino una banda continua, la cual tiene la propiedad de poder reproducir la forma de la superficie primera recubriéndose ella misma. Es, en suma, una superficie que no se puede dividir, al menos al primer golpe de tijera.

Otra cosa es más interesante y que ustedes , pienso, no habrán encontrado en los libros.

Se trata del siguiente problema: estando constituida la superficie, ¿puede, quizá, estar doblada, recubierta por otra que viene a aplicarse exactamente sobre su forma? Es fácil percibir, haciendo la experiencia, que al doblar una superficie exactamente igual a la primera la que aplicaremos sobre ella, llegaremos al resultado que la terminación de la segunda banda se enfrentará a la otra terminación de la misma banda, pero esas dos terminaciones no podrán reunirse más que atravesando la primera superficie.

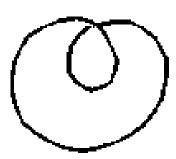
Esto no es evidente y se descubre en la experiencia. Es estrechamente solidario del primer resultado. Este cruce necesario en la superficie por la superficie que la redobla; he ahí algo que puede parecernos muy cómodo para significar la relación del significante al sujeto.

Quiero decir, el hecho siempre a recordar, que el significante en ningún caso, salvo al desdoblarse, podría significarse a sí mismo. ¡Punto muy frecuentemente olvidado, sino, siempre olvidado!

Por otra parte, que es quizá ligado a esta propiedad topológica que debemos buscar ese algo de inatendido, de fecundo, en la experiencia que podemos reconocer en todos puntos comparable a un *efecto de sentido*.

Llevando más lejos este asunto, si continuamos la cobertura de nuestra superficie, primera banda de Moebius, superficie que es estrictamente el doble , llegaremos a envolverla por dentro y por fuera. Esto es lo que está realizado. Al medio hay una superficie de Moebius y alrededor una superficie del tipo de la superficie desdoblada cuando se la corta y que la recubre por fuera y por dentro. Pero ustedes constatan que estas dos superficies están anudadas.

Esto para darnos la idea que la cadena significante, como las metáforas, alcanzan un fin, que previamente no creen avistar; que ella tiene un sentido más pleno que el que suponemos al principio, donde ella implica eslabones que se encajan. Algo como una hesitación ante el carácter un poco distante en relación a los problemas que acabo de abordar aquí. Por otra parte la división del campo que puede aportar esta estructura, si la comparamos a la superficie que la completa en el *cross-cap* y que es un plano dotado de propiedades especiales, no es sólo torsionado, sino algo de lo cual no se puede más que decir que comporta su juntura eventual para una superficie de Moebius: el ocho interior.



Un círculo que tiene la forma de un corazón, la parte derecha viene a apoderarse de la izquierda. Está claro que los bordes son continuos y la relación de paralelismo en la cual entra la relación para impulsar los bordes permitiendo ubicar una superficie como la banda de Moebius.

Siguiendo el espacio entre los bordes enfrentados, tendrán una suerte de retorno de la superficie que es lo que les quiero destacar: la definición misma de la banda.

Si contemplamos esta superficie con la otra, ¿qué ocurre? Es que la superficie de Moebius corta la dicha superficie en un punto donde la localización importa poco, pero que por la adición se revela más evidente. ¿Qué quiere decir? Es que, eventualmente, nosotros nos ponemos a hacer funcionar un corte tal pero en el lugar en que la lógica de clase tomada en extensión se sirve de ello: los llamados círculos de Euler. Podríamos poner en evidencia ciertas relaciones esenciales, pero el discurso no me permite llegar hasta el fin.

Sepan que lo concerniente a un silogismo como el de :

Todos los hombres son mortales.
Sócrates es un hombre.
Sócrates es mortal.

Silogismo del cual espero que haya aquí cierto número de orejas que quieran admitir otra cosa que la significación, o sea, que existe lo que he llamado el sentido. Este silogismo tiene algo que nos detiene y por otra parte que la filosofía no ha sorteado nunca de entrada, que no está en ninguna parte en los analíticos de Aristóteles; algo que estaría bien guardado. No porque fuera el sentimiento de deferencia, de respeto que lo impedía, en un pensamiento en juego con el común de los hombre. No se ha sabido que el término Sócrates, en su contexto, pueda ser introducido sin prudencia. Henos allí llevados al corazón pleno de una cuestión del orden de las que nos interesan. Es singular que en un momento de florecimiento de la lingüística la discusión sobre lo que es el nombre propio esté enteramente en suspenso.

Quiero decir que si han aparecido ya toda clase de trabajos destacables sobre la función del nombre propio, a la vista de lo que parece ir de suyo del primer significante, la denominación , la cosa que golpea.

Es que al introducirse en uno de los desarrollo más diversos, más categorizados que son impulsados sobre un tema que tiene un valor fascinante para todos los que se han aproximado a ello, aparece , para cada autor, que lo que han dicho los otros es de una gran absurdidad.

He allí algo que está precisamente destinado a retenernos y diría a introducir ese pequeño rincón, ese pequeño sesgo en la cuestión del nombre propio; algo que comenzaría, muy simplemente , por esto: "Sócrates". Hasta el final, no habría medio de evitar este primer resorte. Sócrates es el nombre de aquel que se llama Sócrates. Lo que no es decir la misma cosa, pues está el Sócrates de los compañeros, el Sócrates de Ignotos que se extiende a la función del nombre propio. Que el nombre propio es una designación del individuo como tal, no es suficiente.

¿Qué es el uso? No es la cuestión de lo que se anuncia en el nombre propio. Ustedes me dirán : "¡Dígalo!". Allí está la objeción que debemos hacer al Sócrates mortal. Pues lo que se anuncia en Sócrates está en una relación enteramente privilegiada: la muerte .

Pues si existe una cosa de la cual estemos seguros es que la muerte, él la ha demandado. O bien , acepten la atopía(4), o mátenme. Esto sin equívoco ni ambigüedad. Sólo el uso de nuestro pequeño círculo nos permite, inscribiendo de él el circuito de los bordes : Sócrates es mortal. Consideren la función de esas fórmulas. La conclusión es lo que nos va a permitir volver a partir un campo de significaciónes donde parece natural que Sócrates esté allí en paralelismo.

Un campo del sentido que recubre el primero y por donde se plantea la cuestión, para nosotros, de si es necesario saber, si es necesario dar, al "es un hombre" el sentido de recorte de la significación, a saber: si ser un hombre es demandar la muerte.

De no hacer intervenir más que significantes, es la entrada de lo que Freud ha introducido como pulsión de muerte.

He hablado de Dante, de la topología introducida en su poema. Si Dante volviera se encontraría, - al menos en los años pasados - habría encontrado conveniente mi seminario. Quiero decir que no es porque para él todo venga a pivotear alrededor de la substancia y del ser, alrededor de lo que se llama el punto; el punto que es a la vez punto de extensión y de desvanecimiento de la esfera. No habría encontrado mayor interés en el modo en que hablamos del lenguaje.

Antes de *"La Divina Comedia"* escribió *"La Vita Nuova"* acerca del problema del deseo. En *"De vulgari eloquentia"* manifiesta sin ninguna duda, con impases, puntos de fuga ejemplares por los cuales sabemos que no es necesario ir. Ha manifestado el más vivo sentido del carácter primitivo del lenguaje, del lenguaje maternal oponiéndolo a todo lo que era en su época: atadura, retorno a un lenguaje sabio, compara de antemano (*préemption*) de la lógica sobre el lenguaje.

El lenguaje es cerrado, como dice Piaget. Todo reposa sobre la falsa ruta donde el extravío, las búsquedas, manan en cuanto a la acumulación, en cuanto al agrupamiento. Todo reposa sobre el desconocimiento del orden que existe entre el lenguaje y la lógica.

Todo el mundo reprocha a esas salidas, especialmente a las de Aristóteles, el ser demasiado gramaticales. No es sólo allí que ellas nos indican que es de allí que parten. Hablo de las formas más refinadas, las más depuradas que hemos encontrado, la logística, etc.

La cuestión para nosotros no es la de instalar este orden del pensamiento, este juego puro y de más en más cerrado, que llegamos a poner a punto. No el sustituir al lenguaje, quiero decir creer que el lenguaje no es más que un sólo tratamiento en el primer plano de nuestra experiencia analítica. El orden del lenguaje no es objeción para que Dante,

contrariamente a los gramáticos de su época, vea la importancia de la "*lingua*" gramática. Es esta gramática la que importa y nos permite reencontrar la lengua pura. Esta es toda la diferencia que habría entre el modo de abordaje de Piaget y el que Vigotsky prosigue en su obra hasta la época en que él muere en 1934, a los 38 años. Es necesario leer ese libro. Es necesario que alguien se encargue de esa obra con algún otro, de hacer su esclarecimiento, la luz de grandes líneas de referencias que son aquéllas a las cuales hemos de dar su estatuto. Lo que lleva agua a mi molino es que ellas responden allí de un modo más o menos ingenuo.

Si ese libro y el método Vigotsky introducen una separación tan evidente en los hechos, uno se sorprende que, en el último artículo aparecido del señor Piaget, él se mantenga duro como acero aunque responde con un pequeño *factum* o mirada, a la función del lenguaje. Esto es que él tiende, más que nunca, a que el lenguaje de conceptos en el niño- sin duda ayuda a su desarrollo- encuentra allí su límite. El lenguaje no está allí más que como ayuda, instrumento secundario, y no se complacerá más que en poner siempre en relieve, a partir del interrogatorio del niño, su uso inapropiado.

Todo el uso muestra, al contrario, que si hay algo sorprendente en el lenguaje del niño, es la anticipación de ciertos elementos del lenguaje que sólo después deberán aparecer como acción.

Es la precisión de las partículas, de pequeñas fórmulas, de "quizá no", de "pero aún", hasta mostrando con un poco de frescura que permitiría decir que la estructura gramatical es correlativa de las primerísimas operaciones del lenguaje. ¿Qué quiere decir, sino que lo que importa no es ver lo que ocurre en el espíritu del niño, que es algo, y que con el tiempo se realiza?

Es que si ciertos estadios, etapas, son de destacar en su adecuación al concepto, veremos que Vigotsky ha planteado su interrogación en forma diferente, que él percibe que hasta un manejo riguroso del concepto le denota, quizá, en ciertos signos falaces, que el verdadero manejo del concepto es alcanzado sin extraer consecuencia de ello, en la pubertad. Lo importante será extraer lo que es, para él, la fuente de percepción demasiado rica de lo que el niño hace espontáneamente con las palabras, sin las cuales no hay conceptos. ¿Qué hace él con las palabras que emplea mal en relación al adulto que lo alienta? ¿Qué es lo que en él corresponde de dependencia al significante al mismo nivel en que van a reintroducirse, por la retracción, los conceptos? ¿Qué es lo que hace con una palabra que parece un concepto?

Quiero decirles que vemos reaparecer el alcance, en toda su frescura, de lo que Darwin descubrió: el niño al comienzo del lenguaje tiene algo de fonetizado: "coin – coin", que es el significante, el grito del pato. El va a transportar el "coin – coin" del pato al agua en la cual chapotea, del agua y de todo lo que puede relacionárse con ella y que termina por devenir una unidad monetaria que está marcada con el signo del águila acuñada (frappée) por los Estados Unidos.

En muchas materias, la primera observación es la que acuña (*frappe*). Esos dos extremos del significante que son el grito por donde, quizá el pato se señala. Que comienza a señalarse, ¿cómo? ¿Es un concepto? ¿Es un nombre? Pues si existe un modo de interrogar la función de la denominación es el de tomar el significante como algo que se pega y que culmina en otra cosa de la cual yo no creo que sea azar de los reencuentros.

Que haya conciencia del niño de que eso sea una moneda en la cual ello se ata al fin, no veo allí ninguna confirmación psicológica. Digamos que veo allí el augurio de lo que siempre guía el trabajo, cuando éste no se deja trabar en su vía por el prejuicio.

Es Darwin quien nos muestra los dos términos extremos alrededor de los cuales se anuda, se sitúa y se inserta, por problemático que sea, el grito, de un lado, y del otro la función de la moneda. Término olvidado en los trabajos de los lingüistas y del cual está claro que antes ellos, y en aquellos que han estudiado la moneda, en sus textos, se ve venir bajo su pluma, la referencia al lenguaje.

El lenguaje significante como garantía de algo que supera infinitamente el problema de la objetividad y que no es ese punto ideal - donde podríamos ubicarnos- de referencia a la verdad.

Este último punto de discriminación; el tamiz, la criba a aislar, la proposición verdadera. Es de allí que parte el principio de toda la axiomática de Bertrand Russell ("*Principia Mathematica*"). Lectura fascinante si son ustedes capaces de sostenerse al nivel de la pura álgebra. Bien que el beneficio no sea absolutamente decisivo.

Esto no es nuestro asunto. El nuestro es el análisis que hace del lenguaje. Hay más de uno en las obras de Russell (*"Significación y verdad",* Flammarion), donde verán que al interrogar allí las cosas bajo el ángulo de esta pura lógica, B. Russell concibe el lenguaje como una superposición, un tablado de número indeterminado, una sucesión de metalenguajes. Cada nivel proporcional estando subordinado al control, en la reposición de la proporción en un escalonamiento superior, como proporción, primera puesta en cuestión. Esquematizo.

Esta obra es ejemplar en que impulsando a su último término, lo que llamaré la posibilidad del metalenguaje, demuestra su absurdo - precisamente en la afirmación fundamental de la cual partimos aquí - no hay metalenguaje. Toda relación comprende allí el aporte estructuralista en lingüística, que está él mismo incluido, dependiente, secundario, en pérdida por relación al uso primero y puro del lenguaje. Todo desarrollo lógico, cualquiera que sea, supone un lenguaje en el origen del cual se ha desprendido. Si no nos sostenemos firmes en ese punto de vista, todo lo que planteamos aquí como cuestión , toda la topología que hemos desarrollado es vana y fútil y no importa quién -Piaget, Russell- haya respondido. Lo más penoso es que ellos no llegan a entenderse ni entre ellos ni con los otros.

¿Qué hago aquí? ¿ Por qué prosigo este discurso?

Lo hago por estar comprometido en una experiencia que lo necesita absolutamente. Como puedo proseguirlo en tanto que, por las mismas premisas que acabo de reafirmar, no puedo sostener este discurso más que en un lugar esencialmente precario, a saber: asumo esta enorme audacia de la cual experimento, cada vez, la sensación de arriesgar todo, este lugar insostenible que es el del sujeto.

No hay nada comparable con ninguna posición llamada de profesor. Quiero decir que la posición de profesor , en tanto que pone entre el auditorio y él una barrera intermedia, muralla, y es precisamente lo que lanza el espíritu sobre las vías que son aquéllas denunciadas, de Piaget. Hay un problema de psicoanálisis . Ustedes lo saben. El arriba a cosas bastante cómicas- hasta diría falsas-. Que haya podido ocurrirme tener durante tres años en primera fila del seminario en Sainte Anne, a un espetoncillo (*brochette*) de personas que trabajaba activamente en que yo fuera excluido de su comunidad. Esta es una posición extrema para la cual he recurrido a una dimensión precisa que llamo la farsa.

Hay otro modo, como el de Abelardo.

Se trata de un incidente un poco grueso que puede pasar en las sociedades analíticas. ¿Por qué ocurrió esto? Porque si la fórmula de la relación del sujeto al sentido, es verdadera puede representar el sentido justo para el analista y en la medida en que él la representará efectivamente con el tiempo, más y más el analista coincide en esta posición, en esta medida, quiero decir, al nivel de los mejores. Juzguen lo que él puede ser para los otros. Los psicoanalistas en las comunicaciones normales no se comunican entre ellos. Quiero decir que si el sentido es allí mi referencia radical, lo que ya he aproximado en otras partes, es de carácterizar un orden que es ciertamente comunicable, pero no codificable en los modos actualmente recibidos de la comunicación científica que voy a puntualizar bajo el término del no-sentido, como siendo la cara helada donde se marca este límite entre el afecto del significante y lo que le vuelve por reflexión , devienen significados. En otros términos; si hay un no sentido (*pas de sens*), jugando con la ambigüedad del no (*pas*) negación y paso (*pas*) de franqueamiento, nada prepara al analista para discutir de su experiencia con su vecino. Es la dificultad que salta a los ojos de la institución de una ciencia psicoanalítica. En este mpasse que, manifiestamente, debe ser resuelto por medios indirectos, a este impasse suplen toda suerte de artificios y es precisamente allí donde se halla el drama de la comunicación entre analistas. Pues con seguridad está la solución de las "palabras maestras". De tiempo en tiempo, eso aparece, no a menudo.

M. Klein ha introducido un cierto número de ellas. Yo mismo, el significante. ¿Es ésta quizá una palabra maestra? No, justamente, no. Dejemos. La solución de las palabras maestras no es una solución, aunque eso sea aquello con lo cual - para una buena parte - uno se contenta.

Si anticipo esta solución - es sobre la traza en que estamos hoy - no hay más que analistas que tengan necesidad de encontrar. A Bertrand Russell, para reencontrar su lenguaje bíblico, le hace falta una base. Ha inventado un lenguaje-objeto.

Hay un nivel en que el lenguaje es un puro objeto. Les desafío a anticipar una pura conjunción de significantes que pueda tener esta función. Buscaremos palabras maestras al cabo de la cadena. Cuando les hable de ello en la teoría analítica, serán palabras como aquéllas.

Está claro que una significación a dar a ese término, no es sostenible en ningún sentido. El mantenimiento del no sentido, la utopía socrática es indispensable en esta búsqueda. Para proseguirla y en tanto que su vía no está aún trazada, el rol de aquél que asume no ya el rol del sujeto supuesto saber , sino de ese riesgo, el lugar donde falta, es un lugar privilegiado y que tiene derecho a cierta regla del juego. Para aquéllos que acaban de escuchar que algo no esté hecho del uso de las palabras que anticipa lo que se llama falsa moneda.

Un uso imperceptiblemente desviado de tal o cual término, que en el curso de los años, que he conducido, me ha señalado a aquéllos que trabajaban en mi proximidad y que caerían en el camino. Es por ello que no quiero dejarlos sin haberles indicado lo que hace al objeto de mi discurso. Se puede proseguir esta búsqueda para el psicoanálisis. De mantenerse en esta región que no tiene frontera, porque su interior es la misma cosa que su exterior. Se puede proseguir esta búsqueda en lo concerniente al agujero del lenguaje. Se la puede proseguir públicamente, pero ello importa que exista un lugar donde es necesario que yo tenga la respuesta de lo que ha advenido de mi seminario, que eso tenga lugar en la medida en que mi auditorio se ha ampliado.

He tomado la siguiente disposición: los cuartos y quintos miércoles, en que tengo el honor de entretenerlos, serán sesiones cerradas. Eso no quiere decir que alguien sea excluido de ellas, pero sí que será admitido por pedido.

Desde el cuarto miércoles de Enero, toda persona que se presente aquí - no hay razón para que ellas no sean numerosas - pero no es seguro que todas las personas que están aquí me lo demanden.

La relación S, el punto D - de los cuales algunos conocen la existencia - tienen en un discurso como el que aquí prosigo, la función análoga, aunque inversa, a la relación analítica. Se plantea como estructurante, sano y normal, que en un cierto tipo de trabajos participen aquéllos que lo demanden. Haré mayor apertura. Esto es armados de una carta subrayando que en esta demanda yo he accedido.

Trabajaremos según un modo en el cual daré a algunos la palabra en mi lugar.



16 de Diciembre de 1964

Si la psicología, cualquiera que fuera su objeto, y éste mismo como sosteniéndola vanamente, pudiendo ser definido como único; este objeto de algún modo pudiéndonos conducir, por cualquier vía al conocimiento….Dicho de otro modo, si el alma existiera, si el conocimiento relevara el alma, los profesores de psicología, los psicólogos enseñantes deberían reclutarse por los medios mismos por los cuales ellos aprehenden su objeto. Y para ilustrar lo que quiero decir, ellos deberían realizar lo que ocurriría en una sección del Muséum(5), por ejemplo la conchillología - ciencia de las conchillas - . Ellos deberían realizar de un sólo golpe el conjunto de personal enseñante y la colección misma, el resumen de sus títulos universitarios, revelando su proveniencia, como la etiqueta pegada sobre dicho ejemplar de conchilla. La experiencia prueba que no ha ocurrido hasta el presente nada semejante.

La tentativa de un Piaget que, hablando con propiedad, es la de hacer confinar de un modo bastante estrecho el proceso, el progreso del conocimiento efectivo con un supuesto desarrollo de algo supuesto, imaginado, de una especie u otra, es algo que, de seguro, de un modo ciertamente análogo, en tanto que ninguna fenomenología del espíritu por elemental que sea, puede estar allí implicada, debería culminar en esta selección, en esta comparación de muestras de la cual hablo, de la cual haré el cociente intelectual, el único escalonamiento posible que responde de la integración del funcionamiento de una cierta inteligencia.

El objeto de la psicología es tan poco unitario, por otra parte, que la traducción de la palabra arma al nivel de la cual sirve en una teoría del desarrollo intelectual, es perfectamente insuficiente para llenar su empleo. Cada uno sabe que en otros registros llegaríamos a las mismas paradojas que aquéllos que tienen de algún modo que reconocer, hasta administrar ese campo del alma . Ellos mismos deberían realizar algún momento elegido de aquello que, al fin de cuentas, tendría que llamarse el alma bella.

La más profunda desconfianza fue arrojada por Hegel sobre esta expresión. Ella fue estigmatizada por la distinción penetrante que nos introduce por una de las puertas en la dialéctica, implica que ella no se sostiene más que por su mismo desorden.

Está claro que en el reclutamiento que los psicoanalistas se imponen a ellos mismos, hay en todos los campos - que no puedo yo recorrer bajo el haz del proyector - un lugar que se distingue por algo que se aproxima de un modo singular a esta hipótesis paradojal, y que la idea que hay que enseñar es a dar cuenta de lo que es la praxis analítica y de lo que ella pretende conquistar sobre lo real. Ese alguien, de un cierto modo, es el mismo que se elige como siendo una muestra peculiarmente bien escogida de ese progreso.

Sentirán muy bien que aquí se trata de otra cosa que de tópica. Que se trata de una cierta prueba, tanto más importante en precisar su alcance y sin ninguna duda el término identificación, que aquí se introducirá. Dándoselo como término de la experiencia analítica, se dará un punto enteramente agudo a esta problemática: ¿a qué nivel se produce esta identificación? Al nivel de una experiencia particular, transmitiendo el analizado un cierto modo de experiencia de aquél que lo ha analizado, tal como él mismo lo ha recibido. ¿Cómo esas experiencias pueden referirse una en relación a la otra? Hay siempre algo que supera al contrario, deja la puerta (…) a alguna superación. Este es el nivel difícil de plantear el problema. Es allí también donde es necesario plantearlo. ¿Cómo lo aprehenderemos si no es por la estructura de esta experiencia?

De ningún modo, cualquiera fuera que pudiera afirmarse como sustantivo en el nivel analítico. De ningún modo esto sirve de medida y los mismos analistas reirían si se les dijera que lo que se trata de transmitir es el ideal del yo. La identificación no puede ser aprehendida en otra parte. Seguramente sabríamos contentarnos con algo que faltara ser ejercido una vez en una cierta dinámica.

¿Cómo encontrar lo que fuera, que no pueda resolverse más que en una suerte de endogenia, de toma de conciencia de un cierto número de desplazamientos aprehendidos por el interior?. Pero, ¿qué de aprehensible, qué de transmisible, qué de organizable, qué - para decirlo todo - de científico podría asegurarse sobre algo que volvería entonces, al nivel de una cierta masoterapia, de ejercicio tipo respiratorio, hasta de relajación, de arte

primitivamente cercano de la esfera más interna, de una prueba, al fin de cuentas, corporal? Es por eso que es tan importante tratar de aprehender aquello de lo cual puede tratarse en una experiencia que se anuncia, ella misma, como siendo de la dimensión más plena, que no deja de identificarse enteramente a algo tan absoluto como el hablar de la verdad; pero no puede, por otra parte, rehusar, en el nivel de sus resultados, de su experiencia, de esta dimensión verídica, de algo de conquistado que se revela liberador, más auténtico que lo que existe en el nudo que se trata de liberar.

Es por ello que vienen elementos de metáfora a mi discurso que nos vuelve a llevar a lo que hecho entrar aquí la última vez: este pequeño modelo que les aportaba bajo la forma de la banda de Moebius, relaciónándoles algo que es del orden de la topología. Su empleo es de algún modo inmediatamente sugerido por esta simple distinción: debemos hacer más a partir de una prueba ingenua - en cuanto a su realismo - como la de Piaget.

El instrumento de la inteligencia, modo de desconocer, que lejos de tratarse del objeto de la inteligencia, demuestra que se trata de la misma vía, como se hace para que él subraye que este instrumento sea tan inapropiado que el lenguaje dificulte a la inteligencia. Quizá son difíciles de relevar por la inteligencia los problemas planteados por el lenguaje, al nivel del puro y simple obstáculo, de la pura y simple, inmediata realidad, aquélla contra la cual se choca. Reenviar esta inapropiación del lenguaje a ese estado primitivo de lo que se llama el pensamiento, no es, verdaderamente aquí, más que rechazar el problema sin resolverlo de ningún modo. Si el lenguaje es alguna cristalización impuesta a la inteligencia, ¿cómo no sería evidente que la inteligencia no fuera el lenguaje? Sin duda, son los instrumentos más hábiles al punto que hay dificultad en restituirlo. Todos los instrumentos que podemos tener de los primitivos son los más preciosos. El lenguaje no lo hubiera sido de un modo análogo si efectivamente fuera secreción, prolongación del acto de inteligencia.

Muy por el contrario, si hay algo que en una primera aproximación querríamos definir como siendo el campo del pensamiento, - ¿por qué no a título provisorio? - es necesario partir de la inteligencia. Yo no diría que el pensamiento sea una fórmula que se aplique a estos diversos niveles de un modo descriptivo. Para tener el aire de una aproximación, el pensamiento es la inteligencia ejerciéndose, lo cual se reencuentra en las dificultades que le impone la función del lenguaje.

Lejos que pudiéramos de ningún modo contentarnos con este primer esquema - ésta es la primera puerta para la lingüística - que hará del primer lenguaje el aparato de alguna correspondencia biunívoca. Cualquiera que sea, no está claro que esta prosecución misma, de reducirla bajo la forma de la crítica, bajo las formas positivistas y tomar para todo empleo al significante, el acceso de las significaciónes diferentes connotadas, que permitirán tener un discurso, un diálogo sin ambigüedad . Tal palabra es aportada no viendo todo lo que aporta el lenguaje de fecundidad, hasta de puro y simple funcionamiento. Conocer no como operar sobre esta suerte de conjunción, de aparato de algún modo preformado que, después del cual, no tendríamos más que leer la solución de un problema.

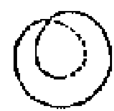
Quien no vea que esta operación es la que constituye la solución del problema biunívoco, esto es lo que se trata de obtener al término de nuestra búsqueda. Haciendo plantear esto en su más simple introducción, abordando la dificultad del problema, vemos que, si la aproximación lingüística, recientemente se me interrogaba sobre este empleo del significante y del significado, que como yo respondía parecerían ser palabras que se comienzan a escuchar en todas las esquinas de las calles en que son usadas…

Puestos por delante en los lugares más comunes, en los *meetings*, introducidos por el estoicismo, *signare-signatum(6)* puede verse la raíz más lejana. Es suficiente aproximarse a las funciones del lenguaje para ver introducirse allí ciertos tipos de división, que viven en algo enteramente radical, del hecho que en ese radical estamos de tal modo implicados, que estamos sujetos a no estar más que implicados en este nivel radical, y de un modo, sin embargo que nos permite ver en qué estamos implicados y esto no es otra cosa que lo que se llama: la estructura. La ambigüedad que aprehendemos y de la cual les haré seguir la traza en el campo más favorable para manifestarla, entre el sentido y la significación, única capaz de jugar con el tornasol que podría ser, en rigor, un tornasol del sentido.

Es por eso que en este nivel se resuelven las contradicciónes patentes a revelarse en cuanto al propósito de las mismas palabras, por ejemplo, de lo que se llama el nombre propio. Ustedes ven poder ligarse lo que existe de más indicativo, de más arbitrario. En uno, lo que hay de más concreto, en otro lo que parece ir en sentido opuesto, lo que hay de más vacío; en uno lo más cargado de sentido, en otro lo que hay de más desprovisto. Entonces verán que en un cierto registro, la función del nombre propio, por lo que ese nombre indica, no es como dice Bertrand Russell, una palabra para lo particular. Seguramente, no.

Pero, retomemos.

Querría ilustrar la función de la tautología. He hablado de realidad ingenua. Opondré a ello un modo bajo el cual el materialismo está aún en nuestro discurso como una referencia muy poco explorada. El materialismo consiste en no admitir como existentes más que signos materiales. ¿Eso hace círculo? No más. Eso sugiere un sentido. La materialidad no está seguramente explicada. ¿Quién de nosotros se sentiría bien, en nuestros días, contento, explicándolo como una esencia, una substancia última? Que ese término sea aquí expresamente llevado sobre los signos, siendo estos referencia radical. He dicho que ellos representan cosas para alguien. He ahí que, a la vez nos dan el modelo de lo que un cierto tipo de referencia aparentemente tautológica - pues he dicho que el materialismo es lo que nos plantea lo existente y lo que nosotros tenemos por signos materiales, no habiendo aflorado aquí el sentido del término materia - nos muestra bajo una figura ejemplar, paradigmática, la utilidad de este pequeño nudo del cual les he hecho el contorno el otro día. Ese doble punto original que está dibujado como siendo el círculo introductorio de la función. Sea ella significante o signo, está allí para mostrarnos que no podemos servirnos de ella como de cualquier cosa; que de algún modo podría reducirse al término de una referencia puntual.



Si ese término es favorable a la aprehensión mítica de su estrechamiento hasta algún punto cero, siempre resta algo de irreductible en una estructura, que no podría nadificarse encerrarse sobre sí misma.

Aquí aliento el hecho que esto no haya caído en el vacío. Puedo darme cuenta que lo que he aportado sobre la banda de Moebius para dar el esclarecimiento que comienza a impulsar a los más, al punto que da su valor ejemplar. Hago notar desde entonces la implicación . Es Saussure quien, hablando del significado - cada uno sabe que él no ha hablado de ello de un modo definitivo, lo cual no sería más que en razón de las ambigüedades que se habrían precipitado en la puerta de su teoría en ese punto - lo más eficaz que ha dicho de ello es que, a la mirada del significante, el significado se presenta en la relación del reverso al anverso, o inversamente. Seguramente hay algo de este orden que se nos sugiere por la existencia del signo semántico, del signo del lenguaje . Seguramente se cierra del modo más estrecho en el análisis fonético. ¿Es posible hablar del elemento sonoro sin considerarlo estrechamente ligado, a la significación?

Reencontramos aquí la ambigüedad de las significaciónes del sentido.

Si este año he recogido en mi discurso este ejemplo de una obra de gramática, que era un ejemplo del cual les mostraré que cualquiera que fuera ese esfuerzo hacia la semántica, no lo era sin llevar un sentido. Les he hecho sentir las dos vías en las cuales era necesario buscarlo, lo que se llama aquí, sentido. Que uno no era sin el otro.

Que uno, en las vías de la significación, lo era en la medida en que nosotros operamos por alguna vía. No es indiferente destacarlo - es por eso que yo he elegido el ejemplo en una lengua extranjera, es traduciéndola al francés que llegaré a hacer surgir todo lo que yo quiera, por procedimiento operatorio, como prestidigitador -.

Otra cosa era la otra dirección, cerrar el punto de aprehensión de encanto poético indicando que se trataba de otra dimensión; dejarla en la bruma poética, sería insuficiente. Esto nos lleva a la propiedad de esta superficie singular que tiene en cada punto un derecho y un revés. Lo importante es que se puede llegar desde algún punto de este lugar al punto correspondiente del reverso.

Les he dicho que el significante estaba estructurado sobre la superficie de Moebius. Es sobre la misma cara, constituyendo derecho y revés, que podemos reencontrar el material que se encuentra estructurado en la oposición fonética, ese algo que no se traduce, pero que pasa de un significante al otro en su funcionamiento . En el funcionamiento del lenguaje, hasta el más azaroso - esto es lo que demuestran algunas experiencias poéticas - algo pasa . Es allí que está el sentido. Según el modo en que ello pase, es diversamente puntuado.

Es ello lo que nos permite una localización exacta de una experiencia, que por el sólo hecho de ser una experiencia de palabras artificiales, estructuradas por condiciones que desvían el discurso, debe ser ubicado lo que he llamado este uso del lenguaje, por algo, por alguien, sujeto, paciente, que son tomados allí.

Voy a introducir hoy una de esas formas topológicas, una de esas formas fundadas sobre la superficie. Voy a introducirlos en esta función, pues pienso que, cuanto menos, habrán escuchado hablar de la botella de Klein. Retomémosla, apropiémonos de ella. Una botella de Klein.

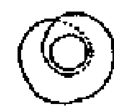
Les recuerdo que he introducido esta distinción: el espacio en tres dimensiones es algo no claro del todo y, antes de hablar de él, como de estorninos, será necesario ver, bajo qué formas diversas debemos aprehenderlo. Justamente por la vía matemática, que es esencialmente combinatoria. Otra cosa es sostener el asunto, a resolver, con las formas que se podrían llamar de revolución de una superficie. ¿Qué nos da después? No otra cosa que un volumen. No es por nada que eso se llama así. Porque está fabricado sobre el modelo, no es al azar de algo que es una superficie enrulada. Una superficie, hagan de ello un rulo, eso llena el espacio. Después de haberlo aprendido se divertirán con eso.

El círculo girando alrededor de un eje. Eso hace una esfera.

Hagan un triángulo por una línea que corte los dos lados. Tendrán un cono. Una sección de cono o un cono infinito, según el caso. Hay cosas que no se comportan enteramente como eso que ocurre al sostener el espacio, y que lo hacen muy bien.

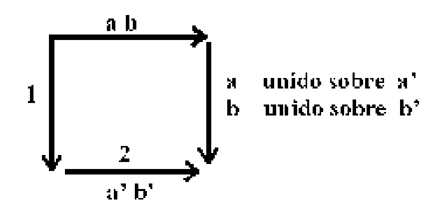
Hay tres formas fundamentales: el agujero, el toro el *cross-cap*. Se los he dicho.

El toro no es complicado.

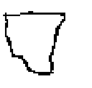


Tomen un anillo, una cámara de aire, comiencen a plantearse pequeños problemas en sus cabezas. Háganle un corte. Si ustedes no han reflexionado sobre el toro, díganme : ¿Cuántos pedazos se harán? Lo que prueba que no son objetos de una intuición inmediata. Les quiero destacar cómo, de un modo simple y combinatorio se construyen esas figuras.

La forma más elemental que pueda sernos dada es la de una figura de cuatro lados los cuales están vectorializados. ¿Qué significa vectorialización? Significa que unimos lo que se llama aquí un borde, que es en el sentido de la vectorialización que un punto será unido a otro que es correspondiente de un modo ordenado. Que un punto **b** será unido al punto **b'.** Lo mismo para las cuplas de los otros lados de la mencionada construcción.



No hay cuadrado aquí más que para la inteligibilidad del ojo guestaltista de la figura. Si yo hiciera de este otro modo sería semejante.



Un toro se construye suturando un lado con el otro, bajo la forma del cilindro. Si ustedes suponen que el espacio, el intervalo, tiene una función cualquiera - hay gente como Santo Tomás que querían llenar las cosas con su dedo - si ustedes quieran llenarlo, tendrán un rulo pleno, y a partir de allí pueden cerrar ese anillo y dibujar esa figura.

Eso quiere decir que en una estructura que es de orden esencialmente espacial, que no comporta ninguna historia, ustedes introducen un elemento corporal para que eso sea determinado; para que ustedes connoten uno y uno de la misma cifra, pero una cifra de una connotación que no viene más que después. ¿Qué importa el orden en el cual viene? Eso dará un toro, pero no el mismo.

¿Qué es una botella de Klein? Es una construcción exactamente del mismo tipo, con esta diferencia: que si dos de los bordes vectorializados están en el mismo sentido, los otros bordes opuestos - poco importa que la operación de sutura se haga antes o después del otro - los dos bordes están vectorializados en sentido contrario.

Les voy a mostrar lo que eso da, para aquéllos que todavía no habían escuchado hablar de ***la botella de Klein***. Eso da algo en corte, seguramente no queriendo decir nada en ese registro, en tanto que no introducimos la tercera dimensión del espacio.



Este es un modo para la intuición común, para la localización que es habitualmente la de ustedes en la experiencia, y quizá pudiera decirse, la de costumbre. Nada objetaría a lo que ustedes tengan de más accesible y familiar en las dimensiones topológicas de la superficie.

¿Qué es lo que quiere decir este esquema? Es en corte, es decir que hay un volumen que es común, que tiene en el centro un conducto que pasa. En otros términos, eso merece llamarse botella. Está el gollete, el que entrando en el cuerpo de la botella va a insertarse, suturarse, sobre su fondo, sin recurrir en mi figura a una botella de whisky. Ustedes tuercen su gollete, hacen atravesar la pared de la botella y lo insertan sobre el fondo de la misma. Al mismo tiempo esta inserción abre.

Pueden constatar que tienen así algo que se realiza con el carácter de una superficie completamente cerrada. Por todos lados, esta superficie está cerrada. Sin embargo, se puede entrar en su interior - si me atrevo a decirlo - como en un molino. Su interior comunica integralmente con su exterior. Por otra parte esta superficie está completamente cerrada. Eso formará parte de la física divertida, el que ésta botella sea capaz de contener líquido, y que de ninguna manera permita que se derrame fuera, y contenerlo sin que haya necesidad de corcho. Si ustedes dan vuelta el fondo hacia abajo, es cierto que el líquido no saldrá afuera. Esto no tiene ningún interés. Lo que es interesante es que las propiedades de esta botella son tales, que la superficie que la compone tiene las mismas propiedades que la banda de Moebius, a saber: que no tiene más que una cara. Cómo es posible de responder que esto parezca ser del registro del giro del pasa-pasa, y que podría pasar, como analogía, por efecto de sentido.

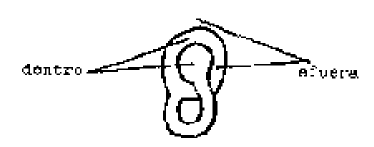
Voy a tratar de materializárselos de modo que sea claro. Si partimos de la esfera; si pudiéramos hacer de una esfera, una botella; algo que no es imposible. Una pelota de goma, ustedes la repliegan sobre ella misma. Pueden ustedes hacer un corte, sumido en ella misma. Es así que comienza el proceso de formación de un cuerpo animal, el estado de blástula, después el de mórula. Tienen un adentro y un afuera.



Al hacer un continente, no habrán modificado nada de la función de las dos caras de la superficie en relación a la esfera primitiva. Es otra cosa lo que ha ocurrido. Si tomando la esfera, en primer lugar, haciendo esta cosa estrangulada



Tomen una de las mitades de la esfera y la hacen entrar en la otra.



En otros términos, la pesa, la doble bola, dos entradas en el interior... tienen el afuera primitivo, el adentro y lo que está enfrentado. Esto es una superficie del afuera con el adentro, no ya como blástula, el adentro permaneciendo siempre enfrentado, el adentro siendo la segunda parte de la superficie. Para llegar a la botella de Klein es necesario otra cosa.

Allí está lo que yo quería explicarles, algo que va a mostrarles el interés de la puesta en evidencia de la dicha botella.

Supongan que existe alguna relación estructural, como está bien indicado, desde hace largo tiempo por la permanencia de la metáfora del círculo y la esfera en todo el pensamiento cosmológico. Supongan que esto sea como aquello, que sea necesario construir para representárselo - de un modo saludable - lo que justamente concierne al pensamiento cosmológico.

El pensamiento cosmológico está fundado esencialmente sobre la correspondencia, no ya biunívoca, sino sobre la envoltura microcósmica sobre el macrocosmos. A ese cosmos ustedes llámenlo universo. Supongan que el uno envuelva al otro y lo contenga, y que aquél que está contenido, se manifieste como siendo el resultado de ese cosmos, lo que corresponde allí miembro a miembro. Es imposible extirpar esta hipótesis fundamental, y es de allí que data una cierta etapa del pensamiento que es un cierto uso del lenguaje. Esto corresponde en la medida únicamente, en que ese registro de pensamiento, el microcosmos, no está hecho de una parte dada vuelta del mundo, como se da vuelta la piel del conejo.

Es verdaderamente un afuera, que se enfrenta al adentro del cosmos. Tal es la función simbólica de la reconstrucción de la botella llamada de Klein.

Veremos que este esquema es esencial, seguramente, para un cierto modo de pensamiento. Se los he dicho, pero para representar - se los mostraré en detalle y de hecho - una cierta limitación, una implicación no develada en el uso del lenguaje. El momento del despertar, en la medida en que yo lo puntúe, lo ubiqué históricamente en el "Cogito" de Descartes, es algo que no es inmediatamente aparente, justamente en la medida en que de ese "Cogito" se ha hecho algo de valor psicológico.

Si se ubica aquello de lo cual se trata, si se lo pone en evidencia lo que la función del significante es, y no otra cosa que el hecho, que el significante representa al sujeto para otro significante. Es a partir de este descubrimiento que la ruptura del pacto, supuestamente preestablecido del significante a algo, que, estando roto, se prueba en la historia y porque es de allí que ha partido la ciencia, se prueba, que es a partir de esta ruptura - no se la enseña más que incompletamente - que puede inscribirse una ciencia. A partir del momento en que se rompe ese paralelismo del sujeto al cosmos que lo envuelve, y que hace del sujeto psicológico, microcosmos. Es a partir del momento en que introducimos otra sutura, lo que he llamado en otra parte un punto de capitónado esencial que abre un agujero, gracias al cual, la estructura de la botella de Klein se instaura en la estructura de lo que hace el agujero. Lo que está anudado es la superficie misma, que de un modo hasta ahora está anudada a la superficie que es localizada como afuera. Debemos ocuparnos de un orificio que en mi dibujo simbolizaba el macrocosmos envuelto. Es por allí por donde alcanza la estructura de la botella de Klein.



Por una vía difícil y que no les conducirá directamente sobre su relación al lenguaje - en tanto que tenemos poco tiempo - voy a tratar de darles una pequeña explicación divertida, en la cual verán la relación global con el campo de la experiencia analítica.

Hay más de un modo de traducir esta construcción. Podría darles allí la cara de Gagarin, el cosmonauta. Gagarin, aparente y verdaderamente encerrado, digamos para simplificar, en su pequeño cosmos baladeador. Desde el punto de vista biológico es, por otra parte, entre nosotros algo bien curioso, y que podría puntuarse en relación a la evolución de la línea animal. Les recuerdo; es difícil aprehender, de un modo que sea concebible, como un animal cambiaba regularmente aquello de lo cual tenía necesidad, desde el punto de vista respiratorio con un medio, en el cual estaba sumergido, y realizaba este poder salir del agua enviándose al interior, a sí mismo, una fracción importante de la atmósfera. Desde ese punto de vista evolucionista, pueden remarcar que Gagarin hace una operación redoblada: él se envuelve en su propio pulmón, lo que hace necesario que, al fin de cuentas, él orine en el interior de su propio pulmón. Es necesario que todo eso se vierta en alguna parte. De donde el silogismo ejemplar: *"Todos los hombres son mortales; Sócrates..."* cuya introducción es una corrección de ese silogismo sobre Sócrates: *"Todos los cosmonautas son orinadores. Gagarin es un cosmonauta. Gagarin es un orinador".* Lejos que Gagarin se contente con ser un orinador, él no es más un cosmonauta . El no es un cosmonauta, porque él no se pasea en el cosmos, porque la trayectoria que lo lleva es, desde el punto de vista del cosmonauta, imprevista y se puede decir que ningún Dios ha procedido nunca a dar existencia a un cosmonauta. Jamás he conocido la trayectoria necesaria, en función de las leyes de gravitación, que pueda ser descubierta sino es a partir de un rechazo absoluto de todas las evidencias cósmicas.

Hay en la ley de Newton algo que permite hacer de una naturaleza acósmica, en el desarrollo de la ciencia moderna, la apertura de la cual se trata, a saber: el cosmos es algo que depende de una construcción, de una naturaleza perfectamente acósmica. Es de esta esfera interna, que, bajo el nombre de realidad debemos ocuparnos en el análisis. Realidad aparente que es la de la correspondencia en apariencia modelada, la una sobre la otra, de algo que se llama el alma, en algo que se llama la realidad. Pero en relación a

esta aprehensión, que permanece siendo la aprehensión psicológica del mundo, el psicoanálisis nos da dos aperturas: la primera la de este lugar de reencuentro donde el hombre se cree el centro del mundo. No es ésta la noción de centro importante en lo que se llama - como loros - la revolución copernicana, bajo el pretexto de que el centro ha saltado de la tierra al sol . Nuestros ancestros eran más fuertes que nosotros. En el psiquismo, el sujeto se representa como el doblez de una realidad que al mismo tiempo deviene realidad cósmica. Lo que el psicoanálisis descubre es que ese pasaje, por donde se llega en el entre-dos, al otro lado del doblez, donde ese intervalo es lo que funda la correspondencia del interior al exterior. Es el mundo de la otra escena, el mundo del sueño que es percibido, lo *Unheimlich*. Es eso, ese lugar, ustedes que pasean por las calles. Allí me detendré la próxima vez. ¿Por qué se da a las calles nombres propios?

Van de calle en calle, pero un día ocurre que, sin saber por qué, franquean, invisible a ustedes mismos, no sé que línea y caen en un lugar donde nunca habían estado, y sin embargo lo reconocen como siendo aquél, ese lugar, donde habrían estado. Estaba allí, en vuestra memoria, como un islote aparte. Algo de no localizado más que allí, para reunírseles. Ese lugar no tiene nombre, pero se distingue por la extrañeza de su decorado; ¡Freud puntúa tan bien lo que hace al campo de lo *Unheimlich*!

He ahí una palabra donde tocamos la identidad de su anverso y reverso. Ese lugar que llamamos la otra escena. Aquélla que está en ese lugar como un decorado. Saben que no es más que lo que está del otro lado, del afuera, que es la verdad. Si ustedes están sobre la escena son ustedes quienes están en la realidad del decorado.

El año pasado hice algo que permitiría decir, que yo había meditado sobre el amor, que yo dije que su campo era un campo profundamente anclado en lo real, en la regularización del placer y al mismo tiempo, profundamente narcisista.

Otra dimensión nos es dada en esta singular coyuntura: aquélla en la cual ocurre que, por las vías del sueño, ella sea nuestra compañía en el arribo a esta experiencia singular. Esto es un índice de algo, de una dimensión que, seguramente nadie más que la experiencia romántica ha sabido hacer vibrar al amante. Son otras vías: el no-sentido.

Habiendo operado esa superación en la reflexión especular que es el pasaje más allá del espejo, se presente por ser lo que puede ocurrir en este singular reencuentro. Es lo que, en otra dimensión - yo lo he dicho - explorada por la experiencia romántica, se llama, con otro acento, el Amor.

Pero al volver a ese lugar y para comprenderlo, y para que haya podido ser aprehendido, hasta descubierto, para que exista en esta estructura, que hace que aquí se encuentre la estructura de las dos caras opuestas, que permite constituir esta otra escena, es necesario que, por otra parte, haya sido constituida la estructura de la cual depende el acomicismo del todo, a saber: la estructura del lenguaje no es capaz, seguramente, de la adecuación absoluta del lenguaje a lo real, pero sí, de lo que en el lenguaje se introduce en lo real, todo lo que nos es allí accesible de un modo operatorio. El lenguaje entra en lo real y crea allí la estructura. Participamos en esta operación y, participando allí, estamos incluidos, implicados, en una topología rigurosa y coherente que hace que toda puerta empujada en un punto de esta estructura, no lo sea sin la localización, sin la indicación estricta del punto donde está la otra abertura. Aquí me será fácil evocar el pasaje de Virgilio: las dos puertas del sueño, puerta de marfil y puerta de cuerno que nos abren sobre el campo de lo que hay de verdadero en el sueño.

La puerta de marfil es aquella por donde se es reenviado, es por donde pasan los sueños erróneos, lugar del sueño más cautivante. El lugar donde creemos ser un alma subsistente en el corazón de la realidad.



Clase 4

6 de Enero de 1965

Problemas para el psicoanálisis. Es así que he entendido situar mi propósito de este año ¿Por qué, después de todo, no he dicho problemas para los psicoanalistas?

Es que la experiencia se prueba que para los psicoanalistas, como se dice, no hay problemas, fuera de éste: ¿las personas vienen o no al psicoanalista? Si las gentes vienen a su práctica, saben que va a ocurrir algo.

Esa es la posición cerrada sobre la cual está anclado el psicoanalista. Saben que va a ocurrir algo que se podría calificar de milagroso, si ese término se entiende refiriéndolo al "*mirari(7)*" que, en el extremo, puede querer decir sorprenderse. En verdad, a Dios gracias, resta siempre en la experiencia del psicoanalista este margen: lo que ocurre es para él sorprendente.

Un psicoanalista de la época heroica, Theodor Reik - es un buen signo que acabe de reencontrar su nombre, lo había olvidado esta mañana y verán que esto tiene la más estrecha relación con mi propósito de hoy - ha intitulado uno de sus libros : *"Der Ubervichter paycholongue", "El psicólogo sorprendido".*

Es que, en verdad, en el período heroico de la técnica psicoanalítica, al cual él pertenece, se tenían aún más razones que ahora para sorprenderse, pues si he hablado de margen, es que el psicoanalista, paso a paso, en el curso de las décadas, ha reprimido esta sorpresa hasta sus fronteras.

Es quizá que también ahora, esta sorpresa le sirve de frontera, es decir, para separarse de ese mundo donde las personas vienen o no al psicoanalista. En el interior de esas fronteras él sabe lo que ocurre, o cree saberlo. Cree saberlo porque ha trazado sus caminos. Pero si hay algo que debería recordarle su experiencia es, precisamente, esa parte de ilusión que amenaza a todo saber demasiado seguro de él mismo.

En tiempos de Theodor Reik, ese autor pudo dar la sorpresa (*uberreichung*) como la señal, la iluminación, el brillo que, en el analista designa que él aprehende el inconsciente, que algo viene a revelarse que es de ese orden de la experiencia subjetiva, de aquello que ocurre repentinamente y por otra parte, sin saber como ha hecho del otro lado del decorado. Eso es el *uberreichung*. Es sobre este sendero, sobre esta traza, que él sabe todo, o al menos que está en su propio camino.

Sin duda, en la hora de la cual partía la experiencia de Theodor Reik, sus caminos estaban sellados de tinieblas y la sorpresa representaba su repentina iluminación. Por fulgurantes que fueran los relámpagos, no eran suficientes para constituir un mundo y veremos que allí donde Freud había visto abrirse las puertas de ese mundo, no conocía propiamente ni los lados, ni los goznes.

Eso debería bastar para que el analista, en la medida en que después pudo ubicar el desarrollo regular de un proceso, supiera forzosamente, dónde estaba o dónde iba. Una naturaleza puede ser ubicada sin ser pensada, y tenemos suficientes testimonios de que, en esos procesos, se ubicaron muchas cosas, se puede decir quizá, todas pero en todo caso los fines permanecen para él problemáticos.

La cuestión de la terminación del análisis, y del sentido de esta terminación, no está, en la hora actual, absolutamente resuelta. Lo evoco como testimonio de lo que anticipo, concerniente a lo que llamo esa localización, que no es forzosamente una localización pensada.

Seguramente hay algo que resta de esa experiencia, es que ella está asociada a lo que llamaremos efectos de desanudamiento. Desanudamiento de cosas cargadas de sentido y que no sabrían ser desanudadas por otras vías. Allí está el suelo firme sobre el cual se establece el campo analítico; si yo empleo ese término es justamente para designar lo que resulta de ese cierre del cual he partido hoy en mi discurso, franqueando los límites del campo.

El psicoanalista está en derecho de afirmar algo: los síntomas - en sentido analítico del término que no es el del signo, sino de un cierto nudo cuya forma, su apretamiento, el hilo, no fueron nunca denominados con propiedad más que como cierto nudo de signos - lo que es propiamente el fundamento de lo que se llama el síntoma analítico, a saber, algo de instalado en lo subjetivo, no podría ser resuelto por ninguna forma de diálogo razonable y lógico. Aquí, el psicoanalista afirma a aquél que sufre de ello al paciente - : "Usted no será liberado de ese nudo más que en el interior del campo". Pero esto es decir que existe al para él - el analista - más que una verdad empírica en tanto que él no la maneja más que en razón de la experiencia; que hay caminos que se trazan en condiciones de artificio en la experiencia analítica. Es decir que todo sea dicho a nivel de eso, de lo cual, él puede testimoniar de su práctica en términos que son los de las demandas de transferencia, de identificación

Es suficiente constatar el titubeo, la impropiedad, la insuficiencia de las referencias dadas en esos términos de la experiencia, y para no tomar más que la primera, la capital, el cambia vía: la transferencia, para constatar sobre el texto mismo del discurso analítico que, hablando con propiedad, en un cierto nivel de ese discurso se puede decir que aquel que opera no sabe lo que hace.

Pues el residuo, de algún modo irreductible, que resta en ese discurso, concerniente a la transferencia, en la medida en que no logrado aún, no más que el lenguaje común, que el

lenguaje corriente, que lo que es su pasado en la representación efectiva, en tanto que efectiva no tiene otro sentido que el de irracional. Es sabido que concerniente a uno de esos términos - la transferencia - no tengo necesidad de volver sobre los otros - las tinieblas se espesan con otros, como la identificación.

Nada se ha teorizado de una experiencia, por seguras que sean las reglas y preceptos, hasta aquí acumulados. No es suficiente saber hacer algo. Dar vuelta un vaso, esculpir un objeto, para saber sobre qué se trabaja, de donde la mitología ontológica, sobre que, a justo título se viene a sobresaltar el psicoanalista cuando se le dicen esos términos a los cuales ustedes se refieren; que, al fin de cuentas, van a puntuar hacia ese lugar de concurrencia confuso de la tendencia, en tanto es en eso, en la filosofía común del psicoanálisis que se reducirá al fin, y de modo erróneo, la pulsión. He ahí, pues, aquello sobre lo cual ustedes trabajan. Ustedes entifican, ontifican, una propiedad inmanente a algo substancial - vuestro hombre antropológico, del analista -. Conocemos desde hace tiempo esta vieja ousia(8), esta alma siempre allí, bien viviente, intacta, no lastimada. El analista, para no nombrarla, salvo con alguna vergüenza exactamente por su nombre, es a lo que él se refiere con su pensamiento. A justo título, está perfectamente expuesto a los ataques. Saben de donde vienen: de todos lados donde el pensamiento está en medida, en derecho, de reivindicar que es inadecuado hablar del hombre como un dato. Que el hombre, en determinaciones numerosas que le aparecen tanto internas como externas... Dicho de otro modo, que se presentan a él como cosas, fatalidades, que es de una cierta relación inicial, relación de producción, de la cual es él resorte, que esas cosas se determinan sin duda en su ignorancia, empero, de su linaje.

Es cuestión de saber, si reuniendo por lo que yo enseño, a aquéllos que así ponen en duda, a justo título, el estatuto natural del ser humano, es cuestión de saber, si haciendo las cosas así favorezco - como me lo reprochaba recientemente alguien muy próximo a mí - la resistencia de aquéllos que aún no han franqueado la frontera, que no han venido al análisis. O si la verdad de lo que aporta el análisis puede ser, si o no, un acceso para entrar allí. Si un cierto modo de rechazo de un discurso que engloba la experiencia analítica y en mayor proporción, legítimamente, que esta experiencia no es posible más que por el hecho de una determinación primordial del hombre por el discurso. Si haciendo así, abriendo la posibilidad que se hable del análisis fuera del campo analítico, yo favorezco, o no, la resistencia al análisis. Y si la resistencia, de la cual se trata, no está en el interior de una resistencia del analista a la apertura de algo que la comprenda.

Nuestra partida, nuestro dato, que no es dato cerrado, es el sujeto que habla. Lo que el análisis aporta es que el sujeto no habla para decir sus pensamientos; que no existe el mundo, el reflejo intencional o significativo, en algún grado que sea, ese personaje grotesco e infatuado, que estaría en el centro del mundo predestinado a dar de él su reflejo. Vean ustedes eso, ese puro espíritu, esa conciencia anunciada desde siempre. Ella estaría allí como un espejo y vaticinaría de ello un lenguaje que le haría precisamente obstáculo a sí mismo.

Para manifestar lo más seguro de su experiencia, como lo manifiestan desde siempre los filósofos, esta contradicción entre la lógica y la gramática. Como ocurre que se está atado a hablar un lenguaje gramatical con discursos que reflejan puros espejos, con partes de discurso que empañan su lógica. Es en ese momento, es allí que se ponen el ojo.

Tenemos una experiencia que se prosigue todos los días en el consultorio de cada analista, que se cuide o no, eso no tiene ninguna clase de importancia. Esta experiencia nos evita ese rodeo en la crítica filosófica, en tanto ella testimonia su propio impasse. Experiencia donde tocamos con el dedo que el hecho es que el sujeto habla, que el paciente, él habla. Es decir que emite sus sonidos roncos o suaves, que se llaman el material del lenguaje. Este ha determinado, en primer lugar el camino de sus pensamientos, que lo determina de tal modo, en primer lugar y de un modo tan original que lleva de él la traza sobre la piel como un animal marcado, que es identificado en primer lugar por ese algo amplio o reducido. Pero uno se da cuenta ahora que es mucho más reducido de lo que se cree, el que una lengua se sostenga sobre una hoja de papel con sus fonemas. Se puede ensayar el conservar los viejos clivajes diciendo que hay dos niveles: los fonemas y las palabras. Estoy aquí para recordarles que las primeras aprehensiones de los efectos del inconsciente fueron realizados, por Freud, entre los años 1890 y 1900, sobre lo cual es dado el modelo. Lean el artículo de 1898 sobre el olvido de un nombre propio, el olvido del nombre de Signorelli, autor de los célebres frescos de Orvieto.

El primer efecto manifiesto, estructurante para su pensamiento, él que le abrió la vía, no se había producido, y él lo puntualizó perfectamente, lo articuló de un modo tan seguro en ese artículo y saben que fue retomado en el comienzo del libre de la Psicopatología cotidiana.

¿Qué es lo que escapa del campo en este olvido? ¿A qué se llama olvido? Desde los primeros pasos, ustedes ven bien que aquello a lo cual debe siempre prestarse atención es a la significación, pues seguramente, eso no es un olvido. El olvido freudiano es una forma de la memoria, su forma misma, la más precisa. El, mejor desconfiará de palabras como olvido. Esto es un agujero.¿ Qué es lo que escapa del campo por el agujero? Son fonemas. ¿Qué es lo que le falta? No es Signorelli, en tanto que él recordaba cosas que le quedaban sobre el estómago. Sabía muy bien de qué se trataba, porque Signorelli y los frescos eran parientes de algo que le preocupaba más: la muerte y la sexualidad. Nada está reprimido. Lo que huye del campo son las dos primeras sílabas de la palabra Signorelli. El lo puntúa. Es eso lo que tiene una relación con los síntomas. Es al nivel del material significante que se producen las sustituciones, los giros de pasa-pasa, los escamoteos a los cuales se debe atender cuando se está sobre la vía del síntoma y de su desnudamiento. Sólo en aquel momento en que todo su discurso está allí para testimoniarnos que se haya tan sobre lo vivo, de eso de lo cual se trata en el fenómeno que no cesa de acentuar en todos los rodeos, como puede ser eso de lo que se trata. Dice que es una determinación del exterior. Secundariamente, en un retorno de pluma, dirá: *"se me podría oponer*" - lo que prueba hasta que punto siente la diferencia entre dos tipos de fenómenos que podrían diferenciarse-*" que él podía tener allí alguna relación entre el hecho de que se trata, de un tropiezo sobre el nombre Signorelli y que ese nombre lleva consigo muchas cosas que pueden interesarme, más de lo que yo mismo podría saber*". En otra parte dice: "podría objetárseme", es todo lo que puede decir, pues sabe que no es nada de eso.

Vamos a tocar más profundamente el mecanismo y demostrar lo que surge en el pensamiento de Freud y que es para nosotros crucial, inicial. Vamos a ver detalle como es

necesario concebirlo, qué aparatos nos son impuestos para dar cuenta de lo que se trata. Encontraremos allí alguna ayuda en algo que se llama el lenguaje, pero el testimonio de Freud deja adivinar un complemento en reserva: es necesario agregar allí *signans* y *signatum(9)*.

La función del nombre propio - como les he anunciado seré llevado a servirme de ello - tiene suficiente interés. Lo tiene por el privilegio que ha conquistado - esa noción del nombre propio - en el discurso de los lingüistas. Estén contentos, aquéllos a quienes hablo hasta el presente, en mayor grado, estén contentos, analistas. ¡Nadie más que ustedes tiene tropiezos con el discurso, hasta son los más protegidos por él! Los lingüistas no han salido fácilmente con ese nombre propio. Han aparecido considerables obras sobre ese asunto que deberían tener interés para nosotros, a fin de escrutar el sentido propio del término.

Como yo no puedo hacer todo, me gustaría que alguien lo haga para las sesiones cerradas del curso de este año: el libro de Vigo Sorensen, de Copenhague, de Gardiner, de Oxford. Hay lugares en el mundo donde uno se puede ocupar de cosas interesantes.

El libro de Gardiner es interesante y elitista. Es una suerte de punto concentrado sobre el asunto de los nombres propios, de lo que puede llamarse el error consumado, evidente expuesto. Este error toma su origen sobre los de la verdad, a saber que - por una pequeña distinción de J. Stuart Mills, que tenía su sentido instituyendo una diferencia fundamental en la función del nombre en general - hasta el presente, nadie ha dicho qué es el nombre. Pero se ha hablado de él. Hay dos funciones: la de denotar y la de connotar.

Los nombres llevan en ellos toda suerte de desarrollos, toda suerte de definiciones. Hay otros de ellos que están hechos para denotar. Cuando se llama a una persona por su nombre, en el primer rango o en el último, eso no concierne más que a ella. No hago más que denotarla.

A partir de allí definiremos el nombre propio como algo que no interviene en la nominación de un objeto más que en razón de las virtudes propias de su sonoridad, que no tiene fuera de su denominación, ningún alcance significativo. Tal es lo que nos enseña Gardiner. Esto no tiene más que tres pequeños inconvenientes. Por ejemplo: eliminen todos los nombres propios que tienen un sentido: Oxford, ox-Ford, algo que tiene relación al buey. Villefranche, Villeneuve; eso tiene un sentido. Eso podría ponernos la pulga en la oreja. Seguramente se dice que eso es independiente de esta significación. Si un nombre propio no tiene ninguna significación, en el momento en que yo presento alguien a otro, no pasaría nada absolutamente. Si yo mismo me presento, Jacques Lacan. Digo algo que comporta para ustedes algún efecto significativo. Me presento en un cierto contexto. Si estoy en una sociedad no soy un desconocido. Si me presento Jacques Lacan, eso elimina que sea Rockefeller o el conde de París. Puede que ustedes ya hayan escuchado mi nombre en alguna parte. Eso se enriquece.

Decir que un nombre propio no tiene significación es algo groseramente falible. El comporta consigo mucho más que significaciónes, hasta advertencias. No se puede, en ningún caso, designar como su trazo distintivo, ese carácter arbitrario, convencional, en tanto que es la propiedad de toda especie de significante. Se ha insistido suficientemente, por otra parte desdichadamente, sobre esta vía del lenguaje, acentuado eso: decir que es arbitrario y convencional. Es otra cosa lo que se apunta, es otra cosa de lo que se trata. Es aquí que toma su valor, ese pequeño modelo que, bajo formas diferentes pero en realidad siempre las mismas, agito antes ustedes. Hablo ante mis auditores que están en este lugar de mi curso, hablo de la banda de Moebius, mi banda de Klein. Es de eso de lo que se trata, de eso ello que retorna, es de un modelo, de un soporte al cual no es absolutamente propio considerar como dirigiéndose a la sola imaginación, en tanto que, en primer lugar he querido hacerles tocar eso detrás de la frente, que se cárecteriza por el hecho de que no comprende. Es por eso que Freud llevaba la mano sobre la frente de su paciente cuando él quería levantar las resistencias. No es fácil operar allí con esos modelos topológicos, no lo es más para mí que para ustedes. Ocurre que alguna vez cuando estoy solo, me embrollo. Naturalmente cuando llego ante ustedes he hecho ejercicios.

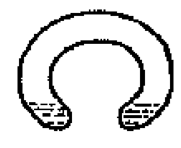
Para retomar mi esquema de la última vez:



Si he hecho así la botella de Klein es para decir que los matemáticos - que no son mala gente - han creído deber soplar esta botella para divertimento del público. Si se las presento aquí - hay todo una vía de matemáticas que se introduce gustosamente por el sesgo de la recreación - no es complicado. Alguien proponía que se instale un pequeño comercio a la salida del curso. Cada uno tendría la suya. No cuesta muy caro. Se encarga en series.

Botella cuyo cuello habrá entrado en el interior, para ir a insertarse sobre el fondo de la misma. Si ustedes soplan un poco, ese cuello entrado, tendrán un esquema de una doble esfera. La una comprendiendo a la otra. La última vez eso les pudo hacer tocar particularmente con el dedo, alguna ventaja por su bonete. El hombre ha podido encontrar esa doble imagen conjugada del microcosmos y del macrocosmos. Eso sería para mí un voto para mostrarles la primera astronomía china, la que se llama Kaitiana. Una tierra, un cielo que la recubría como una escudilla; sobre la escudilla, las bajas dimensiones de las raíces del cielo terminaban sumergidas en algo acuoso, que las llevaba sobre el agua, como sería llevada una escudilla dada vuelta.

Eso comportando mucho más que la localización de un cierto número de coordenadas geográficas y astronómicas, sino una concepción del mundo.



El orden de los pensamientos inscribiéndose enteramente, de modo más o menos

análogo, homólogo en relación a lo que en tal esquema permitía marcar las relaciones de lo que podrían llamarse las coordenadas verticales, el *azimut*, el polo de (falta en el original) que venía a marcarse de lado, podía llevar a toda suerte de diferenciaciones de internudos clasificatorios, de correspondencias, donde con más ayuda, cada uno podía encontrar su lugar.

Este esquema fundamental lo reencontrarán siempre, y a todos los niveles de metamorfosis de la cultura, más o menos enriquecido, pero sensiblemente el mismo. Más o menos abollado, pero con las mismas salidas, quiero decir, salidas necesarias, más o menos camufladas, como en la base de la experiencia analítica se puede pasar de saber lo que ocurre, a saber dónde está el punto de la sutura, entre lo que podría llamarse la piel externa del interior y lo que podría llamarse la piel interna del exterior.

Sin duda el análisis nos ha enseñado un cierto camino de acceso al entre-dos, un cierto modo que el sujeto puede tener de desorientarse en relación a su situación entre esas dos esferas. Puede ocurrirle meterse en el entre-dos, lugar del sueño, lugar de lo *Unheimlich*. La cuestión es la siguiente : cuando la hayan tenido una vez entre sus manos, será la ocasión de retomar el modelo de esta botella de Klein, podrán verter agua en el orificio, pasará por el cuello de cisne y se ubicará en el entre-dos, llegando a un cierto nivel ; por la operación inversa, podrán hacer salir de ella un cierto número de tragos, hasta podrán beber allí, pero verán que es maliciosa, pues una vez que hay agua en su interior, no es tan fácil hacerla salir toda. Avanzamos en el plano de la metáfora.

¿Qué es ir a explorar el campo del sueño, o de la extrañeza en el análisis? Es ir a percibir lo que se ha enclavado, si pudiera decirse, entre esas dos esferas de una significación, de un significado, del cual, en primer lugar, se ha hecho allí la mixtura. Se vuelve a poner al significado en circulación. Se trata de saber por qué hacerlo. Si nos fiamos de la ayuda que espero de esta pequeña imagen, eso debería ser para evacuarla, pura y simplemente. No es para volver a ponerla en el interior. No es para rehacer de ella un alma, con esta alma, que ya nos obstruía bastante con ese bamboleo que resultaba, como no sabíamos exactamente ni el modo ni los equilibrios de esa vacuidad que jugaba como un lastre indominable.

Inscribiendo lugarcitos en esta figura, se puede hacer un instrumento que se desequilibra. El fin, el objetivo de la evacuación de la significación es lo sugerido en primer aspecto por el alcance de nuestra experiencia. Hasta un cierto grado ¿cómo se opera con ella ya que no se lo hace tan fácilmente? Es en razón de las propiedades engañosas de la figura. Voy a explicarme.

La figura de la botella de Klein no es dada bajo un aspecto engañoso, porque es el aspecto bajo el cual la estructura nos engaña, es el aspecto bajo el cual parece que nuestra conciencia, que nuestro pensamiento, nuestro poder de significado se redobla como un doblez interno. ¿Lo que lo envolvería mediante qué? No tiene más que dar vuelta el objeto y creerán que este objeto del conocimiento es la envoltura de lo que él contornea.

Yo digo que esto no es dar allí algo del orden de lo intuitivo, que esto no es el esbozo de una estética trascendental, les invito a desconfiar más bien de las propiedades imaginativas, de lo que llamaba impropiamente "modelo".

Es que una verdadera botella de Klein, traduciendo aquí la palabra verdad, no toma esta forma bajo la cual se las dibujo, bajo un corte transversal, pero ustedes la imaginan en su volumen, en su redondez, cilindrifican cada una de sus partes, lo que les permite verla.

Pero una superficie topológica es algo que necesita la distinción entre dos propiedades: las propiedades inherentes a la superficie, y la que ella toma del hecho que ustedes ponen esta superficie en un espacio de tres dimensiones.

Lo mismo, todo lo que puede ser aquí imaginado de la significación fundamental de la relación microscópica-macroscópica, no tiene sentido más que para lo que las propiedades subjetivas inherentes a esta topología han hecho emerger en el espacio de la representación común, de lo que se llama comúnmente: intersubjetividad. Palabra de la cual he escuchado a un cierto número de personas, que no trabajan ya conmigo, gargarizar en el fondo de la garganta, creyendo dar en ella el equivalente de mi enseñanza. Qué eso haría que un sujeto comprenda a otro sujeto, que un vizconde encuentre a otro vizconde, etc., eso haría el fundamento del misterio y de la experiencia psicoanalítica.

La dimensión de la intersubjetividad no tiene absolutamente nada que hacer con la cuestión que estamos en tren de elucidar aquí; la verdadera forma podemos tratar de aproximarla, siempre para vuestra comodidad, metiéndola en nuestro espacio de tres dimensiones. Pero ustedes verán que ella les sugerirá - concerniente a los impases de los cuales se trata en nuestra experiencia - otra vía diferente.

En su esencia, ¿qué es esta botella de Klein?

Es simplemente algo vecino a un toro. Quiero decir a un cilindro que ustedes encurvarán para que se reúna por la sutura de los dos cortes circulares que lo terminan.



En lugar de ello supongan que a ese cilindro truncado le dejan abierto el corte circular, pero aquí, el otro corte circular los lleva, como la imagen de ese dibujo, de modo de dejarlo abierto y de modo en que la sutura es la costura.

Evoquen la práctica doméstica, de tal suerte que si toman una media cuya costura se ve del interior - si puede decirse - de tal suerte que si toman esa media, el exterior va a venir a unirse en el interior de la otra parte de la media, del otro lado. Tendrán, si la arrojan en el espacio de tres dimensiones de la intersubjetividad, a la vez algo abierto y cerrado, en tanto que esas superficies atraviesa más que porque ellas están en un espacio de tres dimensiones.

El mismo esquema que aquel que les recordaba representando la superficie de



Moebius que es esta suerte de lámina que es una banda. No pueden cerrarla más que por una superficie que se recorta ella misma, donde si no lo hace, la superficie de Moebius la atraviesa.

El sumergirla en el espacio de tres dimensiones es una necesidad, pero no define la propiedad de la superficie. Aún en el espacio de tres dimensiones, falta que esta estructura tenga una cualidad privilegiada que la distinga de otra, que es ésta: lo que viene a ocupar en mi esquema el contorno de esta entrada que lo especifica y hace de ello esta superficie donde las cosas no son orientables porque ellas pueden siempre pasar del anverso o del reverso. El lugar de esta abertura estructurante puede estar ocupado por no importa qué punto de la superficie, contrariamente a un anillo o un toro que no puede más que virar sobre sí mismo. Es en cada lugar de la tela que, por un simple deslizamiento, puede producirse este anillo de falta que le da su estructura, lo que es, hablando propiamente, lo que tratamos de considerar hoy en lo concerniente al fenómeno llamado: del olvido del nombre propio.

Todo lo que los teóricos, y especialmente los lingüistas han tratado de decir sobre los nombres propios tropieza alrededor de esto: que seguramente es más especialmente indicativo, demostrativo que otro, pero que es incapaz de decir en qué, por otra parte, tiene relación con los otros, esta propiedad de que siendo, con todo, el nombre más propio, en ese algo de particular. Lo que se desplaza, que viaja - si yo fuera entomólogo me gustaría ver a una tarántula llamarse con mi nombre - porque justamente se puede emplear contrariamente en eso que decir en la ocasión uno no puede imaginar en qué deslizamiento de pluma se puede emplear en plural - se dice: los Durand - se puede emplear un nombre verbalmente, en función de adjetivo, de adverbio. ¿Qué es ese nombre propio? En la ambigüedad de esta función indicativa que parece encontrar la compensación del hecho que sus propiedades de reenvío no lo son, devienen propiedades de desplazamiento, de salto. Es necesario a este nivel decir, como creo, que es eso en la cual Levy-Strauss alcanza, en su pensamiento, el nivel del capítulo Universalización del individuo como especie, en el "Pensamiento Salvaje". Trata de integrar el que el nombre propio no tenga otro uso específico que el costado clasificatorio, para que el pensamiento en su lenguaje determine un cierto número de oposiciones fundamentales, de recortes, de clivajes que permiten al pensamiento salvaje reencontrar el mismo método que Platón. Y ese nombre propio, no sería, en último término, más que aquel que estrecha las cosas de suficientemente cerca, para alcanzar al individuo en lo que tiene de particular. Levy-Strauss reencuentra el obstáculo, lo designa, hablando con propiedad, en que él reencuentra la función del dador de nombres. El nombre propio es el nombre que es dado; por el padrino, dirán ustedes. Eso podría bastarles si ustedes resuelven hacerse el padrino de algún otro. Hay toda suerte de reglas, de configuraciones, de intercambio de la estructura social.

Claude Levy-Strauss vendrá a decir que el problema del nombre propio no podría ser tratado aisladamente como parte del discurso, fuera de la función del uso. Es contra eso que elevaré la objeción de otro registro. Es también falso decir que el nombre propio es el cerco, la reducción al nivel del ejemplar único, al nivel del mismo mecanismo por donde ha progresado la especie humana.

Es también de consecuencias pesadas que, en la teoría matemática de los conjuntos se confundan los sub-conjuntos, que no comprenden más que un sólo objeto, con ese objeto mismo.

Es aquí que aquéllos que perseveran en su error, nos sirven de ejemplo. Bertrand Russell dice que lo demostrativo es el nombre propio. Por ejemplo, uno se pregunta por qué él no llama un punto sobre la mesa "Antonio" o a la tiza "Honorio". ¿Por qué eso nos parece absurdo? Hay muchas maneras de conducirlos en la vía en que yo los conduzco. En primer lugar, eso no vendría a la idea de nadie, porque ese punto, por definición, es en la medida en que es reemplazable; es por eso que yo no lo llamaré, por el contrario, llamaré lo que Diderot llamaba *"una vieja bata de alcoba"* (*"Une vieille robe de chambre"*).

Por hoy, para hacer el salto que les permitirá articularse mejor, no es como ejemplar, como único a través de un número de particularidades en la especie, que lo particular es denominado con un nombre propio. Es en este sentido: que él es irremplazable. Es decir que él puede falta, que él sugiere el nivel de la falta, el nivel del agujero y que no es en tanto que individuo que me llamo Jacques Lacan, sino en tanto que algo que puede faltar mediante lo cual ese nombre tendrá que recubrir otra falta. El nombre propio es una función volante, como se dice que existe una parte personal de la lengua que es volante. Está hecho para llenar los agujeros, para darles su obturación. una falsa apariencia de sutura. Es por eso que me excuso. La hora está demasiado avanzada, pero, quizá, es la ocasión para ustedes de ir a los textos y, comparando allí este olvido del nombre propio, ¿Qué es lo que verán ahí? Verán algo que se imaginará mejor si parten de la noción de que el sujeto es inherente a un cierto número de puntos privilegiados de la estructura significante que son, en efecto - esto por arte del discurso de Gardiner - a colocar en el fonema. Si Freud no ha evocado el nombre Signorelli - él lo dice - es en razón de circunstancias, en apariencia, enteramente exteriores, caducas, contingentes. El estaba con un señor en un coche llevándolo a Ragusa. ¿De qué se habla? Hay cosas que no se dicen. ¿Por qué? No se las dice porque se las ha reprimido. El hablaba de este hombre, un cierto hombre de ley (homme de loi). Se habla de unas cosas y de otras y, en particular Freud, evocando un hecho que le había relatado un amigo, habla de las gentes de ese país, que no está lejos de la Bosnia, que conservan toda clase de trazas de la población musulmana. Freud destaca hasta qué punto esos paisanos son respetuosos, deferentes, frente a quien se encarga de su salud, quien opera cerca de ellos como médico y, evocando lo que le relataba ese amigo, del cual sabemos el nombre, acerca de lo que esas gentes son llevadas a decir cuando el prójimo está cerca de morir. "Herr – responde el paisano - sabemos que si tú hubieras podido hacer algo, eso estaría hecho, él estaría curado. En tanto tú no has podido, que las cosas ocurran como Dios lo quiere. Es la voluntad de Alá". He ahí lo que relata. ¿Qué es lo que él no relata, y más especialmente, no relata a alguien a quien se acaba de exaltar la dignidad médica? No se relata que, vuestro amigo médico, os ha dicho que para esas gentes el precio de la vida está tan ligado a la sexualidad que, a partir de ese momento en que no hay nada más, por otra

parte, se han rápidamente desembarazado de ella. Hay un término que no es en absoluto indiferente a Freud. No puede decirse que ése sea un lazo que esté para él rechazado, en tanto que es en la medida en q ue eso interesa a su práctica. Recuerden ustedes la función en que él hace intervenir a un pequeño pueblo donde ha recibido la noticia de la muerte de uno de sus pacientes y el que él no pueda tolerar tal decadencia como la de la potencia viril. Es en ese momento que su pensamiento alcanzaba a los significantes del sexo, que él no avanzará. ¿ Qué quiere decir esto? Que algo que no está reprimido, él lo reevoca, los efectos no de una represión, sino de un discurso vuelto (*Unterdiückt*, *verdreigt*).

Un discurso sobre la media de seda cosida, en el interior y en el exterior; es levantado - pasado afuera - ¿Sobre qué trata eso?, ¿Qué es lo que ocurre para que algo se perturbe? Es allí que Freud ha puesto el acento. Es algo que tiene por resultado que, por Signorelli, ¿qué es lo que sale? Es que en ese fenómeno, que se llama olvido y que es, al fin, un mecanismo de la memoria, ante el agujero que se produce, se produce una metáfora de sustitución, pero una metáfora bien singular pues ella es el anverso de aquélla que les he articulado como la función creadora de sentido. Es una sucesión de sonidos puros, que vienen bizarramente : ese Bo de Boticelli, tan cerca de Signorelli, es hasta la O de Signorelli que flota. Esa *O* viene de otro corte de nombres propios: Bosnia-Herzegovinna. Ese *Herr* de la historia alrededor de lo cual gira algo. Quiero mostrarles que todo ocurre como si del hecho de la acomodación del sujeto sobre el *Herr*, poderosamente esclarecido por la conversación, puesto en la cima del acento de lo que acaba de hacer el uno al otro, el sujeto de la confidencia, como si el *Bo* viniera a ubicarse allí en alguna parte, en un punto marginal.

¿Qué es lo que designo sino el lugar donde el *Herr* concierne a Freud? Lo que Freud no dice, en su primer tanteo, porque la noción aún no ha emergido, plenamente, en la teoría analítica. No ve que el desconcierto está ligado esencialmente a la identificación. Ese *Herr* del cual se trata, que conserva todo su ahorro, que no quiere dejarse ir más lejos en la confidencia, es él, identificado a ese personaje médico y que se tiene en guardia con algún otro. ¿Qué es lo que él pierde? El pierde algo como su sombra, su doble, que no es de tal modo el *Signor* - esto es quizá ir demasiado lejos -. Yo sería, más bien, llevando a ver que la O no está perdida. ¿Es el *Sig-signans-signatum-SigmundFreud*, el lugar de su deseo en tanto que es el verdadero lugar de su identificación, en el punto de escotoma, en el punto ciego del ojo?

Lo que está articulado y sin solución es que, Freud, en múltiples casos así puntualizados, en el momento en que naufraga en reencontrar el nombre de ese Signorelli, ¿qué es lo que no cesa de mirarlo? El nos dice que, en ese momento, en el momento en que él buscaba, durante ese tiempo, la figura de Signorelli, que está en el fresco, en alguna parte a la izquierda, no cesó de estar presente provista de un brillo particular. Envío la pelota a alguien que me planteaba la pregunta, ¿qué es lo que queda escrito en el texto de su seminario cuando usted dijo : el sujeto donde se ve no es donde se mira?

El verdadero cuadro es el que mira, es él que mira, es él que mira a aquel que cae en su campo y el pintor es aquel que hace caer ante el otro la mirada Signorelli es en esta falsa identificación, ese recorte, ese rechazo a dar todo su discurso. Lo que él pierde de esta verdadera identidad cernida de ese agujero, de ese signo encarnada por una suerte de posibilidad del destino.¿ Qué es eso que sale sino es la figura proyectada ante él que no sabe ya desde dónde se ve, el punto desde dónde se mira? Pues ese S donde se constituye la identificación unaria del I - desde alguna parte todo se localiza - este S no tiene ningún punto. El es aquello en lo cual está afuera que es el punto de nacimiento, el punto de emergencia, el punto de creación, de lo que puede ser del orden del reflejo, de lo que se ve, de lo que se localiza, de lo que se instituye como intersubjetividad. Este relampagueo aparecido sobre la imagen de sí mismo le dice: el nombre está perdido. Freud nos deja su lengua al gato. Es la operación de ese punto de emergencia en el mundo de surgimiento, por donde lo que no puede más que traducirse por la falta, viene al ser.



Clase 5

13 de Enero de 1965

Es necesario que sepan que yo me pregunto si satisfago tanto como puedo, el deber de mi discurso. Lo que puede comportar de elocuencia es una complacencia en el lugar de mis auditores - no, como en más de un lugar se finge asegurarse de ello - una fuente para mí de satisfacción.

Esta suerte de cumplido sobre todo como viene de allí adonde dirijo un mensaje preciso, me deja aún más desengañado. Pero, en fin, si es a ciertos puntos de esta asamblea, a los cuales sé muy a quien me dirijo, a toda una parte de esas caras que veo y reveo al punto de localizarlas, de reconocerlas, por lo cual puedo interrogarme sobre lo que motivaba, aquí su presencia. Es ésa, una de las razones por las cuales he querido instituir el miércoles de mi seminario cerrado. Hablando con propiedad, aquél volverá a dar sentido a esa palabra seminario, en la medida en que espero que algunos vendrán a contribuir allí. Es por ello que he pedido que se me demande esa entrada, que no está hecha para ser rechazada, sino todo lo contrario. He tenido así la ocasión, para mí, preciosa, no sólo de ver - soy bien capaz en esta clase de ecos, de imaginar lo que pueden recoger tantas orejas tendidas a seguir mi discurso - de su boca el testimonio de lo que cada una de estas partes de mi auditorio viene a buscar, de lo que vienen a escuchar aquí.

Están aquellos que me dicen sin ambages que no comprenden todo, que después, consideradamente, vienen a darme el testimonio que se reprochan de haberse encontrado necios en la ocasión, se aseguran que no son los únicos. Tienen la ventaja de darse cuenta.

¿Qué quiere decir que no comprenden todo? ¿Qué ellos no comprenden? ¿Por qué causa? Porque aquí no puedo librar todo un contexto, que es el de los puntos de apoyo, que es donde trato de asentar lo que me parece concluir de la experiencia analítica; es que yo he avanzado más de lo que lo han hecho ellos.

Hablo para ese auditorio al cual hago alusión. No puedo dar ese contexto, quiero decir lo que me permite puntualizar aquí, qué correspondencia precisa, que puedo encontrar en la fórmulas resultantes de mi experiencia, no son enteramente decibles a todos en tal vía de búsqueda. Precisamente, por ejemplo, esas búsquedas de la última vez, sobre el nombre propio, donde la vacilación, hasta el desfallecimiento, la paradoja, adelantan fórmulas que tal pensador nos da.

Por medio de ese control que nos asegura estar, cuando abordamos un punto de coherencia, que podría decir global de toda nuestra experiencia, como aquel que anticipé la última vez, bajo el título de identificación, que nos da el testimonio que, a propósito del nombre propio - no sólo de los lingüistas, sino de los lógicos, no es inmerecido pronunciar la palabra de pensador, cuando se trata de Bertrand Russell - dudan, se substraen, hasta se equivocan cuando abordan ese punto de la identificación, a propósito del uso privilegiado que tendría el nombre propio, designando la localización del particular, tomado como tal.

Seguramente aquí somos responsables nosotros, analistas, quiero decir que no podríamos ser dispensados de aportar nuestra contribución. Si nuestra experiencia nos permite testimoniar de una función de oscilación, de vacilación dinámica, especialmente indicadora, por donde la función del nombre propio se encuentra tomada, de algo que es nuestro campo: el campo de la experiencia analítica - si merece ser designado como lo hago, de un cierto modo más integrante, más específico que otro - por interesar allí al sujeto.

Es por lo cual no es necesario que todos los que están aquí se presenten aún al nivel de su conocimiento, de su cultura, esos términos de referencia que pueden seguir siendo allí puntos de encoletado, ramificaciones, brotes suspendidos, puntos donde ellos tendrían que reencontrar su pie, en el surco de líneas al cual ellos se refieren. No perderán en su marcha el hilo conductor que han podido tomar aquí.

Hilo conductor. Palabra dada de un modo no ambigüo, y me aseguro que el lenguaje no tiene necesidad de estar cargado de erudición explícita de las referencias; el campo que tengo a recorrer me impide darles la lista cada vez. Aquéllos que están aquí no tienen necesidad de eso para reencontrarlo en sus trabajos particulares, si mi hilo les sirve de conductor.

Para todos aquellos que me aportan, de un modo que creo entender, ese testimonio la puerta de este seminario les está abierta por derecho, mismo si ellos no entienden àpresurarse demasiado y contribuir allí.

En todos y cada uno, para quienes mi discurso radical aporta, de cerca o de lejos, tal ayuda de todos aquéllos, deseo la presencia y pueden sostener que no se las rehusaré.

Mi demanda no era una exigencia, un acto de aligeramiento en bajar la cabeza bajo un arco en la entrada. Es un deseo de conocer a quién hablo, en la medida que pueda responder con más precisión a sus preguntas.

Es de destacar, aparte, ciertas excepciones eminentes o destacables. Me ha sorprendido, quizá, la poca prontitud de aquéllos que teniendo el mayor título para venir aquí a

contribuir, no hayan creído, por una u otra razón, precisarme lo que de ellos esperaba, a saber: los que estuvieron dispuestos a aportar aquí, en este círculo más restringido, la contribución de su trabajo.

Pienso haberlo precisado y repetido en su momento: ese miércoles cerrado quiere decir: entrarán allí los que estén provistos de esa carta.

Volvamos a nuestro propósito, el que les dejé la última vez, sobre el cual puntualizaba el momento al que habíamos arribado, donde, hoy, retomaré cual es el sentido de ese menudo aparato - ciertas distinciones que yo llamaría, que algunos han llamado la ternura, con la cual les he modelado esta forma - esa botella de Klein.

¿Qué es la fantasía? Es qué es necesario escuchar allí otra cosa que parábola? Para algunos la cuestión se renueva. ¿Dónde quiero llegar con esos modelos?

Pensé haber designado suficientemente el punto para el cual este modelo es especial, que forma parte de una familia que no es de ningún modo única. Evocándolos para vuestro uso: el toro, el cross-capp; esta introducción fundamental de lo que puede distinguirles unos y otros, esta singular superficie a anudarse de un modo específico en sí misma, que se designa en una banda con la propiedad de no tener más que una sola cara, que un sólo borde: la superficie de Moebius.

Mi discurso puntualiza esto: que la botella de Klein, o su imagen, de un modo tan sorprendente, da, en su esquematismo, un soporte manejable a la imaginación. La botella de Klein ilustra algo que se llama - en una superficie propia a retenernos - abrirse de alguna suerte la captura, en tanto que, al modo del toro, ella se presenta, de un cierto modo, como un cesto, en ese punto de brusco retorno que le viene en su propio discurso, por donde lo que viene de un lado se encuentra en continuidad, el interior con el otro lado, el exterior; el interior con el exterior, punto fácil de imaginar. Pero no es tan simple dar un esquema tan propicio para retenernos, si por otra parte, en el discurso hegeliano, por ejemplo, y en este admirable prólogo de la "*Fenomenología*" que Heidegger da a Holzweyt (sic) para hacernos un comentario, y que dos o tres páginas sensacionales, las cuales solas podrían bastar para dar la esencia del sentido de la "*Fenomenología*", especialmente del sentido del conocimiento - designa ese punto, el punto necesario donde puede acabarse el bucle.

En ninguna parte, mejor que en ese texto, se prueba la noción de bucle, la noción del saber absoluto, impulsando, de un lado, el sentido de ese sujeto supuesto saber - del cual les he hablado aquí a menudo - y que ustedes escuchan como el pensamiento que pone en el Otro, del cual no conoce su naturaleza, que pone este supuesto saber; que ya está en el discurso de Hegel, el sujeto identificado, el bucle del saber, mejor que esta metáfora después de todo, aproximativa y de la cual nada evoca especialmente a la imaginación, la naturaleza radical, el momento de retorno del conocimiento. No es vano, ni sin razón fundamental, sin que toquemos allí lo que llamaré las cosas como ellas son.

Es muy lícito para nosotros hacer uso filosófico para conducirlos en una cierta vía. Las fórmulas más comunes, las menos prendidas en apariencia por su pureza, nos indican un modo de estar más alejados aún, de un discurso echado a perder por todas las ambigüedades que se han dejado mezclar, en el uso del término existencia.

"Como ellas son". Eso quiere decir que para acercarse a las cosas, no tenemos que sorprendernos tanto de tener que hablar del sujeto como de una superficie, y sin duda, no está de ningún modo allí la razón. Si tuviera que introducir a alguien no habituado a nuestro discurso, la justificación de este procedimiento, diría: qué es lo sorprendente en lo que se trata de abordar - se trataría supongo de alguien que vendría de la ciencia de laboratorio - qué es lo sorprendente en lo que estamos habituados a hablar aquí, como de una superficie; de lo que se trata, el funcionamiento del aparato, que conocen bien, como el aparato nervioso - sin tener necesidad de entrar más lejos allí - puerta por la cual entró Freud en el momento en que, el sentido, la función interna neurótica, todo lo que se presenta como razón, es reductible a una superficie, todo lo que es red, puede inscribirse sobre una hoja de papel.

A saber, que él no llama de ningún modo - en su naturaleza la función no resalta, que parece ir de suyo - el hecho de nuestra experiencia del espacio real que se llama el volumen. No tengo que entrar aquí en una crítica previa, que sería la de la tercera dimensión, sino para asegurar que esta crítica previa, en el punto en que estamos de la experiencia filosófica, me parece que no ha sido bastante profundizada, como convendría. Escucho decir *nachtrlich*, por lo que nos aparece de disimétrico, la no analogía de lo que se constata en relación al sistema de las dos dimensiones, cuando se pasa a aquél de las tres dimensiones. A decir verdad hay allí algo de lo cual se podría decir, como de un ejercicio de escalas: ¡ están tan mal hechas !. Yo diría que, para abordar lo que allí es de la estructura subjetiva, sería suficiente justificación que nos atuviéramos a la superficie, a saber, a algo que nos satisfaciera de tal modo en el nivel de la experiencia subjetiva, en lo que ella tiene de más cercano, en lo que está en ese nivel que es recomendado aprehender. Esto no es de ningún modo un azar. El cuadro de caballete - del cual tanto extraje el año pasado para manifestarles eso de lo que se trata en la estructura de la pulsión escópica - se contenta con estar sobre un plano. ¿Quién me dirá que la arquitectura es otra cosa? Respondería con un arquitecto, que ella se define más bien como un vacío que como superficies, que los planos rodean ¿Qué es su esencia y su esencial estructura?

El instante de ver es siempre un cuadro. Afirmo contentarme con un estadio constructivo, una marcha de nuestro progreso, en suma de este manejo, de lo que hay de propiamente espacial en nuestra experiencia del sujeto, y si ustedes quieren de la res extensa, tal cual ella puede traducirse para nosotros. Entiendo, en la medida en que estamos forzados a hacer su purificación, su extracción por vías diferentes a las de Descartes, no ya a tomar este pedazo de cera, tomado de tal modo en lo maleable, informe y accesible a la reducción de todas sus cualidades, pero de lo cual puede ocurrírsenos la duda, si estamos menos seguros que aquél de la ausencia de trama común entre *res cogitans* y res extensa, si pensamos que la *res cogitans* nos libra un resto dividido dispuesto bajo el golpe de los efectos del lenguaje, si ya en esta esquizia, esta división, no estamos llamados a hacer intervenir un esquema que no es de ningún modo extendido, pero que es pariente de ello. Hablando propiamente: el esquema topológico, por el contrario, es algo que nuestra experiencia nos ordena introducir y justamente en la medida en que ella anuda para nosotros, estrechamente, al fundamento del sujeto, el lugar que le es propio. Si, en efecto, en la relación al lenguaje que él determina, su estructura es el lugar del Otro, el campo del

Otro quien va a comandar esta estructura - ese campo del Otro, que enuncio aquí como el incentivo de lo que ofreceré este año - ese campo del Otro se inscribe en coordenadas cartesianas, en un espacio de tres dimensiones, no ya de espacio, sino de tiempo.

Pues en la experiencia creadora del sujeto en el lugar del Otro, tenemos que tener en cuenta, verdaderamente, un tiempo que no puede, de ningún modo, resumirse en el indicativo; en la estética trascendental de elementos recibidos, tentativa de describir el conjunto del mundo en términos de acontecimientos.

Estas tres dimensiones en lo que su lugar - en un artículo que espero será puesto al alcance de los que quieran leerlo: *"El tiempo lógico o la función de certeza anticipada"* - viene a ligar su instancia, a aquello de lo cual se trata en ese punto privilegiado de la identificación. En toda identificación, hay lo que yo *llamo "el instante de ver", "el tiempo para comprender" y "el momento de concluir"*. Reencontramos allí, lejos de ser idénticas, las tres dimensiones del tiempo.

El instante de ver no es quizá más que un instante. No es de ningún modo, sin embargo, enteramente identificable a lo que he llamado el fundamento estructural de la superficie del cuadro. Es otra cosa en eso que hay de inaugural. Se inserta en esta dimensión que el lenguaje instaura como sincronía, que no es de ningún modo confundible con la simultaneidad.

La discronía es el segundo tiempo donde se inscribe el tiempo para comprender que no es función psicológica, pero que si la estructura del sujeto representa esa curva, esa aparente solidez, ese carácter irreductible que tiene una forma, como la de la botella de Klein. El término comprender, está, por nosotros, en aprehender por el gesto que se llama aprehensión, que permanece irreductible a esta forma de la superficie que las manos pueden tomar, y que es la forma de aprehensión más adecuada.

No es suficiente creer que ella está allí, groseramente imaginaria, reductible o tangible, seguramente, no. Pues si es allí que puede llevarse la noción de Begriff, de concepto, que yo deba contentarme con ello para tal aspecto de la experiencia, verán que es un modo de abordaje infinitamente más sutil que el de la oposición de los términos : extensión-comprensión.

El tercer tiempo, o la tercera dimensión del tiempo en la cual conviene que veamos lo que tenemos que localizar, a dar las coordenadas de nuestra experiencia, lo que llamo el momento de concluir, que es el tiempo lógico que signa expresamente, que se encarna, en el modo de entrada en su existencia de aquello que se propone a todo hombre, alrededor de ese término ambigüo, en tanto que no está en absoluto agotado el sentido y que más que enuncia, vive ese sentido vacilante : *"Yo soy un hombre".* Más aún al nivel de la experiencia analítica, hasta en esta identificación, la vista a partir del semejante, la experiencia que se lleva por los caminos contorneados sobre ellos mismos, los ciclos que cumple en proseguirse alrededor de esta forma tórica, de la cual la botella de Klein es una forma privilegiada.

Los golpes de cerco, los giros, las vueltas, la ambigüedad, la alienación, lo desconocido de la demanda después de ese tiempo para comprender, es un momento, el único decisivo, el momento en que se pronuncia ese *"Yo soy un hombre".* Lo digo rápidamente por miedo a que los otros lo hayan dicho antes que, no me dejen sólo detrás de ellos.

Tal es esta función de la identificación, por lo cual la botella de Klein nos parece la más propicia para designar, si designo eso una vez más, lo que es impropio de llamar los contornos, en tanto que no tienen nada de específico. Se los mostraré de alguna manera por la cual el aspecto del uno en el otro, está acomodado hasta la utilización que se puede hacer, de tal o cual, de sus recesos.

Ese no es un contorno, sino que se llega a esta forma muy particular, la cual reencuentran aquí, viniendo a insertarse sobre el orificio circular por donde está marcada la entrada posible en los dos espacios encolados, que define esta superficie en la medida en que la definimos en el espacio. Conviene distinguir las propiedades internas del espacio.

Sobre esta superficie, no porque sea un juego, sino un soporte esencial, vamos a ubicar los tiempos mayores de la experiencia. Vamos a marcar y definir que, si esta forma es una de aquéllas en la cual podemos dar el soporte más adecuado a lo que yo pienso - en el punto de donde les he articulado las cosas para hacerles escuchar esto sin prestarse a malentendido - sobre lo que está bajo la estructura del lenguaje, no sin substancia, no sin *hypokeimenon(10)*, sino el *"bajo"*, en tanto que yo digo que el sujeto es lo que el significante, como tal, representa cerca de otro significante. Esto que está bajo la trama del significante en la medida en que debemos considerar a todo sistema de significantes como constituyendo una batería coherente que, implícitamente, debe bastar, y no es muy necesario para el uso decir, el sujeto definido así como lo que del significante se representa en el interior del sistema del significante; está allí lo que entendemos por el sujeto. El sujeto tiene una forma tal como aquélla, pues el sistema de nudo, de lazo a sí mismo, de costura a sí mismo de la superficie, es extremadamente limitada. Aquélla tomada como ejemplo nos permite el abordaje más accesible, al menos para el tiempo presente de mi exposición.

Allí se halla lo que representará el ejercicio efectivo de ese significante, lo que se llama: decir o palabra. Esa será la traza de algo que podemos concebir como línea, corte. Esa será la traza de algo que, sobre esta superficie, se inscribe.

Tomemos esto que parece sugerir esta parte tórica de la botella de Klein, la curva las vueltas, el recorrido de algo que no se somete más que a la única condición de no recortarse. Esto nos lleva a una progresión a la vez circular y forzosamente progresiva, en tanto que, de volver atrás, ella no podría más que recortarse, lo que está excluido por el encauzamiento que hemos dado a un cierto tipo de corte. Llegamos a esto: que la demanda como tal, si lo que yo llamo demanda es ese movimiento circular que tiende a ser en sí mismo paralelo y siempre repetido, en la medida que ella no es en absoluto esencial a ser reducida, la demanda de satisfacción de la necesidad, de donde una psicología empírica tenderá a hacerla partir, pero ella, es aquello en lo cual el discurso se inscribe en el lugar del Otro, en tanto que eso que se dice en el lugar del Otro, es una demanda, aunque para la conciencia del sujeto, ella esté oculta.

La esquizia causada por la demanda del sujeto **($(D).**

Por el momento entendamos que la demanda está definida como el discurso que viene a inscribirse en el lugar del Otro. La demanda, desde donde ella parte, progresa necesariamente hacia un punto, que es aquel que designo como el punto de la identificación.

Es, precisamente, en efecto, acerca de lo cual testimonia la experiencia analítica - y lo que en la ignorancia, o no, de los habladores, de los teóricos, sepan o no su alcance y por ellos ubicada toda la doctrina de la experiencia analítica - que pone todo su registro sobre esos tres términos : la demanda, la transferencia y la identificación. Que efectivamente, no se base, no se aprehenda, no se justifica hasta un cierto punto. Aunque si vengo para introducir que otra dimensión es necesaria, sin lo cual aquélla, tal como está definida, permanecerá encerrada en esta forma, que indefinidamente girando sobre ella no será ubicada la certeza de un punto de detención en ninguna parte.

El año pasado he indicado en qué sentido debíamos ubicarlo por relación a lo que podemos llamar la figura, la función de la transferencia, el sujeto supuesto saber. Tendremos que revocarlo. Lo que quiero simplemente presentificar a vuestra mirada, es este punto preciso, donde lo que he dibujado como el bucle de la demanda, se compromete al nivel del punto de retorno, de retroceso, la superficie. Para hacerles sentir esto del modo más simple posible por el empleo de los factores, para esquematizar la botella de Klein, del mismo modo que ustedes podrían esquematizar un toro cerrado en su primer enrulamiento cilíndrico, hagan de ello un lazo.

Lo que se producirá hará un nudo de un modo que es inverso el uno por relación al otro, por el único hecho de esta inversión; cuando la demanda apunte a comprometerse en las facetas del punto de retorno de la superficie, tenemos un aspecto diferente del bucle por los cuales los giros se enlazan el uno al otro. ¿Qué ocurre? Es que el bucle hace una vuelta para reflejarse sobre el borde de lo que llamaremos el círculo de retorno. Eso ocurre en lo que podemos llamar el falso toro de la botella de Klein, y de nuevo ella pasa en esa especie de mitad de tubo que constituye a ese nivel. En el momento en que cada una de las partes se integra de este modo especial, es fácil demostrar que el número de esos puntos de vuelta, no pueden estar más que para que, la demanda del Otro sea invertida; eso será en el sentido propio de las agujas del reloj o inversamente.

Es importante captar que aún en este nivel radical tan simple como posible, que en la función del lenguaje, tratamos con una realidad orientable, pues si los aspectos que presenta esta figura, no tienen más que un carácter contingente en el interior de la superficie, en ninguna parte el punto de esos retrocesos se manifiesta de modo tangible para la superficie misma. Inversamente, la superficie o lo que sea que allí habita, no puede percibirse de qué naturaleza de superficie es ella, en razón de ese fenómeno que los recorridos que se hacen allí son ubicables como no orientables. Dicho de otro modo, son ubicables como pudiendo reencontrarse en un punto cualquiera como invertidos.

De no considerar más que las propiedades internas de la superficie, hay una derecha y una izquierda de un trazado, de un puro trazado de discurso. Es ubicable que una cosa es levógira o dextrógira, Independientemente del fenómeno de espejo, en la superficie no se mira. Es conocida la posibilidad de que las cosas giran en un sentido, giren en el mismo sentido; puede hacerse que lo que puede girar allí en un sentido, pueda girar en un sentido contrario. Es lo que nos permite abordar ese algo alrededor de lo cual gira la dificultad y los tropiezos de la teoría analítica.

Si las cosas son como se las describe, si no podemos aprehender de ningún desarrollo el progreso del inconsciente, en tanto que es semejante de la traza del discurso, del corte, en ese velo singularizante topologizado que acabo de darles del sujeto, como siendo el sujeto de la palabra determinado por el lenguaje. Tenemos allí el único soporte válido - que no se encuentra para nada en la gracia de las más groseras imagenes - que es dado en la segunda tópica de Freud, del ideal del yo, hasta del superyó. Es en tanto que podemos llegar a aprehender los puntos nodales y el de la identificación. Es en tanto que semejante esquema nos permite que podamos tratar de abordar de un modo diferente, del modo en el cual ella se formula en la teoría analítica, de manera satisfactoria para todo lector capaz, de lo que tiene relación con el inconsciente estructural.

Esto es todo lo que justifica tantas elucubraciones, distorsiones, alrededor del yo, tantas formas atípicas, anormales, dominantes del super yo. Esto es, en esta búsqueda reencontrada en nuestra experiencia, hecha de los tropiezos, en los puntos analizables de lo que se llama impropiamente: "los análisis de material"'

Trataré de sugerirles, para una parte de ese material, que Ello nunca habla más que palabras. No hay una página, en la *"Psicopatología de la vida cotidiana"* - cualquiera sea la diversidad que se encuentre en este volumen - donde no estemos enfrentados a lo que entra en juego en el significante. Cosas que tienen valor de significante sin que, ningún intercambio, metáfora, no sea nunca aprehendido, accesible, comprensible. Seguramente, allí aprehendemos la divergencia, la ambigüedad, las dos partes que de ese hecho se proponen y que son, tanto por Freud, como por los autores, subrayadas, a saber: que en ciertos casos dominan lo que se pueden llamar los efectos de significación. Pero que, en otros casos, debo decir esto es lo que más sorprende, en la época en la cual, no había otros recursos más que ver la contingencia de las trazas narcisísticas, está el caso que opera esencialmente, no sobre la significación, sino sobre alguna cosa que llamo provisoriamente - y que ya he dicho ante ustedes - no-sentido.

Lo que no quiere decir ni absurdo, ni insensato. No-sentido; él es lo que hay de más positivo, de más nodal en el efecto de sentido, a saber, en algo que se encarna en esos efectos de olvidos de nombres propios, tan ricos, tan esclarecedores en el texto de Freud.

Es allí, entonces, que encontraremos el campo del primer descubrimiento analítico, que quiere decir que otra cosa fue necesaria - aunque de manera oscura y descarriada, que es la última reencontrada, esto es: la estructura de soporte. Es a ello que ayuda a suplir esta tópica singular que retumba a menudo en las vías de la psicología más errónea, es allí que se trata de constituir algo pura y simplemente, de más verdadero, si damos aquí, a ese término de verdad, la orientación de lo que, simplemente, quiero decir, lo que no es la misma cosa que el uso que hago de ello en otros registros. La palabra verdadero tal como yo la empleo quiere decir: real.

Pues o esto es algo en su género que está en escuchar como lo real, siendo ese real que estamos muy prestos a admitir como siendo la dimensión de lo imposible, lo real, donde todo lo que yo les digo, no tiene ningún lugar de ser.

Si partimos de allí - lo cual ilustraré la próxima vez -, mostrándoles como eso nos permite avanzar en eso de lo cual se trata, a saber la coherencia de los puntos sensibles de la experiencia analítica; lo que nos permite avanzar en la institución misma de la lógica y nos permite superar esos impasses extravagantes donde vemos proliferar en la época moderna esos sistemas tan satisfechos de ellos mismos, infautados de la lógica simbólica, que no ven que, criticando a Aristóteles se sumergen en vías de impasse. Ellos no pueden proponer algo que se llama metalenguaje, en tanto que ellos no son más que extractos y no esencia.

Me gustaría, en tanto que no puedo en la posición en la cual estoy, con lo que tengo que recorrer como camino, comprometerme en la crítica del libro de Bertrand Russell, texto fascinante; verán que el edificio del lenguaje, enteramente arbitraria, lenguaje hecho de una superposición de un edificio en número indeterminado de sucesivos metalenguajes que supondrían, en la base, un lenguaje objeto.

Esta concepción del lenguaje, como debiendo ser comandado por la teoría de los tipos, del nivel de información de la verdad, primer lenguaje, lenguaje objeto. Segundo nivel: *"Yo he dicho que esto es verde",* metalenguaje. *"Yo no habría debido decirlo".* La negación supone un tercer piso del lenguaje. Suposición que no podría aprehender en nada lo qué es la constitución del sujeto, a saber lo que pone al hombre en posición de tener una relación de lo que puede decir ser, de lo que él elude en una fuga desatinada. Todo ello reposa en la necesidad de evitar las paradojas. La paradoja del mentiroso el pretendido impasse del juicio. Es importante para nosotros, analistas, ver que la objeción no tiende, y no tiene necesidad de ser relaciónada con la teoría de Bertrand Russell para ser superada, a saber que todos los catálogos no se contienen ellos mismos.

Por hoy, les digo sobre qué camino les conduzco. Espero conducirlos, para que podamos discutirlo, sobre puntos de detalles, para que pueda recibir allí tal contribución. Se trata de esto: que se dibuja del modo claro, el punto de la primera aprehensión que resulta de la lectura de la *"Psicopatología de la vida cotidiana",* el efecto de significación. Si algo no va, es que usted desea eso, algo que significa, por ejemplo, matar a vuestro padre.

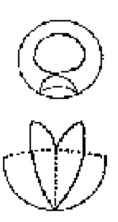
Pues esto no es de ningún modo suficiente por la razón, que no es tal o tal deseo, más o menos fácilmente descubierto en un tropiezo, de una conducción que puede hacerse en un volumen de la relación al lenguaje. Lo que es importante es que el lenguaje en un punto que no concierne al deseo, esté allí interesado simplemente como delimitación como, por otra parte, diciendo eso, no dice simplemente que yo deseo.

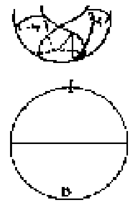
Lo que Freud descarta desde el inicio es un trastabilleo de palabras, en el sentido en que sería una paráfrasis, en el sentido motor del término. Esto es un trastabilleo de palabras que es un trastabilleo de lenguaje, que es en función de una sustitución fonemática, que es ella misma traza, que puede conducirnos al resorte de eso de lo cual se trata. Es en ese sentido que el deseo interviene y del deseo de matar a mi padre soy reenviado al nombre del padre. Es alrededor del nombre y no, de ningún modo, de confesión alrededor de no importa cuál tropiezo de palabras, es alrededor del nombre que se hace la localización freudiana. Ese nombre del padre si consideramos la estructura de la experiencia freudiana, ese nombre del padre, es allí que está el misterio, pues es en razón de ese nombre del padre, que mi deseo es conducido a ese punto doloroso, crucial, que es el de matar a mi padre y más aún, que yo tenga el deseo de acostarme con mi padre, bajo el significante del nombre del padre. Es esto lo que se trata de seguir en el enunciado de Freud, para ver allí la solución, a saber, lo que él llama el carácter contagioso del olvido de los nombres, y en el caso que se encuentra al final del primer capítulo, les mostrará que es porque todos los asistentes a un cierto diálogo se encuentran juntos, tomados en algo que sin duda tiene que ver con un deseo, no importa cual, que es un mismo nombre propio que conocen todos - título de un libro no muy brillante, '*Ben Hur*" - una encantadora jovencita creyó deber decir que ella encontró allí algo esencial. ¿De qué se trata en este ejemplo? De algo que tiene, quizá, relación con un deseo, pero que pasaba por esta vocalización, esta emisión de voz que se habría formulado por *(Ich) Bin hure*: *"Yo soy la puta(11)"*

¿Dónde está lo importante, lo decisivo? Es que esta declaración oculta la sortija que pasa a través de esta jovencita y los jóvenes que la rodean, a saber, algo que tendería a hacer salir el deseo de cada uno, donde veremos la garantía que esos deseos tienen un factor común, pero que en todos, algo que interesa a la declaración del nombre propio, en la medida en que, en toda declaración, la identificación del sujeto - cualquiera que sea la distancia donde se produce la relación al nombre propio - la identificación del sujeto está interesada. Es a este nivel que se sostiene el resorte, el modo del cual tenemos que definir topológicamente de lo que se trata en el análisis, es precisamente la localización del deseo. No de tal o tal deseo, que no es más que sustracción, metonimia, hasta defensa, como es su figura más común cuando se trata de localizar ese deseo donde el análisis debe encontrar su término, sobre todo su acento, si como lo hemos anticipado es el deseo del analista quien es el amo del análisis; ese deseo debemos saber definirlo topológicamente en relación con ese fenómeno que le está ligado de un cierto modo que no hacemos más que aprehender, a saber, la identificación.

Allí estará el sentido de mi discurso, allí donde lo retomaré la próxima vez..







Hemos avanzado en ese problema que es para el psicoanálisis el de la identificación. La identificación que representa en la experiencia el progreso, el paso que he tratado aquí de hacerles franquear en la teoría, que telón que nos separa de este punto de m ira que es el nuestro, en tanto irresuelto, y que hemos puntualizado el año pasado como siendo el momento necesario sin el cual resta en suspenso la calificación del psicoanálisis como ciencia: he dicho, el deseo del psicoanalista.

La identificación. Trato en una topología de reatrapar, en una suerte de haz de reunión de hilos más simples, que todo eso de lo cual ustedes testimonian, los giros y las vueltas, el laberinto de la lógica moderna, en la medida en que, entre clases, relaciones y número, ella va a hurtarse, ante ella misma, al modo de la mosca en el vaso del prestidigitador. De lo que se trata es de aprehender lo concerniente a la enunciación de lo idéntico.

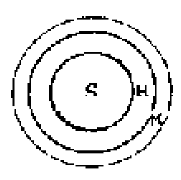
En fin, para facilitar vuestro acceso a nuestro camino de hoy, voy a partir de la forma más vulgarizada, - cercada después de dos siglos, es el caso de decirlo, en este problema de la identificación - la imagen del círculo de Euler, tan sorprendente que no hay estudiante que, pudiendo tener abierto un libro de lógica, no pueda despojarse de su simplicidad. Ella está fundada, en efecto, sobre lo más estructural. Si es engañosa es, precisamente, por dar seguridad sobre lo que se llama un punto particular, un punto privilegiado de la topología: su falsa simplicidad.

El círculo que define la clase, círculo él mismo incluido, excluido, sus recortes con otro círculo, hasta varios, ellos mismos supuestos como representando los atributos de la clase a identificar.

No tengo necesidad de reproducir en el pizarrón lo que ya ha sido trazado en tanto que una primera vez he abordado el silogismo cuya conclusión es :

Sócrates es mortal.

Los hombres son mortales



Este extraordinario atrapa-bobos formado por Euler, según el modo de la época -ha habido un buen gran siglo la inversa de lo que se ha llamado, por otra parte, el siglo del genio - de ser fascinado, como lo testimonian las obras aparecidas en este siglo, de ser fascinado por esa obra, impensable para ellos, que era la educación de las mujeres, para una princesa, en más, que haya forjado de ello esos círculos que adornan vuestros manuales.

Una preocupación tan tenaz, recela siempre una subestimación del sujeto apuntado, que

lleva suficientemente sus marcas en todas las obras que se intitulan con este fin. Por otra parte, pienso, que es en la medida en que Euler, que no era de ningún modo un espíritu mediocre, se dirigía a una morada, que él puso en circulación esos círculos cautivantes, pero, de los cuales, espero mostrarles que dejan escapar lo esencial de lo que entienden rodear.

En fin: no es sorprendente que eso ocurra en un tiempo en que la figura estaba, de algún modo, integrada a la imagen mental. Como de la esfera puede surgir un círculo, como se hacía en tiempos romanos, sin inquietarse cuando aparecía que círculo, según la superficie en que era trazado, delimita lo mismo en el exterior que en el interior. Lo que ustedes encierran es todo el resto de la máquina redonda.

Prestemos, entonces, un poco de atención antes de manejar el círculo, y sobre todo no olvidemos que su mérito mayor en la ocasión, es el de darnos, por su forma, una suerte de sustituto de lo que he llamado el sentido, que hago provenir de la comprensión, en el doble sentido de la comprensión verdadera, del Begriff, sobre lo cual el Begriff se cierra, es esta toma de la cual el círculo de la imagen. Es el corte de esta parte tórica de nuestra superficie la cual va a llevar nuestro discurso de hoy, en parte, y por otra parte dando solamente de esta comprensión, una imagen. El es el mejor soporte de todos los engaños. Comprensión y extensión pueden ser confundidas. Que se imaginen el conjunto número de los objetos. Las condiciones numéricas del número, carácterísticas clasificarorias al menos de lo que nos permite aprehenderlo en la función de las significaciónes, la localización numérica es de otro orden. Cosa sobre la cual no me comprometeré, tipo de cuestión que he querido reservar a la parte cerrada de este curso, que tomará nombre de seminario.

La homología de la función que toma el nombre de número en tanto que no podría ser distinguido de la función del número entero, la homología, en el sentido en que es más sorprendente aún, más necesario que las indicaciones que he podido darles de la función del nombre en tanto que abre algo, que abre un círculo de una naturaleza muy especial. Círculo privilegiado que marca el nivel de reflexión de la botella de Klein. El número ocupa, de modo evidente, en el análisis de su estructura por los problemas que él plantea a los matemáticos, no podría tolerar que ningún punto de su lenguaje no pueda, no sea construido, de tal suerte, que no aprehenda varias suertes de objetos heterogéneos a la vez, los privilegios, las resistencias de la función del número entero en esta generalización matemática.

He aquí lo que plantea problema a los matemáticos, lo que nos impulsa a esfuerzos considerables. La cuestión es saber si ellos han superado la función del número en la de las clases, lo que será tratado, entonces, en nuestro próximo encuentro cerrado. Sería suficiente indicar en conexión con la figura del círculo que se llega a seguir la búsqueda matemática, que se llega a un esquema estrictamente homólogo de aquel que aquí he anticipado como el significante representando al sujeto para otro significante. Teoría matemática, que representa, a la vez, la solución. Esto es lo que pongo en cuestión, y el colmo de esta tentativa de reducir, de reunir la función del número entero en el lenguaje matemático culmina en la fórmula siguiente:

$$\frac{1 - 1 - 1}{0}$$

De allí puede esquematizarse del mismo modo que les he mostrado como el sujeto se vehiculiza de significante en significante, representando cada significante para aquel que lo sigue, esto es, bajo el 1 del cero para la serie de los unos que van a venir. El descubrimiento condicionado por la búsqueda lógico-matemática, más reciente, el descubrimiento como necesario cuando el cero, la falta, es la razón última de la función del número entero.

Que el uno originalmente lo represente, y que la génesis de la díada para nosotros muy distinta de la génesis platónica, en esto que la díada está ya en el 1 en la medida en que el 1 va a repErsentar el cero para otro 1. Cosa singular que lleva en sí la necesidad del N + 1; justamente de ese cero que se agrega allí, han sido necesarios largos rodeos del análisis matemático para algo que se da al nivel de la experiencia del niño.

Es necesaria la fatuidad de los pedagogos para haber puesto, al nivel de los tests, la minusvalía mental del niño que dice : "Yo tengo tres hermanos: Pabli, Ernesto y yo", como si justamente no fuera de eso de lo que se trata, a saber que yo (moi) debo estar en dos lugares, el de hermano y el del que lo enuncia. El niño sabe más de eso. Tratando de reproducir una palabra para poner a prueba a su nieta, los balbuceos, no de la enunciación del número, sino de su puesta en uso; me ha sorprendido que en ninguna parte Piaget - que está lejos de carecer de suficiente cultura en el dominio de la lógica - saque partido. El hace surgir de ello el nivel donde pretende reducir el abordaje del pequeño niño en lo concerniente a la enumeración de los objetos, a un tanteo sensorio-motor, precisamente con una niñita de cuatro años y medio. Es probablemente jugando con ella - digo probablemente, porque no se está jamás seguro - según las fórmulas piagetianas, a saber, esos famosos: vaso, cuchillo, cuchara, llegar a ser, siguiendo las fases, poniéndolas en la prueba del conteo, "la pequeña me dice "cuatro", por tres vasos. ¿Verdaderamente? *"Si dice ella, uno, dos, tres, cuatro, sin duda".* El cuatro es su cero en tanto que es a partir de ese cero que ella cuenta, pues ella ya es el pequeño círculo, el agujero del sujeto.

He buscado ese círculo, he pedido a alguien buscármelo en el famoso texto de Pascal; gracias a los cuidados de los innumerables universitarios que se han encargado de dar reclasificación personal a sus pensamientos, cuyo orden se basta bien a sí mismo, son necesarios tres cuartos de hora para reencontrar en esos paquetes las cosas más simples. En la edición Havet está en la página 72, donde encontrarán la referencia de esa esfera infinita.

"Esfera infinita cuyo centro está en todos lados y la circunferencia en ninguna parte".

Esto es importante porque, además, Pascal es nuestro amigo, si puedo decirlo, al modo en el cual lo es aquel que nos guía en todos nuestros pasos: el neurótico que él era. No es

para disminuirlo. Saben bien que aquí no es la nota de la psicopatologización del genio lo que damos. Es suficiente abrir las memorias de su hermana para ver hasta qué punto sus angustias han podido tomar raíz en la aversión de la cual testimonia precedentemente - de la cual es sorprendente verlo testimoniarse por su hermana - mejor condición para dar crédito a su testimonio: ella no comprende nada de lo que dice. El horror llevado hasta el pánico, la crisis negra de Pascal cuando veía a la pareja parental aproximarse a su lecho, de lo cual es necesario tener en cuenta, a condición seguramente, de estar en estado de plantearse la cuestión de saber cuáles límites la neurosis debe imponer al sujeto. No son forzosamente los límites de adaptación, sino quizá, rodeos metafóricos, y es por eso que ese mismo hombre, a quien debemos este ejemplo prodigioso de audacia, que es esa famosa apuesta sobre la cual se han dicho tantas cosas vistas del punto de vista de la teoría de la probabilidad, pero a la cual es suficiente acercarse para ver que es la tentativa desesperada de resolver la cuestión que tratamos de promover aquí, la del deseo como deseo del gran Otro.

Esto no impide que esta solución sea un fracaso, ni que Pascual, en el momento en que nos formula su esfera infinita cuyo centro está en todos lados, haya tropezado sobre el plano metafísico; cualquiera que es metafísico sabe que es lo contrario: si hay esfera infinita, de la superficie de la cual se trata, lo que es circunferencia está por todos lados y el centro en ninguna parte. De lo cual espero convencerlos en la aprehensión de esta topología.

En efecto; para retomar lo que la última vez les señalaba, si es el juego de esta superficie lo que comanda aquello que ocurre al nivel del sujeto, si el sujeto está a concebir como guiado por las envolturas, pero también las reversiones, los puntos de reversión de esta superficie, no más que la superficie misma - si puedo decirlo - esos puntos de reversión que él no conocía. En esta superficie él no puede conocer ese círculo de retroceso. La cuestión que se plantea es dónde nosotros podemos aprehender la cuestión de ese círculo privilegiado. No está para nada en concebirlo de modo intuitivo, no es necesario que sea círculo, es posible llegar al círculo por un corte. Pero si ustedes practican ese corte, la superficie no posee nada de su especificidad. Todo se pierde. Ella se presenta, semejante a un toro al cual ustedes hubieran practicado el mismo corte.

La cuestión de lo que ocurre al nivel del círculo de reversión es lo que quiero aproximarles, en la medida en que podemos hacer allí cuestión. El modelo de lo es puesto en cuestión para nosotros, por la función de la identificación.

La última vez he recordado que las espiras de una traza proseguidas sobre la superficie externa de la botella de Klein, que ven aquí representada entera a la izquierda, es representada parcialmente a la derecha, a saber, el punto que nos interesa, en los abordajes de lo que vengo a llamar círculo de reversión, de retroceso, como ustedes lo entienden.

Las espiras de la demanda con su repetición sobre un toro ordinario, como lo he largamente desarrollado otra vez, en relación con la estructura del neurótico, llegarán a volver sobre ellas mismas, recortándose o no, hasta sin tener que recortarse, pero se prosiguen, como es fácil figurarlo una vez. El contorno del toro cumplido, insertándose en el interior de esas espiras, podrá proseguirse indefinidamente sin que aparezcan esta serie de giros suplementarios que serán cumplidos, al hacer el giro del borde, de su giro central. En la botella de Klein que nosotros vemos, no se prosiguen por una necesidad interna en la curva. Es alrededor de la demanda de tener que inclinarse sobre el círculo de reversión, de un borde al otro de ese círculo para permanecer en la superficie donde ella vendrá necesariamente, habiendo franqueado - lo que les he representado de ella, medio círculo, habiendo franqueado ese paso, antes siempre de franquearlo ante un número impar de semicírculos, deberá reaparecer del otro lado tórico de la botella de Klein en un giro en sentido contrario, como lo indican las flechas. A la derecha giramos en el sentido de las agujas de un reloj, mirando el mismo lugar, es en el sentido contrario de las agujas de un reloj que viene a operar la espiral. Este es el favor, tocado aquí por nosotros, que presenta esta figura topológica, ella nos libra el nudo - si puedo decirlo - intuitivamente, en tanto que se los represento por una figura, pero que no tiene necesidad de esta figura de un modo más obscuro, más opaco que pudiera hacerlo soportar por ustedes por una disposición reducida de algún símbolo algebraico, agregando a ello vectores que serían más opacos para vuestra representación.

Esta figura, con su llamado intuitivo, la destino a permitirles comprender la coherencia que hay en ese punto que definimos como rodeando las condiciones, los favores, las ambigüedades, las trampas de la identificación.

Para hacerles aprehender la conexión de ese punto que es para nosotros, en la clínica analítica, la reversibilidad esencial de la demanda, que hace que, en el juego dinámico del complejo no haya fantasma de devoración que nosotros no (...) que para implicar en algún momento en su inversión propia, resultando en esta inversión y dirigiendo el pasaje al fantasma de ser devorado. Para aprehender la coherencia con el punto focal, las determinaciones que van a permitirnos anudar la localización de ese punto focal, aprehender la coherencia de ese punto de experiencia, que llamamos confusamente la identificación, y al mismo tiempo precisar lo que tiene de ello y de esta identificación. He allí en lo cual avanzamos y es lo que dirige nuestro paso.

Una cosa es segura: yo les he hablado de los espirales de la demanda, ustedes me permiten no motivar más, es algo accesible - quiero decir no demasiado difícil - el acordarme de hacer la prueba de la consecuencia. Yo no estoy aquí para proseguir un discurso que se astringe a no hacer salto lógico.

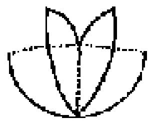
Lo que nosotros llamaremos un enunciado en el sentido en el cual nos interesa, donde tiene incidencias de identificaciones, no de identificación analítica, sino analíticas y conceptuales. Esto es, en efecto, lo que queremos precisamente simbolizar por un círculo cercano; lo que nuestra topología nos permite distinguir del círculo de Euler, que no hay que elevar contra él la objeción que hemos elevado en su momento, a saber, que ese círculo puede llegar a ser dos campos equivalentes: en el interior y en el exterior. Más allá de lo que el círculo de Euler podría llevar, aparentemente, sobre un plano, tiene sin embargo este alcance de poder reducirse a un punto. Un círculo que, al modo de las espiras de nuestra demanda, hace el alrededor de una parte tórica, ya se trate del toro o de la botella, es un círculo que no tiene esta propiedad: no define dos campos equivalentes, sino uno sólo. Abrir la botella de Klein, el toro, con un corte circular, es hacer de ello un cilindro en los dos casos. En más, ese círculo no es de ningún modo irreductible a un punto.

¿De qué puede servirnos ese círculo así definido? Es él quien va a servirnos para discernir lo que nos interesa en cuanto a las funciones de la identificación; digamos que, según ese círculo que como ustedes ven es un corte, no es más un borde, vamos a tratar de ver lo que llegarán a ser nuestras proposiciones para nosotros.

La de la identificación - como se los he mostrado ya - para poner en práctica, podemos escribir la proposición productiva(12), para carácterizarla gramaticalmente, inscribir en tanto que es la proposición más simple, aquélla que, en la tradición es presentada como la primera concerniente a la identificación, podemos inscribirla sobre el contorno de este círculo; de ese círculo así escrito, tal como está allí, no tengan en cuenta las letras, podemos escribir: *"Todos los hombres son mortales".* El sentido "mortales habría debido estar escrito a continuación. Habría podido escribir: *"Sócrates es mortal".* Se trata de saber lo que hacemos articulando en esos enunciados, que según los casos, llamaremos predicación, juicio o concepto.

gráfico(13)

Es aquí que puede servirnos el caso particular, donde esos círculos, espiras, no deben reflejarse sobre lo que he llamado el círculo de retroceso en la botella de Klein.



Al figurar en bloque ese círculo de retroceso, el otro está hecho de líneas que vienen a reflejarse sobre su borde para retomar su trazado sobre la otra parte de la superficie, aquélla que separa de la primera, el círculo de retroceso. Pero si ello es así, la primera mitad del círculo, aquélla que era exterior a la primera mitad de la superficie, tal como vengo a definirla, se prosigue al contrario en el interior de las superficies, si consideramos que el interior de la botella de Klein, que las dos mitades del círculo en ese nivel no son de ningún modo homogéneas, que no es en el mismo campo, - salvo a cualquier precio querer enceguecerse - como es la función lógica modelo, que no es en el mismo campo desde el punto de vista de la identificación, en el sentido en que ella nos interesa, que se plantea: *"Todos los hombres son mortales",* que se plantea el *"Sócrates es mortal",* que no es dicho en ningún modo con anticipación. El *"Sócrates…"* no debe ser distinguido en su función lógica, de lo que sería el sujeto de una clase definida como tributaria. Que no se trata de otra cosa en decir que un hombre, o todos los hombres son mortales, de otra cosa que de definir la clase de las ocas blancas.

Hay una distinción radical que se impone, que nos visitamos con el vocabulario filosófico, con cualidades, con atributos que no son homogéneos, lo que no es decir que la clase de las *"ocas blancas"* no nos plantea problemas, en la medida en que el uso de la metáfora nos causará problemas, en calcular lo que es la prioridad de la pajarería o de la blancura.

La clase *"de las ocas blancas"* puede reducirse de otro modo que la de la definición que nos hace articular que *"Todos los hombres son mortales";* no hablamos de una clase, que especifica una clase entre las otras de los mortales humanos. Hay otra relación del ser humano al ser mortal; esto es lo que está en cuestión a propósito de Sócrates.

Pues podemos cansarnos de evocar los problemas que pueden parecernos rebatidos, y sentir su olor a escuela sobre lo que es del universo de lo afirmativo, a saber, hay un universal del hombre, o el hombre; en la ocasión sería simplemente decir - como se esfuerza en plantearlo la lógica de la cuantificación - no importa qué hombre. No es la misma cosa. En tanto que se está aún en el debate de la escuela sobre ese tema, quizá, nosotros que somos un poco más apretados - puede sospecharse que hay en alguna parte extravío - plantearemos la cuestión al nivel del nombre propio y preguntaremos si eso va completamentesólo.

Mismo admitiendo que todos los hombres son mortales, es esta una verdad que se lleva suficiente a ella misma para que no debatamos el sentido de la fórmula. Si partiendo de allí, es legítimo decir, concluir, deducir, que Sócrates es mortal, pues no hemos dicho el hombre, como quiera que se llame, puede ser Sócrates, es mortal; hemos dicho Sócrates es mortal. El lógico - sin duda, no demasiado rápido - Aristóteles, no ha salteado de ningún modo este paso, pues él sabía mejor lo que decía que los otros que lo seguían. Los estoicos con tal soltura, han hecho el salto, porque haya sido dicho que Sócrates es mortal.

Les hago gracia.

Puedo marcarles que un paso fue franqueado al nivel de la escuela estoica el ónoma(14) como opuesto a la lexis(15), a saber como una de las dos funciones esenciales del lenguaje. El ónoma se llama cuando se trata del nombre propio, el curioso ónoma, el nombre por excelencia. Es con los estoicos que el idion(16) toma el paso. El nombre que les pertenece. Está allí esa falta de la lógica.

Si preservamos la calidad de función de nominación, entiendan esto, donde se recarga al máximo esa función propia del significante de no poder identificarse a sí mismo, lo que viene a culminar en la función de la nominación.

Sócrates es un se-diciente (soi-disant-15-) y un otro-diciente (*autre-disant*), aquél que se declara como Sócrates y aquél que de otro que son los elementos de su linaje o no, que, por otra parte están cubiertos del nombre de Sócrates. He ahí que no puede tratarse de modo homogéneo con lo qué sea que este incluido en la rúbrica de todos los hombres.

Tratemos de ver esto de más cerca. Está claro que la agresión de ese silogismo particular está enteramente en su conclusión y, que, en fin, él no podría haber sido promovido en este valor de ejemplo clásico si no comportara en sí, ese algo que satisface el placer de reducción que experimentamos siempre a propósito de un escamoteo. Es siempre de la misma cosa que se trata; de escamotear, a saber: la función del sujeto que habla y hacer necesario, el decir simplemente que Sócrates es mortal, porque todos los hombres lo son

es escamotear también esto: que hay más de un modo para un sujeto de caer bajo el golpe de ser mortal.

Sabemos pocas cosas de Sócrates, por sorprendente que esto parezca, de este hombre de donde surgió toda la tradición filosófica occidental. Abran, si quieren, los quinientos volúmenes filosóficos-psicológicos donde podrán ver abordar su asunto; los otros quinientos donde verán apreciar la fecha que constituye su paso filosófico; no verán una sola de sus apreciaciones, las verán supuestas. No será nunca posible asegurar una certeza, no hay asunto sobre el cual los sabios puedan diverger más radicalmente. No es porque Platón nos haya dado de él una imagen abundante, multiplicada, algunas veces seductora, como un croquis de época, una fotografía. No es la multiplicidad de sus testimonios lo que agrega una consistencia a esta figura. Si queremos, al gran cuestionador, interrogarlo a nuestro turno. ¡Qué misterio!

Hay sin embargo en ese se-diciente(17) Sócrates - lo que quiere decir lo contrario, a saber, que él no se dice - hay, cuanto menos algo: dos cosas que son irrecusables, que no se prestan a interpretación en cuanto a los decires de Sócrates; la primera de esas cosas es la voz. La voz, de la cual Sócrates testimonia seguramente que no es de ningún modo una metáfora, la voz por la cual él se detiene a hablar, para escuchar lo que ella tenga que decirle. Enteramente como uno de nuestros alucinados. Cosa curiosa; hasta en ese gran siglo - el XIX - de la psicopatología fueron muy moderados sobre ese punto del diagnóstico.

En efecto; tanto que no se tiene de ello una idea adecuada de lo que puede ser una voz más allá de su fenómeno, lo que eso quiere decir en su campo subjetivo, tanto que no tiene de ello lo que permite en mi discurso para formularlo como ese pequeño objeto caído del Otro, el objeto a, para llamarlo por su nombre. No tenemos el aparato suficiente para situar sin imprudencia a la función de la voz en un caso como el de Sócrates, en efecto, privilegiado.

Sabemos también que hay una relación entre ese a fundamental y el deseo. Después, por otra parte, concerniendo a lo que nos interroga, a saber, que de Sócrates, es legítimo o no, decir que él es mortal - que podrá decirse rápidamente - que Sócrates ha demandado la suerte. Es un modo de expresarse. El ha también demandado de ser alimentado a lo pritáneo. En el mismo discurso, llamado *"Apología de Sócrates",* me ahorrarán el hacer la lectura de la *"Apología de Sócrates"* y de este reencuentro con ese rector Eutifrón, no como es que Platón no haya estado allí en el proceso, ni en el momento de la plática antes de la muerte; puede ser que toda la obra de Platón no haya sido hecha más que para cubrir esta carencia. La demanda de ser alimentado a lo pritáneo se verá como una insolencia; se comienza rápido a hacer psicología.

No quiero aquí, de ningún modo designar un discurso que me ha golpeado en su tiempo, discurso sin duda admirable, que he podido escuchar, en otro lugar, hablar, - del último que me ha enmudecido - del proceso de Sócrates. Algo que era dicho era, sin duda, que Sócrates habría podido - digamos la palabra, el matiz es quizá demasiado acentuado - defenderse mejor. Siempre uno puede batirse, debatirse, teniendo en cuenta el pensamiento de los jueces. Existe la idea animadora del secreto del compromiso existencial, de algo que nos demanda siempre seguir sobre el terreno de situación del interlocutor. Vean, también, donde nos conduce esta pendiente, la pendiente del análisis que yo llamaría vulgar, recuerda aquella declaración mía de que Sócrates ha demandado la muerte Eso producía ambigüedad . Se llegará a decir que él ha huido en una agresión medrosa, o aún, que Sócrates deseaba la muerte.

Sócrates deseaba la muerte. Justamente, la tercera cosa, aquélla que no sabemos y sobre la cual estamos en posición de aceptar o no lo que él mismo nos ha dicho. El nos ha dicho que no sabía nada, que no conocía nada de eso, sino del deseo y que, del deseo, él sabía algo solamente. He ahí ese deseo de Sócrates del cual no es quizá demasiado decir, que está en la raíz de los tres cuartos, de lo que, en la realidad, o en eso que ustedes llaman tal, nos configura el deseo de Sócrates que se afirma en la atopía(18).

El que hace de Sócrates ser el que interroga al amo, es una de las grandes ilusiones que han podido desarrollarse alrededor del hecho que la cuestión del deseo de Sócrates no haya sido nunca promovida, y con causa. Es una gran irrisión filosófica el identificar el amo al deseo, pura y simplemente. Esta visión del amo es la del esclavo, lo que quiere decir que el esclavo tiene un deseo, el amo también, pero el amo, bestia como es, no sabe nada de ello. El amo se sostiene, esto es lo que peca en el análisis hegeliano : promover la cuestión de si el amo en Hegel dice: *"Entonces, cómo la sociedad de amos, esto es insoluble, seguramente."*

Esto es demasiado soluble, de hecho.

El gran apoyo del amo no es su deseo, sino sus identificaciones, siendo la principal de ellas el nombre del amo, el nombre que él lleva, que viene a aislarlo en la función del nombre por el hecho de que es un aristócrata.

Sócrates interroga al amo sobre lo que él llama su alma; sospecho el punto donde lo aguarda siempre, sobre el punto de su deseo, justamente haciendo testimoniar al Otro por excelencia, al Otro que, quizá, tenga la sensación de su sociedad representado por el Otro radical, aquel que no forma parte de ella, a saber, el esclavo. Es de allí que él hace surgir la palabra válida. Tales son las maniobras que debían terminar, cualquiera fuera la admiración, el amor, que un personaje como Sócrates pudiera arrastrar tras él, terminar por provocar alguna impaciencia. Se tenía bastante de ello y de aquél, con escucharlo siempre.

Sócrates dice: *"o me dejan ustedes ser como soy, aunque fuera eso ponerme como péndulo sobre la chimenea, a lo pritáneo, o la muerte, a mi edad..."* Rara traza de humor en el discurso de Sócrates. Platón es un humorista; nada testimonia que Sócrates lo fuera. Este es un caso muy particular. Sócrates no busca en ningún caso ser gracioso, es trágico, y aún ¿qué es este trágico singular? Los últimos momentos de Sócrates. El no es trágico más que hasta el fin. Lo que no ha dicho nunca es que era un hombre. Esta es una palabra de poeta cómico, porque no sabemos muy bien lo qué es el hombre. Hay algo cierto y es que el hombre es lo cómico.

La articulación de los dos círculos - Todos los hombres son mortales. Sócrates es mortal - no podría impulsar más lejos lo que de ello resulta en sus interferencias. No es mi falta si la vía es larga y si es necesario que les haga sentir todos sus rodeos, pues ustedes ven

bien pintar a los dos términos entre ese deseo enigmático y eso a lo cual hemos llegado, aún no sabemos muy bien cómo: a hablar de la pulsión de muerte. O bien se habla de ella sin saber lo que se quiere decir, o se la rechaza porque es demasiado difícil. Vemos bien que es hacia ese punto de encuentro hacia el que nosotros vamos. ¿Qué relación? Cómo deletrear lo que hay entre la demanda de muerte de un gran vividor y esta famosa pulsión de muerte que veremos implicar a un "Todos los hombres" de otra naturaleza que los dos términos lógicos que he anticipado, a saber que el hombre sin nombre, tanto más sin nombre que aquel que encontramos detrás, esto es el inconsciente del hombre él, es innominado, porque es indeterminado.

¿Cómo franquear este espacio aquí perforado entre la conclusión de Sócrates?

Precisaré mi puntuación alrededor de un trazo topológico, en todo caso y de algún modo que esos dos círculos no se recubren del todo, la fuerza de la reversión topológica alrededor de la cual hago girar el juego de mi discurso. Puntuación que marcaré: esta línea virtual que no está en la superficie, que es esencialmente engañosa, la que hace la articulación del silogismo, a saber: no, *"Sócrates es un hombre",* sino, simplemente la introducción del : *"es un hombre",* diametralmente en la proposición, cualquiera fuera, "Todos los hombres son mortales", si fuera el recorte si así lo quieren.

"Sócrates es mortal" o como trazo de recorte común de ese diámetro, en tanto se trata de una topología y no de un espacio métrico; ese diámetro sobre el cual nosotros inscribiremos, "es un hombre". ¿Qué quiere decir esto? Que en la medida de la heterogeneidad, la conclusión se afirma en nosotros como engaño. ¿Qué es lo que quiere decir esta intersección de planos, entre planos que no lo son, en tanto que son los dos, agujeros de la naturaleza?. ¿Qué es lo que quiere decir esta identificación que permite ese paso del silogismo? Lo que quiere decir, lo ven punteado en las letras con las que he marcado los tres estados en el círculo diametrado. La relación entre dos mitades del círculo que son heterogéneas, si la una es identificación y la otra demanda, e inversamente la relación entre las dos, en tanto que ella es engañosa, es precisamente ese diámetro que las sostiene y que no existe en ninguna parte. He puesto allí la letra T porque reencontramos la función de la transferencia, en tanto que está ligado al Otro engañado o al Otro engañador.

He ahí en lo que consistirá mi lección: las relaciones entre identificación, transferencia y demanda, en tanto que se solidarizan entre tres términos familiares de la indeterminación: sujeto del inconsciente, el término de la certeza como constituyendo al sujeto en la experiencia y el alcance del análisis. El término del engaño como siendo la vía donde el llamado, aún en la identificación, su llamado ...si las cosas están así anudadas entre esos términos, donde parece que no podríamos encontrar encima algo que no sea engaño; esto en razón de la estructura de este gran bucle, de ese gran nudo que, haciéndose, se conjugan en el campo donde se juega la partida concerniente al deseo, cuyo soporte no puede ser más que este bucle representado por el puño tórico cuyo interior trataremos de hacer hablar.

No reconocen ustedes esta abertura, esta salida como espasmódica fuera de la abertura palpitante del inconsciente - que, en el agujero mayor alrededor del cual hemos girado se abre y cierra - el trayecto mismo del ir y volver de la pulsión que rodea algo que hemos dejado en suspenso en el vacío?. ¿Es que ese deseo determina?. ¿Es que él no es, de ningún modo, sin figura?

He elegido a Sócrates. Ese deseo introduce la cuarta categoría después de las otras: indeterminación, engaño, certeza; la cuarta que comanda todo y que nuestra misma posición, tan articulada por Freud: la misma del deseo en tanto que ella determina en la realidad la categoría de lo imposible.

Hemos encontrado, a veces, el modo de franquear ese imposible resolviendo lo que he llamado su parte construida; del modo que sea percibida, cómo pueda ser ganada esta partida, está allí, me parece, el problema mayor, crucial para el psicoanálisis.



Clase 7

27 de Enero de 1965

En la relación del sujeto con el otro, en la relación del uno con los otros, hemos aprendido a distinguir, en su fineza, en su movilidad, una función de espejismo esencial. Hemos aprendido el desdoblamiento por la enseñanza del psicoanálisis, en el modo por el cual - después de doce o trece años - trato de articularlo.

Sabemos que el fracaso hasta aquí de toda ética, y secundariamente de toda filosofía subjetiva de dominar ese espejismo es debido al desconocimiento de ese autor del cual se regula invisiblemente la función del objeto **a**, en tanto que es ella, en su ambigüedad de bien y mal, la que realmente centra todos sus juegos.

En ese juego, el objeto a, en efecto, esto no es decir suficiente, corre, va y viene y pasa como la moscada. En su naturaleza es percibido y nunca reencontrado, en la medida en que, de tiempo en tiempo, aparecía en el campo con una claridad tan deslumbrante que es eso mismo lo que hace que no sea nunca reconocido ; ese objeto **a**, es calificado en lo que nos importa saber: la regla de una acción como eco del deseo. Se trata de saber en qué suerte de acción puede servir este reconocimiento de un factor nuevo en la ética, en la filosofía subjetiva.

Seguramente, cuando he deseado saber de mi público un poco más, y especialmente en las visitas que he podido hacer, en medida del tiempo que tengo disponible, he podido darme cuenta, pues, que pude tener algunos ecos, para algunos y para muchos, más matizados, variados, de lo que yo suponía. Esta enseñanza toma su valor, que es el de toda la enseñanza, por sostener, y esto no es nada en más de uno, ese estado de indeterminación, que sabemos tener más de un ardid en el bolsillo, que es aquel que nos es dado vivir, las cosas siendo lo que son.

Entiendo que esto quiere decir, se sepa ello o no, aquí, que yo tengo en otra parte una escuela de Psicoanálisis y que lleva el nombre de Freud y el nombre de la ciudad donde he tomado el cargo de dirigirla.

Esta escuela, si merece su nombre, en el sentido en que ese término se emplea desde la antigüedad, es algo donde se debe formar un estilo de vida.

Ahí pido que vayan aquéllos que, a cualquier título, toman mi enseñanza por el principio de una acción que sea la suya y de la cual se pueda dar cuenta. Las catorce filas, aún hoy, casi llenas, les prueban que yo no quiero una barrera arbitraria por una barrera de apreciación de cualquier orden que sea, de experiencia, calidad o prestancia; que no quiero aquí poner barrera a nadie. Por otra parte, si he querido que se me demande venir aquí, es para ponerme también yo en postura de demandarles aquí el hacer sus pruebas de lo que es exigible en un cierto círculo más restringido. Para que esta enseñanza tome valor, quiero, en un plano suficientemente cercano, obtener de aquéllos que están aquí, algunos testimonios. Seguramente que sería vano e ineficaz, escuchar esos testimonios bajo la forma de una intervención hablada aquí. Lo deseo. Sé por experiencia, por la medida en el tiempo, que esto no es posible, y que no es la mejor vía. En tanto ese testimonio lo es de una acción interesada en esta enseñanza; para procederlo pienso proceder así: les serán propuestos aquí, trabajos, distinciones, comunicaciones, exposiciones, que tengan una suerte de carácter de nudo, de puntos vivos que se manifiesten particularmente, para aclarar, renovar, hasta hacer estallar, o al contrario singularmente hacer uniones, en el hilo de mi discurso.

Nada será hecho para hacerles esos nudos de alguna manera accesibles. No es la moneda de mi enseñanza la que les será dada aquí si entienden por moneda, esos momentos cerrados, opacos y resistentes de los cuales no hago, por otra parte, más que hacerles sentir la presencia sobre lo que, para ustedes, yo articulo. Serán, pues, al fin de cuentas, elementos más duros, más opacos, más localizados los que les serán propuestos, a aquéllos para quienes mi enseñanza pueda tener un valor más preciso. Eso entiende ser la provocación de una respuesta que me será dada en el intervalo de nuestros encuentros bajo la forma de pequeñas memorias, de memoriales, de sugestiones, de preguntas, en las cuales tendré que apoyarme para la elección de esos objetos que ulteriormente se verán aquí, esos objetos de los cuales hablo, objetos de provocación, sólo en ese diálogo que, ustedes lo ven bien, no puede operarse más que con aquéllos que aportarán una contribución que podrán elaborar en el intervalo de nuestros encuentros. Está en la naturaleza de las cosas que esto no se produzca más que con un pequeño número.

Muchos de los que están aquí, y que he dejado entrar aquí hoy, no hay ningún misterio, se darán cuenta que si ellos extraen provecho - es lo que deseo - de ese largo discurso que prosigo después de doce o trece años, es inconcebible, hasta esencial, que alguna parte, un círculo donde esas cosas sean puestas a prueba en una acción donde cada uno participe, que sea allí que parta, que se irradie, lo que continuaré a proseguir de mi curso ante ustedes. Es normal que para las tres cuartas partes de las personas que están aquí hoy, lleguen, en un momento a reconocer o, que no es para ellos el momento de venir aquí, o, simplemente, que no tendrán nunca nada que hacer aquí, sin que sean, de ningún

modo, privados de algún mérito. Simplemente que lo que se hará aquí no será asunto suyo. He visto aquí gentes interesadas en su acción en lo que comportan esos cambios esenciales de la motivación ética y subjetiva que es la que introduce, en nuestro mundo, el análisis.

No prejuzgo a aquéllos que pudieran tomar ese rol; que para reconocerme aquí, procederé como Josué en un cierto rodeo que nos cuenta su historia. Verán, veré, el modo en el cual se sostienen cuando se trata, para ellos, de tomar al otro con sus manos para ver.

Cedo la palabra a Leclaire.

(la exposición del Dr. Leclaire no ha sido transcripta)

Dr. Lacan: Deseo conservar para esta primera reunión, todo su carácter de austeridad. Voy a pedir a alguien a quien he llamado expresamente para que estuviera presente en esta reunión, a Conrad Stein - en el tiempo en que Leclaire entró por primera vez en el ejemplo que ha retomado, completado, articulado perfectamente hoy - voy a pedir a Stein que, había destacado un cierto número de preguntas, puesto en duda la pertinencia exacta de la articulación, en ese momento de la primera cadena, aquella que va del lecho al cuerno, llega al unicornio, su carácter de representante representativo del inconsciente - si queda para él en suspenso alguna cuestión sobre la pertinencia de lo que ha sido anticipado, lo que él ha podido precisar. Si Stein encuentra poder renovar, bajo una fórmula cualquiera, su demanda de precisión, si está en estado de formularla, mantendremos esta cuestión en el orden del día en el pizarrón, pues deseo que intervengan hoy, aquéllos que han preparado otras materias, tan difíciles de entender como la comunicación de Leclaire.

He ahí lo que propongo: la comunicación de Leclaire, y las que seguirán, merecen su impresión. Esta impresión se hará y será puesta a vuestra disposición en un plazo de diez días, a título moderadamente oneroso. La forma más cómoda es ir a buscarla a casa de la señora Durand - 54 rue de Varene - donde podrán buscarla todos aquéllos que deseen tenerla.

Tanto por la extensión de ese tiraje, como por la seguridad de la continuidad, pido que aquéllos que tendrán esa comunicación, se comprometan - su nombre será revelado en el momento en que se procuren ese texto - a responder, allí, por un texto de al menos dos páginas, concerniente a lo que ellos destacan como necesidades, interrogaciones, hasta respuestas y que ellos se comprometan a hacérmelo llegar antes de la próxima reunión de seminariocerrado.

(Intervención del Dr. Stein y el Sr. Yves Duroux(19), no transcriptas)

Dr. Lacan: La necesidad del corte del tiempo deja, pues, el discurso de Duroux en suspenso, justo en el momento en que Jacques Alain Miller les iba a mostrar la relación, la incidencia directa con lo que nos ocupa en primer lugar, a saber: la relación del sujeto al significante, en la medida que aquí lo ven dibujarse simplemente en las relaciones del cero y del uno.

Si hoy hemos puesto cuidado en hacerles dar cuenta, con la mayor fidelidad, de un texto fundamental de las matemáticas, es porque es necesario que sepan que allí están las cuestiones tan punzantes que hasta para los matemáticos se plantean - que no tienen necesidad - y tienen su fecundidad. Todo lo que se ha producido recientemente como búsquedas matemáticas, se encuentra fundado en la confesión de aquéllos que lo han hecho pasar por los hechos. Bertrand Russell se remitió a esta obra que había permanecido en la más profunda oscuridad después de 25 años.

Por disparatadas que puedan parecerles las dos exposiciones que han escuchado hoy, si debe ser establecida por ustedes una relación tal, es por miles de hilos de comunicación, de los cuales no haré más que citar algunos.

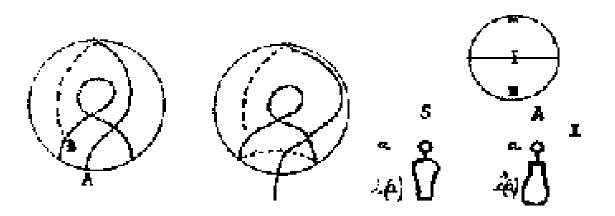
Desde hace mucho tiempo, se ha entendido que, en tanto que la filosofía trataba de acordar el objeto de su ocupación, se les dirá que el objeto del unicornio no existe, Por otra parte, ¿existe un unicornio?, ¿existe un centauro? A partir del momento en que tienen un nombre; es precisamente de eso de lo que se trata en nuestra práctica, a saber, de la incidencia de la nominación en su estado conceptual o en su estado puro en el nombre propio, del cual nos ocuparemos en la enunciación de lo que determina el sujeto en su estructura y en su operación analítica. El resumen de esa obra de Frege se enlaza a nuestra práctica.

A todos los que deseen el texto de Leclaire en condiciones más amplias, les será remitido; a aquéllos que tengan que agregar algo a él.



Clase 8

3 de Febrero de 1965



Quisiera que continuáramos avanzando en lo que es el problema crucial; que busquemos proponer una forma, una topología esencial en la praxis psicoanalítica. Es a ese fin que reproduzco aquí esta forma de la botella de Klein. Forma, si ustedes quieren que no es única, en tanto aquélla misma es una forma que puede parecerles simplificada, y es la que ustedes encuentran en los libros más elementales. Toda representación de ella es inexacta, forzada.

La representación que puedo darles de ella en el pizarrón es una proyección en el espacio en tres dimensiones, a la cual la superficie de la botella de Klein, no pertenece.

Es, entonces, de una cierta inmersión en el espacio de lo que se trata. Hay una relación analógica entre lo que la superficie representa para nosotros y el espacio donde ella funciona; el espacio donde ella funciona siendo precisamente el espacio del Otro, en tanto que lugar de la palabra. No es hoy que trataré de proseguir esa analogía de un campo de tres dimensiones y lo que llamaré el espacio del Otro. El lugar del Otro no deja de tener cierta analogía con las dimensiones cartesianas que podrían ser introducidas, cosa que no haré hoy.

Hay cuatro esquemas, abajo a la derecha.

Para todos aquellos que han tenido el tiempo disponible para conocer ciertas distinciones que he hecho sobre el discurso de uno de mis antiguos colegas, distinciones que implican una recuperación, hasta una rectificación de ciertas analogías introducidas por él, de los términos que sirven para definir las instancias de la segunda tópica más especialmente, los términos yo ideal e Ideal del yo; donde él permanece en suspenso, Freud los ha distinguido. La cosa puede permanecer bajo forma de pregunta.

El caso había sido solucionado en tanto el Yo ideal y el Ideal del yo tienen un sentido en psicología y que el autor apuntaba a enlazar en la experiencia analítica. El lo apuntaba en los términos de persona, hasta de personalismo. Yo trataba, por esas distinciones, de no poner en cuestión una fenomenología que conserva su precio; trataba de mostrar lo que el análisis nos permite articular allí. Es entonces una simple alusión al esquema que ustedes verán en ese artículo, al cual, algunos trazos del dibujo se relaciónan. No es en vano que les recuerde de qué se trata. La virtud o la inspiración de esta construcción reposa enteramente sobre una experiencia de física divertida que se llama el ramo invertido. Gracias al uso de un espejo esférico, se puede hacer aparecer en el interior de una cara, supuesta real, un falso ramo; por poco que el ramo esté disimulado a la vista del espectador, da, por el efecto de retorno del espejo esférico, una imagen que, a diferencia de la imagen en el espejo plano, una imagen que se llama real. Es decir que es algo que se sostiene en el espacio a modo de una ilusión.

Un ilusionista, en una atmósfera dividida por telones negros, llega a hacer surgir especies de fantasmas suficientes para, al menos, interesar al ojo. Es partiendo de modo ficticio, que me he complacido en hacer surgir una cara ilusoria. Esta ilusión no se prosiguemás que para un ojo que está en alguna parte, ubicado en el campo de un modo tal que, para él, eso pueda hacer imagen. Es decir que un cierto reenvío de los rayos sobre el espejo esférico, que después de haberse recruzado para reconstituir la imagen real va a expandirse en un cono, en el fondo del espacio interesado. Es necesario que el ojo supuesto a recibir la imagen real, esté en un cono.

En otros términos, es necesario que el espectador esté en un cierto campo bastante limitado, para que él no escape a los efectos del espejo esférico. Es aquí que surge el resorte de la pequeña complicación suplementaria - que yo agrego - que la ilusión de la imagen real es un sujeto. Ese sujeto es enteramente mítico. Es porque el **S** no está

barrado. Es mítico. Es exigible del lado del espejo esférico, que representa los mecanismos internos del cuerpo, que ve en un espejo esférico que representa los mecanismos internos al cuerpo - que ve en un espejo - lo que se produce aquí de ilusión para quien estuviera allí. Esto no es muy difícil de comprender, en efecto, las posiciones de **S** y de **I** están en relación al espejo, estrictamente simétricas. Es suficiente que **S** encuentre su propia imagen eventual más allá del espejo, en alguna parte de un cono, para que vea en el espejo lo que él vería si estuviera en el lugar marcado I.

Es la relación que hay en la identificación que se llama Ideal del Yo, a saber: ese punto de acomodación que el sujeto de siempre - ese siempre no es quizá lo que cobre una historia, a saber la historia del niño en su relación de identificación con el adulto. Es, entonces, de un cierto punto de acuerdo en el campo del Otro en tanto que él ha tejido no sólo las relaciones simbólicas, sino que, de un punto imaginario, es fijado, acomodado en ese punto que él va a tener todo a lo largo del desarrollo, a lo cual se refiere en la génesis; que él va a tener, en el curso de su desarrollo que acomodar esta ilusión que está allí: la ilusión del florero invertido. Es decir, Hacer jugar alrededor de algo que es el ramo y que tenemos aquí reducido, para la claridad, a una sola flor o un sólo signo, a acomodar alrededor a ese algo - que no tiene aún dicho nombre - que está aquí, la imagen virtual de la flor, a acomodar, en suma, esta imagen real del florero invertido. Esta imagen real del florero invertido es el yo ideal, es la sucesión de formas que cristalizará en lo que se llama - que se llama de un modo demasiado monolítico por una suerte de extrapolarización que se introduce en toda una teoría - una perturbación.

El yo bajo la forma de historias sucesivas de yo ideales, incluyendo aquellas, toda la experiencia de lo que se podría decir de la toma entre manos de la imagen del cuerpo. Está allí desde siempre, lo que he acentuado bajo el título del estadio del espejo, del carácter nodal de la relación del yo a la imagen especular.

Si el espejo tiene aquí su razón de ser en tanto define una cierta relación entre el cuerpo y lo que se produce de dominio de su imagen en el sujeto, introduce allí de un modo visible lo que está claro: a saber que, anterior a esta experiencia, el soporte del otro, el otro que sostiene al niño ante el espejo está allí en una dimensión esencial. El primer gesto del niño en esta asunción jubilosa de su imagen en el espejo, ese giro de la cabeza hacia el otro real, percibido al mismo tiempo en el espejo y cuya referencia parece inscripta.

Es de lo que se trata en la vuelta que hago aquí a este pequeño esquema, es mostrar que la función y la relación que hay entre esta flor - aquí designada por **a** - esta flor no tiene, en esta experiencia y por relación al espejo, la misma función, no es homogénea a lo que viene a jugar alrededor de ella, a saber, la imagen del cuerpo y el yo. Puedo agregar para aquéllos que han seguido ya mi desarrollo fuera de mis seminarios sobre la identificación - que por esta sola condición de hacer intervenir el registro de la topología, se puede decir - es una metáfora que no es más que una metáfora - no busquen hacer entrar allí la imagen física. De todos modos, pese a que Freud haya utilizado esquemas enteramente semejantes, se me puede acordar allí una realidad que hacemos aquí nosotros mismos. Por otra parte, no olviden que, con la ayuda de una referencia más cerca de lo real que es una referencia topológica, que si la imagen del cuerpo, **I (a)**, se origina en el sujeto, en la experiencia especular, el **a** - saben qué instancia le doy en la economía del sujeto y su identificación - el a, no tiene imagen especular,, no es especularizable. ¿ Debemos mantener, sostener, que él se encuentra centrando todo el esfuerzo de especularización?

Es de allí, lo recuerdo, que debe partir toda la cuestión para nosotros, más exactamente la puesta en cuestión de lo que se trata en la identificación tal como se prosigue, se cumple, en la experiencia analítica. Ven allí que el juego de la identificación, al mismo tiempo que el fin del análisis, está suspendido en una alternativa entre dos términos que comandan, que determinan, las identificaciones que son distintas, sin que se las pueda llamar opuestas, pues no son del mismo orden: el Ideal del yo, lugar de la función del trazo unario, de nuestra suspensión del sujeto en el campo del Otro, alrededor del cual, sin duda, se juega la suerte de las identificaciones del yo en su raíz imaginaria, pero también, por otra parte, el punto de regularización invisible, si ustedes quieren, pero pongo este invisible entre comillas pues si él no es visto en el espejo, su relación a lo visible está a retomar enteramente - el año pasado he dado los fundamentos de ello.

Alrededor del a oculto en la referencia al Otro, alrededor del **a**, tanto y más que en el Ideal del yo, se jugarán las identificaciones del Sujeto. La cuestión está en saber si debemos considerar que el fin del análisis puede contentarse con una sola de las dos dimensiones que determinan esos dos polos, a saber: culminar en la rectificación del Ideal del yo.

¿Es otra identificación del mismo orden y, especialmente, lo que se llama la identificación al analista? Si todas las aporías, las dificultades, los impasses, a los cuales, efectivamente, la experiencia del análisis, los decires de los analistas nos aportan el testimonio, no es eso alrededor de algunas cosas insuficientemente vistas, apuntadas, comprendidas y no localizadas al nivel de lo que juegan a la vez esos impasses y la posibilidad de su solución.

Es un retorno para proponerles una fórmula que reintroduce aquí nuestra aprehensión de la botella de Klein y de aquello de lo cual se trata en esta figura, yo diría la clase, que tratamos de dar con esta topología. Es eso de lo que se trata en lo concerniente al deseo.

Aquí, el deseo es algo que nos ocupa en el inconsciente freudiano, esto es en la medida en que él es otra cosa que lo que se ha llamado hasta ahora, tendencia desconocida, misterio animal; si el inconsciente es lo que es, esta abertura que habla, el deseo está, para nosotros, en formular en alguna parte en alguna parte en el corte carácterístico de la escansión de ese lenguaje y esto es lo que trata de expresar nuestra referencia topológica.

Anticipo la fórmula siguiente antes de comentarla. Podríamos decir que el deseo es el corte por el cual se revela una superficie como acósmica. Allí está el orden en el cual ustedes deben sentirlo bien después de un momento, pues ya ese término de acósmico lo he sacado de más de un horizonte, el carácter no visto, profundamente anti-intuitivo - y como decía recientemente un matemático con el que trataba de poner en juego algún otro ejercicio - esas superficies horribles de ver, quiero decir que mi matemático para resolver esos problemas de los que se trataba, se negaba enérgicamente hasta a mirar efectivamente del lado de la desembocadura de la botella, esta especie de curiosa boca aculada en ella misma pero por el interior, por el hecho que se llega a ese borde por los dos lados a la vez. Hay cosas que pueden representarse en la reflexión.

Yo, que no temo lo horrible, les he hablado de ello como de un círculo de retorno, de

hecho, no hay en ninguna parte círculo de retorno, simplemente porque puede deslizarse por todos lados.

Hago alusión a la media de nylon, material vuelto hacia arriba sobre sí mismo de algún modo pudiendo atravesarse sobre sí mismo sin daño. Verán que todos los puntos de su recorrido, sus círculos de retorno brusco, son reemplazados. Es su ubicuidad lo que hace la esencia de la botella de Klein.

Es por eso que la cuestión que puedo plantear al matemático sobre lo que ocurre, sobre el círculo de retorno le produce horror. Lo que yo les represento allí, es tan horrible de ver, para que sea más aprehensible, desde que yo lo haya manipulado, esta botella, verán qué dificultad, esto es más hablante que si yo me contestara con algún símbolo, cálculo, en el cual ustedes no tendrían la sensación que eso hace sentido. Les pido localizar ciertas cosas.

Para ir de un punto A a un punto B representado sobre el círculo de retorno - pueden ser un punto A y un punto B cualquiera - si tomamos un cierto tipo de camino, ir y volver, cortamos la botella de un cierto modo, de un cierto modo que deja intactas sus carácterísticas. La cortamos en dos bandas de Moebius, es decir en dos superficies no orientables como la botella. Si procedemos de un modo ligeramente diferente, el primer trazo es el mismo, el otro pasa de otro modo. Cortamos también la botella, pero la transformamos en una suerte de cilindro puro y simple, en algo perfectamente orientable, en algo que tiene un derecho y un revés - estando el otro fuera de estado para pasar de un borde sobre el otro - podemos ver en qué se relacióna la divergencia de esas posibilidades. Si el tiempo nos dejara hacerlo, tendría la ocasión de mostrar lo que esto sirve para figurar. Hay, entonces, un buen corte: el que revela la superficie, una superficie orientable y un nuevo corte que la escamotea, que la reduce a una superficie más banal, más accesible a la intuición. En tanto que ustedes saben, cosa curiosa, que en ese campo, como los matemáticos - donde la recreación ha servido de pilote a verdaderos problemas - es en la especulación matemática pura, que han aparecido esos extraños seres tolológicos, si ellos descienden,a la recreación esto es secundario, lo que es un proceso opuesto a lo que observamos en otros campos. ¿Qué quiere decir esto? Que nadie entra aquí si no es topólogo, como se lo decía en otro momento a la puerta de cierta escuela.

¿Será ésa, entonces, la función de ese famoso deseo del analista en esa superficie acósmica, el ser aquél que sabe cortar (tailler) algunas figuras? Pues nada es sin enunciarse en ese campo del pensamiento de la historia (conforme la obra de Carlyle(20)) El cortador (tailleur) recortado (retaillé) sería de alguna manera, el anuncio y la pre-figura de lo que con Marx y Freud el sujeto sublima. Seguramente hay algo de eso, hay algo en el análisis que hace eco a la filosofía de los hábitos, no es para nosotros el entrar en el análisis con el término de disfraz en francés (Verkleidung), hay que hacer otra cosa con algún hábito. La frase de una reina difunta hablando de su hijo: "Bien cortado, pero es necesario volverlo a coser".

Todo está en el campo, en el análisis, en la eficacia del buen corte, pero también es considerar el modo en que es hecho ese corte. El permite a la vestimenta volverla de otro modo. El Sartor Resartus(21) del cual quiero hablar hoy, lo puntualizo, no es el paciente, no es el sujeto: es el analista. Lo que quiero tratar de hacerles vivir un instante, y de imaginar para ustedes, es una cierta dificultad que tiene el analista con su propia teoría.

Tomaré esto en el texto no publicado, número de la "International of Psychoanalysis", dando cuenta del congreso de Estocolmo. Es la obra de una joven mujer, donde en el límite del momento, donde el término joven comienza a tomar un sentido más fluido. Ella no es una joven analista, está, cuanto menos, en una posición particular, en un medio de la comunidad analítica, digamos, que, en la sociedad inglesa, ella representa una suerte de bebé de todos. Es muy activa, muy aguda, muy inteligente, no sin alguna audacia, de la cual lleva la traza el título de su comunicación, en tanto pone en cuestión uno de los términos tejidos, integrados, del modo más corriente en la experiencia psicoanalítica. Se desarrolla en un campo educacional, brevemente, un estilo bien inglés del psicoanálisis. Hablar de ese estilo no es solucionar las orientaciones doctrinales que pueden plantearse en el interior de ese propósito general.

El título: "Explotación inconsciente del mal padre para mantener la creencia de la omnipotencia infantil". Se trata aquí de mostrarles por qué camino un práctico viene a poner en duda eso, alrededor de lo cual gira todo lo que se le enseña como siendo el resorte de la experiencia analítica, en razón de los caminos de esta enseñanza, en esta dirección que lo ha conducido. Ella se da cuenta que todo lo que se dice ordinariamente de la transferencia, a saber, error sobre la persona, reproducción de las experienciashechas con los padres en la relación con el analista, ha conducido a poner el acento, de modo más prevalente, en los efectos que se prosiguen en el desarrollo del sujeto, que puede llamarse un condicionamiento emocional inadecuado. Se conduce más y más a los espíritus por una vertiente genérica en que el buen padre no se inquieta en aportar a cada fase del desarrollo del niño ese algo que no producirá lo que se llama disturbio, perturbación emocional. Al centrar el asunto alrededor del ideal de la formación afectiva donde de lo que se trata es de algo de una relación entre dos seres vivientes, el uno teniendo necesidades, el otro para satisfacerlas. De alguna manera la desembocadura, la buena formación está allí suspendida a concepciones de armonía, de etapas, senos, que un analista educado en ese baño - no hay lugar para sorprenderse pues esa vertiente, esa pendiente no es, cuando menos, más que el bajo de una pendiente - el análisis no es ninguna salida de allí y lo que tenemos que tratar no es eso, hacia lo cual su práctica, en un cierto campo, un cierto medio, viene a puntuarse fascinada.

Es muy seguro que partimos de otra experiencia, a saber que si aparecía como el resorte perceptible de eso de lo cual se trata, a saber: la ectopía de una respuesta en el niño, a esos pretendidos malos (…) aturdimiento del análisis que se llama la transferencia.

Es necesario saber si se le acuerda importancia a mis fórmulas, si ellas pueden ser aplicadas, reducidas, soy yo mismo quien ha aportado esta traducción: transferencia, esto es engaño en su esencia. Si ello es así, se debe poder dar figura a la equivalencia: neurosis de transferencia, neurosis de engaño. Tratemos: ¿quién se engaña?

Si la transferencia es precisamente ese algo por el cual el sujeto, en el alcance de sus medios, ha establecido su sitio en el lugar del Otro, no hay necesidad de muchas referencias para confirmárnoslo. Se trata de saber si la interpretación de la transferencia que se limita a constatar que lo que es allí de él figurado, representado en el

comportamiento del paciente viene de otra parte, de lejos, hace tiempo, de las relaciones con sus padres. Si él lo interpreta así, puede quizá, favorecer ese engaño. Esta es,al menos, la cuestión que seguramente yo destaco, pero que por hoy, lo anticipo como siendo justamente la cuestión promovida por nuestra esperanza del análisis, por esta persona preciosa, de la cual, por azar, su nombre es Perla.

Después de algunas salutaciones a las autoridades de su medio, ella plantea correctamente la cuestión: cómo discriminar, en el retorno de la experiencia traumática en la transferencia, en la situación analítica, la explotación dice ella - se expresa demasiado bien - de esas experiencias traumáticas, para el mantenimiento de la omnipotencia, o toda potencia, bien conocida en las referencias analíticas comunes, que son las que pertenecen al niño y por otra parte al inconsciente. En otros términos, alguien, un analista, plantea en la pendiente del tiempo presente, la vertiente seguida por la experiencia analítica plantea la cuestión de saber si, sin duda, esta interpretación de la transferencia, que tiene todo su alcance de experiencia rectificativa, de un juego que es importante, si al limitarse a ese campo, no es para el analista en tanto que aquí está el Otro, el Otro del sujeto cartesiano, ese Dios, del cual les he dicho que no se trata tanto de saber si es o no, engañador. Lo que Descartes no promueve es si él no es engañado. Si Descartes no lo promueve es por una razón: es que ese Dios no engañador, el cual él hace tan gEnerosamente remisión de lo arbitrario de las verdades eternas, ¿no ha sentido desde siempre que hay, por parte del gran jugador, enmascarado algún engaño? ¿Qué importa dejarle algún engaño si el del Cogito le sustrae su certeza por ser quien piensa res cogitans? Dios puede ser el amo de las verdades eternas, él mismo no está asegurado en esta remisión, que él mismo lo sepa.

Es precisamente de eso de lo que se trata para el analista, de saber hasta que punto eso de lo que se trata, es decir, la estructura del sujeto, es algo que se pueda, radical y puramente referir a ese doble registro de una cierta normatividad de las necesidades, en medio de lo cual intervienen de un modo más o menos oportuno, incidencias que en otro tiempo se llamaban traumáticas, pero que se tienden a llamar efectos del traumatismo acumulativo. Hay, precisamente algo que no ha ido en un cierto momento. Si no se sigue un camino peligroso para un cierto número de pacientes en permitirse instalarse ellos mismos en una historia, que configura el acomodarse a partir de la falta de ciertas exigencias ideales, seguramente toda suerte de insights, de puntos de vista, de aprehensiones, pueden instalarse en esta función y este registro y no es más falso decir que el yo puede unirse allí, hasta remanejarse allí. Es precisamente lo que la figura - sobre la cual me excuso de haber debido permanecer largo tiempo - les ilustraba. Todo lo que se juega alrededor de la transferencia, de las identificaciones, a la vez provisorias y sucesivas, refutadas, que toman lugar, vendrá a jugar sobre la imagen **I' (a)** y permitirán al sujeto reunir sus variantes. Pero ¿está allí todo? Si eso lleva a descuidar la función igualmente radical, la función en el otro polo de lo que es más secreto, de lo que el análisis nos ha enseñado a ubicar en el objeto **a**. Insisto. Si el objeto a es la función que todo el mundo sabe, está claro que él no viene en nuestra incidencia del mismo modo en los diferentes enfermos.

Quiero decir que es exigible que en lo que va a seguir, les diga lo que es un objeto **a** en la psicosis, la neurosis, la perversión. Eso no es parecido.

Pero hoy, quiero decirles cómo, en un analista seguramente sensible a su experiencia, el objeto a se le aparece; poco importa aquí que el caso con el cual ella promueve sus reflexiones sea un caso border-line, con cosas que se han hasta etiquetado : pequeño mal, a menos que eso no sea crisis de despersonalización.

Un sujeto que ha vivido hasta la edad de 14 años en la atmósfera de una pareja entre la cual las tensiones permanentes, las detenciones repentinas se producen más que numerosas, hasta que, teniendo el niño la edad de 14 años, la pareja se disuelve. Tiene un hermano mayor tres años.

Que se lo llame esquizoide, por el momento que a ustedes importa, que él sufra en el modo de ese sujeto que ponemos sobre el borde del campo psicótico, de esta especie de falsedad resentida de su self, de su sí-mismo, de esta puesta en suspenso, hasta de esa vacilación de todas sus identificaciones, todo eso, para nosotros, por el momento, es secundario. Lo que importa es eso: que ese paciente es psicoanalizado por la analista en cuestión con una corta interrupción, durante diez años. Ella hace en 1954 una comunicación sobre él - eso parece ser a los 10 años -. Lo que nos es relatado, es anterior.

Acerca de ese paciente ella se ha destacado con lo que yo llamaría ese pequeño aparato de radicación inconsciente, ese pequeño geiger. Dos fases de experiencia posible con un tal sujeto, durante las cuales hay algo donde el sujeto se presta al juego, en todo caso hace sorprendentes progresos, y la analista es consciente. Quiero decir que ella conoce bien todo ese efecto de falla, detrás de la cual ocurren esos misteriosos cambios, eso por lo cual el analista sabe bien que se sitúa su experiencia, del día al día de la experiencia analítica, saben lo que el discurso del paciente les dirige a ustedes directamente. Si eso marcha o si no marcha, lo que surge de trampa que nos es presentado, que es, a la vez, apertura a la verdad, sabe bien eso cuando eso se produce.

"Pero hay períodos - nos dice ella - donde yo siento nuevamente algo que conozco bien : me encuentro, de algún modo, fijada por él". Como es necesario que ella ubique en algún lugar el geiger, - eso le molesta - el paciente hace un bloqueo. ¿Qué es lo que aprisiona en el interior? A ella, la analista.

Ella ha sostenido eso, de algún modo, durante diez años. No trato de ironizar sobre los análisis que duran diez años, hablo de los analistas que sostienen una situación que dura diez años. ¿Qué quiere decir eso? Que en los resultados obtenidos, se ha dado al paciente el campo y que después toda clase de cosas no han girado demasiado mal, ha cesado de ser un beatnik, se ha casado, ha hecho cosas consideradas generalmente normales. Es a continuación de una de sus pequeñas crisis que sobrevino en el momento en que él abatía un árbol, que eso le hace surgir, muy rápido, un estado de pánico.

La segunda vez el paciente está en el punto de no poder articular más una palabra, de tener sudores profusos. Es sorprendente que en esas condiciones el analista se introduzca demasiado bien en el campo de los medios oficiales, tomando la parte de hacer lo que se podría llamar una subversión del caso. Ella toma al paciente en cara a cara. Allí ocurren cosas enteramente curiosas. Si al nivel de su comunicación ella dice que uno se ha extraviado, quizá, durante diez años, en dejar ponerse el acento del lado de los estragos de los padres, del padre, en la ocasión, la cosa es quizá imprevisible, en la teoría

ordinaria. Digamos que la parte sana del yo del analista ha debido hacer lugar a una parte supersana. Quizá pone en cuestión que el padre esté en el origen de los estragos. Lo que es sorprendente es que, en sus distinciones más y más le ocurre - que va a hacer la analista que, de algún modo, cosa bastante interesante en su propia relación - una palabra de ella misma de la cual ella recibirá el mensaje secundariamente. Le ocurre un día decirse que el paciente debe tener gran necesidad del padre no satisfaciente. Ella se lo dice.

Ante las declaraciones de esa paciente, que son declaraciones de las cuales no habría lugar a sorprenderse viniendo de un sujeto psicótico que tiene la sensación cuando eso va bien, que no es él, que él está en otra parte, se puede dejar pasar eso, se puede también preguntarse hasta dónde, en qué medida el análisis ha reforzado el lado falsificado de la identificación fundamental del paciente.

La analista percibe todo eso, percibe sin duda, con algún retraso que esta relación deteriorada con el padre todo lo que se puede aprehender de ella cuando se está al alcance de ver su signo, su resorte, es que el paciente ha hecho todo para mantenerla - el rol del analista más bien -. El vuelco que se produce es el de preguntarse por qué el paciente, en suma, por una suerte de retroceso que le viene de una vuelta en que ella se ha dejado enviscar durante diez años, por qué el paciente, digamos, por lo menos ha sido también cómplice del mantenimiento de esta mala relación. Es aquí, que no es necesario decir que, percibiendo esta posibilidad, la disección que ha hecho de ello la analista sobre la vía de esta revisión desgarrante, es enteramente insuficiente para percibirla ustedes. Es necesario que yo mismo formule, quiero decir de un modo no decisivo, de algún modo radical, sino al nivel de eso de lo cual se trata, a saber, del deseo. Allí, aún, si se le da un sentido a las fórmulas que he anticipado, si se puede admitir que en un rodeo, digo que el deseo del hombre es el deseo del Otro, si de eso de lo que se trata en el análisis ¿dónde se presenta ese deseo del Otro?

El deseo del Otro se presenta en ese campo radical donde el deseo del sujeto le es irreductiblemente no anudado, sino precisamente en esa torsión que trato de representarles aquí con mi botella. Esto es insostenible y exige intérprete mayor, aquél con el cual no hay cuestión : esto es la ley.

La ley soportada por algo que se llama: el nombre del padre.

Es decir en un registro enteramente preciso y articulado de identificación, sobre lo cual fui impedido de puntuar los hitos mayores, con la consecuencia que no lo haré de inmediato.

Lo que veremos es que en la transferencia siempre se trata de suplir ese problema fundamental por alguna identificación: la ligazón del deseo, con el deseo del Otro. El otro no es deseado en tanto que es el deseo del Otro quien es determinante, esto es en tanto que el Otro es deseante.

En su momento lo he articulado alrededor de "El Banquete". Alcibíades se aproxima a Sócrates y quiere seducirlo para arrebatar su deseo y toma la metáfora de la cajita en forma de sileno, en el centro de la cual hay un objeto precioso. Sócrates no posee otra cosa que su deseo. El deseo, como Platón mismo lo articula en Sócrates, no se atrapa así, ni por la cola, como dice Picasso, ni de otro modo, en tanto que el deseo es la falta.

Se habita el lenguaje. FuY llevado a decir que hay en Heidegger, en alguna parte una sugestión, que hay allí una salida a la crisis de la habitación; pero no se habita la falta, por el contrario puede habitar en cualquier parte. Ella habita en el interior del objeto a, no en el otro espacio en el cual se despliegan las vertientes del engaño, sino el deseo del Otro está allí oculto en el corazón del objeto. Aquel que sabe abrir con un par de tijeras el objeto **a,** de buena manera, aquél es el amo del deseo.

Esto es lo que Sócrates hace con Alcibíades en menos de dos (...) diciéndole: "Mira no, lo que yo deseo, sino lo que tú deseas, y mostrándotelo, yo lo deseo contigo"; es ese imbécil de Agatón.

Entonces el paciente, luego de una sesión, que analizada largamente por nuestra analista, aportará el síntoma siguiente:

Las cosas están en tal punto para él que no puede sostener un tenedor sin apercibirse que él, querría, a la vez, pinchar el pan y la manteca, que están hechos para juntarse, pero que están sobre platos separados. Lo que es instructivo es ver que, poniéndose a sus anchas, en la actitud de ese cara a cara, nuestra analista le responde : "La parte de usted incapaz de ir mejor, que ha hecho alianza conmigo y se tiene por encima de la cabeza del modo en que usted continúa siendo incapaz de hacer un paso hacia lo que le falta; éste es el statu quo y el modo en el cual usted no puede avanzar para aprehender un objeto que desea. Es como una confesión de placer, su boca hambrienta de bebé, en los dos. Como usted no puede hacer más que una cosa a la vez, el otro va a sucumbir en el hambre y va a morir por ello. Es por lo cual le he puesto a la espera de conservar el status-quo y de no sentir lo que usted puede hacer, pues eso significaría que uno de ustedes, self (yo) sería abandonada para siempre y muerta de hambre".

Interpretación de la cual puede decirse que es demasiado circunlocutiva, que ella busca reunir, en un tirón de ala, aquello de lo cual se trataba en la partida: la demanda.

No sólo la demanda, sino precisamente eso hacia lo cual converge todo análisis de la demanda; como la demanda en el análisis está hecha por la boca. Uno se sorprende que lo que salga al fin sea el orificio oral. No hay otra explicación al muro, pretendidamente regresivo, que se considera como necesariamente obligatorio de toda regresión en el campo analítico. Si cesan ustedes de tomar por guía demanda con identificación y transferencia, no hay ninguna razón de culminar en la demanda oral.

El círculo de deducción es circular y la única cuestión es saber en qué sentido se lo recorre. Se lo recorre obligatoriamente de un extremo al otro. En un análisis se tiene el tiempo de hacer varias veces el giro. Por una especie de sensación de palpar justo aquello de lo cual se trata, ella distingue algo que es otra estructura, esto es que la demanda oral se produce por el mismo orificio invocante. Hay dos bocas.

Todo eso es ingenioso pero farfulla lo esencial, a saber: que en un síntoma parecido, el síntoma largo tiempo ubicado que hace el enigma de los filósofos, el de Buridan, o sea el desdoblamiento del objeto y no el objeto de la libertad más que de la diferencia, la referencia esencial que es dada por el sujeto es que se trata de otra cosa que de la

demanda, pero que es el deseo y que ella no sabe dar allí el buen golpe de tijeras. Tendré que volver sobre ese caso.

Desearía que el tiempo no se alargara tanto en vuestra memoria para que no perdieran el hilo. Lo que vamos a ver como esencial es que en ningún momento, después de haber tenido esta inspiración (...) que lo que el sujeto ha mantenido a través de toda su historia, es la necesidad de mantener su captura sobre el adulto.

Las tinieblas son tan espesas sobre las exigencias infantiles que la analista no entrevé hasta lo que, sin embargo, está articulado de todas maneras en su observación, esto es que, en ese caso, y por relación a su padre, un padre depresivo, es decir en cuya economía, el objeto parcial tiene una importancia prevalente. Esto es, que el paciente, como todo niño, pero más que otros justamente en razón de esa estructura del padre, el paciente, lo repito como todo niño deja en grados diversos, el paciente es, él mismo,ese objeto a. La captura del niño sobre el adulto y todo lo que hay en el mito del niño - como lo expresaba la analista en lo concerniente a su toda-potencia - no tiene de ningún modo el resorte de una pretendida magia - todo el mundo es capaz de hablar ese lenguaje, no es un don -. Hay momentos en que la analista llegará a decir: "Esos pacientes tienen un modo de provocar en mí un matiz sentimental que hace que yo los crea". Es en el hecho de creerlos que yace el resorte fatal. Ella sabe que cuando uno los cree, los pacientes se dan cuenta de ello, cuando los engañan se sienten recompensados. No hay otra fuente de la toda-potencia infantil, y no diré las ilusiones que ella engendra de su realidad, que el niño es el único objeto a, auténtico, real; inmediatamente a ese título, él contiene al deseante.

Hasta el cabo de esta reanudación de la observación, de esta colección que se termina en una suerte de satisfacción general, de happy end, tan ilusorio como el resto, ella no se da cuenta de lo que se trata verdaderamente. Cree que el arma del paciente, eso deviene el mal niño, estaba en reducir a su padre a nada, de reducirlo a ser un mal objeto, entonces, que él no tiene nada de semejante a eso. De lo que se trata, no es del efecto que el niño trata de producir, sino del efecto que resiente él de ello, a saber, de estar ubicado en ese punto ciego que es el objeto a y si la analista hubiera sabido justamente ubicar la función de su deseo, ella se habría dado cuenta que el paciente hacía efecto en ella misma. Esto, a saber, que ella era transformada por él en objeto **a** y la cuestión es saber por qué ella ha soportado diez años una tensión que el era a ella misma tan intolerable, sin preguntarse qué goce encontraba allí, ella misma.

Allí se puntúa lo que se llama más o menos legítimamente contra-transferencia y cómo es siempre de eso de lo cual se dice, en la neurosis de transferencia, que es el resorte de los análisisinterminables.

La neurosis de transferencia es una neurosis del analista. Se evade en la transferencia en la medida en que él no está en el punto en cuanto al deseo del analista.





24 de Febrero de 1965

Los saludo como quien está feliz de reencontrarlos después de una larga ausencia. Quiero precisar ciertos puntos a causa de algunas irresoluciones - algunas precisiones sobre las personas munidas de una tarjeta provisoria u otra -.

Quisiera introducir lo que ustedes escucharán con algunas distinciones destinadas a situar a las personas que , viniendo con un prejuicio de hacer - quiero decir, la idea que ellas se hacen de lo que debe ser hecho en esos seminarios cerrados - podrían no realizar muy bien lo que vendrá.

Escucharán hablar de lógica. Supongo - la cosa no sorprenderá - que aquéllos que siguen desde hace bastante tiempo mi enseñanza , debe, para esas personas, dibujarse de modo cada vez más firme que existen relaciones íntimas, profundas, esenciales entre el psicoanálisis y la lógica. No supongo que aquí todo el mundo, ni siquiera muchos, sean lógicos y que yo pueda dar crédito, por poco que sea, que tengan la ocasión de referirse a la introducción de no importa qué tratado de lógica. Los lógicos, para situarles, se sorprenderán hasta qué punto el orden de dificultades que el lógico encuentra para ubicar su ciencia en la jerarquía … Su analogía corresponde a las dificultades que puede tener el análisis.

Esto no es más que una indicación. El psicoanálisis es una lógica. Inversamente se puede decir que la lógica tiene mucho que esclarecer sobre ciertas cuestiones radicales planteadas en el psicoanálisis. Ateniéndonos a la fenomenología más sumaria, lo que admira es aquello que viene del exterior. Cuando ocurre y se escucha al psicoanalista expresarse sobre el valor, el acento, la traducción a dar a tal manifestación , a tal comportamiento, en tal síntoma, es algo que se manifiesta por la idea de una cierta ausencia de lógica, al menos de un cierto vuelco, de un cierto desorden. En la lógica se puede encontrar la objeción que se extraerá en psicoanálisis, la misma conclusión; ¿es decir, que la interpretación analítica, la estructuración, da un precio muy elevado a la lógica? Justamente, no. Este uso psicoanalítico de la lógica es una razón más para nosotros de interrogarnos sobre lo que son sus reglas efectivas, pues eso no funciona sin regla. Es para nosotros una sugestión más incitante para meternos allí, en la lógica, hasta para percibir que la verdadera cuestión es si no hay alguna relación profunda que haga que la cuestión que se plantean los lógicos: ¿sobre qué está basada la lógica?, el medio de sacar partido de ello. ¿Por qué milagro?, ¿Sobre qué lleva esta efectividad de la lógica?

Los lógicos lo destacarán. A la lógica se la observa, pero no hay necesidad de pensar ahí de tal modo. Si no fuera que, al observarla, se hacen, alguna vez, falsos pasos de lógica.

Uno no piensa todo el tiempo en seguir las reglas de la lógica. Se puede decir muy bien que uno se pasa de la lógica, es decir de las reglas del buen razonar.

Pues como el analista hace más de eso, se tiene la sensación , se da el sentimiento fuera, que no se tienen en cuenta, que se pasan por alto, que lo que ella ha tomado vuelve a ser una cuestión de primerísimo plano .

Estas son las verdades enteramente generales.

Hay un segundo plano que es aquel del cual he partido, a saber: la enseñanza que he dado, organizada, escalonada, desde hace algunos años. He valorizado allí funciones que no he inventado de ningún modo. Ellas no son latentes, son patentes, articuladas en el interior del análisis y hasta en los autores que no las expresan según las mismas funciones como yo lo hago, están presentes, manifiestas. Están allí desde el origen.

Puedo describir una parte, un panel, una cara de lo que he articulado como la tentativa de establecer una lógica de la falta. Decir eso no es suficiente. Así, desde mi último discurso, el de comienzos de Febrero, habrán podido ver articularse, oponerse dos horizontes, como en dos polos, la función del ideal del Yo y del Yo Ideal, por ejemplo. Función pivote, determinante del objeto a , en esos dos términos opuestos de la identificación. Me han escuchado articular de un cierto modo que es simple - al menos para aquéllos que están encaminados en ésta vía - de un modo que haya dado satisfacción. Es decir que ella se manifiesta al nivel de ese objeto que se llama el objeto a , al nivel de diversas formas más o menos engañosas de la identificación. Las vías donde ponemos a prueba a la identificación que he llamado del engaño de la transferencia. Tenemos planos que no tenemos necesidad de enumerar, rozar al pasar, para ver que allí está la llave de lo que hay que manejar.

El nivel de esos planos se articula de un modo que debe ser tanto más preciso en tanto es más nuevo, inhabitual. Esta nueva lógica llegará a ser habitual, encontrando suficientes espíritus su articulación, su práctica, para que se propague a los lugares comunes y haga el fundamento organizador de nuestra búsqueda y de allí, pueda somatizarse fuera, de tal modo que otros reconozcan que allí se forja un aparato que, por su uso, supera infinitamente el orden de las simples reglas prácticas en el uso de los terapeutas que se llamarían psicoanalistas.

En medio de esos problemas esenciales, preocupantes , en tanto que abrumadores no sólo en nuestro dominio, la cuestión de saber si el Uno es una constitución subjetiva, ¿es una cuestión primera? Cuestión del Uno en la medida que lo he martillado largamente durante casi un año entero. Hace tres años, en mi seminario sobre la identificación. Cuestión del Uno, del trazo unario, en la medida que es la llave de la segunda clase de identificación distinguida por Freud. Esta cuestión del Uno es esencial, pivote, para esta lógica que se trata de constituir en su estatuto y sobre lo cual entiendo dirigir la continuidad de mi discurso hasta el fin de este año.

Que ese Uno fuera de constitución subjetiva, ¿eliminaría el que esta constitución fuera real? He ahí que conduce a una concepción anticipada en veinticinco años sobre los espíritus aptos para recibirla, la reflexión de Frege donde el Uno tiene que recibir su

estatuto, el de la aritmética.

Es por ello que hemos anticipado la referencia en nuestro discurso de este año, para que no sea simple signo en el que algún Filoctetes(22) hubiera lanzado gritos en vano, después de algunos años. Esa grosera indiferencia de aquel que dice que en algún momento ha ocurrido algo, aunque la esencia haya pasado en otra parte. No , es al lugar del encuentro que debemos volver si queremos la marca, la impresión, relevar de ello para nosotros la repetición. Es a ese título que he pedido la última vez, a algunos de aquéllos que , aquí, ha estado para mí el signo de la verdad, de eso en lo cual creo que lo tenemos que decir del psicoanálisis supera mucho su aplicación terapéutica , que el estatuto del sujeto está allí esencialmente interesado. Es en la medida en que puedo recoger aquí esta suerte de respuesta que nos testimonia que no hay allí simplemente esperanza en el aire, que efectivamente están interesados en una cierta posición un cierto número de espíritus, con la única condición de estar abiertos; lo que debe reposar en el fondo de toda apertura , a saber , una cierta ignorancia, una cierta frescura. Aquéllos para quien el uso de conceptos no es lo que se sabe desde siempre, que se puede siempre dejar hablar a los que especulan , se puede dejar pasar a lo lejos los gritos de indignación.

Cada uno sabe que la realidad consiste en no dejarse alcanzar por esos gritos. Lo que se llama realidad , esto es, aquello de lo cual tenemos que ocuparnos en el psicoanálisis ; el orden y la función de la realidad se mide para nosotros, especialmente , analistas, en un cierto coeficiente de sordera mental.

La referencia, demasiado a menudo puesta por delante desde siempre, nos incita a alguna desconfianza . A Dios gracias, me ha ocurrido una nueva clase, una nueva generación de gente no dócil. Es a uno de ellos a quien doy la palabra para responder a otro que ha tenido a bien, hacernos el servicio de introducir la cuestión de Fregue en las diversas vías en que yo deseo. El hecho que esta sala esté llena, nos prueba que no pongo aquí ninguna barrera artificial, que dejo a cualquiera que se presente con el deseo manifiesto de tomar parte en nuestro diálogo.

Apórtenme el testimonio, de algún modo, que hay allí de mi parte, conducta justificada.

Leclaire que les ha dicho una comunicación, no está aquí hoy, de suerte que , lo que pudiera ser aportado de respuesta, no puede tener lugar hoy.

(La exposición de Jacques Alain Miller no ha sido transcripta; ver nota(23))

Conclusión del Dr. Lacan: Después de esta exposición extremadamente plena, quiero, simplemente, para la forma, preguntar su alguien no querría aportar el complemento de una pregunta que le habría sido sugerida como especialmente urgente - yo tendría la ocasión de referirme al texto de Piera Aulagnier - la función del uno y del cero , mediante el cual podríamos responder cuestiones; de retomar en su orden todo lo que he mostrado, en su nivel respectivo, de la demanda y del deseo, alrededor de lo cual se han producido ciertos deslizamientos que se trata siempre de erigir en lo concerniente a las funciones de la privación, de la frustración, de la castración, de tal modo esenciales a distinguir para reponer en su lugar la teoría de la cura.

Lo que les ha sido aportado hoy, en las mismas condiciones, sin compromiso de vuestra parte de intervenir en ello inmediatamente, no podría alcanzar mejor base de partida de lo que yo voy a desarrollar en el mes de Marzo.



Clase 10

3 de Marzo de 1965

gráfico(24)

Les hablaré hoy de modo que represente un nudo entre el trayecto que hemos proseguido hasta ahora y aquel que va a abrirse : el de la identificación. Entiendo, el modo en el cual se presentará a nosotros en la experiencia analítica. Ella plantea su problema como aportando un jalón esencial en lo que se ha formado en el curso de una larga tradición - llamada más o menos, a justo título - tradición filosófica, en lo que se ha formado alrededor de ese tema: la identificación.

El asunto que he intentado introducir para ustedes, por una reflexión sobre lo que constituye en el centro de nuestra experiencia, como siendo la experiencia analítica, el sujeto, parece ser presentado a nosotros en el curso de nuestros últimos pasos. El sujeto sería, si creemos de él el camino estrecho donde he tratado de dirigir vuestra mirada con la teoría de los números, el sujeto sería, en suma, reconocible en lo que se prueba en el pensamiento matemático estrechamente atinente al concepto de la falta. En ese concepto cuyo número es cero.

La analogía es sorprendente con ese concepto, con lo que he intentado formularles como el sujeto, como apareciendo y desapareciendo en una pulsación siempre repetida, como efecto del significante, efecto siempre evanescente y renaciente. La analogía es sorprendente en esta metáfora con el concepto de la reflexión del matemático-filósofo Frege. El fue conducido necesariamente a tomar partido del apoyo, de la contribución de ese concepto cuya asignación de número es cero para hacernos ese uno, siempre desvaneciéndose para agregarse, en su repetición, paro en una unidad de repetición de la cual se puede decir que, tocamos allí, que nunca se reencuentra, a medida que ella progresa, lo que ha perdido, sino esa proliferación que la multiplica sin límite, que se manifiesta como presentificando de un modo serial una cierta manifestación de la infinitud. Así el sujeto se manifiesta Uno como originándose en una privación y en algún modo, por su intermedio, encadenado, unido de manera indisoluble a esta identidad que, se les ha d*Ich*o en una formulación reciente, es una identidad que no es otra cosa que una consecuencia de esa exigencia primera, sin la cual nada podría ser verdadero, pero que deja al sujeto en suspenso, colgado a lo que se ha llamado, a lo que Leibniz dice - esta referencia ha sido puntualizada ante ustedes - que la identidad no es otra cosa que aquello sin lo cual no podría ser la verdad.

Pero para nosotros, analistas, ¿es que la cuestión de la identificación se plantea de un modo, de alguna suerte, anterior al estatuto de la verdad? ¿Cómo tendríamos nosotros el testimonio en ese fundamento deslizante de nuestra experiencia que pone en su raíz lo que a la vez se presenta, en nosotros, en un momento siendo profundamente lo mismo? ¿Cómo la transferencia, en tanto se refiere a nosotros, al doble polo en lo que hay en el amor para nosotros de más auténtico y también de lo que se manifiesta en nosotros en la vía del engaño?

Al haber tomado esta referencia al número, hemos querido volver a buscar el punto de referencia más radical, aquél en el cual vamos a localizar al sujeto en el lenguaje instituido, antes, de algún modo, que el sujeto se identifique allí, se localice allí, como aquél que habla.

Antes ya que la frase tenga ese *Yo (je)* donde el sujeto primeramente se plantea como el *schifter*, hay un sujeto de la frase. El sujeto está primero en ese punto, raíz del acontecimiento donde él se dice, no que el sujeto sea éste o aquél, sino que hay algo. Llueve; tal es la frase fundamental. En el lenguaje está la raíz de eso: hay acontecimientos . Es en un tiempo segundo que el sujeto se identifica allí como aquél que habla.

Sin duda tal o cual forma de lenguaje está allí en su diferencia para recordarnos que hay modos diversos de dar la preeminencia a esta identificación del sujeto de la enunciación a aquél que le habla; efectivamente, la experiencia del verbo ser está allí sin duda para promover al primer plano ese *Ich* como siendo el soporte del sujeto.

Ningún lenguaje está, de ningún modo hecho así - falso problema - lógica que puede plantearse en nuestras lenguas indoeuropeas, en otras formas del estatuto lingüístico.

Es por ello que he tenido que poner algo en carácteres chinos. Si los problemas lógicos del sujeto en la tradición china no son formulados con un desarrollo tan exigente, tan fecundo como el de la lógica, no es porque no exista en el chino el verbo ser, como se dice. La palabra más usual en el chino hablado se dice :che. Como podríase pasar de eso al uso, pero que sea fundamental… Todos esos carácteres se escriben en la forma cursiva. Esta fórmula - que espero traducirles - la he recogido en una caligrafía monacal.

El carácter de esta fórmula : cómo es el cuerpo. Ese "che" es también un ese, un demostrativo y que el demostrativo en chino es lo que sirve para designar el verbo ser, muestra que otra es la relación del sujeto a la enunciación, donde él se sitúa.

Nosotros, analistas, veremos a qué nivel es necesario retomar el problema para situar nuestra marcha actual, aquélla que se había acabado antes de nuestra separación - interrupción de tres semanas - para situar el alcance de lo que hemos querido designar en esa relación del cero al uno.

La presencia imaginante del significante, su articulación fundamental, hace necesario que les designe, sino que les comente, tres páginas de *"La Psicología de los yo"* (sic) - referencia de Lebon - *capítulo VII - La Identificación*. Se los señalo, porque se ven allí concentrados todos los enigmas ante los cuales Freud, con su honestidad profunda, manifiesta a la vez, se detiene, señalando con el dedo ahí donde se desliza, allí donde

escapa, lo que podría tener de satisfactorio en la referencia que ha producido en el momento en que se trata para él de dar la clave, el entorno, el corazón de su tópica. Lejos de formular en ese nivel, en ese capítulo, los términos de la identificación bajo la forma, de algún modo feliz, dialéctica, resurgiendo de ella misma tal que los abordajes que ha hecho hasta allí, en su descripción de los estadios de la libido tales como ha podido esbozarlos, y especialmente en el punto donde gira su pensamiento y del registro de la temática consciente e inconsciente, pase a la temática tópica en lo que llama la introducción del narcisismo. Lo que él llama la identificación primaria parece abrirse por una suerte de progreso de la estructuración del exterior en identificaciones más precisas, donde el sujeto, ubicándose en el campo primero cerrado, en ese pretendido autismo, del cual se ha hecho abuso de tal modo fuera del análisis, encontraba la mirada al mundo exterior, para así reencontrase en su propia imagen. Identificación secundaria e inmediata referencia a lo que tenía que encontrar en esta multiplicidad perceptible, esta adaptación que haría de él un objeto armonioso de un conocimiento realizado. Nada semejante cuando Freud trata de abordar en lo que es, para el pensamiento del analista, una instancia radical: la identificación. Nada que sea menos propio para dejar distinto - como lo fue siempre el velo central de la psicología - a dejar distinto ese registro de esa localización del conocimiento de lo que nos sería representado como pura, simple y ciegamente, el punto necesario de la escalada vital si se da como lo que debe -¡dios sabe por qué! - culminar en la función de una conciencia. Nada que distinga menos este alcance de la relación del sujeto viviente con un mundo que lo distinga menos como entendimiento de algo con otro registro irreductible, como un desperdicio. Desde allí es adoptada esta perspectiva para ser lo esencial del progreso subjetivo, lo que se llama la voluntad en el vocabulario filosófico. Qué más irrisorio que esta apertura, que esta profunda alienación del sujeto en símismo, en dos facultades y que se establece en una experiencia parcializante, que más irrisorio que ver proseguirse los dos ciclos, lo cual debe predominar en Dios. ¿No hay algo de irrisorio en una teología que no he cesado de girar alrededor de ese falso problema instituido sobre una psicología deficiente?

Si Dios que debe saber todo, si él sabe todo, debe someterse a lo que él sabe: que es impotente, o que debe tener todo lo querido y resulta de ello que es entonces bien maligno.

La fuerza del ateísmo, de lo que hay de impasse en la noción divina, en los argumentos ateos, muy a menudo más teístas que los otros; la lección está en buscar en los mismos teólogos.

No hay ninguna disgresión en tanto que, este correlato de la alienación divina es el término y lo vemos en Descartes, indicado en su lugar, no como se lo dice heredado, transmitido de la tradición escolástica, sino, de algún modo, necesitado por esta posición del sujeto, en tanto que la falsa infinitud de ese yo siempre reproduce ; que la recurrencia, es de allí que parte la necesidad del seguro de ese algo que está aquí fundado, que no es de ningún modo un engaño. Y de la deducción de lo que hace falta que el campo en el cual se reproduce esta multiplicación infinita, de la unidad donde el sujeto se pierde, sea de algún modo garantido por este ser, donde sólo Descartes tiene la ventaja de designarnos que entre voluntad y entendimiento, nos hace falta elegir.

Que sólo la voluntad, en su impensable, el más radical que se sostenga la verdad, hasta las verdades más eternas, que sólo ese Dios es pensable; pero se nos designa así, de él, el último impasse. Pues es precisamente allí alrededor de lo cual gira un momento esencial del pensamiento de Freud. Pues yendo mucho más lejos que todo pensamiento ateístico que lo haya precedido, no sólo nos designa el punto del impasse divino; lo reemplaza por la temática paterna. Si nos dice que allí está el soporte de la creencia en un Dios engañoso es seguramente para darle otra estructura, y la idea del padre no es la herencia ni el sustituto del padre, el padre de la iglesia ; sino que es, entonces ese padre originario ese padre del cual en el análisis no se habla nunca más, porque no se sabe qué hacer de él. Ese padre, ¿cómo y cuál es el estatuto que nos es necesario darle en lo que es de él en nuestra experiencia? He ahí en qué y dónde, se sitúa el alcance que viene ahora de nuestra interrogación sobre la identificación en la experiencia analítica.

En ese texto que les indico - *volumen XVIII* de la *Standard Edition*, página 105- ¿qué es lo que sorprende? Es que habiéndonos hablado de la identificación primero, viene- y en una anterioridad de la cual nos hace muy bien sentir que hay allí un enigma- que nos la propone como primordial- que la identificación del padre es planteada primero en esta deducción, que el interés, muy especial, que el niño muestra por su padre, está puesto allí como un primer tiempo de toda explicación posible, de eso de lo cual se trata en la identificación. Y es en ese momento como el analista podría - iniciado por su experiencia y las explicaciones anteriores- podría allí equivocarse. Piensen que en ese interés primero hay algo que ha sido localizado como siendo la posición pasiva del sujeto, la actitud femenina.

No subrayado por Freud, ese primer tiempo es, hablando propiamente, lo que constituye una identificación típicamente masculina; él va más lejos, exquisitamente masculina . Este aspecto primordial que le hará describir que en un segundo tiempo, lo que va a operarse es la rivalidad con el padre - dice él - concerniente al objeto primordial. Ese primer tiempo toma su valor por ser, una vez articulado en su carácter primitivo y del cual surge su relieve, también la dimensión mítica, por ser articulado al mismo tiempo en lo que es así producido como la primera forma de la identificación, a saber: la incorporación.

En el momento en que se trata de la referencia primordial, la más mítica, se podría decir y no nos equivocaríamos al decir la más idealizante, en tanto es ella quien estructura la función del Ideal del Yo, referencia primordial que se hace sobre la evocación del cuerpo.

Esas cosas que manejamos, esos términos, esos conceptos que dejamos en una suerte de nada, sin nunca preguntarnos de qué se trata, merecen, sin embargo, ser interrogados.

Sabemos que cuando se trata de la incorporación, como refiriéndose al primer estadio inaugural de la relación libidinal, la cuestión no es simple. Seguramente algo allí se distingue de eso en lo cual podríamos ceder, es decir hacer de ello un asunto de representación de imagenes. La inversa de lo que, más tarde, será la diseminación sobre el mundo de nuestras proyecciónes diversamente afectivas. No es de eso de lo que se trata, ni siquiera del término introyección, que podría ser ambigüo. Se trata de incorporación y nada indica que sea lo que sea, aquí se tate de poner en el activo de una subjetividad. La incorporación, si ésta es esa referencia que Freud anticipa, reside en que nadie está allí para saber que ella se produce, que la opacidad de esta incorporación es esencial, y por otra parte, en todo ese mito que se sirve, que se ayuda de la articulación

localizable etnológicamente de la comida inconsciente. Es en la medida en que hay allí un modo totalmente primordial, bien lejos que la referencia sea - como se le dice en la teoría freudiana - idealizante. Ella tiene esa forma de materialismo radical cuyo soporte es, no como se dice el biológico, sino el cuerpo. El cuerpo, en la medida en que no sabemos ya ni cómo hablar de él después que el vuelco cartesiano, la posición radical del sujeto nos enseña a no pensarlo más que en términos de extensión.

Las pulsiones del alma de Descartes son pulsiones de extensión y esta extensión, si vemos por qué alquimia singular, más y más dudosa, después de un momento del cual sabemos la operación del mago alrededor de ese pedazo de cera que, purificado de todas sus cualidades y, ¡mi Dios, que son cualidades hediondas! Que es necesario retirarles unas tras otras, no queda más que esta sombra de sombra y de deyectos purificados.

¿No aprehendemos allí que algo se deriva de haber conducido demasiado bien su juego con el Otro? Descartes se desliza hacia el padre de algo de esencial que nos es recordado por Freud, en que la naturaleza del cuerpo tiene algo que hacer con lo que introduce, restaura, como libido; que es la libido en tanto que, por otra parte, esto tiene relación con la existencia de la reproducción sexual, pero de ningún modo idéntico, en tanto que la primera forma de esta pulsión oral por donde se opera la incorporación.

¿Pero qué es esta incorporación? Si su referencia mítica, etnológica, nos es dado por el hecho que él consume la víctima primordial, el padre desmembrado, es algo que se designa sin poder nombrarse, que no puede nombrarse al nivel del término velado del ser, que es el ser del otro que, aquí está a consumir, que es asimilado bajo la forma por la cual se resume el ser del cuerpo. Lo que se nutre en el cuerpo de este ser se presenta como lo más inasible de él, lo que nos reenvía siempre a la esencia ausente del cuerpo.

¿Quién de esta cara de la existencia de una especie animal, como bisexuada en tanto está ligada a la muerte, aísla de ella como viviente en el cuerpo, precisamente lo que no muere, lo que hace que el cuerpo antes de ser lo que muere y pasa por el desfiladero de la reproducción sexuada, en eso que existe en una devoración fundamental que va del ser al ser? Allí no está de ningún modo la filosofía que yo preconizo, ni creencia. Esta articulación, esas formas de las cuales digo que es para nosotros, que hacen cuestión para nosotros, que Freud lo pone en el origen de todo lo que tiene que decir de la identificación y no duden de ello, esto es riguroso . Quiero decir que el término mismo de instinto de vida no tiene otro sentido que el de instituir en lo real esta suerte de otra transmisión que, siendo transmisión de una libido, en ella misma es inmortal.

Que deba ser para nosotros una tal referencia, ¿cómo concebir que esté puesta en primer lugar por Freud, en primer plano? ¿Es una necesidad de institución original de lo que se trata en la realidad inconsciente, en la función del deseo, o es un término, es muro de detención? ¿Es algo reencontrado por la experiencia instaurada? Prosigamos, para ello, la lectura. Vemos que es en un segundo tiempo que se instaura la mirada a esta primera referencia, que se instaura la dialéctica de la demanda a la frustración a saber lo que Freud nos propone como segunda forma de la identificación, el hecho que, a partir del momento en que se introduce el objeto de amor, la elección del objeto, es allí que se introduce también la posibilidad de la frustración, de la identificación al objeto de amor mismo.

Pues lo mismo que era chocante en la primera fórmula que nos da de la identificación, ver allí la correlación enigmática de la incorporación, del mismo modo, también allí Freud, será ante ustedes, enigma. Nos dice que podemos fácilmente - por referencia, de algún modo lógica de lo que es de ello, de esta alternancia de la elección del objeto a la identificación del objeto en tanto que deviene objeto de la identificación - que eso no es allí otra cosa que la alternancia del ser y del tener. Que por no tener el objeto de la elección, un sujeto no llega a serlo. Los términos de sujeto y objeto son puestos aquí en balanza . Freud nos dice también que no hay allí para él, más que un misterio, que nos encontramos allí ante una opacidad. ¿Es que esa opacidad no puede de ningún modo ser aliviada? ¿Ser resuelta? ¿No es en esa vía en la que se prosigue el camino por donde trata de conducirlos?

El tercer término, dice Freud, es el de la identificación directa del deseo al deseo.

La identificación fundamental por la cual nos dice, es la histérica quien nos da su modelo. En ella, en él, en esta suerte de paciente, no es necesario mucho para localizar algún signo, allí donde se produce un cierto tipo de deseo. El deseo de la histérica funda todo deseo como deseo de histérica. El juego, el tornasol de la decodificación, de la repercusión infinita del deseo sobre el deseo, la comunicación indirecta con el deseo del Otro, está allí, instaurada como tercer término . ¿ No es suficiente decir que el agrupamiento permanece indisociado, heteróclito, en ese capítulo esencial que Freud cree deber reunir?

Pues es allí que creo haber introducido una serie estructurada, destinada no sólo a reunir, a permitir situar como siendo el punto de enganche esencial que mantiene el pensamiento freudiano, donde él nos obliga a cubrir ese campo cuadrado del cual marca los bordes, pero también a integrar allí lo que, en nuestra experiencia nos ha permitido después de hacer la experiencia de las vías y los senderos por donde los progresos de esta experiencia nos permiten percibir lo bien fundado de las apercepciones de Freud y también, por qué no, su desfallecimiento.

Esos desfallecimientos no lo son al nivel conceptual, pero veremos, que lo son al nivel de la experiencia. He introducido en su momento, una tripartición que tiene el mérito de anticipar lo que alguien ha podido, en el curso de una reunión reciente, recordarles, como título, lo que habría querido introducir en el seminario de este año: las posiciones subjetivas.

No se trata de otra cosa en lo que hace unos cinco años, y más he introducido, recordando cuán esenciales son. Nuestra experiencia nos obliga a confrontar para distinguir de ello, los pisos de estructuras, los términos de la privación, de la frustración, y de la castración.

Toda la experiencia analítica después de Freud, se inscribe al nivel de una exploración más y más escudriñadora de la frustración, de la cual se ha articulado que constituye la situación esencial del progreso en el análisis y que todo el análisis transcurre a su nivel.

En verdad, esta limitación del horizonte conceptual tiene por efecto del modo más manifiesto y más claro, hacer cada vez más impensable lo que Freud nos ha designado en

su experiencia como siendo el tope de detención, el punto de detención, de su experiencia, a saber: la castración.

La castración en lo vivido terminal de un análisis de neurótica, o de un análisis femenino, es, hablando propiamente, impensable. Si la operación analítica no es otra cosa que esta experiencia conjugada de la demanda, de la transferencia, en el curso de la cual el sujeto tiene que hacer la experiencia de la falla que lo separa del reconocimiento que él vive en otra parte que en la realidad y que en esta experiencia de la abertura (*béance*) está todo lo que él tiene que integrar en la experiencia analítica.

La articulación de la castración a la frustración; ella sola nos ordena interrogar de otro modo las relaciones del sujeto que en el modo que pueda, de alguna manera extinguirse en la doble relación de la transferencia y la demanda.

Esa localización necesita, precisamente como previo, que el estatuto del sujeto como tal sea planteado y esto es lo que constituye la oscilación- que no soy el único en haber formulado- de la posición de la privación.

Sin duda de un modo confuso, pero articulado, alguien como Jones, que tomaba partido de una generación donde se tenía un poco más de horizonte, se dio a la función de la privación - cuando se trata de interrogar al enigma de la relación de la función femenina al falo, en la función de la privación-, su momento de detención indispensable en la articulación lógica de esas tres posiciones. Es lo que hace necesario para nosotros el tener primero planteado que el sujeto, el sujeto en su forma esencial, se introduce como en esta suerte de relación radical que es insustituible, impensable, fuera de esta pulsación, tan bien figurada por esta oscilación del cero al uno que se prueba como siendo en toda aproximación al número, necesaria para que el número sea pensable.

Que haya una primera relación entre esta posición del sujeto y el nacimiento del uno, esto es lo que era para nosotros a cercar alrededor de esta atención. Lleva al uno, que nos ha hecho ver que hay dos funciones del uno, El uno del espejismo que está en confundir el uno con el individuo, o si ustedes quieren, para traducir ese término, el insecable, y por otra parte el uno de la numeración, que es otra cosa.

El uno de la numeración no cuenta los individuos, y sin duda la pendiente de la confusión es fácil. La idea que eso no es otra cosa, su función tiene algo de tal modo fácil y de tal modo simple, que es necesaria la meditación reflexiva de un practicante del número para apercibirse que el uno de la numeración es otra cosa, que la diferencia y la alteridad son otra cosa.

Todos aquellos que, desde los primeros tiempos han tenido que meditar sobre la naturaleza radical de la diferencia han visto bien que se trata de otra cosa en la numeración, que de la distinción de las cualidades; que el problema de la distinción es indiscernible y porque no sólo todo lo que agrupa sobre sí mismo la identidad de cualidad, todo lo que cae bajo la cualidad del mismo concepto, la distinción fundamental que hay de lo sensible a lo mismo, para darle la resonancia de un término familiar del parecido al mismo. Otra cosa es el registro de lo parecido y lo mismo. El otro está íntimamente unido, no al parecido sino al mismo. Y la cuestión de la realidad del otro distinta de toda discriminación conceptual y cosmológica. Ella debe ser impulsada al nivel de esta repetición del uno que lo instituye en su heterotidad (*hétérotité*) esencial. Interrogarla sobre lo que ella es de eso, de esta función del Otro, como se nos presenta a nosotros, es de lo que se trata y que entiendo introducir hoy, pues la etapa, creo, está franqueada, fue facilitada por nuestras exploraciones anteriores introduciendo, al nivel de esta cuestión del Otro, la cuestión horrificada de tal modo de aquéllos que alrededor de mí preferirían encontrar, desviada de mi mensaje, la cuestión de los potes de mostaza.

El pote de mostaza se carácteriza por el hecho de que nunca hay mostaza dentro . Está vacío por definición; es la cuestión, precisamente, de los indiscernibles. Es fácil decir que el pote de mostaza que está aquí se distingue de aquél que está allí - como dice Aristóteles - porque ellos no están hechos de la misma materia. La cuestión, así, es fácilmente resuelta . Si elijo los potes de mostaza es por su dificultad. Si se tratara del cuerpo, verán que Aristóteles no tiene la respuesta tan fácil; como el cuerpo siendo lo que tiene la propiedad de, no sólo asimilarse a la materia, que es absorbible, sino de asimilarse a otra cosa, a saber, con su esencia de cuerpo. Allí donde ustedes no encontrarán tan fácilmente el distinguir los indiscernibles y podrían con el monje *Chi Vu*, practicar el Zen, dudo de decirlo pues corren el riesgo de expandir que yo lo hago practicar.

El dice como ese cuerpo, al nivel del cuerpo, imposible de distinguir ningún cuerpo de todos los cuerpos. No es porque ustedes sean doscientos sesenta cabeza que ustedes son unidades.

Tomamos los potes de mostaza. Son distintos, pero yo planteo la cuestión: el hueco, el vacío que constituye el pote de mostaza, ¿es el mismo o es que son vacíos diferentes? La cuestión es un poco más espinosa. Ella es alcanzada por esa génesis del uno al cero a la cual está constreñido el pensamiento aristotélico.

Para decir todo esos vacíos son de tal modo un sólo vacío, que ellos no comienzan a distinguirse más que a partir del momento en que se ha llenado uno de ellos la recurrencia comienza a partir del momento en que el vacío se llena. Esta es la constitución del sujeto. Alguien ha podido hacer recortarse la teoría de Freud con una cierta forma de mi sujeto.

La apología que les doy del vacío y de su llenado y de la génesis de una distinción de la falta tal como ella se introduce al nivel de la chopina (*chopine(25)*). ¡Yo no sería el primero en haber sustituido a un mozo de café por Dios!

"Un Tuborg", implica que yo pida otro. Es precisamente siempre el mismo.

El punto esencial, al nivel de la falta. Este Otro que da la medida de mi sed, que me da la ocasión de pedir para otro, por correspondencia biunívoca; ese Otro puro está al nivel de la aparición donde se introduce, primeramente, como presencia de la falta: el sujeto. Es a partir de allí, únicamente, que puede concebirse la perfecta bipolaridad, la perfecta ambivalencia de lo que se producirá inmediatamente al nivel de su demanda, esto es en tanto que el sujeto se instaura como cero- como ese cero que está falto de llenado- puede jugarse la simetría de lo que se establece y que, para Freud, resta enigmático, entre el objeto que él puede tener y el objeto que él puede ser.

Es precisamente, de permanecer en ese nivel, que puede ser impulsada, hasta su término, una farsa de escamoteo, enteramente particular, pues no es verdad que todo se agote para el sujeto en a dimensión del Otro, que todo sea, por relación al Otro, una demanda de tener donde se transfiera, donde se instituya una falacia del ser.

Las coordenadas del espacio del Otro no juegan en esa simple díada. D *Ich* o de otro modo, el punto cero de origen de las coordenadas donde nosotros lo instituimos, no es un verdadero punto cero.

Lo que la experiencia nos muestra es que la demanda, en la experiencia analítica no tiene sólo el interés de que gocemos de ella como plano y registro de la frustración, reenviando al sujeto a esta reducción engañosa de un ser, cuya comparación al ser del analista abordaría la vía de la salud.

La experiencia analítica nos muestra - y esto ningún analista puede rechasarlo, aunque él no extraiga consecuencia - que en la operación de la cual se trata, siempre hay un resto. Que la división del sujeto entre cero y uno, no la reduce ningún complemento de la demanda al nivel del tener nivel del ser; que el efecto de la operación no es jamás un puro y simple cero. Que el sujeto, al desplegarse en el espacio del Otro, desplegará otro sistema de coordenadas que las coordenadas cartesianas; que la forma impalpable de la estructura del sujeto es la que nos va a revelar de donde surgió la virtud del uno que no es, de ningún modo, el de ser simplemente un signo.

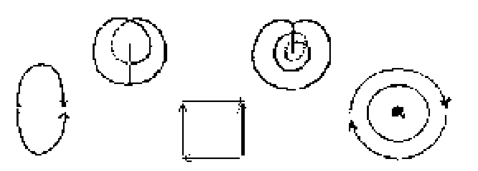
La experiencia de la muesca del cazador, aún su ella ha nacido por azar, la existencia del uno y del número, lejos de ser eso a lo cual ella se aplica y del lugar del cual, lejos de serle consecuente, ella engendra al individuo, no tiene necesidad de nada individual para nacer más que la verdadera prioridad específica del número que tiende a las consecuencias de lo que se introduce en esas formas que trato de presentificar, bajo el espacio topológico, en el efecto sobre esas formas de corte. Hay formas que se dividen inmediatamente en dos por un sólo corte, otras de las cuales pueden hacer dos sin que la forma desaparezca. Esto es el resto de un sólo trozo. El número comunicativo en topología: allí está el uso y el privilegio de lo que trato de hacer jugar ante ustedes, en tanto que es a fines prácticos de representación bajo forma de imagen lo que he dibujado que representa la botella de Klein, en hacer partir de un punto, un corte. Ellas tienen la apariencia de ser dos porque pasan dos veces por el mismo punto. Por pereza, y también por un cierto sentimiento de vanidad, pues no hago la imagen que habría podido ser complementaria, fácil de imaginar, al nivel de ese círculo mítico, el contrapelo (*rebrousement*) hace pasar el corte a través de la longitudinalidad. En tanto el círculo retorna tendrán la posibilidad de hacerlo pasar al primer punto. Tendrán así, un sólo corte. La propiedad de este corte es de no dividir la botella de Klein, sino simplemente de desarrollarla en una sola banda de Moebius, relaciónar esos dos puntos hasta hacer de ellos, uno.

Se darán cuenta que algo les fue ocultado en la operación precedente, en tanto que esta conjunción tiene, como la figura aquí representada, un efecto que tiene como propiedad dejar intacta la banda, pero hace aparecer allí un residuo. Los psicoanalistas conocen ese residuo por el cual se encarna el carácter radicalmente dividido del **S** del sujeto. Es lo que se llama el objeto **a**, en el juego de identificación de la privación primordial. No tiene sólo como efecto la manifestación de un puro agujero, de ese cero inicial de la realidad del sujeto encarnándose en la pura falta. Hay siempre en esa operación especialmente surgiente de la experiencia frustrante, algo que escapa a su dialéctica, un residuo; algo que se manifiesta al nivel lógico; donde aparecía el cero, la experiencia subjetiva hace aparecer algo que llamamos el objeto **a,** que por su sola presencia modifica, inclina, toda la economía posible de una relación libidinal al objeto de una elección que se califica de objetal. Esto da a toda relación, a la realidad del objeto de nuestra elección, su ambigüedad fundamental, que hace que en el objeto elegido esté siempre la duda que eso de lo cual se trata está en otra parte. Eso es la experiencia analítica que está hecha para ponernos en evidencia que la cumbre es satisfacerse en la identificación con el analista, o al contrario, de la alteridad, de rechazarlo como otro. Término patético de la experiencia analítica.

La cuestión alrededor de la cual debe elaborarse lo que pertenece al análisis, no sólo los resultados terapéuticos, sino la legitimidad esencial de lo nos funda como analistas, y primeramente que, de no conocer, de no haber puntuado donde se sitúa lo que yo llamo la operación legítima, es imposible que el analista opere de ningún modo que merezca ese título: la operación. El mismo es ciego, capturado en la falacia. Esta falacia es precisamente la cuestión que se plantea al término del análisis : que es al nivel de la castración que ese punto que, en el esquema, en la parte de doble entrada, que he tratado de hacerles localizar, de qué modo se intercambia la repartición de esos términos de lo **imaginario, lo simbólico y lo real**. Hablando en esa época no de posición subjetiva, sino para tomar un esquema freudiano, un modo de acción, de hábitat, de repartir en relación a esos tres pisos, las cosas a derecha o a izquierda, del lado del agente y del lado del objeto- en la época yo había dejado en blanco lo que estaba del lado del agente- se trata del estatuto que conviene dar a esta dimensión del Otro en el lugar de la palabra como tal. En el análisis, lo perciben bien, reunimos toda la cuestión de la esencia de *Wunsch*, del estatuto de la verdad. Es hacia esta mira, a través de algunas etapas, que trataré de plantear la dialéctica de la demanda y del de deseo.



10 de Marzo de 1965



Hemos permanecido la última vez en el umbral de la demanda analítica, de esa demanda donde se inscribe el segundo piso de lo que, en la matriz que he recordado la última vez en el pizarrón, de lo que en esta matriz se inscribe como frustración, de lo que, en la teoría analítica moderna se afirma, efectivamente, como central en una dialéctica tomada bajo ese término, expresamente: la frustración.

La repetición en la cual se sostiene esta dialéctica, originada doctrinalmente en una referencia a la necesidad del sujeto, necesidad cuya ineluctibilidad habría que rectificar en la maniobra de la transferencia, es lo que nos impulsa, que nos ha impulsado en el tiempo en que desarrollamos nuestra enseñanza, a demostrar sus insuficiencias generadoras de errores; esto es para rectificar esa concepción necesaria, en efecto de la función de la demanda, en una más justa referencia, en lo que es relativo a la función de la transferencia. Es por ello que tratamos de articular de un modo más preciso lo que ocurre por el efecto de la demanda y cómo eso no sería exigido si se diera cuenta que al referirse a esta dialéctica de la frustración, todo lo que ocurre en el interior de la terapéutica se desarme, se deja ir a la deriva, se deja, de alguna manera, suplantar en el nivel de un horizonte teórico todo lo que es el punto de partida, el fundamento, la raíz misma del mensaje freudiano, a saber, aquello por lo cual se origina en el deseo y la sexualidad. Eso que sustituye el "Yo pienso" del sujeto del cogito, por un "yo deseo, que no se concibe, en efecto más que como el más allá desconocido siempre, no sabido por el sujeto de la demanda, en tanto que la sexualidad, que es el fundamento por el cual el sujeto en tanto que piensa, se sitúa, se soporta de la función del deseo, por el cual ese sujeto es aquél quien, en el origen de su estado, es planteado por Freud como aquél al cual, extrañamente, el principio del placer permite, radicalmente, alucinar la realidad. Esa partida del sujeto deseante, en tanto que es sujeto sexual, que es por lo cual, en la doctrina de Freud, la realidad, originalmente, radicalmente, se alucina. Esto es lo que se trata de recordar, de presentificar en la doctrina, lo que ocurre en el análisis mismo.

No podemos referirnos a la opacidad de la cosa sexual, del goce que motiva de ello del modo más oscuro, más mistagógico, la cosa de la cual se trata, que he llamado en alguna parte, la cosa freudiana. No hay allí oferta a la comprensión, por lo que, precisamente da a esa palabra su sentido irrisorio, a saber, que se comienza a comprender bien, a partir del momento en que no se comprende nada más.

Por otra parte, ¿cómo una técnica que es esencialmente una técnica de palabras se infatuaría de introducirse en ese misterio si no contuviera ella misma el resorte? ¿por qué es indispensable tomar como referencia la más opuesta partida en el fundamento radical de la función del sujeto, en tanto que él determina el lenguaje? ¿es ésa la única partida que puede darnos el hilo conductor y permitirnos, a cada instante, ubicarnos en un campo?

Puede parecer extraño a algunos, que nuestras referencias, este año, rocen aquí o allí, un tono de alta o baja matemática. Es cierto que no es para ser como ella . Ella está situada a un nivel de elementos que hace que sea la más cercana. No duden de eso.

Esta desdichada botellita llamada de Klein en la cual les hago apoyarse - parece que los matemáticos se ocupan de ese dominio, en ese nivel todo depende de la referencia que se tiene en la historia - creo que ella no ha brindado aún todos sus misterios.

¡Qué importa!; no es por azar si es allí que debemos buscar nuestra referencia en tanto que la matemática en su desarrollo de siempre, desde su origen euclidiano, es de nacimiento griego. En toda su historia, no puede denegarse que ella lleva, de ello, la traza original. La matemática, a través de su historia, es más restallante y sumergiente, a medida que manifiesta lo que nos interesa en más alto grado: sea cual fuera la partida que tome, tal o cual familia de espíritu, en los matemáticos preservando o tendiendo a excluir, anatomizar hasta ese núcleo intuitivo que es irreductible, que da a nuestro pensamiento

ese indispensable soporte, dimensión del espacio, fantasmagoría insuficiente del tiempo lineal, los elementos más o menos bien articulados en la estética trascendental de Kant. Falta que sobre ese aporte, donde ustedes ven que no he incluido el número, que ese número, intuitivo o no, nos abre un núcleo de tal modo más resistente de opacidad, donde el esfuerzo, del cual se trata de saber si supera lo que en algunos nos aparece, deja sin embargo suspendido algo de lo cual los matemáticos testimonian que resta irreductible, a algo que nos hace llamar al predicado del número, natural.

Para testimoniar del modo más restallante lo que se ha fabricado, deben saber la fabulosa abundancia, para aprehender lo que es aprehensible al nivel de Euclides: es por la vía de la exigencia lógica, que hace que la operación que sea, dé, en la construcción matemática *"Todo debe ser dicho"* y de un modo que resista a la contradicción.

Ese *"Todo debe ser dicho",* es decir, cualquiera sea la brizna, el soporte de intuición que resta en ese algo que no es el triángulo dibujado en el pizarrón, ni dibujado sobre un papel, que sin embargo permanece, soporte visualizable, imaginación de la relación de dos dimensiones conjuntas que nos bastan para subjetivizarlo que, por otra parte, la menor operación, la de una traslación, de una superposición, es necesario que la justifiquemos en palabras - lo que es legítimo - que esta aplicación del lado sobre el lado, de tal o cual de las igualdades, sobre las cuales mostraremos la verdad de ese triángulo elemental.

Ese *"Todo debe ser dicho"*, debe ser manipulado para construir otras cosas más complicadas que el triángulo . Sabemos que ese *"Todo debe ser dicho",* que es a partir de allí que se construye todo lo que en nuestros días permite a esa matemática concebirla en esa extraordinaria libertad, que no se define más que por lo llamado, el cuerpo, es decir el conjunto de los signos que constituirían ese entorno, cuyo límite cercaremos para una teoría, imponiéndonos no servirnos más que de esos elementos individualizados por letras, más algunos signos que las unen.

Introduzcan una cualquiera de las igualdades tomadas de ese cuerpo o algo nuevo, puramente convencional. A partir de allí serán capaces de concebir el número no sólo en cuatro dimensiones, sino en seis, en siete - el último premio Nobel ha sido atribuido a un señor que muestra que, a partir de la séptima dimensión, la esfera, que era hasta allí homóloga a la tercera dimensión, tiene múltiples propiedades -. Allí tenemos más que el juego de los puros símbolos.

Ese *"todo es dicho"* es extenuante. Ese *"todo a decir"* nos arrastra a escribir volúmenes. Esa fecundidad del *"Todo a decir" de la cual hablaba yo a un matemático. Fue de él de quien partió el grito:"*¿No hay allí una cierta relación con lo ustedes hacen con el psicoanálisis?". Esto es lo que voy a responder.

Estimo, por otra parte, que ese *"Todo a decir",* una vez hecho, no interesa más al matemático. Es en fin, lo que limitó al mejor de los fenomenólogos - Huserl. Una vez que eso está hecho, ese verdadero *"Todo dicho"* , es una vez para todas. No hay más que confirmarlo, poner el resultado y a partir con ese resultado.

Ese lado evanescente del *"Todo dicho",* agotado sobre un punto del cual resta la construcción, ¿cuál puede ser su homólogo?, o más exactamente, ¿es en ese "Todo dicho", es allí, donde debemos buscar nuestra eficacia operatoria?

Aquí aparece la diferencia, pues, de otro modo, ¿cómo comenzar para cada uno la exploración de esa relación de "decir" que es el psicoanálisis? Es por lo cual la interrogación radical sobre lo que es del lenguaje - reducido a su instancia más opaca - la introducción del significante nos ha llevado en este intervalo entre el cero y el uno, donde vemos algo que va más lejos que un modelo. Es en el lugar donde hacemos más que presentirlo, donde nosotros lo articulamos, que se instaura, vacilante, la instancia del sujeto como tal, primeramente designado suficientemente por las ambigüedades en que ese cero y ese uno permanecen en el lugar mismo de la más extrema formulación logística . Dudo hacer referencia, demasiado rápido, al hecho que el cero o el uno en último término, estén efectivamente articulados, porque es el uno o el otro quienes representarán el elemento neutro, o que es en el intervalo del cero y del uno que se diferencian dos intervalos ; entre el cero y el uno podemos demostrar la existencia de un no numerable, lo que no es el caso fuera de esos lugares.

Importa aquí que, una vez recordado, situado, deje los fundamentos, con algunos a verificarse más radicalmente. Tenemos ese estatuto que destaca algún grado de logificación, de purificación de la articulación simbólica, a la cual arribamos en matemáticas . No hay ningún medio de plantear ello ante ustedes. El desarrollo sobre el pizarrón es, en algún modo, mudo.

Me sería imposible si estuviera en vías de darles un curso de matemáticas, hacerles seguir y entender al mudo, poniendo simplemente en el pizarrón la sucesión de signos. Hay siempre un discurso que debe acompañar ese desarrollo en ciertos puntos de sus giros y ese discurso es el mismo que el que sostengo por el momento, a saber, un discurso común en el lenguaje de todo el mundo. Eso significa que no hay metalenguaje, que el juego riguroso de la construcción de los símbolos se extrae de un lenguaje que es el lenguaje de todos . En su estatuto de lenguaje no hay otro que el lenguaje común, que es tanto el de las gentes incultas como el de los niños.

Se puede comprender lo que de ello resulta concerniente al estatuto del sujeto sobre la base de ese llamamiento y tratar de deducir la función del sujeto de ese nivel de la articulación significante, de ese nivel del lenguaje que llamaremos lexis(26) aislándola propiamente de esa articulación misma y como tal aquí, el sujeto situado en alguna parte entre el cero y el uno se manifiesta tal como es que lo que les permitirá llamarlo, para hacer imagen: la sombra del número.

No dejaremos al sujeto en ese nivel en el que está, que se encarna en el término de privación. No podríamos hacer el paso siguiente, ni aprehender, lo que él deviene en la demanda, en tanto se dirige al otro. Aprehendemos que la sombra más suficiente es lo que ocurre, no cuando el sujeto usa el lenguaje, sino cuando surge de él.

En la introducción de una especie de pequeño apólogo tomado, no al azar, sino de una novela corta de ese extraordinario espíritu de Poe, *"La carta robada"* que, en razón de ciertas resistencias que ella ofrece a esas suertes de elucubraciones pseudo-analíticas, a propósito de las cuales uno no puede más que pensar que debería ser renovada en el dominio de la investigación algo equivalente a lo que ustedes ven sobre las murallas:

"Prohibido depositar basuras", aquí, *"La carta robada",* a excepción de otras produccióones de Poe, parece prohibirse ella misma, en tanto que en un cierto libro de dos volúmenes sobre Poe, para una persona con título, *"La carta robada",* no ha parecido propia al vertedero de deyecciónes.

Ese pasaje sutil, esa suerte de enceguecimiento, en un pequeño trozo de papel cubierto de signos, de letras, las cuales no es necesario que sean conocidas, es decir que todos aquéllos que la conocen - todo el mundo - deben arreglarse a no haberla leído.

En este apólogo fuertemente sugestivo para nosotros, he dado una primera tentativa de mostrar la autonomía, la determinación de la cadena significante . Lo que, por el sólo hecho, sustituye la sucesión más simple al azar una alternancia binaria, lo que puede engendrarse a partir de agrupamientos congruentes, pero no arbitrarios, de esos agrupamientos triples que, intitulados alfa, beta, gamma, delta, - en la articulación que he dado, recubren otro modo de cada una de esas letras de dar el sustituto de tres signos de los cuales cada un habría sido un cero o un uno. ¿Por qué tres No daré más que los signos extremos.

La coherencia, la determinación original que resulta de esta pura combinatoria se sostiene en que, en último término, ella recuerda radicalmente la suficiencia mínima que podemos hacer de ello, de la alternancia de dos signos: el cero y el uno.

Lo que de esos tres términos - dejemos el término central vacío - va del uno al uno, nos recuerda la función radical de la repetición y que, todo enunciado de verdad, se funda sobre una fundamental instransparencia. El pasaje del uno al cero como símbolo del sujeto, después del cero al uno, nos recuerda la pulsación de ese desvanecimiento más fundamental, que es sobre el cual reposa el analizado rigurosamente, por el hecho de la represión y por el hecho que implica en él, la posibilidad del resurgimiento del signo, bajo la forma opaca del retorno de lo reprimido . Aquí yo digo : el signo.

En fin, esta pulsación del cero al cero, que sería el cuarto término de esta combinatoria, nos recuerda la forma fundamental, la más radical de la instancia del *Ich* en el lenguaje, que es aquélla que, en otro punto, he tratado de hacer soportar por ese pequeño *"ne"* fugitivo, del cual uno puede pasarse en el lenguaje, que es aquel que se encarna en el *"Yo temo que él no venga(27)"* en esa instancia fugitiva del sujeto que se dice, de no decirse.

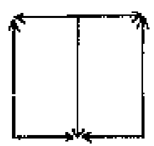
Habiendo planteado eso para puntualizarles en qué dirección referirse, quiero, hoy, acentuar algo distinto de lo cual, quizá, no haya tenido el tiempo de imaginar la importancia : qué relación hay entre ese sujeto del corte y esta imagen en el límite de la imagen. Lo verán. No es más que de ello que trato de presentificar con algunas referencias matemáticas, las cuales llamo topológicas y cuya forma más simple es la misma que la de la botella de Klein, la banda de Moebius.

La banda de Moebius consiste en tomar una banda y hacer, antes de pegarla, no un giro completo, sino un medio giro - 180 grados - mediante lo cual tienen una superficie tal que ella no tiene ni derecho ni revés. Sin franquear su borde una mosca llega al revés desde el punto en que ha partido. Esto no tiene ningún sentido para lo que ocurre en la banda, pues para quien está en la banda no hay ni derecho ni revés. Lo tiene cuando la banda está en este espacio común donde ustedes viven, o al menos creen vivir.

No habría, entonces, problemas frente a lo que puede situarse en esta superficie, ni derecho, ni revés; entonces, nada que permita distinguirla de una banda común que es la que me serviría de cinturón, a quien yo no tendría la malicia de dar esa torsión. Por otra parte hay en esta banda propiedades intrínsecas que permiten al ser, que yo suponía estar allí limitado en cuanto a su horizonte, algo que le permite ubicarlo, que está sobre una banda de Moebius y no sobre mi cinturón. Es esto : que la banda de Moebius no es orientable.

Eso quiere decir que el supuesto ser que se desplaza en esta banda de Moebius, parte de un punto habiendo localizado su horizonte: a,b,c,d,... si él hace una palabra en un cierto sentido, es el modo más riguroso de definir la orientación, si prosigue su camino sin reencontrar ningún borde, volviendo al mismo punto, por primera vez encontrará la orientación opuesta. Esa palabra se leerá de modo palindrómico en el sentido inverso. Es lo que hace la originalidad de la banda de Moebius para quien subsiste allí. Esta verdad primera, siendo recordada, yo corto el borde de la banda y les recuerdo lo que había dicho ya en su momento, o sea lo que nos ocurre : dos anillos de los cuales, uno resta siendo el corazón de lo que era primitivo, la banda de Moebius, es decir una banda enrulada sobre ella misma, una banda orientable donde no llegará nunca, al ser que subsista allí, el ver su orientación dada vuelta. Si hago de lo que retiro algo más y más ancho, haré un corte que pasa por el medio de la banda de Moebius, pasando el corte por el medio de esta banda, obtengo lo que habría pasado si hubiera reducido esta extracción de los bordes: no hay más nada en el medio. A saber que, retirando de mi banda de Moebius lo que he podido retirar de allí, lo que es orientable, me doy cuenta que lo que hace su esencia, su no orientabilidad, no yace en ninguna parte, si no es en este corte central que, al cortarla, la hace una superficie orientable. No es, entonces, el acomodo de una parte de la banda lo que hace su carácter no orientable ; su propiedad no está en otra parte que en el corte que, para decirlo todo, es su propiedad. Lo que hay de análogo entre esta superficie de Moebius y todo lo que la soporta, es decir las formas - llamémoslas para vuestra satisfacción y rapidez, formas abstractas - lo que hace su esencia, está enteramente en la función del corte. El sujeto, como la banda de Moebius, es lo que desaparece en el corte. Es la función del corte en el lenguaje, esta sombra de privación, la que hace que aquél esté en la alienación que representa el corte; que él esté en esta forma de trazo negativo que se llama el corte.

Espero haberme hecho entender suficientemente, y al mismo tiempo haber justificado esa introducción de la botella de Klein, en la medida en que si ustedes miran de cerca su estructura, ella es lo que les he dicho. A saber, la conjunción localizada en una cierta ordenación, que es necesario que ustedes vean como puramente ideal; el ordenamiento de dos bandas de Moebius, como lo que he inscripto en el pizarrón, la representa y la representaría mejor, si al carácter orientado de modo opuesto de los dos bordes, que son los de la banda de Moebius, los sustituimos por su desdoblamiento. Tal es el esquema de la botella de Klein.



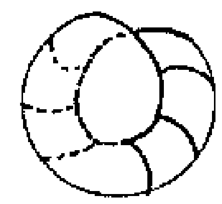
La introducción de esta forma de la botella está destinada a soportar, en estado de pregunta, lo que es de esa conjunción del S al A en el interior de lo cual va a poder situarse la dialéctica de la demanda.

Supongamos que el A es la imagen invertida de lo que nos sirve de soporte para conceptualizar la función del sujeto. Esta es una cuestión que nos planteamos con la ayuda de esa imagen; el A, lugar del Otro, lugar donde se inscribe la sucesión de los significantes es ese soporte que se sitúa por relación a aquel que damos al sujeto como su imagen invertida, pues en la botella de Klein las dos bandas de Moebius se conjugan bajo la forma cuadrada en que la torsión de un medio giro se hace en sentido contrario, si uno es levógiro, el otro es dextrógiro. Inversión más radical que la de la relación especular en la cual, en el progreso de mi discurso, viene a sustituirse progresivamente con el tiempo.

Si una banda de Moebius puede jugar así en relación a otra, en esta función de cerramiento, ¿hay otra forma que lo pueda? Sí.

Sí, como es muy evidente desde hace tiempo, en tanto que he producido ante ustedes, esa forma que es la del ocho interior.

Dicho de otro modo, es una superficie perfectamente orientable, un simple redondel cuyo cuerpo está simplemente retorcido de un modo orientable, superficie que tiene un derecho y un revés. Si le hacen una costura de un borde al otro, para ver que ustedes crean con la ayuda de esta forma en la banda de Moebius, esta forma que he introducido como la función en adelante substituible al círculo de Euler, es un soporte, una ayuda indispensable.



Digamos inmediatamente que es lo que nos permite soportar esa otra función la que yo llamo del objeto **a**, y aproximándola a sus dos complementarias, la otra banda de Moebius en la botella de Klein y el **a**, nos permite plantear la cuestión de las relaciones del objeto **a al A**. La cuestión vale ser planteada.

Si la teoría analítica deja en suspenso, hasta el punto de dejar creer, de dejar la puerta abierta, al hecho que este objeto **a** que identificamos con el objeto parcial, es algo que reduce a una función biológica a la relación de sujeto viviente al seno, a las heces, o tal forma, o escíbalo, o estando allí presente, a la función del falo.

Si el objeto **a** depende de la relación con el **A**, con el Otro, con el estatuto que nosotros debemos dar al Otro, al **A**, por relación al sujeto, es precisamente una cuestión que merece ser planteada. Si debe serlo, en qué medida depende ella de esa relación al Otro sobre la figura **D**: la Demanda.

En cuanto a los usos, en los cuales puede sernos dada esa forma- como por otra parte a los lógicos- esta forma del ocho interior, observen como ella puede ser de un gran servicio. Supongamos que tengamos que definir- Freud mismo cuando provee su texto de un pequeño esquema tal, lo ilustra- por un campo limitado del tipo círculo de Euler, el campo donde vale, prevalece, el principio del placer. Nos encontramos conducidos por la doctrina tanto como por los hechos, en un impasse que nos lleva a hablar de un más allá del principio del placer, a saber, cómo una doctrina que ha hecho su fundamento del principio del placer como instituyendo como tal la economía subjetiva, para introducir allí esto, a saber que toda la pulsación del deseo va contra la homeostasis, ese nivel de menor tensión, aquello que el proceso primario cuida respetar. Observen como, al contrario, y hay quizá allí, otra vía que la que se llama puramente dialéctica, para concebirla, no es sólo porque se opone a un círculo definido de un campo. El bien, el mal, justo-injusto, placer, displacer; la ligazón del uno al otro se establece. Si suponemos que todo lo que es creado en el campo del lenguaje encuentra necesidad de pasar por esas formas topológicas que van a poner en evidencia que si definimos el campo de la banda de Moebius como siendo el del reino del principio del placer, ese campo será forzosamente atravesado, en su interior, por el otro campo residual que es creado por esta figura que tendremos obligatoriamente, si nos obligamos a hacerla: la imagen de lo que se llama un gorro cruzado (*bonnet croisé*) donde podemos crear la división de una banda de Moebius y ese campo interno del objeto del cual hago el uso lógico, campo excluido del sujeto: campo del displacer que atraviesa el interior del campo el interior del campo del placer. Debemos pensar el placer como necesariamente atravesado de displacer y distinguir allí lo que separa el puro y simple displacer, es decir, el deseo.

El dolor- con ese poder de investimiento que Freud distingue con tal sutilidad y para el cual el interior, la superficie, que hemos llamado **a**, a saber la pulsión- es, en la medida en que esta superficie es capaz de atravesarse ella misma en la prolongación de esta intersección. Es aquí que sentiremos lo que tiene de narcisista la función del dolor- impensable en el texto de Freud cap. VII - cuyos carácteres son tan significativos, que uno no puede creer que no haya algo de la misma vena lógica en lo que es enunciado en ese punto original, en la formulación que para todo lo que es del cielo y de la tierra, que todos- el término universal está bien aislado pensando la afirmación de lo universal- sepan lo que es de ello, del bien, es de allí que nace la fealdad.

Definir lo bueno no es una cuestión de frontera, es un nudo interno. No se trata de saber lo que se distingue de lo que será verdad o no, que las cosas sean buenas o malas: ellas son. Es decir que es del bien, que se hace nacer el mal, no que eso sea ello ; que el orden del lenguaje viene a recubrir la diversidad de lo real. Es la introducción del lenguaje que

hace surgir la travesía del mal en el campo del bien, la travesía de lo feo en el campo de lo bello; esto es para nosotros esencial y capital en nuestro progreso, pues se trata de pasar de esta primera articulación de los efectos de la lexis aislados de algún modo, de forma artificial en el campo del Otro, y de saber qué es ese Otro.

Ese Otro nos interesa en tanto que nosotros, analistas, tenemos que ocupar su lugar ¿Desde dónde interrogaremos a este lugar? Partiremos, para avanzar, de la fórmula alrededor de la cual hemos tratado de centrar la suspensión, el abordaje de la actividad analítica, a saber: el sujeto supuesto saber, pues seguramente, el analista no podría ser concebido como un lugar vacío, el lugar de inscripción- el lugar es un poco diferente- el lugar de resonancia de la palabra del sujeto. El sujeto viene con una demanda. Esta demanda, es sumario hablar de una demanda pura y simple originada en la necesidad; la necesidad puede venir a presentificarse, a encarnarse por el proceso de la regresión, a presentificarse, a autentificarse en la relación analítica. Está claro que el sujeto en el punto de partida se enfila en la demanda, pero de esta demanda, tenemos que precisar su estatuto.

Precisarlo ordenando rechazar de entrada el esquema insuficiente y sumario, que es el promovido en la teoría de la comunicación, que reduce el lenguaje a una función de información en el lazo de un emisor a un receptor. Ella puede rendir servicios limitados; al no ser desprendida del lenguaje indicará elementos confusionales. Es inadmisible no referirse a ninguna ordenación, o coordinación en función de un horizonte reducido a la función del código y del mensaje lo que es de ello en la comunicación.

El lenguaje no es un código porque en su enunciado vehículiza al sujeto presente en su enunciación.

Todo lenguaje- el que nos interesa, el de nuestro paciente- se inscribe en un espesor que supera el lineal y codificado de la información.

La dimensión del comandar, del quemandar (*quémander*)- *quai man*: mendicante, la demanda es una fórmula fuerte en inglés, exigencia (*exigence*)- uno no puede más que sonreír que alguien que haya hecho el estudio del tacto en análisis haya abordado la interpretación de tal desvío del discurso de su analizado, empleando demanda más bien que *to meat*, quemandar (*quémander*), *to beg*.

Es entre ese comandar y ese quemandar (*quémander*), que no tienen el mismo origen; *quai man* designa el nombre de un mendicante en el siglo XV, la dimensión de saber si falta, de no poder referirnos a ninguna teoría extrachata de la información en el lenguaje, ¿es en el sentido de la expresión? ¿Toda expresión es sincera? Lo que yo expreso es el estado de mi alma, como dice Aristóteles. Esas gentes tenían el alma noble. Lo que escribe Aristóteles no debe nunca rechazarse tan rápidamente. Leerlo de un cierto modo es la fuente de muchos errores.

Que el lenguaje exprese algo que será el fondo del sujeto es un pensamiento radicalmente falso en el cual un analista no podría de ningún modo abandonarse.

¿Qué se figuran ustedes cuando yo hablo de mi estado de alma?

Hablo para tratar de situar las consecuencias, de tener que situarse en habitar el lenguaje articulado. Esto debe ser proseguido hasta la forma más elemental, la más reducida de lo que es un enunciado, reducido él mismo en la interrogación- como se expresan los autores- en lo concerniente a las partes de discurso, esa comprensión de frase, ese islote-frase empleando un término de los más descriptibles: la interjección. Es algo que aislado en el interior de la frase, hace surgir la imagen de la función del corte.

Es que una interjección podemos pensarla, como se la ve demasiado frecuentemente referida, como algo que sería la exclamación pura y simple de algo cuya traza, la sombra, está en la puntuación que se llama el punto de exclamación .

Es que al mirar algo así, lo que ocurre más allá de las apariencias simulatorias, ¿no pueden ver que no hay nunca una sola exclamación tan reducida, que no sea un grito?

Si digo ¡Ah!, yo te llamo al despertar de un K.O.; si digo ¡Oh!, es un punto que voy a depositar en el campo del Otro, te otrifico (*outrifie*), o te avestruzo (*Je t' autruche*); ¡Eh!, yo te espío.

He tomado allí los términos más groseros, los más sumarios. Hay otros, conforme el libro de Frendall, verán que hay interjecciónes calificadas de situativas. De ellas, ¿no hay presente alguna que no se sitúe entre el **S** y el **A**, lugar del otro?.

¿Llegaré hasta el grito?, o ¿reservo su función para la próxima vez?

Adoptaré la segunda posición porque por otra parte, es allí que se hará el corte. Comenzaré la próxima vez hablándoles del grito porque no puede separar lo que tengo que decirles de lo que algunas personas, llamadas bien intencionadas, pasan por hacerse valer en lugares donde se habla muy extrañamente de las relaciones analíticas, lo que una persona bien intencionada ha declarado haber buscado en mis escritos, a saber: que no estaría en ninguna parte el lugar del silencio.

Si esta persona hubiera querido ubicar mejor la articulación entre el ***$*** y la **D** por la disyunción - exclusión, se habría percibido que es en correlación a la demanda que aparece el ***$***, lo cual no deja de tener relación con esta función del silencio.

A decir verdad, se prefiere hablar de ello en términos emocionales, de efusión, en ciertos lugares. Es en esta hora de silencio - que un cierto analista - no hay razón para que yo no esboce el perfil al cual deberé volver, sobre el modo de asumir una función analítica - es la hora donde la función de la transferencia se encuentra en el procedimiento llamado de aireación: ¡ que se abran las ventanas!

Es verdad que después de un cierto modo de interpretar la neurosis de transferencia…

Hablaré la próxima vez del silencio cuando haya hablado del grito.

Para terminar una sesión tan rápida, para que ustedes puedan llevarse algo divertido, les voy a relatar una historia que podrán reencontrar abriendo el *'Diario*" de Dostoiewsky-

1873 -, el modo de presentificar, de imaginar lo que acabo de decir sobre la interjección, dicho de otro modo sobre la frase ultrarápida, hasta monosilábica. Verán que una interjección, tan surgiente como la supongan, es otra cosa que lo que podemos pensar de ella, que ella está no sólo en el límite del sujeto y del otro, sino en las presentaciones del modo del sujeto en el Otro.

Dostoiewsky relata que una noche vagando por las calles de Moscú, se encontró navegando con un grupo de personas bastante vodkanizadas. Esas personas estaban en un debate muy animado, Se trataba nada menos que de lo cósmico. Repentinamente, uno de ellos concluyó ese debate lanzando- nos dice, se trata de una palabra rusa; no haré juegos de palabras con una lengua que no conozco - una palabra impronunciable, él la pronuncia del modo siguiente, con un desprecio universal: *"Todo eso es ...",* muy convencido. A lo cual, otro, más joven, repite la misma palabra con un tono interrogativo. Un tercero surge que lanza la misma palabra al modo de un rugido, de un ladrido hacia el cielo, especie de entusiasmo. El segundo que ha hablado se acerca al primero y le dice: *"Hablamos de cosas serias, usted ¿qué viene a introducir aquí? ¡Cállese la boca!"*

El cuarto interviene, reproduce la misma palabra al modo de una revelación, la palabra es la verdad, la verdad viene a iluminarlo.Otro, más fastidioso, atemperado, repite varias veces en voz baja esa palabra para decir que de todos modos conviene no perder la cabeza

Lo que da esto: ¿mierda?- con un tono interrogativo; ¡mierda ! con un tono bramante- mierda ... mierda....



Clase 12

17 de Marzo de 1965

gráfico(28)

(El Dr. Lacan hace circular una reproducción de "El Grito", de E. Munch, museo de Oslo, representando un lago, una ruta, dos personajes que parecen alejarse y en primer plano un ser qué se tapa las orejas y abre grande la boca)

Les pido su atención en la medida que yo puedo ser llevado a ir tan rápido en la línea que entiendo tender hoy de un punto al otro y que responde a lo que ya he anunciado, hasta probado la última vez, en lo concerniente al punto en que estamos de un replanteo, más que de la experiencia de la técnica analítica, a partir de esta afirmación, que ella no es pensable- no digo practicable - más que a partir de una noción enteramente articulada del sujeto como tal. Del sujeto, al menos, tal como he tratado de localizarlo para ustedes, alrededor de una cierta concepción de lo que es la experiencia del cogito cartesiano y de lo que él introduce de nuevo desde el punto de vista del ser, en cuanto a la posición pensada, de aquel que va a abrirse a algo, que se llama el psicoanálisis. No es de ningún

modo necesario que el sujeto lo sepa, si la fórmula clave que nos da el lugar en la experiencia del inconsciente es: "El no sabía", allí está el estatuto tal como se los he introducido el año pasado de esta pulsación donde aparecía algo de lo cual puede decirse que menos no se lo revela, se lo traiciona.

Y como ya lo ha escrito en su fórmula Heráclito(29), el príncipe, de aquel a quien pertenece el Juego de la adivinación, aquél que está en Delfos el cual, no dice, no oculta, hace significante-no hay otra traducción que esta-.

Es él quien recoge ese significante, que hace de él algo, y literalmente, lo que él quiere. Cada uno sabe que en él lugar de *"lo que él quiere",* no se está en una posición simple y ése *"lo que él quiere"* se separa por toda suerte de murallas, que son experiencias de principios, de doctrina pero que no se trata de abordar lo que he llamado la última vez el segundo piso del uso de la palabra en análisis. Nos importa situar en el segundo piso del cual se puede decir que ha sido fuertemente desarrollado en el curso de los años freudianos y post-freudianos en ese segundo piso, lo que pertenece y también lo que constituye su frontera y su límite.

Como referencia en ese desciframiento, que es aquí humano y del cual piensen bien que no por azar, si en el momento de retomar mi discurso, les indico si es otro gesto que aquel que evocaba en su momento que es necesario partir de la posición del analista.

He recordado en el pizarrón- de un modo aún más simple, diría casi grosero- lo que el primer tiempo de ese desciframiento, para los analistas, en su lenguaje, esas tres especies o formas de la dialéctica de la falta que se llaman privación, frustración, castración, que eran empleadas de modo casi intercambiable

He recordado que en la referencia de lo Simbólico, Imaginario, Real, había algo radicalmente diferente.

Que la frustración en el análisis, de modo semántico es algo que parte en sí, su centro, su esencia, su acto, es en vano esta cosa que frustra, su estatuto, la decepción, bajo su vertiente más imaginaria y esto no excluya que su referencia objeta sea algo dé lo real.

Que lo que es su soporte, el Otro no podía ser situado por nosotros más que bajo la forma más general de lo simbólico.

No hay frustración más que allí donde algo es reinvindicablé; ésta es la dimensión que no se podría eliminar de su definición. ¿Está precisamente allí el cuadro donde ha parecido situarse en la experiencia de los psicoanalistas, la articulación cotidiana? ¿Está allí la puesta al día de lo que puede descubrirse, por etapas, en una experiencia analítica, en el *hic et nunc* del analista?. Hay allí algo con lo cual no podemos de ningún modo contentarnos.

Cuando se trata de frustración sé puede inscribir en todo discurso, el doble registro de la demanda. Una cuestión que se plantea desde el inicio; en el primer paso del análisis, el sujeto viene a demandar, ¿Qué es lo que él viene a demandar en él análisis?

Toda la literatura psicoanalítica, cuando se la lleva sobre esta experiencia-lo vivido de las etapas analíticas- se emplea en develar, en manifestar lo que, a través de algo que está hecho a la vez de locación, de construcciónes a desmontar, conjugar, se atiene, en fin, a justificar las sucesiones de lo que se presenta en las diversas etapas del análisis, como demanda.

Pues la conjunción de esta demanda, con cualquier concepción genética que sea, no sabría operarse sin que se haga presente un cierto margen de arbitrario. Pues en verdad lo que quiero decir-dicho efectivamente esto por los autores- es que se refieren, osan referirse a una función de algún modo diría biológica, eso sería hacer intervenir un registro de un nivel, elevado que no está ciertamente en causa en este nivel simple que llamaremos el de la relación vital y hasta de la relación carnal.

La dependencia física, animal, del niñito se encuentra en relación a su madre, invocada como siendo algo que define, nos pone en el primer trasfondo de algo sobre lo cual va a desplegarse lo que llamaremos, la posición analítica.

Que se conjugue esta concepción a una noción como la de autoerotismo primordial, o aún del narcisismo primario de esta época, o a una etapa inicial de su venida al mundo, esto es porque el sujeto en la teoría freudiana es una sola unidad, un sólo Ser con el Ser del cual viene a desprenderse, con el ser del vientre del cual acaba de salir, y ello es algo asociado a esta posición anaclítica (*anaclytique*), que se revela para el sujeto, en su función de demanda.

Hay un salto, porque no es de ningún modo imposible qué en esta posición anaclítica (*anaclytique*), que sí ella está allí presente el tratamiento no tenga nada que hacer con la posición de dependencia vital de la cual les he hablado hace un instante- si esta posición anaclítica puede ser concebida como del mismo nivel en la estructura imaginaría. No quedará la cuestión de la relación primaria a la madre, así zanjada. Al menos algo será demandado para que justifique la juntura.

No se trata en esta imagen de un apoyo fusional, de una aspiración al retorno a los orígenes concebidos bajo su forma más carnal, no se trata allí de un fantasma, del cual podemos hacer el apoyo sobre alguna continuidad, donde se traducía una impronta que iría más allá del lenguaje. Hasta allí, nada nos asegura que siendo explorado ese dominio de la demanda, podamos justificar lo que aparece paradojal, sin referirnos a sus orígenes concretos que serían a concebir como los de la crianza, si es que aparece como esencial, en algo que puede aparecer, inserto en la historia del sujeto. No es de ningún modo porque él ha estado en una función que es otras que hace en particular de lo que sirve en esa crianza, símbolo en él análisis: el seno material es exclusivamente visto en las metamorfosis de una simple experiencia concreta.

Es el interés de la experiencia kleíniana, el carácter metonimizable, reductible, en su aparición demasiado temprana, desplazada, disfrazada, del falo. Hay allí algo que debe atraer nuestra atención y no hacernos contentar con algo que puede ser el peso, hasta en los recortes falaces, los cuales hacen poner en suspenso el estatuto de sus orígenes.

Esta experiencia de la demanda, en este análisis centrado sobre el estadio, donde el

sujeto encarna su palabra, no es más ese sujeto, del cual han marcado su estatuto al nivel más radical del lenguaje, del trazo unario, y del estatuto de privación donde el sujeto se compromete. Cómo no se siente que está en retener de la experiencia así articulado, que lo que ha ocurrido en el curso de los años y por etapas, y dando materia a argüir de modo matizado, sutil de escuela a escuela, si tanto es ese término el que me permite asegurar límites bien netos en el interior del análisis, que ese algo de esta experiencia nos aporta el testimonio, la manipulación, la puesta a punto la interrogación precisa centrada desde Abraham, Melanie Kleini, que se multiplican, en los infinitos: el objeto parcial.

Es lo que articulo como siendo el **a.**

Pienso que la diversidad, la variedad de ese **a,** si es que la lista que les hago de ello aquí no desborda, sino que articula de un modo diferente su amplitud, sin que en la medida en que del todo, ir en el sentido de no retener las reducciónes mayores a las cuales la experiencia somete a esos objetos **a**. La prevalencia del objeto oral, el seno, como es llamado comúnmente, del objeto fecal, por otra parte, sí los ponemos sobre el mismo cuadro, sobre el mismo circuito que aquel donde se sitúan dos de esos objetos articulados en la experiencia analítica, pero de modo menos seguro en cuanto a su estatuto -que nosotros llamamos - a saber: la mirada y la voz. Es necesario que nos interroguemos; es necesario saber cómo la experiencia analítica puede encontrar allí el estatuto fundamental de eso a lo cual ella tiene que atender en la demanda del sujeto, pues, después de todo, eso no va del suyo, más que esta lista sea tan limitada.

Sin duda, el privilegio de esos objetos se esclarece por estar cada uno en una cierta homología de posición en ese nivel de juntura que evocaba la última vez entre el Sujeto y el otro. Por otra parte no está en decir que lo que el sujeto -en la demanda al otro-demanda, sea el seno.

En la demanda al otro, el sujeto demanda todo lo que puede tener que demandar en el análisis, por ejemplo, que el otro hable. Hay algo abusivo, excesivo a traducir inmediatamente, lo que es cárácterístico de la demanda, a saber, que es verdad, es demandado algo que el analista tendría, pero lo que. es demandado como lo que él tiene, es demandado en función de otra cosa y el analista mismo puede plantear el verdadero alcance de lo que demanda el Sujeto. Eso merece que uno se detenga allí, cuando ese objeto a se instala así, menos como. el punto de mira, que como lo que surgió en una cierta apertura, donde se sitúa la demanda. Es sobre lo cual he insistido la última vez en el sentido de ir a buscar la demanda y la frase bajo la forma más concentrada, aquella que podría pasar al nivel de la expresión más simple. Esto es lo que en la interjección hace su valor tanto más aprehensible, que ella está aquí más concentrada. Esto es, que ella viene siempre a golpear en la juntura del Sujeto y del otro. Que lo que la interjección en apariencia más simple, impone al interlocutor es esta referencia común al tercero que es el gran Otro.

Es algo que siempre, más o menos invita a tomar un retroceso a rever, a redirigir la mirada hacia algún interlocutor anterior, seguramente, uno puede plantear la cuestión, entre ver si no es alguna incidencia más reducida, más simple, más eficaz del lenguaje. Toda la teoría de Pierre Janet está construida sobre la teoría del ordenamiento, el orden dado en tanto que aquél que habla y trata de hablar instaura una suerte de estatuto común, inaugural en la instancia de la conducta humana. Cada uno sabe que el análisis no puede contentarse con esta reconstrucción que no es más que reconstrucción sobre el pizarrón. No hay orden que no sea referencia a uno en ese orden, seguramente la cuestión es plantear donde la orden va a caminar para llegar a su cima, para tratar eficazmente en lo que se llama la sugestión.

En el análisis, la sugestión funciona en relación a ese tercer término, que es el del deseo desconocido. Es al nivel de la repercusión, del interés obtenido del deseo inconcíente, que aquel que sabe manejar esta suerte de teleguía, que se llama la sugestión, toma su punto de apoyo. La sugestión es ineficaz al tomarla como medio, el punto brillante la bola de cristal.

Está allí para mostrarnos la preeminencia del punto brillante del objeto **a**. Siempre existe esta referencia tercera en la demanda. No es posible descubrir en alguna parte, ese algo que tendría el privilegio de hacernos captar ese algo, de lo cual tenemos sin embargo necesidad, a saber: cuál es el estatuto, cuáles son los límites de ese campo del gran Otro al cual hemos sido conducidos al nivel de la experiencia, que es la del campo de artificio asegurado en la palabra en el psicoanálisis.

Es aquí, espero, que el objeto que hago circular en vuestras filas a saber: la reproducción de Munch es algo, una figura que me ha parecido propicia para articularles un punto mayor, fundamental, sobre el cual son posibles muchos deslizamientos, muchos abusos y que se llama: el silencio.

El silencio. Es sorprendente que para ilustrárselos no haya encontrado mejor, según mi entender, que esta imagen que todos han visto, que se llama *"El grito"*. En ese paisaje singularmente dibujado por medio de líneas concéntricas desembocando en una suerte de bipartición en el fondo, que es la de una forma de paisaje, en su reflejo, un lago formando ruta, y al borde, en diagonal, barriendo todo el campo de la pintura en una ruta que fuga al fondo, dos paseantes; sombras humanas que subrayan en una suerte de imagen de indiferencia en el primer plano ese ser, del cuál en la reproducción han podido ver que el aspecto es extraño, del cual no se puede decir sexuado, un ser joven -una muchachita, en ciertas reediciones- qué ha hecho de ese Munch. Este ser, aquí, en la pintura, de aspecto más bien vidente, en el resto forma humana tan reducida que no puede dejar de evocarnos aquellas imagenes tan sumarias, más rudamente tratadas del ser fálico, este ser se tapa las orejas, abre grande la boca: él grito.

¿Qué es ese grito? ¿Quién escuchará ese grito que nosotros no escuchamos, sino el que impone ese reino del silencio, ese que él escucha subir y bajar en este espacio a la vez centrado y abierto? Parece allí que ese silencio fuera de alguna manera, el correlativo que distingue en su presencia, de ese grito, de toda otra modulación imaginable. Sin embargo lo que es sensible, es que el silencio no es el fondo del grito, no hay una relación de gestalt. El grito parece provocar el silencio, si anulándolo es sensible que él lo causa, lo hace surgir. Le permite tener la nota, es el grito quien lo sostiene y no el silencio. El grito hace de algún modo apelotonarse al silencio en el impasse mismo donde brota, para que el silencio se escape de él; pero ya está hecho.

Cuando vemos la imagen de Munch, el grito esta atravesado por el espacio del silencio sin

que él lo habite. No están ligados ni por ser conjuntos, ni por sucederse. El grito hace el abismo donde el silencio se precipita.

Esta imagen es donde la voz se distingue de toda cosa modulante, pues es el grito lo que la hace diferente hasta de todas las formas, las más reducidas del lenguaje, es la simplicidad, la traducción del aparato puesto en causa. Aquí la laringe (*larynx*) no es más que siringa (*syrinx*). La implosión, la explosión; el corte, falta.

El grito allí, nos da quizá, la seguridad de ese algo por donde el sujeto no aparece más que como significado de esa abertura (*béance*) abierta anónima, cósmica, marcada en un rincón de dos presencias humanas. La ausencia del otro se manifiesta por el hecho que el pintor lo ha elegido dividido en forma de reflejo, indicándonos esa alguna cosa fundamental que es la que reencontramos en el enfrentamiento, en la unión, en la sutura de todo lo que se afirma en el mundo como organizado.

Es por eso que cuando se trata en el análisis, donde la palabra breve y de lo cual todo el mundo hace un uso aproximativo, el silencio...

El excelente artículo escrito por el hijo de Fliess- compañero del autoanálisis de Freud- Robert Fliess, denuncia de un modo correcto lo, que es del silencio, en lo que nos explica: ese silencio es el lugar mismo donde aparece el tejido sobre el cual se desarrolla el mensaje del sujeto; es allí donde el nada impreso deja aparecer lo que es de esta palabra y lo que es de ello; esta es su equivalencia con una cierta función del objeto a.

Es en función del objeto de excreción del objeto urinario o fecal, por ejemplo, de la relación al objeto oral que Fliess nos enseña a distinguir el valor de un silencio, por el modo en que el sujeto entra allí, lo hace durar, se sostiene y sale de él, nos enseña la calidad dé ese silencio. Está claro que es indiscernible de la función misma de la verbalización. No es de ningún modo en función de alguna predominancia de los aparatos del yo qué es apreciado, es al nivel de la calidad más fundamental, que manifiesta la presencia en el juego de la palabra, lo qué es indistinguible de la pulsión.

De un analista de cepa antigua, de gran clase, ese trabajo, esa referencia es de un gran precio, nos muestra por la vía de una cierta percepción, cómo, lo que se refiere a la presencia erótica del sujeto, es algo sobre lo cual tenemos el derecho de tocar fondo, y es muy esclarecedor. Por otra parte, ese silencio aquí, de alguna suerte denotado en su función musical, también ha sido integrado al texto, que puede ser en sus variedades, el silencio del cual sabe hacer un tiempo el músico, tanto el silencio como la pausa, es algo que sólo permite aplicarse al hecho de la palabra.,

El "Callarse" no es el silencio -Plauto dirá en alguna parte a los auditores que la ambición de todos y cada uno de los quiere hacer escuchar, es: *"Presten atención, hagan silencio y cállense"*- son dos cosas diferentes.

La presencia del silencio no implica que no haya uno que hable. Es allí que el silencio toma eminentemente su cualidad. Si ocurre qué aquí yo obtenga un silencio, no excluye que antes dé ese silencio tal o cual, se aplique a mezclarlo con tal reflexión más o menos arrojada.

El silencio forma un .... nudo formado entre algo que es un instante y algo que es hablante o no, el otro. Es ese nudo cerrado que puede resonar cuando lo atraviesa y hasta lo agujerea el grito.

En alguna parte en Freud, está la percepción del carácter primordial de ese agujero del grito.

Es a ese nivel que él lo articula y que aparece el *Nebenmensch* (semejante).

En ese agujero infranqueable, marcado en el interior de nosotros mismos yal cual no podemos más que aproximarnos apenas. Ese silencio es quizá el modelo así dibujado, y lo han sentido por mí, confundido con este espacio cerrado por la superficie y de la cual ella misma, y por ella misma, es inexplorable, porque hace la estructura original, que trato de figurarles al nivel de la botella de Klein.

¿Qué es lo que nos falta distinguir en las operaciones que son la de la palabra y de la demanda? En el primer tiempo: este corte que el esquema de la botella nos permite imaginar como siendo el de esa división en dos campos, cuyo carácter de superficie de Moebius está allí para figurarnos el lado cerrado sobre sí mismo, el lado no susceptible de doblar sino en una sola superficie, el lado que, en el significante da la prevalencia, la unicidad en el efecto de sentido, en la medida en que no comporta por sí mismo el revés del significado, en la medida en que se cierra sobre sí mismo, donde es como corte, al cual puede reducirse todo lo que hay de esencial en la estructura de la superficie, en tanto que ella hace aparecer esta duplicidad, este lugar, este anverso, que para nosotros será la correspondencia del significante y del significado.

Esto quiere decir que en la demanda aparece algo que es de otra estructura, que aparece fuera de la previsión de lo que es demandado, lo que está figurado por lo que he inscripto en el pizarrón.

La banda de Moebius es periférica de ese algo independiente que se puede desprender, que es caída, operación de un residuo, de un resto en la operación de la demanda, y que aparece como la causa de una reanudación por el sujeto de lo que se llama fantasma y que en el horizonte, de la demanda hace aparecer la estructura del deseo en su ambigüedad; a saber, que el deseo se puede desprender, surgir, aparecer como condición absoluta y perfectamente presentificable, como siendo ese algo del cual el sujeto que lo desea, que lo toma como tal al nivel del ser, lo hace subsistir simplemente al sostenerlo insatisfecho, mecanismo histérico del cual he marcado su valor esencial.

Ese es el único punto, el único término donde converge, explicándola, la juntura de la demanda y de la transferencia. En el engaño de la transferencia aquello de lo cual se trata es de algo que la ignorancia del sujeto que gira alrededor, quiere captar de algún modo que sea imaginario; o de hecho, este objeto tiene lo que sea allí, el término y la común medida alrededor de la cual funciona todo el nivel llamado de la frustración. Es eso lo que se trata de plantear de un modo que permita, ,a partir de allí, distinguir lo que la experiencia puede permitirnos actualmente ratificar, en lo concerniente al origen, ¿por qué puerta ha venido la función de ese objeto **a**?

Es aquí que es necesario acentuar, recordar todos nuestros conocimientos en cuanto se trata del desarrollo que seria psicoanalíticamente justificado, en la experiencia de la cura. Es por lo cual al estatuto del analistas no nos es suficiente aquí, simplemente fundarlo en alguna suerte de modo arbitrario. Se trata de ver si nuestras categorías no son las que nos permiten hacer el mapa, comprender lo que hay de tendencias teóricas en la comunidad de los analistas con esta posición que, en cada analista, en la medida de la experiencia que ha hecho, de su experiencia formadora, dé lo que en cada analista puede ser localizado como un deseo esencial para él, de referencia.

Pues aquí resalto lo que en las teorías dé la técnica y la comunicación se afirma y se localiza que, de poner el acento sobre, por ejemplo, una técnica que hace aparecer al nivel del Otro para el sujeto, en el fantasma, la imagen fálica bajo la forma positiva en la cual es concebida, representada como objeto de fellatio. Que haya algo que se distingue, que del lado del **A**, el corte es de ese lado que el objeto cae.

En un registro nosológico, en la neurosis obsesiva, está claro que es centrándonos alrededor del surgimiento de ese fantasma, en tanto que aparece al nivel del Otro, es decir del analista, una localización, una aproximación, una crítica de la aproximación de la realidad, que parecería ser en esta perspectiva la llaves la puerta, por donde puede resolverse la puesta en acuerdo del sujeto con el pretendido objeto real. Hay allí algo que se distingue en todo caso de otro pensamiento, de otra teoría, mediante la cual no podría haber allí análisis que pueda, de ningún modo, decirse acabado, si no es al nivel del sujeto mismo, en cuanto a una vía que es precisamente una vía que franquea esta etapa puramente identificatoria.

La localización, la puntuación de un cierto real que es aquel donde una cierta técnica en la cual el sujeto se confía, es en la medida en que el venir más allá de esta identificación, a vivir este corte como siendo él mismo ese resto, ese deyecto, sí ustedes quieren, esta cosa reducida de la cual ha partido efectivamente, en un origen que no se trata de concebir como su historia, sino este origen que se inscribe en el estatuto de su ser, que sea él este objeto que se le demanda.

Que éste objeto demandado a él, seno, hasta deyectos, excrementos en otros casos, en otros registros que no son los de la neurosis, esta función de la voz o la mirada, aquí está la referencia esencial a propósito de la transferencia, en el punto en que en la historia aparece surgiendo de modo primordial en un texto de Platón, que nos conserva testimonio en "El banquete". En el final de esta sucesión de discursos, de elogios o iluminaciones dé todos modos alabanzas, y celebración de la función del amor, he aquí cuándo entra el cortejo de esas gentes fiesteras, verdaderos busca-fiestas, verdaderos personajes viniendo aquí a reducir todas las reglas de esta celebración extraordinariamente civilizada. Es Alcibíades que se encuentra *"así en la cima del diálogo",* aunque los traductores, hasta Racine, Robine, no hayan creído deber pasar de ese complemento esencial, se sabe que ciertos traductores han cortado allí como sí no estuviera allí la última palabra de la cual se trata.

Para comprender cuál es la última palabra del analista, ¿no habría mejor modelo que el de Alcibíades viniendo a relatar su aventura con Sócrates? El ha hecho en primer lugar la alabanza, y ¿en qué términos? En los términos que lo figura al modo de una caja, de algo que encierra un objeto precioso y que, a menudo, en el exterior, se presenta bajo la figura grotesca, caricatural o deformada, la antigua figura de Sócrates en su aspecto de Sileno.

En el origen de su gran libro, Rebeláis, la retoma cuando él se dirige a aquéllos que están hechos para entenderlo: los bebedores afectados y los sifilíticos.

Una asamblea que se elige, especificada.

Aquí tenemos a Sócrates bajo esa forma enigmática, alabado, exaltado y del cual va a testimoniar Alcibíades. Para obtener lo que hay en esa caja ¿de qué no ha sido capaz? De nada menos que de mentir. Es él quien lo dice, en tanto que todo lo que nos dice, de su conductas de declaración de amor, de seducción, en el lugar de Sócrates, es algo que se nos presenta como estando enteramente apuntado hacía la obtención, sin duda, en un momento de parte de Sócrates, dijo lo que en él está en el fondo de esa misteriosa y enigmática ciencia, de la cual nada más seguro le es dado de esta extraordinaria utopía de Sócrates, de ese algo que lo pone fuera, lo distingue de lo que está alrededor de él, lo deja sin dependencia. Si Alcibíades impulsa las cosas tan lejos como p ara tener el aire de hacer la demostración de la virtud de Sócrates, en tanto que el curso de sus asaltos va a impulsarlo a pasar la noche bajo la misma manta que Sócrates, es algo que vale la pena ser destacado en tanto, ocurre que Sócrates se lavara, pero no siempre. Las declaraciones de este ser, que dice que Sócrates le otorga una particular atención que es una atención de amor, es un hecho que Sócrates lo reenvía todo a la fábula ¿Cómo saber si Alcibíades miente o no? ¿Cómo calificar esa mentira, en tanto lo hace para apuntar a eso de lo cual él no sabría dar cuenta? ¿Qué quiere? La verdad es tan preciosa para Alcibíades, que es la imagen misma del deseo que va derecho ante él, la que funda las multitudes de la sociedad hasta el término de su carrera donde él culmina? ¿Qué es esta agalma? ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué le responde Sócrates?. "Todo lo que acabas de decir es algo que no tiene para ti más razón y lugar que esto que tú amas a Agatón". Leamos; la figura de Agatón, pues, nos serviría para soñar.

Nadie antes que yo ha descubierto que los propósitos imputados a Agatón en "El Banquete" no pueden ser calificados más que de caricaturescos, que el modo en el cual ha alabado al amor es el de un amanerado que, en efecto, no habría articulado más que los versos más irrisorios, hasta en el modo en que son aliterados. Trazo exceso que hace de él lo que podríamos alfiletear más legítimamente que lo que Aristófanes ha hecho para Erípides: un trágico inclinado hacia la comedia.

De lo que se trata no es de hacernos aparecer la estructura del engaño que hay en la transferencia, acompañando ese tiempo de demanda, el de la agalma oculta, esa transferencia muy especial que tenemos el derecho de reenviar -esa transferencia puesta en la cumbre del amor- aunque con acentos contrarios, las palabras de amor de Alcibíades caen bajo la llave de la misma definición: "El amor es dar lo que no se tiene a alguien que no quiere eso". Alcibíades que no puede dar lo que no tiene, a saber el amor que le demanda Sócrates, el amor que lo reenviará a su propio misterio y que lo figurará de modo tan actual para nuestra reflexión, en tanto que es en esta imagen que aparece en el fondo de la endriná ese algo que no es visión, sino en el interior del ojo, ese lugar de la mirada. Que Sócrates no quiera; allí está la articulación esencial. ¿Por qué no quiere? En tanto

cada uno sabe que Sócrates está colgado de Alcibíades hasta estar celoso de él y lo que Sócrates reenvía a Alcibíades es algo que él afirma no tener, en tanto no hay ninguna ciencia que no sea accesible a todos, la única cosa que él sabe es la naturaleza del deseo y que el deseo es la falta.

Es aquí donde las cosas permanecen suspendidas en el texto de Platón, en el pasaje a través del sueño, por otra parte, las cosas se reencuentran a la mañana, en discusión sobre la tragedia y la comedia.

Lo que es esencial, es esta suspensión alrededor del punto en el cual Alcibíades es reenviado hacia la verdad de su transferencia y ¿qué es lo que trata de obtener de Agatón, si no es, hablando propiamente, lo que es definido por Freud como el deseo histérico? Lo que Alcibíades simula, o lo que ha sido definido en "El Banquete" como el mérito máximo del amor, es el hecho que el deseado, el deseable, se plantee, se ofrezca como siendo el deseante. Es por allí que él piensa fascinar la mirada de aquel, que de todos modos ya hemos visto, por ser un personaje extraordinariamente inserto en cuanto al fundamento de su palabra. Tal es la vía qué nos es abierta, que le da sus títulos de nobleza desde la antigüedad: la dialéctica de la transferencia y si se puede decir la entrada en la historia de una cuestión -hablando propiamente- analítica.

Propondría hacer la prueba sobre un texto que ya he elegido, cuyo autor hace sus primeras armas, donde el da el testimonio de su primera experiencia analítica con el silencio justo o no; que él intitule a esto "El Silencio" poco importa, pero donde él es conducido con toda coherencia no se puede decir bajo la influencia de alguna guía doctrinal, es llevado, en su relación del objeto al objeto parcial, al enigmático objeto total donde se cree depositar el porvenir, la suerte en las manos del analista. El modo por el cual él se refiere a las doctrinas más o menos corrientes, es algo que no puedo más que proseguir en un seminario más reducidos pero que es, en último término, la cosa esencial que apuntamos en su articulación: el **S**, el **A**, y el **a**. Si esas referencias tienen un sentido no es el dé unirse a un bagaje culturas destinado a ser bloqueado, más o menos enceguecido. Esas cosas son construidas de la experiencia analítica, como el analista lo piensa, aunque él quiera o no hacerlo, es en términos de pensamiento que se expresa: Yo no soy filósofo cuando uno menos quiere hacer filosofía, más se hace de ella y hace que, en el análisis, el analista esté encausado. No es por nada que en el curso de un silencio prolongado, con una paciente, el autor pone al día su contra-transferencia.

El conjunto de las reglas del psicoanálisis debe ser siempre puesto en la cuenta de lo que llamamos transferencia, es decir que, en ningún casos quien fuera que sea, no puede estar puesto en sospecha, de participar de una identificación indebida, para él.



7 de Abril de 1965

He tenido la satisfacción de hacer tangible en el seminario cerrado, que se hace algún trabajo en el interior de lo que trato de dibujar como camino a recorrer.

Este año, ese camino, lo seguimos alrededor da la función del significante y sus efectos, por donde él determina, singularmente, al sujeto, por arrojarle a cada instante los efectos mismosdeldiscurso.

Como he aprendido que la distinción fue hecha en una relación el año pasado, sobre las lecciónes de agregación, se trataba de un título -si he comprendido bien- que era : *"De la palabra verdadera y la palabra mentirosa".* A saber, que el asunto no había sido inventado por Lacan y Claude Levy-Strauss, que Platón y Parménides sé habían interesado en él. Es una distinción en verdad excelente, que me permitirá responder a aquéllos que me han escuchado en el curso de años pasados y se impacientaban por el hecho de que esos discursos, a sus ojos, no culminaban de ningún modo, en conclusiones suficientemente rápidas.

¿Por qué él se expresa no sin impertinencia y no sin humor? ¿por qué él habla de la verdad? ¿no dice él lo verdadero sobre lo verdadero?. Algunos de esos impacientes han cambiado de borde, contentos, después de todo, de adherirse a esas formas de enseñanza dónde, no contentos de tenerse por asegurados de ciertas localizaciones opacas, dan la sensación que allí se sostiene el objeto último. Es muy seguro que se tenga razón de contentarse con ello y que esta misma opacidad no sea el signo que está allí, que es la verdadera ilusión, si puede decirlo, a saber que uno se contenta demasiado rápido y que la verdadera honestidad está quizá allí donde se deja siempre la apertura del camino no cerrado, la verdad inacabada.

Es a la verdad lo que, al proseguir la indicación de esa relación, he descubierto. Los reenvío a saber sobre el mismo, asunto, que es el nuestro este año, al libro de Platón, el "*Cratilo*", y verán proseguido entre Herméjgenes, Cratilo y Sócrates un diálogo muy útil que no se termina por otra cosa que la valorización de un impasse completo en el debate, allí donde Sócrates reenviando a Cratílo -él piensa bien mi correspondencia- en una otra vez: *"Cuando tú hayas reflexionado bien nuestro rompecabezas de hoy..."*, a lo cual Sócrates responde: *"Trata de pensar en ello aún..."*

Ese diálogo está precisamente allí para hacernos aprehender que los diálogos de Platón, lejos de decir lo verdadero sobre lo verdadero, están expresamente hechos para dejarnos en suspenso, dando verdaderamente la sensación que el sabe más de lo que nos libra, esto de un modo seguramente no equívoco. Si el sabe más de lo que nos libra, y si él no lo dice es que hay alguna razón, aún si él nos lo dijera, uno no estaría más enterado, sino que ya, en los trazos que nos dan, más allá puede decirse lo que después de el, hace nuestro camino. El lugar es, por ejemplo, marca de lo que la experiencia del inconsciente nos conduce a decirles.

Quizá, durante estas vacaciones tengan ustedes la ocasión de abrir ese libro. Lo deseo. En la medida que pueden encontrar allí marcado lo que ha construido el nudo de la tradición del *lekton(30)* considerando el estatuto del significante. Encontrarán allí confirmado lo que al principio he tratado de resumir aquí, de un modo que no tiene nada de original, lo que está inscripto en la partida de esta tradición y que reposa obre la oposición concerniente a la función del significante, entre esas dos grandes funciones que Aristóteles admirablemente distingue, afirma en su simplicidad, y dé donde conviene partir para localizar todo lo que se ha dicho después y que no data ni de Saussure ni de Troubetzkoy, ni de Jakobson. Ésta teoría del significante que los teóricos han impulsado a la perfección. *Signans-signatum(31)* están en circulación ya, desde hace 2.000 años. Las dos oposiciones son las de ónoma y lexis(32)

La función de la nominación merece ser reservada como original, como teniendo un estatuto opuesto al de la enunciación, donde la frase, cualquiera que sea, proposicional, definicional, relaciónar, predicativa, la frase, en tanto nos Introduce en la acción eficaz del síntoma, culmina en esta toma cuya cumbre es la formación del concepto; es algo que deja, por otra parte, en suspenso la función de la nominación en tanto que ella introduce en lo real ese algo que denomina, y de lo cual no es suficiente el resolverlo alrededor de un modo de hacer pegar a una cosa la etiqueta en lo que sería dado, lo que permitiría reconocerla.

Hemos insistido suficientemente ya sobre el hecho que esta etiqueta está lejos de estar en considerar algo que seria el redoblamiento, la lista pura y simple de algo que estaría almacenado como un registro de accesorios.

La nominación de la cual se trata parte de la marca, de la traza de algo que, entra en las cosas y las modifica en la partida del estatuto mismo de cosas.

Es por ello que esta función de la nominación comporta una problemática alrededor de la cual giran Hermógenes, Gratilo y Sócrates.

Hermógenes toma esta vía de la verdad que es la que desarrolla en la insistencia, sobre el convencionalismo de la nominación, que el carácter arbitrario de la elección del fonema, tomado en su materialidad, tiene algo de indeterminado, de falaz.

Nada nos obliga a captar lo que se podría llamar una semejanza, una conveniencia del nombre a la cosa, y sin embargo, Sócrates, el dialéctico, el interrogador nos muestra su inclinación muy neta hacia las enunciaciones de Cratilo, quien, en otro radicalismo, insiste, para mostrar que no podría haber allí función eficaz de la nominación, si el nombre en sí mismo no comportara esta perfecta conveniencia con la cosa que designa.

Es en la operación a menudo divertida, siempre paradojal y verdaderamente de una desenvoltura bien hecha para librarnos de toda suerte de prejuicio, en lo concerniente a ciertos hábitos tradicionales referentes a la génesis de la significación y, especialmente, de todo lo que se llama etimología, que nos muestra por esta facilidad, este sin molestias, ese juego con el cual es puesto en uso ante nosotros, esta interrogación del significante fonemático. El modo en el cual las palabras están en el debate, recortadas, solicitadas, este modo en el cual el juego se conduce alrededor de una pretendida expresívidad del fonema, nos muestra otra cosa que lo que se toma por ingenuidad; lo que Platón nos muestra en este ejercicio, en este modo de búsqueda -como si él creyera- los elementos

primarios en las palabras, gracias a lo cual podremos interrogarlas acerca del modo en el cual responden, a lo que son llevadas a designarnos en la manera con la cual juego con *sklerós(33)* que quiere decir en griego, duro. Remarcarán que el (...) que quiere decir vender en griego, se adapta bien poco a la dureza.

El nos muestra este ejercicio, que consiste en mostrarnos que en todo lo que se relacióna con esta función de la nominación, lo que es importante es el modo de recortarlas con las tijeras. Lo que es esencial en la función y la existencia del nombre, no es el corte, es, si puede decírselo, lo contrario, a saber: la sutura.

El nombre propio sobre el cual, en el inicio de ese discurso, he dirigido vuestra atención al mismo tiempo que sobre la función del nombre, el nombre propio(34), por un instante dirijan vuestra mirada sobre lo que es esencial.

El nombre propio en su nominación, *ónoma idiom*, comporta esta ambigüedad que ha permitido todos los errores de, querer decir de un lado el nombre que sea propio a alguien y que el nombre especificado en la pura función de la de nominación propia quiere decir, habando propiamente, también nombre.

No es allí que hay que ver lo esencial de esta función del nombre propio, a saber, que en medio de todos los nombres es él quien nos muestra del modo más propio la función del nombre, lo que es allí nombre. Pues si con esta fórmula guía, ustedes se ponen a mirar, se los encargo -el tiempo me falta para ilustrárselos con gran número de ejemplos- verán que de todos los nombres que sean, con alguna extensión que podamos dar a la función de la palabra nombre, que todos los nombres que interroguemos bajo este aspecto de la nominación, es el nombre propio el que presenta del modo más manifiesto ese, trazo, que hace de toda institución fonemática del nombre, del acto fundador del nombre, en su función de designación, ese algo que tiene siempre en sí esta dimensión, esta propiedad de ser un pegamento, de dejar velado algo esencial en la estructura del nombre propio, que ese pretendido nombré particular que será dado al individuo. Eso hacia lo cual Claude Levy-Strauss en *"El pensamiento salvaje"* hará del nombre propio, hasta el último término, la designación del individuo. La función clasificatoria es demasiado parcial, nos enmascara que el nombre propio va siempre a colocarse en el punto donde la función casificatoria, el orden de la deixis escapa no ante una particularidad demasiado grande, sino ante un desgarro, una falta, un agujero del sujeto y justamente para suturarlo, enmascararlo, pegarlo.

Aquí toman su valor ciertas cosas que han sido dichas en el seminario cerrado y cuando alguien viene a aportarnos su experiencia de autor literario y nos ha hablado de sus dificultades con un nombré propio, con un personaje inventado, el nombre propio no le ha parecido algo tan arbitrario.

El modo en que el pegamento, la sutura, son destinados a enmascarar este agujero del que se trataba, el agujero de un personaje inventado; testimonian en esta experiencia, por otra parte marcada en todos los novelistas, dramaturgos, que teniendo esta función dé hacer surgir los personajes más verdaderos que los personajes vivientes, tienen que designarlos de un modo que los haga sensibles.

Haré eco de antiguos períodos de mi enseñanza cómo esto cobra importancia en la obra de Claudel: Sygne de Coufontaine, ese personaje que nos muestra algo bien singular.

Es en el derecho o el revés de la revelación cristiana, cuando Claudel forma para nosotros ese personaje de mujer, esa suerte de Cristo singular, acumulando sobre ella todas las humillaciones del mundo y que muere diciendo: "no". Sygne de Coufontaine que lleva enmascarado ese nombre, ese significante singular, ambigüo, entre el nombre del pájaro de cuello curvo y la designación propia de ese signo(35), que es dado al mundo de algo de una singular actualidad, en el momento en que surge esta trilogía de Claudel y esta extraña Coufontaine el la cual reencontramos el eco de esta forma del signo, que designa que viene hacia nosotros la fuente reabierta aunque invertid de una antigua mentira.

Esa palabra que lleva en ella aún, ese anhelo, esa traza de un significante elemental en esa "u" a la cual sostiene de tal modo, para la cual ha sido necesario formar un signo tipográfico que existe en la lengua francesa en letras mayúsculas, para que pudiera ser llevado a la impresión.

"Sir Thomas Moyok Majea..." sabemos de ello con anticipación sobre el camino de lo que va a desarrollarse en el drama. Esta vida singular del nombre propio, la reencontraran, si están a la escucha de todos los nombres propios antiguos, recibidos, clasificados, o aquellos que, por el poeta, pueden ser forjados. Si el quisiera agregar algo a esta suerte de residuo, de escoria, alrededor de las cuales, la atención de las personas del seminario cerrado ha sido llamado recientemente, a saber, eso "poor-d-je-li" del cual el análisis de Leclaire, para lo que fueran de su parte en esa relación inaugural, sobre el inconsciente. Ese algo del cual puedo leer no sin significación bajo una pluma, ciertamente no amigable, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje que después de Freud era una perogrullada (*lapalissade(36)*), es lo que yo pienso, si ha vendo allí, hasta para aquel que pretende decirlo para contradecir lo que yo enseño, surge de ello algo tanto más que el personaje del cual se trata, habiendo hecho una objeción en lo que enuncio esa la necesidad de comentar lo que encuentra por azar, siendo exactamente lo que enseño sobre el sentido de la fórmula.

Habría mucho que decir a partir de esta noción, de este enunciado. Que toda nominación, en su uso, debe ser siempre mentalmente referida por nosotros, a que ella es memorial del acto de nominación pues este acto no se hace nunca al azar. Acentuar el convencionalismo cuando se trata de dar su estatuto de significante no es más que una fase del problema.

Convencional es el nombre para quien recibe la lengua en su facticidad actual, en su resultado, pero en el momento en que el nombre es dado, es allí precisamente que está el rol, la función, la elección de aquel que muy genialmente, y de un modo que no ha sido jamás retomado, Cratilo lo designa como un actor necesario en esta historia, a saber, lo que él llama "El artífice el nombre". El hace no importa qué, ni lo que él quiere. Es necesario que para que la denominación sea recibida de algo, -de lo cual no alcanza decir que sea el consentimiento universal, pues ese consentimiento universal es en el campo de un lenguaje que lo representara- esta denominación se opere en alguna parte. ¿Qué es lo que hace que ella se propague? Les hablé el otro día de la explotación colectiva que representa la operación en el espacio, de este extraordinario nadador, del cual les he

mostrado un momento de lo que, para nosotros, él podía hacer revolotear en la imaginación una suerte de singular modo de imaginar la función del objeto **a**.

Qué cosa extraña que ninguna persona haya pensado hasta aquí en llamarlo con el nombre que parece, seguramente, el más apropiado y propicio. Como es que él no ha respondido al llamado ya que se están osado, tan tranquilo en calificar de cosmonautas a personas que no se propulsan en un campo, en el cual un cosmonauta en el tiempo en que había una cosmología, una trayectoria. ¿Por qué no lo llamaríamos a ese Léoinov del lugar que el ... donde las gentes provistas de ese plumerío que hacen intolerables los cuadros, ¿por qué no se lo llama un ángel? No se lo llama un ángel dado porque cada uno de ustedes tiene vuestro ángel. Ustedes creen en él. Hasta un, cierto punto, yo también. Yo creo porque son ineliminables de las escrituras. Es lo que he hecho destacar al padre Teilhard du Chardin qué ha estado apunto de llorar.

Allí está la diferencia de mi enseñanza con lo que se llama el progresismo; él encuentra que el detonante está del, lado del progresismo. Esta pruebita tiene, cuanto menos un lado decisivo, pus ustedes ven bien, no se lo puede llamar una novedad, no importa como, hasta justamente cuando ella perece llenar con un vino nuevo el viejo odre. El odre ángel está siempre allí. Esta experiencia concerniente a la denominación desembocará directamente hacia la función de la lengua muerta.

Una lengua muerta no es enteramente una lengua con la cual nada se pueda hacer. El latín ha servido muy eficazmente de lengua de comunicación, es hasta por eso que hemos podido tener durante este período denominado escolástico -extraordinariamente - buenos lógicos. La lexis funciona admirablemente tanto más que ella permanece dueña del terreno, ella funciona en la lengua muerta, pero no la denominación.

Tengo ecos humorísticos; mi impotencia momentánea me ha impedido hojear tantas páginas como hubiera querido. Lamento no poder sacar del Concilio Vaticano, el modo en que se denominan el autobús, el bar; eso jode bastante. No se pueden hacer nuevas denominaciones que se inscriban en una lengua muerta.

Recuerdo esa obra de Dante en la cual se defiende la función propiamente literaria. "*Eloquentia grammatica(37)*" que él entendía hacer de su Toscano ilustre entre otros tres. Léanlo y verán hacia qué se inclina Dante: hacía una realidad de la cual ha podido hablar un poeta, hablando con propiedad de la adecuación que no es dada más que a un poeta del sentir: la forma fonematíca de este intercambio entre el significante y el significado que es toda la historia actual.

Cómo un significante insensiblemente pasa en uno de esos lados del significado que no había aún aparecido, cómo el significante se cambia en la evolución de las significaciónes. Es allí sobre lo cual no puedo hacer más que pasar, pero donde les indico una referencia.

Lo que el latín causa toma peso a partir del día en que Cicerón traduce el *leitas(38)* griego y ha llegado a designar para nosotros la res, la cosa, en tanto que la res, la cosa, ha devenido para nosotros la palabra nada.(39)

Esta historia del lenguaje es el campo en el cual ha aportado su práctica el psicoanalista; aquél le muestra las vías, los modelos de los cuales debe aprehender su realidad.

El ejemplo del *"Poor-d-je-li"*, el ejemplo del paraíso, de qué borde, preconsciente-conscíente, ¿es un fantasma? La imagen de partida es en la que conviene fijarnos para comprender de qué se trata. Ahí reencontramos la experiencia de cerca: el analista que no ha sido tocado con el dedo por cada uno de sus analizados con algún nombre propio, la escena, la de su cónyuge, de sus padres, hasta del personaje de su delirio, allí juega el nombre propios en tanto que puede reencontrarse fragmentado, incorporado en o tro. El *"Poor-d-je-li"* funciona como un nombre propio.

La botella de Klein está sobre el borde de reversión que se inscribe. Siempre en el anverso del uno corresponde el derecho del otro, e inversamente. La función de *"Poor-d-je-li"* es la función propia, que por relación a un patrón en el sentido que esa palabra tiene para la costurera, el fragmento de tela que permitirá estudiar tal mitad de vestido, la función de pequeña letra, muestra lo que debe ser cosido; esta función de sutura ficticia, que debería permitirnos con suficiente atención un método que es el qué tratamos de sugerirles y permitiría aprehender, diferenciar de esta imagen, una suerte de soporte primitivo a propósito del cual podría distinguirse el modo en el cual se hacen las suturas. No se hace en él mismo punto ni con el mismo fin en el psicótico, el neurótico, el perverso.

El modo en que se hacen las suturas en las historias subjetivas. En Leclaire esta sutura está asociada a la parte de lo que designa que la diferencia exquisita es una diferencia sensorial. Es allí que está especificado el trazo obsesivo, este elemento nuevo que puede ser agregado, que se puede llamar la clínica.

En esta sutura misma es tomado ese punto exquisito de lo sensible, ese lado cicatricial, casi quelóide, para ir hasta la metáfora, ese punto elegido que designa en el obsesivo algo que resta, tomado en la sutura a desabrida.

Es ahí lo que, nos permite situar el punto original de lo que puede servir de demostración en cuanto a la función del significante y que ocupa una función particular en el ejemplo así aislado. Todo esto demanda que demos un poco de esfuerzo para hacer circular esas nociones que no son para nada nuevas, ya localizables en Freud y sería fácil de designar en que punto nos encontramos de ellos, las homologías, las *abwehrs*. Si es allí que debemos localizar ese algo del cual tratamos de reencontrar el secreto, no es cambiando la dirección de ello, sino tratando de proseguir la construcción según la fórmula de Freud a propósito del sujeto, es que podemos extraer el partido conveniente.

Esta separación que deja en el nombre, esta sutura que ella representa, si quieren buscar su instancia, la reencontrarán en todo Edipo, pie hinchado(40).. ¿Qué es lo que hay entre el agujero y la hinchazón? El pie perforado, no está dicho que haya sido repegado, permanece abierto. Mas en relación con la historia edípica, en tanto alguien se ha divertido, presentíficando mi nombre en un debate reciente. ¿Por qué no divertirnos un poco?.

Jacques es Israel.

Lacan quiere decir *"Y sin embargo".* El nombre que, conserva las tres consonantes

antiguas. Esa tela, esa superficie que es la que trato de designarles en la topología del significante. Si yo les doy este año una forma de la historia del pensamiento matemático es lógico, ya qué esta forma es nueva y de los cual no es por azar que haya venido tan tarde. Platón no la tenía, y sin embargo, ésta forma redoblada de *la botella de Klein* es tan simple, pero ¿cuál es el enigma? Creo que ella existe.

Está claro qué evoca analogías en el campo biológico. La última vez lo he indicado porque la palabra de orden vale ser dada de ello, he hablado del "Nacimiento de la Clínica". He dicho que era una obra para leer por su muy grande originalidad y por el método en el cual se inspira, el acento que pone allí en cuanto al viraje de la instancia anatómica del pensamiento nosológico. Es sorprendente ver que en esta incidencia entiendo de la anátomo-patología cambio de mirada, de focalización, que hace pasar de la consideración del órgano a esta de la tela, es decir de las superficies, tomadas como tales con el modelo tomado esencialmente en lo que distingue la epidermis de la dermis, las capas de la pleura de las del peritoneo, en el cambio total de significación que toma el término de simpatía, cuando siguiendo esas capas, esos clivajes seguidos por la embriología; es después del trabajo de las membranas de, Bichat que la anatomía cambia de sentido y el sentido de todo lo que se puede pensar de la enfermedad, el modo en que esas capas se envuelven en la biología, se anudan, se contornean y vienen a ese punto de contracción, como el corrimiento de una bolsa para aislar en su forma adulta ese algo que merecería ser localizado, aunque no fuera más que a título de estética, pero que tendría ese efecto de sugestión. Pero ya la cosa se pone al día en un cierto orden de reflexión ; es en una estructura original de torsión del espacio, comparable a esta curvatura que el físico capta ciertos niveles de fenómeno en otra forma de torsión, de involución -como las palabras parecen preparadas a recogerlos- y es allí que residiría la originalidad de la función del cuerpo como tal.

Esto no es más que sugestión al pasar, pero, en el punto en que los dejo, antes de las vacaciones, para escindir ese algo por el cual querría ilustrar eso de un modo más viviente, para lo que preciso fórmulas como aquéllas sobre, las cuales he vuelto muchas veces y que tengo por esenciales, -digo que es el collar, para ilustrar esta fórmula que el significante, a distinción del signo es algo que representa a un sujeto para otro significante.

Quizá aún, hay cosas ante las cuales es necesario haberlo habituado, para dar la fórmula en la cual se detienen a extraer las consecuencias. Me he detenido allí en tanto, que el año pasado dándoles la fórmula de la alienación: *"ella representa* - he dicho - *un sujeto para otro significante, pero en la medida en que el significante que determina al sujeto lo barra".* Esta barra quiere decir a la vez vacilación, división del sujeto. Hay allí algo que en su paradoja - yo no trato de hacerla mayor - la paradoja no es allí, para mí, el medio de captar la atención; fuerzo la mano si puede decir que es esencial, sin embargo, para acentuar bien. No digo que el significante, no pueda de ningún modo ser materialmente sensible al signo, representando algo para alguien. La teoría de un signo es pregnante, se impone de tal modo a la atención de este momento que vivimos de la ciencia, que he podido escuchar a un físico decir que, al fin de cuentas, el apoyo de toda la teoría física, en tanto que ella exige el mantenimiento de un principio de conservación, llamado conservación energético, encontrará este apoyo, esta certeza última, cuando hayamos arribado a formalizar el descubrimiento de toda la física moderna en términos de intercambio de signos.

Prodigioso suceso de la concepción cibernética, que llega ahora a esta cosa calificada de información y puesta en el registro de la información, toda especie de transmisión a distancia, en algún instante, se presenta como acumulativa.

Voy, quizá allí, un poco rápido; que aquéllos que saben, estimen a su modo, a su grado, lo que yo digo; la pertinencia. En biología se hablará de información para definir lo que emana de tal sistema glandular, en la medida en que eso va a resonar, en algún lugar, más lejos, en el organismo. Es decir, ¿qué es necesario entender que hay allí dos polos, llamándolos emisor y receptor?. Lo que se hace, se subjetiva, lo que es, hablando propiamente, ridículo.

¿Por qué no considerar en esta vía, como información los rayos solares; en tanto que, acumulándose en alguna parte en la clorofila, o simplemente en el brote de la planta, determinar en sus efectos de acumulación, la floración de la misma?

La ingenuidad que se adopta en esta formalización, de esta tesis de la información, sin que uno se aperciba en que punto se determina en los arriates del viejo sujeto del conocimiento, sin saber que en tomar ésta vía, cada punto del mundo estaría estimado del modo en el cual uno conoce los otros puntos, tiene algo de cosa singular, de paradojal, lo cuál se manifiesta del modo más sensible, en una pérdida cuyo modelo no puede ser nada más que de esto: que estamos habituados a ver el manejo de hipótesis alejadas de nosotros, que son máquinas en relación a las cuales las hacemos ser sujetos, que las pensamos como máquinas que piensan, que ellas reciben de nosotros informaciones gracias a las cuales ellas se dirigen. Hay una evolución, un deslizamiento del pensamiento en el cual no veo ningún obstáculo, en un cierto dominio -eso puede rendir servicios extremadamente apreciables- la equivalencia información, parece tener alguna fecundidad física.

¿Hay allí algo con lo cual podamos contentarnos, en lo concerniente al estatuto del sujeto en relación al signo? ¿Es qué el signo funciona siempre para alguien?. A saber, que en los signos hay algo en que son significantes, en tanto que representan al sujeto para otro significante. Vean a la vez, en que medida responde a este conjunto del pensamiento, pero permite a ese sujeto hacer otra cosa de determinable, de localizable y cuyo metabolismo debe ser aprehensible con sus consecuencias. Es por lo cual he formado un ejemplo, o más bien he tomado cualquiera. Lo he tomado del artículo de un lingüista que, para definir lo que es signo lingüístico, encalla radicalmente.

Replanteo el mismo ejemplo para tratar de hacer algo para ustedes. Una jovencita y su amante. Para reencontrarse conviene en este signo: cuando la cortina esté levantada en la ventana, querrá decir: *"estoy sola".* Tantos tiestos de flores, tantas horas así designadas: cinco tiestos de flores: *"estaré sola a las cinco".*

¿Es en función de esto que es en palabras en un lenguaje que la convención ha sido fundada?, esto es ¿en la medida en que habría nominación, acto fundador, que hace de esa cortina otra cosa qué lo que es? Pero, ¿cómo es que nosotros podemos identificar pura y simplemente esto con un signo, con una combinatoria de signos? En otros términos, ¿en un fue verde al cual se agregara un índice? Yo digo, no. Como eso no se ve

inmediatamente, estoy forzado a utilizar lo que tengo a la mano; en otros términos, a interrogarlo con mis fórmulas. Sólo que lo ponemos en él lugar de cortina.

He definido al significante como lo que representa un sujeto para otro significante. Que el amante o no, esté allí para recibir eso de lo cual se trata no cambia nada del hecho que "solo" en un sentido, que va mucho más lejos que el de decir: fuego verde. Sólo; ¿qué quiere decir para un sujeto? ¿es qué el sujeto puede estar sólo en tanto que su constitución de sujeto es la de estar cubierto de objetos?. Sólo; eso quiere decir otra cosa.

Esto quiere decir que el sujeto falla, en la medida en que no es allí uno / solo. que podemos redoblar la fórmula **S/a** en la medida en que allí no está uno solo. Al adjuntar a ese segundo elemento cinco horas, se instituye la estructura elemental de la res - si quieren que yo lo ilustre lo más rápidamente - puedo decir que el uno o el otro pueden servir de sujeto o de predicado. Sólo, predicado de *"a las cinco horas". "Cinco horas",* predicado de solamente. Eso puede querer decir, en fin: *"Sólo a las cinco horas"* o *"Cinco horas solamente"*.

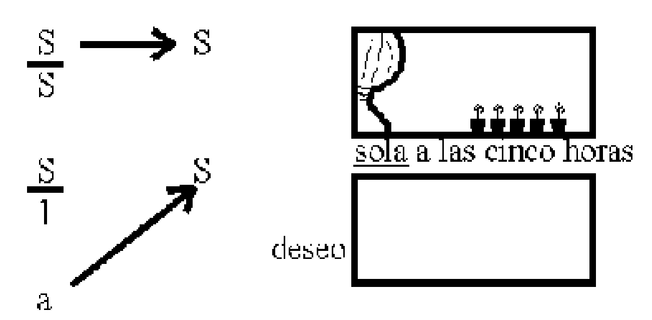
Esto es enteramente secundario, al lado de lo que tengo que mostrarlos, a saber: que en este intervalo el "sólo" que está en el denominador del: uno sólo que determina lo que él es. Ese sólo en su buena función de objeto a debe surgir. A saber que entre los dos, entre sólo ya las cinco horas, el amante puede expresamente ser llamado como siendo el único en poder colmar esa soledad.

En otros términos, lo que vemos producirse, lo qué hace que como estructura significante esto se sostenga y subsista, es en la medida en que el lektikos, donde lo que es legible, de lo que así se expresa, deja abierta una hendidura donde se estructura la función de un deseo.

Ese al cual ese lektikos se dirige, lo lea o no, es en el lektikos llamado a funcionar en la abertura en el intervalo que determina dos direcciónes; por una parte: sólo a las cinco horas, es la dirección dé lo que los estoicos llamaban no sin razón el encuentro, el encuentro electivo. En el sentido contrario es lo que el sujeto dividido, en su anuncio de estar sólo oculta y disimula y que es su fantasma: de estar allí sola, en la división del sujeto, ella como objeto, deviene "la sola", funcionando como deseo enteramente en suspenso en relación al deseo del Otro.

Clase 14

5 de Mayo de 1965



Ser psicoanalista es estar en una posición responsable, la más responsable de todas, en tanto él es aquel, a quien es confiada la operación, de una conversión ética radical, aquélla que introduce al sujeto en el orden del deseo, orden en todo lo que hay en mi enseñanza en retrospección histórica - que trata de exponer la filosofía tradicional, nos muestra ese orden que, de algún modo, está excluido.

Esto es, a saber, cuáles son las condiciones que son requeridas para que alguien pueda decirse: "Yo soy psicoanalista". Si lo que aquí les demuestro, parecería culminar en que esas condiciones son tan especiales, que ese "Yo soy psicoanalista" no puede en ningún caso descender de una investidura, que interpretándola podría arribar, en ningún caso, de ningún lugar. Por otra parte habría, me parece, alguna contradicción en decirse que al escucharme, o al menos al tomar en serio lo que yo digo, lo que parece implicar lo que acabo de decir, se puede continuar en encontrar suficiente recibir esta investidura, digamos por lo menos en lugares donde lo que digo es letra muerta. Esto, seguramente, hace parte de las condiciones constitutivas de lo que yo llamaría la dificultad de lo serio en nuestra materia. Volveré sobre este preludio en tanto que, por otra parte, mi discurso de hoy, no será más que ensayo de semejanza de las condiciones lógicas, donde se plantea la cuestión de lo que podemos concebir: que es del psicoanalista del que se espera saber.

Todo lo que aporté ante ustedes desde el comienzo de este año, concerniente a este lugar, que podemos dar a eso sobre lo cual operamos, si tanto es que eso sea bien del sujeto que se trate, que es sujeto se sitúa, se carácteriza esencialmente como siendo del orden de la falta. Es lo que he tratado de hacerles sentir mostrándoselos a los dos niveles del nombre propio. Por una parte de la numeración del otro, que es el estatuto del nombre propio no posible de articular como una connotación más y más cercada de lo que, en la inclusión clasificatoria llegará a reducirse, sino al contrario, como el complemento de algo del otro orden que es lo que, en la lógica clásica se oponía a la relación binaria de lo universal y lo particular, como algo tercero e irreductible, a saber: lo singular.

Aquéllos que aquí tienen una formación suficiente para entender este llamado que hago de la tentativa de homogeneizar el singular al universal, saben también las dificultades que ese razonamiento planteaba a la lógica clásica y que ese estatuto de lo singular, no sólo puede ser dado de un modo mejor en la aproximación de la lógica moderna, pero me parece que no puede ser acabado más que en la formulación de esta lógica, a la cual nos da acceso la verdad y la practica analítica, que es lo que intento formular ante ustedes que podría llamar, esta lógica, a formalizar el deseo.

¿Por qué esas distinciones sobre el nombre propio? He sostenido en lo que ellas son completadas, que es en la lógica moderna de la numeración donde aparece lo que es esencialmente en la función de lo fatal, en el concepto cero mismo, que toma raíz la posibilidad de ésta función numérica como tal y que es sólo por allí que escapa a las dificultades irreductibles que oponen a este funcionamiento de esta verdad numérica, una fundación empírica cualquiera, en la fundación del último término, que sería la individualidad.

Por otra parte, pensaba yo, que es justamente esencial arribar hasta allí para hacerles sentir la distinción que hay de toda concepción de la tendencia en tanto científica. Ella nos lleva allí orden de lo general que la tendencia especifica y que el error de traducir Trieb por instinto, consiste en que ello hará de la tendencia algún estatuto, alguna propiedad que se insertará en algo viviente que cae bajo la influencia de lo general, en tanto que es por una vía singular por la cual nos resta, en suma, en invertir la cuestión, a saber: ¿cómo es que podemos atrapar algo de ello de lo cual no podemos hablar científicamente?, ¿qué es ese algo?. Es el **a**. Es por la vía contraria de una incidencia singular, de una incidencia de la falta que se introduce ese resultado, ¿sobre qué?. En un efecto de resto el que podemos operar, pero donde resta saber en qué posición es necesario que nos mantengamos, para poder operar allí correctamente. Es así que hoy, para llegar al fin de nuestro discurso de este día para dar a nuestro estatuto la posición de nuestra fórmula -retomaré, hoy, ese discurso concurrente- alrededor de. las dos posiciones fundamentales de lo que les enseño en cuanto a nuestra lógica, a la lógica de nuestra práctica analítica, a la lógica implicada por la existencia del inconsciente.

1) El significante, a diferencia del signo que representa algo para alguien; el significante es lo que representa un sujeto para otro significante.

2) Que es lo que quiero decir en nuestro campo, en el campo que descubre al Psicoanálisis, la fórmula: él sujeto supuesto saber.

Para esclarecer un modelo, una cierta tripartición de ese campo de mi curso del 7 de Abril, les recuerdo lo que aquí, es reproducido, la señal en la ventana hecha por nuestra hipotética amante a aquel a quien ella ofrece su acogida; la cortina cerrada: "Estoy sola". Los cinco tiestos dé flores: "A las cinco horas".

¿Por qué diremos que sé trata, aquí de significante?. Lo he dicho la última vez. Se trata de significante aunque parezca tratarse sólo de elementos semilógicos, porque esto no tiene alcance más que por ser traducible al lenguaje. Que es un código, sin duda; pero que ese código se traduce y esto es sensible al nivel del primer término "sola". Se traduce en algo del cuál les he manifestado el carácter no sólo fundamentalmente ambigüo, sino deslizante.

¿Qué es estar sola, sino articular ese término que hace surgir en él agujero que le sigue inmediatamente la ambigüedad de lo que se va a articular bajo el deseo de estar allí sola para la cita a la cual es llamado él sólo? El movimiento donde se crea, en lo dos sentidos, la dirección que indica la línea, donde se articula esa pareja significante: por una parte la cita para el reencuentro por otra, el deseo que lo subentiende, de la formulación misma. No se todo el estatuto de lo que esta allí articulado, independiente, de algún hecho, el que sea, se ofrece en primer lugar como algo significado, como está más allá por ese término que los estoicos designan, como el *Lectón*, lo mismo que he tomado dé los estoicos el *To Kanon(41)* cuando lo que se produce hacía la derecha, en lo cual se constituye en él el llamado. Sola a las cinco horas.

Ese modelo, en algún modo rudimentario, sumario, quizá, que puede ser dado, les permite captar que la discusión podría permanecer abierta, acerca del estatuto de lo que se trata en este encuadre de la ventana que está allí lo que recubre lo real en su movimiento, en su multiplicidad que le da forma, que hace de él el sujetó de frase. Está frase, es frase en la medida que, al menos, sensiblemente, en el primer término, en ese "sola" algo emerge que no es más que del orden del sujeto qué no tiene ninguna suerte de real respondíente. ¿Qué es estar sola? ¿Qué es sola?. Ese sola ¿podría, en rigor, evocar la suficiencia? Precisamente está allí sino para evocar lo contrario a saber: la falta.

Tomado este nivel de la lógica donde se muestra lo primordial del deseo en relación a toda repartición - lo que la lógica clásica nos representa bajo el registro de la necesidad es necesario; esto es el inverso de lo que se presenta aquí, aparentemente, como se lo satisface - hace falta ese algo que va a surgir entre el "sola" ("*seule*") y la hora ("*l'heure*").

Dicho de otro modo, el nivel en el cual vamos a aprehender todo lo que es del orden de nuestro campo, se distingue por una repartición fundamental que voy a tratar aún de subrayar por otros ejemplos en una referencia que llamaremos para simplificar, por convención, el del conocimiento tradicional, la función del signo. En fin, por otra parte en ciertas lógicas, y especialmente, les pido mirar lo que la cosa puede tentar en lo que de ello es, al nivel de la enseñanza budista, al nivel de la lógica, la función del signo es impulsada hacia adelante. El signo. No hay humo sin fuego. En fin, por otra parte, no hay nada mejor que el humo para ocultar el fuego. El humo, signo que lo cubre en alguna parte. El sujeto inmóvil, receptáculo universal de lo que hay que conocer detrás, el signo de real supuesto, lo cual supone la función del significante, y lo que de ello resulta para el estatuto del sujeto. No es fácil hacérselos saber por una suerte de desdoblamiento y por otra parte, sí fuera posible, no sería más que en un proceso mayeútico donde en cada encrucijada no habría demasiadas ocasiones para que ustedes se evadieran de la cadena.

Nos falta decir la fórmula que he avanzado ante ustedes: que el significante, es lo que representa a un sujeto para otro significante. ¿Qué nos es sugerido por esta fórmula? ¿Por qué no la llave y la cerradura? La cerradura, ¿No es lo que ella va a permitir descubrir en el pestillo, donde está la clavijita? ¿Qué ha caído, que de ella se trata, esto es, de su relación con algo que la hace funcionar? Pero, ¿Qué es la llave? Entre la llave y la cerradura existe aún la cifra. La llave es aquí engañosa, lo que nos interesa es que una cerradura es una composición significante, esto es la eternidad de esta composición con la polivalencia, la elección, el enigma en la ocasión de la cifra que le permitirá funcionar, la cifra en un cierto estado, no más que una de ella, que pueda operar, que supone un sujeto reducido a este uno de una combinación. No hay juego, el sujeto no es el receptor universal. El tiene la cifra o no la tiene. Y el rol de la llave es muy sugestivo y bien divertido para representarnos que él es, en efecto, un resto, una pequeña cosa operatoria, un deyecto en el asunto, pero sin duda indispensable, que nos viene de lo que se representa, el soporte efectivo y real, donde intervendrá el sujeto. La fórmula que ustedes ven, la segunda se sustituye a la primera, en tanto que ella nos designa el **S1**, en tanto que ella representa el **S2**. El uno del sujeto reducido a ser la llave a proveer.

<u>1</u> ------------------ ✍ S/1

a

Verán representado allí, fuera de la cerradura, el uno del sujeto en la medida en que está reducido a ser la llave de la cerradura.

Esta pequeña presentación, preámbulo que es esencial para plantear lo que debe ser puesto en cuestión: que es en ese nivel primero, en la medida que es donde tenemos que operar en el análisis, como se presenta lo que llamaremos el estatuto del saber. En fin, lo hemos dicho y aunque no lo hubiéramos dicho, esta claro que el psicoanalista es llamado a esa situación, como siendo el sujeto supuesto saber. Lo qué él tiene que saber, no es saber de clasificación, no es saber de lo general, no es saber de silogismo; lo que él tiene que saber es definido por ese nivel primordial donde hay un sujetó que es llevado en nuestra operación, en ese tiempo de surgimiento, a lo que se articula en el *"Yo no sabía".*

Yo no sabía, o bien que ese significante que está allí, que reconozco ahora estaba allí donde yo estaba como sujeto, o bien, que ese significante que está allí, que ustedes designan, que ustedes articulan para mi, estaba para reprepresentarme a mí cerca de él, que yo era esto o aquello. Esto es lo que el psicoanálisis descubre, y aquí voy a tratar de acentuarlo para, ustedes, tomando casi al azar ejemplos en las primeras articulaciones de Freud, en qué punto es que debe expresar de un modo apropiado, lo qué se llama la estructura del síntoma.

La afonía de Dora no es reconocible por representar al sujeto Dora más que por relación a ese significante, que no tiene ningún otro estatuto más que el de significante, si se dice correctamente el funcionamiento del síntoma, y que se articula sólo con ella, es decir la señora K. Dora no puede hablar más en la función en que está sola con ella. Y la afonía representa a Dorá no enteramente para con la señora K. con quien ella habla hasta demasiado abundantemente cuando ella está sola con aquéllas cuando el señor K. está de viaje.

La tos, ¿dónde la ubica Freud?. Lean el texto. Cuando él designa allí un síntoma, es en función en que esta tos toma función de significante, de advertencia -diría yo - dada por Dora a algo que surge en está ocasión y que no habría nunca surgido de otro modo. No sería necesario conocer el texto de Freud para no ver en ese texto alrededor del padre afortunado, sin fortuna, lo que quiere decir en alemán: no sexual. ¿Qué más significante que ese juego de palabras significativo? Falta de qué la tos de Dora no tendría el sentido que Freud le da, que es el de sustituto que la pareja de su padre y la señora K. aporta a

esta impotencia. Lo que Freud articula sin impulsar las cosas hasta su justo término: la relación genito-bucal.

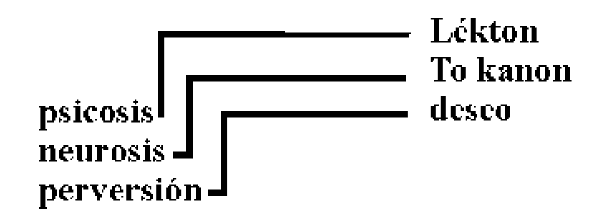
Tomen al pequeño Hans, la extravagante historia de la partida de Gmünden, la gobernante y el trineo, como dice Freud. Puedo hablarles así: el significante vale para el significante, la única persona que no lo sabe es el sujeto, el pequeño Hans. La función significante esta allí, una más gruesa molécula, es una gruesa fábula a la cual se libra el pequeño Hans. Para completar nuestra historia por el obsesivo, recuerden las tentativas de engordar del hombre de las ratas. ¿En función de qué? Que hay cerca de su bien amada un llamado Dick. Es por no poder ser Dick que se esfuerza en engordar. Lo hace hasta el punto de estallar, para significarse cerca de ese significante Dick, nada más.

Pero en cuanto a mi conocimiento, nunca se ha relevado el trazo general; era, sin embargo allí que nosotros tenemos siempre más facilidad de inspirarnos, es lo que resulta de un examen simplemente ingenuo desde que la categoría fue puesta en el tren. La categoría del saber. Es allí que yace lo que nos permitió distinguir radicalmente, la función del síntoma, si tanto es que al síntoma pudiéramos darle su estatuto como definiendo el campo analizable, la diferencia de un signo, de una opacidad que nos permite saber qué hay hepatización de un lóbulo y de un síntoma en el sentido en que debemos entenderlo como síntoma analizable que justamente definido, aislado como tal en el campo psiquiátrico que le da su estatuto ontológico. Es que hay siempre en el síntoma la indicación que él es cuestión de saber.

Nunca se ha subrayado bastante hasta qué punto en la paranoia no son sólo los signos de algo, lo que recibe, el paranoico. Es el signo que en alguna parte se sabe lo que quieren decir esos signos, que él no conoce; esta dimensión ambigüa, del hecho que hay que saber y que eso está indicado, puede ser extendido a todo el campo de la síntomatología psiquiátrica, en la medida en que el análisis introduce allí esta nueva dimensión, que precisamente su estatuto es el del significante.

Observen hasta que punto. No pretendo agotar esto en algunas palabras. La infinita multiplicidad, el estalido de algún modo variable del dominio, en la .neurosis está dado, implicado, en el síntoma, original, que el sujeto no llega a saber y que el estatuto de la perversión está también ligado estrechamente a algo allí, que se sabe, pero no se puede hacer saber.

La indicación definida en el síntoma mismo de esta referencia del saber, he ahí de donde me gustaría partir en una reunión que he anunciado al final del seminario cerrado y que tendrá lugar el 27 de Junio. Me gustaría que partieran de una cierta revisión, hablando propiamente gnoseológica. Me gustaría ver partir, desde el nivel de elemento que es el síntoma, la valorización de esta instancia que lo sea verdaderamente, en su diversidad, que he manifestado como tripartición. Debo decir, a simple título de introducción de compromiso de esta materia, diciendo que ese saber en cuestión, en la medida que es falta y hasta fracaso, se diversifica según tres planos aislados en relación a las tres variedades de psicosis, neurosis y perversión.



La Psicosis, que sabe que existe un significado, pero, en la medida en que no está segura de él en nada.

La neurosis, con su Tu kanon en cuanto la reencuentra, en cuanto yo no tendría la llave, sino la cifra. Y el perverso para quien él deseo se sitúa él mismo, hablando propiamente, en la dimensión de un secreto poseído. Vívido como tal y que como tal, desarrolla la dimensión de su goce, pero que es a decir aún de ese saber, que en primer lugar, se inscribe en esta subjetividad del *"Yo no sabía".* En donde está el *yo(je)* proseguido de la vibración de ese "*ne*", que no es allí la pura y simple negación, sino es necesario que yo no sepa antes, que yo no sepa, o quiera el cielo que no haya sabido; qué es la prolongación del *yo(je)* mismo al cual es necesario dejarlo pegarse, donde ese *yo(je)* tiene otro estatuto que el de shifter. No, es el *yo(je)* de "Yo te hablo" (Je te parle) pues el *"Yo te hablo"* no es más que llamado a la actualidad de una evaluación que permanece ambigüa, aún si ella se propone como constituyendo esa relación. Ese *yo(je)* del *"Yo no sabía",* ¿dónde estaba y qué era antes de saber? Es precisamente aquí que es el momento propicio de evocar la dimensión donde culmina, báscula, toda la tradición clásica en tonto que se acaba allí un cierto estatuto del sujeto. Muchos de entré ustedes saben que donde Hegel propone el acabamiento de la historia es en ése mito increíblemente irrisorio del saber absoluto. ¿Qué es lo que podría querer decir esa idea de un discursó totalizador?, ¿de qué?. La suma de las formas de la alienación por donde habría pasado el sujeto -ustedes lo saben bien, por otra parte-. Ideal en tanto que no es concebible, en fin, que sea realizado como tal, por, un individuo. ¿Qué puede querer decir ese extraño mito? Y, en verdad, no es evidente que sería después de mucho tiempo, replanteado al modo de un sueño pedante si no estuviera justamente articulado en otra dialéctica muy distinta que aquélla del conocimiento, que si no fuera dicho que es el ser del deseo que se acaba allí y es en la medida que los caminos por donde ese deseó es positivo que son astucias de la razón.

Pero, ¿quién es el astuto? ¿Cuál?, ¿el que acabó en el domingo de la vida como un humorista - lo ha muy bien articulado - el saber absoluto?, ¿aquél que dirá *"Yo Parloteo"* siempre, o aquel que podría decir, a partir de ahora, *"Yo beso"?* ¿Dónde está la astucia, en el deseo o en la razón? El análisis está allí para enseñarnos que la astucia está en la razón porque el deseo está determinado por el juego significante, que el deseo es lo que surge de la marca del significante sobre el ser viviente y que, desde entonces, lo que se trata para nosotros de articular, es: ¿qué es lo que pueda querer decir las vías que trazamos del retorno del deseo a su origen significante? ¿qué quiere decir que haya hombres que se llaman Psicoanalista?, y que esta operación interesa.

Es enteramente evidente que en ese registro el psicoanalista se introduce en primer lugar

como sujeto supuesto saber, es él mismo quien recibe y soporta el estatuto del síntoma.

Un sujeto es psicoanalista, no sabio, acorazado detrás de las categorías en las cuales él no tendría cajones para guardar síntomas psicóticos, neuróticos u otros, pero en la medida en que entra en el juego significante y es en lo cual un examen clínico, una, presentación de enfermos no puede absolutamente ser la misma en el tiempo del psicoanálisis o en el tiempo que lo ha precedido. En el tiempo precedente, cualquiera fuera el genio que animara al clínico, Dios sabe si he tenido la ocasión de expresar mi admiración por las estrofas deslumbrantes de Kraepelin cuando el describía sus formas de la paranoia. La distinción es radical de lo que, al menos en teoría, es, exigible de la relación del clínico al enfermo en la primera presentación.

Si el clínico que presenta no sabe más que una mitad del síntoma - como acabo de articularlo, recordándoles esos ejemplos de Freud - más que una mitad del síntoma, es él que tiene la carga, que no haya presentación del enfermo, sino diálogo de dos personas y que sin esta segunda persona, no habría síntoma acabado. Aquel que no parte de allí está condenado, como es el caso para la mayoría, a dejar la clínica psiquiátrica y estancarse en las vías de donde la doctrina freudiana debería haberlo sacado.

El síntoma. Sería necesario definirlo como algo que se señala. Como un sujeto que sabe que eso le concierne, pero que no sabe lo que es. En qué medida podemos nosotros, analistas, decir qué estamos a la altura de esa tarea de ser aquel que, en cada caso sabe lo qué es. Nada más que en ese nivel, ya se plantea toda entera la cuestión del estatuto del psicoanalista. La cuestión está facilitada por la evolución de las concepciones de la ciencia, ella misma concerniente al saber. Durante mucho tiempo hemos podido creer que el problema estaba bien planteado, de la apariencia y de lo real, que es el examen de la puesta a prueba del tanteo de, la percepción que depende todo el estatuto de la ciencia. ¿Qué es lo que quiere decir esta oposición del engaño a lo real? Si no es más que de lo real de lo cual se trata, visto de la ciencia más antigua, es el real del sabio, y lo que no se ve es que ese real del sabio, a saber: lo que es un saber, es verdaderamente un cuerpo de significantes y absolutamente no otra cosa.

Sí la noción de información ha podido tomar esta forma unánime que permite cuantificarla en términos de BIT, es en la medida que el almacenamiento histórico de elementos de información no se satisface a sí mismo para constituir lo que se llama la historia.

Eso comienza a tener un sentido, si ustedes lo hacen circular en alguna parte, pero no podrán de ningún modo evitar la sombra: un sujeto. Si quieren escribir en términos de información el funcionamiento interno, biológico, es decir, que les muestre allí, en alguna parte, un sujeto formando algunos granos de secreción interna, como la glándula pineal de Descartes; un sujeto visible...

Es al saber como tal al cual nos hace falta dar su estatuto y nos para nada una lógica aristotélica la que puedo respondernos. Es suficiente plantear la cuestión al nivel de la ciencia, de una ciencia que es la nuestra, para encontrarnos ante problemas muy curiosos en impasse, que son aquellos que detuvieron a Aristóteles. Para él era a propósito de lo contingente, un acontecimiento que tendría lugar mañana. ¿Es verdad ahora que habría lugar o no? Sí es verdad ahora, no hay ninguna razón que no fuera jugada. No es siempre verdad que una proposición debe ser verdadera o falsa, buena o mala. Se discute esta solución. No es eso lo que nos interesa. Es la de darnos cuenta que podemos plantear la cuestión de saber si la doctrina newtoniana era verdadera antes que él la formulara. Quisiera saber cómo deshace el empate la asamblea en este punto. Para mí, tiraría mis cartas gustosamente diciendo que es poco verosímil decir que el saber newtoniano era verdadero antes de ser constituido por él. La buena respuesta es que ahora no lo es más, más enteramente.

En la necesidad misma del saber, de la articulación significante, hay esta contingencia de no ser más que una articulación significante una cerradura montada. No tenemos, aún nosotros analista que llevarnos tan lejos, simplemente esta techumbre, esta brecha para que no estemos desorientados de tal modo de tener que enfrentar una exigencia muy diferente, cualquiera sea esta exigencia, se ubica al nivel de la incidencia significante original, aquélla donde el sujeto se encuentra a la vez surgiendo y al mismo tiempo alienándose, por el hecho de esta incidencia significante, de ese significante del cual es exigido que, para representar al sujeto al cual se dirige significanteándolo, sea el representante diplomático del sujeto cerca de otro significante. ¿Va a ser exigido a nosotros que lo encontremos de golpe?. ¿Cuál seria la paradoja de una exigencia y de un deber que ha asumido desde siempre tanto el sabio como el sofista, que es el de tener respuesta a todo? todo lo que está organizado como discurso, a todo lo que es montado como combinación significante de estar siempre a la altura del discurso. Ese algo que es absolutamente original, que sería ese significante supuesto, este ónoma donde el sujeto se especificaría por relación al mundo entero del significante. La absurdidad de esta posición se muestra suficientemente y es el punto de vértigo que comporta la idea misma de interpretación. Es lo que nos permite escapar de allí, es lo que la relativa, no es de ningún modo de ello de lo que debemos ocuparnos, no más que nuestro conocimiento de psicoanalistas no podría culminar en esta suerte de fatalismo del saber, que la respuesta estaría ya en nosotros por el hecho que de nosotros se espera la respuesta. Las posibilidades de encontrarla, que es de lo cual se trata en el llamado del deseo, son ellas mismas más que impenetrables y por otra parte el horizonte de signos, de significado sobre el cual se desplaza la experiencia subjetiva es de su naturaleza enigmática y enunciándose como tal, al nivel del Lektón para lo que es del deseo.

No es cuando anticipare el término, si no es para decir que es de lo real y de su estatuto de lo que se trata en la operación analítica. Digamos que en primer lugar, la fenomenología se anuncia a nosotros tomo siendo el campo de lo imposible. Henos allí cernidos: es que la posición del analista se resumiría en lo que llamaríamos no, fatalismo del saber, sino fetichismo. Que de no saber nada, el analista seria como el hito donde ese nivel es él punto de impacto, donde voy a detenerme hoy en el, punto en el cual, la próxima vez trataremos de retomarlo.



Clase 15

12 de Mayo de 1965

El sujeto supuesto saber. El significante como singular. El significante faltante y la díada. El sexo y el saber.

Los dejé la última vez en la cuestión planteada sobre el estatuto del analista. El analista, ¿puede ser simplemente el sujeto supuesto saber? Sobre la figura erguida de lo que comporta una suposición parecida, es lo que ella nos forzaría a sostener, una suerte de función fetiche del analista a la mirada de esta posición del saber.

Para que el análisis se comprometa y se sostenga, seguramente el analista es supuesto saber, y sin embargo todo lo que comporta justamente de saber, el fundamento del psicoanálisis nos afirma que no podría ser ese sujeto supuesto saber, por la razón que el saber fundamental del psicoanálisis, el descubrimiento de Freud, lo excluye. Yo no iría más lejos hoy. He trazado aquí un límite que debe hoy partir de donde debe arribar mi discurso. Mi discurso será hoy sólo el desarrollo de esta antinomia abriendo, quizá, sólo en su final la falla, la abertura por donde podemos concebir que, porque ya está trazada, esta falla, esta abertura, que la posición del analista, efectivamente se sostiene. Sin embargo, hemos permanecido sobre esa cuestión concerniente al analista, no seguramente a su capacidad, demasiado fácil y mítica de imaginar, no se que virtud, don innato o adquirido que lo pondría en posición de asumir lo que él tiene que hacer. Es su posición como sujeto en el fundamento del análisis y sujeto supuesto saber que no puede, vistos los trazados que Freud nos ha dado, representar otra cosa que una cierta disponibilidad que aseguraría, que lo definiría como tal, en lo cual equivaldría a una cierta disponibilidad en el orden del significante a proveer, y esto no sin encontrar eco en el modo en el cual defino -no sin razón- para ustedes el significante como siendo lo que representa al sujeto cerca de otro significante. Es precisamente por lo cual, por otra parte, la conjunción analítica es el punto donde se disuelve lo que tiene corta vista en el lingüista, ésta distinción que él cree hacer, debe hacer, como esencial de dos niveles pretendidamente lingüísticos: el uno comportando la inherencia de la significación, el otro que la excluiría: oposición de la palabra y el fonema.

Desde el punto de vista de nuestra experiencia -la de la falta- no es nunca dado que la palabra, cualquiera que sea, a cualquier nivel que sea, el fonema siendo igualmente en la experiencia que nos prueba abundantemente que en ese campo, del cual parte Freud, el olvido de los nombres, el fonema, su olvido, está al principio. Que ese olvido no es de ningún modo el olvido de la palabra como significación que subsiste, sino del defecto de una articulación de significancia. Me he acordado, a propósito de ello, para decírselos, que, curiosamente la expresión en francés "*me falta*", es datable, que ella no era de uso en francés en una cierta época. Tenemos de ello el testimonio de alguien del círculo de los Preciosos del comienzo del siglo XVIII que notaba: *recogiendo las expresiones de invención feliz*", él recogía la palabra "*me falta*" que fue inventada en alguna parte, entre dos personas que conversaban sentadas sobre lo que se llamaba "las comodidades" de la conversación, dicho de otro modo: unos sillones. Irá hasta permitirnos afirmar legítimamente que antes de esa dicción preciosa, la expresión "la palabra me falta" dejaba cernirse una parte impensable sobre esa falta de significante. Es precisamente allí, al nivel de la creación significante, que se introduce algo que cerró la vía de lo que pudo

aprehenderse más tarde. "*La palabra me falta*" no implica a todo Freud, pero es un modo de introducir, de retomar, en la ocasión, la forma de una cuestión que he introducido la última vez, sobre lo que es de un saber antes de ese momento, de cualquier modo que lo designemos, donde él emerge, sin que podamos decir en virtud de qué maduración, si no es quizá de su composición significante. ¿Qué es lo que querría decir "*la palabra me falta*", antes de Freud?. Está claro que no tendría, en todo caso, el mismo valor significativo, pero no es de ese lado que debemos buscar el resorte de incidencia de esta conjunción significante, que es, alrededor de lo cual estructuraremos la noción de saber. No quiero de ello más prueba que para indicar la esterilidad, la cerrazón que comporta la otra vertiente, aquélla que se llama del positivismo lógico que yendo a buscar el "*meaning of meaning*" en asegurarse, en precaverse, diría yo, de las sorpresas de la conjunción significante, desmembrando de ello, de algún modo -cómo hacerlo si no de un modo siempre retrospectivo - la diversidad de esas refracciónes significativas, no llegando, a propósito de lo bello, a aislarnos las diversas acepciones en las cuales esa palabra puede ser comprendida sino dando, desde entonces, las diversas significaciónes según las cuales puede ser tomada.

El positivismo lógico opera por él contraste y el pegamento de dos términos donde se afirma alguna cosa, como de esos monstruos que han poblado el bestiario mundial, para no volver a nuestro eterno unicornio, o alguna quimera, bastante usadas por el uso escabroso que han hecho de ellas los lógicos. Conviene ser prudente. Allí yo hablaría de otro monstruo el horgaleón (*formica-leo*), tiene un pecho de león, el trasero de una hormiga, llevado por Prévert hasta una longitud de 18 metros. Tal es la cagada de mosca a la que llega el positivismo lógico después de abundantes rumiadas. Se diría a este propósito cuando le impulsa un soplo en ver terminar la elaboración penosa de *meaning* , el primer idiota llegado diría, que bello (*beau*) rima con pote (*pot*) y diría bastante más.

"*La palabra me falta*" habría anticipado antes de Freud su valor de develamiento. Comportaba por su sola composición de artificio precioso, la abertura de un camino de verdad, que debería encontrar con Freud su acabamiento en saber. La palabra de verdad, tiene un sentido propiamente heideggeriano, de ambigüedad, de lo que se devela aún semi-oculto. Una cierta reflexión medica de la cual estoy rodeado, puede seguramente ver cómo he dicho la última vez, que la cuestión que se plantea es el estatuto de saber newtoniano, donde Freud, antes que viniera el día, acababa de decir: "*Ustedes ponen al día, enseñan, las cosas escabrosas*".

Así, el inconsciente no sería más que la invención de Freud, ¿por qué no? El sujeto representado por el significante es una cosa que se data más que por vuestro discurso, pues, de lo que se trata es precisamente del estatuto del sujeto por relación a un saber, ese sujeto tal que, en primer lugar lo reencontramos como afirmado supuesto en todo saber que se cierra, ¿dónde estaba antes? Cuando un saber como el saber newtoniano se finaliza, observamos lo que ocurre en cuanto al estatuto del sujeto. La cosa vale para detenernos un instante, aunque eso sea desde hace mucho tiempo lo que he destacado del problema ante ustedes. El saber newtoniano en la historia de la ciencia ha realizado una suerte de *akme(42)* de ejemplo a la vez paradojas y verdaderamente ejemplar y paradigmático, para no pleonizar en este ejemplo de lo que es en ello, verdaderamente, del estatuto del sujeto. Es en esta fórmula la reunión que a menudo se enraízan todos los fenómenos enigmáticos, que han cautivado la atención de los calculadores en el curso de los siglos en el cielo; la reunión, el encierro en una fórmula que no tiene nada de otra cosa para ella más que su exactitud, pues ella es impensable en nombre de ninguna propiedad experimentada en todo lo que el hombre conocía de sus relaciones con el mundo, ya que lo que él enseña es que no hay acción a transmitir que no supongo un medio que la transmita, que le propone esta acción a distancia - hablando propiamente - impensable, que hace surgir de la boca de los contemporáneos como un sólo grito, pero como tal cuerpo, que con tal masa aislada, en un punto, puede el saber a qué distancia está otro cuerpo, por estar ligado en esta relación. Para newton no hay duda que esto supone en sí un sujeto, que mantiene la acción de la ley, todo lo que es del orden de lo físico, parece relevarse de la acción o de la reacción de los cuerpos siguiendo la propiedad del movimiento y del reposo. Pero la operación gravitacional no le parece, a él, poder estar soportada más que por ese sujeto puro, y suprime esta suerte de *akmé* del sujeto ideal que representa un dios newtoniano. Es precisamente en lo cual los contemporáneos han igualado, a justo título, al newtoniano en ese Dios. La misma cosa es crear esta vida y haberla articulado en su rigor, pero no es menos verdadera que es un sujeto demasiado perfecto, el sujeto del saber es el verdadero primer modelo de ese saber absoluto por el cual es frecuentado en Hegel - que ése asunto nos deje completamente indiferentes - y que la creencia en Dios no haya tomado allí ningún retoño, que ese sujeto no es nada, es que allí no hay más que el planteo del saber. Es precisamente eso el signo: precisamente que él no es nada. Dicho de otro modo, es en la ambigüedad de la relación de un sujeto al saber, es en el saber, en tanto que falta aún al saber, que reside para nosotros la actividad de la existencia de un sujeto. Es precisamente en lo cual no es en tanto que se soporte supuesto de un conjunto armonioso de significantes del sistema, que el sujeto se funda, pero en la medida en que en alguna parte hay una falta - que yo articulo para ustedes - como siendo la falta de un significante porque esta articulación es la que nos permite reunir del modo más simple la articulación freudiana y permite para nosotros desprender de ello el resorte esencial. Seguramente para no dejarles este horizonte de cielo velado ante el cual Kant se postergaba aún, observen que si es allí que el hombre ha hecho sus escalas musicales, sus ejercicios de significante, es únicamente por eso que ha buscado siempre el sujeto supremo en el resto, no encontrándolo allí nunca. Pero tal es la fuerza, la pregnancia del funcionamiento del significante que es aún, allí que él espera, las miradas dadas vueltas, cuando desde, siempre sabe bien que los dioses están en medio de nosotros, están en otra parte que en el cielo. Esto no es más que su constelación opónima que el va a situar los últimos relentes. Después de esta expulsión del cielo de toda sombra divina con Newton; no resta esperar bajo la forma de sus señales vendrán de alguna parte, y paradojalmente de alguna vida de otro planeta. Me pregunto si nos llegará efectivamente algún signo o señal que podamos calificar de significante, ¿en nombre de qué?. Eso nos aseguraría una vida cualquiera si no fuera porque del modo menos fundado que sea, identificamos la posibilidad de articular el significante, con el hecho de una vida que sería soporte, ¿es que no hay otra cosa que la vida que produzca el significante?. El primer criterio sería saber dónde definiremos el límite de una pulsación natural, como en las últimas noticias que no hubiéramos recibido otra cosa de una galaxia donde habría otro significante, ¿cómo definirlo, sino en términos lacanianos? La presencia de un sujeto más un significante que pudiéramos articular precisamente como orientado por relación a otro significante. Alternancia que, de un modo especial nos atestiguaría que unos de sus miembros haría allí, precisamente, alguna variación para decir todo, la forma en la cual un morse nos da la indicación, a saber: la existencia del dáctilo(43) o del espondeo(44). Que en el primer tiempo un significante no vale más que para el otro significante, no sería

suficiente. Sería necesario a este elemento de excepción, de paradoja, de aparición y desaparición, fundado como tal que mostrara bien, que algo alterna que es precisamente la relación de un significante con el sujeto.

Adición o alternancia, nos haría falta el testimonio de la puesta en orden significante de algo, donde el sujeto se manifestara ser capaz de asegurar un puro azar, a saber una sucesión de cara o seca bajo forma significante. La mejor prueba que tendríamos sería si el mensaje se encuentra *respondiendo al mínimo de cuatro términos, que la sintaxis que en el capítulo introductorio de "La carta robada*" de Poe, he llamado alfa, beta, gamma... Aquéllos que han visto que el hecho de agruparlos de nombrarlos de modo unitario culmina en una sintaxis de la cual uno no podría escapar, tendríamos así la seguridad que se trata allí de un sujeto. Si ustedes se creen en derecho de justificar como él ésta vivo, eso no está sobre las misma rutas en que yo querría tratar de avanzar ahora.

Freud escapa a la objeción - que me hacía en su momento mi interlocutor, calificado de irreflexivo - en qué, respondiendo a la cuestión de: ¿dónde está el sujeto del inconsciente antes que Freud lo hubiera descubierto? La respuesta es justamente que lo que Freud nos define como sujeto, a esa nueva relación, original, impensable antes de su descubrimiento pero afirmada, de un sujeto a un no saber. ¿Es necesario que ponga los puntos sobre las íes? Lo que quiero decir: el incosnciente es que el sujeto rechaza un cierto punto de saber, el sujeto se designa de hacer expreso el no saber, se instituye - éste es el paso donde la articulación de Freud se enriquece con lo que yo designo al margen, concerniente a la relación del sujeto al significante - la cuestión que es para nosotros elaborar un estatuto tal a ese sujeto, que lo estemos forzados de darle una sustancia, a saber, creer con los junguianos y que ese sujeto es Dios. Es aquí que está destinado a rendir servicio el llamado que yo hago: que lo que representa el trazado de toda la dialéctica, que ha culminado en nuestras ciencia reposa sobre una aproximación, más y más articulada del sujeto cómo designado por una relación que reabre esa relación concreta, afirmada, experimental con el significante faltante, relación dada por Freud. Lo que toda la dialéctica, aquella que parte de Platón, ha forjado para nosotros y es esa suma de textos mayores concernientes a la elaboración de un pensamiento del saber, apuntalado en nuestra tradición. Eso les recuerda de tiempo en tiempo los puntos de articulación esenciales. Les indicaré los textos fundamentales de ellos, según mis auditores: "El Sofista, de Platón. Verán allí, en filigrana, intervenir las articulaciones esenciales que verán recortarse con el mayor rigor, hasta el punto de emergencia en ciertos lugares como algo que revienta la tela de la definición que, actualmente la referencia lingüística nos permite dar del sujeto, lo que responde a la posición del significante. Allí entiendo que es elemental el fonema en el sistema de la batería significante, allí es donde se instaura la realidad concreta de toda lengua existente. Conviene allí recordar dos términos que están incluidos en el aforismo fundamental del significante representando al sujeto para otro significante, todo está en el estatuto de ese otro. Todo lo que diré de este otro en lo que va a seguir emerge - está ya articulado perfectamente en los términos de ese, "Sofista", que les evocaba posible bajo la rúbrica del otro. Si el estatuto moderno del sujeto no está dado en Platón, es en la medida en que se oculta allí, que no está allí articulado la tensión que hay de este otro aruno, que este otro no permitiría fundar como lo que yo llamo el uno en más, éste uno en más que ustedes ven emergen en la que teoría de los números al nivel de Frege. Esta concepción de lo singular como esencialmente de la falta.

Dos relaciones se dibujan en esta relación tercera - yo articulo para ustedes - del significante representando algo cerca de otro significante, al significante representando al sujeto en una función de alternancia, de *vel*, de **o bien** ... **o bien**: o bien, el significante que representa, **o bien** el sujeto... Es precisamente la singularidad esencial, requerida del analista, si él tuviera irreductiblemente, que responder por esta nominación fantasmática que parecía siempre, esta formulación cromática de la cual esa falta sería colmada por la formulación de un nombre.

La composición de la díada significante, de la culpa cualquiera sea en todo uso de la lengua, especialmente poética, es lo que está expresado en la fórmula: "*Las palabras hacen el amor*" o un: '*A cada día su noche*" a cada árbol su nombre, -como Platón nos habla de su nombre y de su distinción al no-ser en "*El Sofista*". Lo que es necesario entender aquí es que no se trata de contrarios en lo real, sino de oposiciones significantes. Es alrededor de ello que gira toda la elaboración platónica, esta díada para sustituirse en el pensamiento de Platón necesita la introducción del otro como tal para ser y no renacer de los contrarios siendo igualmente y dando abrigo a los giros de pasa-pasa de '*El Sofista*". Es necesario que el no ser sea instituido como otro para que el sofista pueda ser rechazado.

"*El Sofísta*" de Platón, del cual me agradaría que alguien pudiera hacernos el comentario, mostrándonos lo que aparecía alrededor: la semejanza, el tornasol de los reflejos que hace que leamos allí la carácterística de la historia del psicoanalista mismo. El psicoanalista es la presencia del sofista en nuestra época pero con otro estatuto por la razón que ha aparecido ese por qué saber, operando a la vez con tanto fuerza y también ese saber por que.

Tanta fuerza reposa en que nosotros aprendamos el análisis que en la raíz de toda díada está la díada sexual, lo masculino y lo femenino, que lo digo así porque hay una oscilación alrededor de la expresión el macho y la hembra. Las ambigüedades en la lengua de la función del género, de lo que alguien como Pichón que creía un poco demasiado en el pensamiento, llamaba: la sexual semejanza (*sexuisemblance*). Yo preferiría la sexualatence (*sexualilatencía*). Llamar un sillón a un sillón, no tiene sexual semejanza más que para un imaginativo. El género opera como acumulativo de la oposición significante. Para nosotros la distinción del género y del sexo está hecha para recordarnos que lo que funda la oposición diádica del sistema, si ocasiona atolladeros a Platón - en tanto le hace inventar al otro para hacer subsistir al ser la oposición diádica no tiene como fundamento radical más que la oposición del sexo sobre la cual no sabemos nada, pues Freud mismo articula en muchos textos la oposición masculino-femenino en los equivalentes paralelos, metáforas: activo-pasivo, ver y ser visto, penetrante-penetrado, estimado por una célebre boludona... Pero el masculino y el femenino, no sabemos qué es. Freud afirma que lo es para el saber, entiende el saber capaz de dar cuenta de sí misma, el saber que sabe articular el sujeto, no hay otro para su estatuto en el inconsciente. El inconciente, no hace falta decir nada fuera de ésta perspectiva. Qué hay en ese saber para que en la proximidad de él funcione, y de un modo unilateral, a saber en el sentido de su puro eclipse, de la desaparición del significante. No sólo de lo *Verwofen* y de *Verdrangen*, sino también de la represión, y todo lo que puede aproximarse hasta de lejos y que nos testimonie de la presencia del sujeto del inconsciente. El sujeto del inconsciente es el

sujeto que evita el saber del sexo, allí hay un asunto, confesémoslo, un poco sorprendente que, por otra parte, para descansar un instante, nos permitirá arrojar una, mirada hacia atrás y hacer una distinción -pienso que puede ser que algunos de ustedes la han hecho sobre esta vía, que trato de elaborar para ustedes en las horas que yo reservo el día de mi sabat - me he roto la cabeza, diciéndome que no hay palabra en griego para designar el sexo.

Como tenía únicamente diccionarios greco-franceses a mi alcance me vi reducido a buscar en los autores: "*El tratado de los animales*" de Aristófanes(45) (sic) He constatado que Aristófanes ha dicho todo lo que era importante en zoología, sobre el sujeto de la reproducción no hablemos del sexo, tiene ideas algo flotantes, faltaba la microscopia - la comunidad del líquido esperma que se retoma localmente en el macho y la hembra, con la diferencia que ella lo retoma en el interior y el macho en el exterior. La distinción es válida pero no es necesario ayudarla en tanto el atolladero donde ha podido estar durante siglos sobre lo que se refiere esencialmente por (...). No hablemos de eso. Esto puede explicar muchas cosas. Con algunos escrúpulos he dado un golpe de teléfono a alguien para preguntarle cómo en un diccionario francés-griego, se expresaba eso. Me dijo que eso era en la ocasión, la diferencia entre el macho y la hembra. Esta perífrasis es interesante. No se podrá hacer un gran reproche a Platón por desconocer esta dimensión que le ha rendido servicios en sus atolladeros, sus aporias de "*El Sofista*". No estaba allí sin tener alguna percepción de ello. El error que él manifiesta para la categoría del contrario, por los sí y los no es el testimonio de un misterio a lo ancho de lo cual convendría pasar.

Los latinos tienen sexus(46); si podemos designar de él un origen es a nivel de secare(47). Hay algo extraño que es que sobre el sexo no sabemos - digo saber del hecho de la investigación científica - no sabemos mucho más.

Una cosa que sorprende del examen de lo que ocurre al nivel de los animales, es lo que se llama protistos. Es una cosa que todo naturalista sabe, pero también puede articular en claro; aquellos que se han inclinado sobre la sexualidad lo han dicho: no sabemos. Pero nos diremos sus consecuencias. Que el sexo no es obligatoriamente algo que tenga relación con la reproducción - hay organismos que se reproducen de forma asexuada y que aquéllos que son intermediarios en el estado del sujeto dé la descendencia se reproducen de modo asexuado, tanto hacen algo qué tiene una relación sexuada - lo que ocurre es sobre todo algo de lo cual lo esencial es la inversa de la fecundación que es decir sobre todo algo de lo cual lo esencial es la inversa de la fecundación es decir una reproducción cromosómica, después puede haber allí una conjunción, no forzosamente una reproducción, si no más bien una regeneración. Esa es quizá la relación, el lazo entre la relación sexual y la muerte, que se manifiesta aquí tangible y dé un modo ambigüo. Es la relación con la muerte que experimenta allí, como una cáracterística de una verdadera relación, esta pulsación fundamental que el sexo es a la vez el signo de la muerte y que es al nivel del sexo se produce la lucha contra la muerte, pero no la producción. Esta es en uso, en la ocasión de células más especializadas que las otras en el momento en que aparece la autonomía del germen por relación al soma.

En la naturaleza, empero, nada indica que el sexo sea un mecanismo reproductivo. Si nosotros nos retrasamos en ese fenómeno fundamental de la reducción cromosómica, dicho de otro modo lo que se llama el meión y de lo que resulta de ello como expulsión que es lo que se llamaba en los bancos del liceo, los glóbulos polares. Vemos allí en lo concreto, el material, la expresión de otra polaridad, la del soporte del organismo con algo qué es un resto, el complemento que está perdido, reducido en el meión. Esto podría estar destinado a esclarecernos sobre lo qué es de la función fantasmática del objeto perdido, encarnado metafóricamente por objetos que no tienen siempre esta forma, expulsados, en un carácter más que externo. Yo especulo, sueño, pero es extraño que esta suerte de perrería (*chiennerie(48)*) no haya sido jamás hecha en el campo psicoanalítico. Todos los descubrimientos sobre la sexualidad son abundantes. Los cromosomas, ¡esto es apasionante!. Eso es objeto de discusiones febriles para todos los que se ocupan de ese algo que se llama la reproducción de los seres vivos, cualesquiera que sean. Los psicoanalistas, para ellos es la letra muerta. No he visto jamás un texto, cualquiera que sea, que se interese, del modo más pequeño del mundo en ese campo de los descubrimientos de la biología moderna, sobre el sexo y las cuestiones que él plantea. Hay allí un fenómeno que no podemos no considerar, considerando lo que eso comporta de indicaciones, por otra parte forzosamente ilegítimas, sobre lo que es relativo a la posición del psicoanalista, sobre su forma más pregnante: el sujeto supuesto saber, en tanto que sujeto del inconsciente. Dicho de otro modo, el sujeto supuesto saber: lo que no es necesario saber en ningún caso.

Esto tiene la naturaleza de mostrarnos la puerta falsa. Hay que pensar al psicoanalista como siendo aquél que tiene que procurar responder del significante singular, porque éste falta en su relación con él otro significante; pues si esa relación radical comporta la cobertura original, *verwogenheit* de la exclusión fundamental, por allí la doctrina analítica misma se constituye en su lazo último, a saber: lo que es su correspondencia cualquiera que sea, del macho y la hembra. Está bien claro que todo indica, que la posición del analista no está allí en una menor exclusión que la de todo sujeto instituido, que lo ha precedido. Es por lo cual, el análisis permanece en la tradición del sujeto del conocimiento, en ésta condición que desde hace mucho tiempo ha sido largada lejos del sujeto y que el sujeto del cual se trata no es más que en tanto relación con el significante faltante. Por el contrario, lo que la experiencia nos enseña efectivamente, lo que surge, en un campo de experiencia, es precisamente esta metáfora de la cual, cuanto menos, no es por nada, que les he evocado su correspondencia, que puede tener, a propósito de realidades fundamentales del sexo, a saber: la pérdida de ese algo donde se instituye la relación más estrecha del sujeto del inconsciente con el mundo del fantasma.

Sea lo que sea allí que la experiencia analítica haya llevado al psicoanalista, nos permite ahora abrir la cuestión que nos solicita, ese punto de desviación lateral, ese punto indicado de una relación al sexo, que de todos modos, no podría recubrir una imagen que podemos hacernos mítica de la relación macho y hembra, de lo que surge del texto divino: "El nos hizo hombre y mujer", como no duda en retomarlo Ernest Jones, armado de su tradición protestante. Es que no captamos allí más que por otras tradiciones, otros pensamientos, como el de *Tao* que parte enteramente de una aprehensión significante - la significación es secundaria, eso pulula siempre dos significante, el uno frente al otro, eso hace pequeñas significaciónes -ellas no son forzosamente graciosas, graciosas........

Pero que el inicio sea como tal, la oposición del *Ying* y *Yang* del macho y hembra, eso, en sí, enteramente solo, comporta ese singular milagro, que haya allí algo más adecuado de fondo radical en lo que eso puede significar: el fracaso total del lado de la culminación del

verdadero saber. Sería un error creer que hay la menor cosa que esperar de la exploración freudiana del inconsciente, para corroborar lo que se produce en las tradiciones - etiquetémoslas de orientales - ésa alguna cosa, la función del sujeto no ha sido elaborada por la tradición. Desconocerlo es prestarse a toda suerte de confusiones y si algo de nuestra parte puede ser ganado en el sentido de una integración auténtica de lo que para el psicoanalista debe ser el saber, es seguramente que debe hacerse en otra dirección, totalmente diferente.



Clase 16

19 de Mayo de 1965

gráfico(49)

Como en el juego del amor, de la morra donde: tijeras, piedra, papel se ganan en rueda indefinidamente, piedra rompiendo tijeras, papel envolviendo piedra y tijeras cortando papel. Ustedes pueden enunciar en una analogía que encubre, seguramente, algo más complejo que los tres términos de mi último discurso, y muy especialmente aquel de la última vez que tratado ante ustedes bajo la rúbrica del sujeto. Allí he puesto el mayor cuidado en agudizar vuestra interpretación del saber que, por otra parte, era al segundo al cual trataba de dar -concerniente a aquello de lo cual se trata, bajo el nombre de inconsciente- todo su peso. El inconsciente es un saber donde el Sujeto permanece indeterminado ¿Qué sabe él?. El sexo, en fin, del cual no es más azar ni urgencia, -habiéndolo marcado la última vez en todo su relieve- que en el sentido de la doctrina freudiana el sexo es uno de los estribos de puente alrededor del cual gira esa relación triple. Esta es una economía donde cada uno de esos términos se reenvía del uno al otro según una relación que, en primera aproximación, parecía ser una relación de dominancia circular. El Sujeto se indetermina en el Saber, el cual se detiene ante el sexo, el cual confiere al Sujeto esta nueva suerte de certeza por donde su lugar de Sujeto - estando determinado - no puede ser lo más que de la experiencia del Cogito con el descubrimiento del inconsciente, de la naturaleza radical, fundamentalmente sexual de todo el deseo humano el Sujeto toma su nueva certeza, la de tomar su morada en el puro defecto del sexo. Esa relación de dominancia girante es esencial para fundar, aquello de lo cual se tratará hoy - después de esta introducción - no de constatar esta dominancia como un hecho del mundo que se rechaza a través de cada uno de los tres términos, sino que al reformularla, debemos hacer sentir sus efectos en términos de esta forma, bajo la cual, para nosotros se ejerce ella, que es precisamente la forma del juego. Pienso que aún para aquéllos que querrían escucharme aquí, hoy, por primera vez, saben bastante de Freud para reconocer qué términos esenciales constituyen en su enseñanza la relación entre Saber y Sexo. Que se trate de su aproximación, de su descubrimiento de la dinámica psicoanalítica, es en términos de lo que el sujeto sabe más de ello de lo que cree, dice más de lo que quiere y demuestra sobre sus propios resortes esta forma de saber ambigüo que, de algún modo, se renuncia a sí mismo en el momento mismo que se confiesa. Freud introduce la dinámica del inconsciente y cuando él teoriza, es alrededor de ese punto oscilante de la cuestión sobre el sexo, de la pulsión epistemológica, de la necesidad de

saber. Es lo que del sexo se introduce genéticamente en la historia del niño, todo lo que para él florecerá tanto en las formas de su persona, de su carácter, de sus síntomas, de esta materia que es la nuestra y que nos interesa.

Pero es aquí que toma su incidencia, que he sostenido para vosotros a articular en su diferencia dialéctica, cuando les he hablado de verdad a propósito del saber, donde está ese saber, allí donde tiene su estatuto, allí donde lo hemos constituido, allí donde no es más inconsciente, sino externo, en la conciencia, pero, ¿dónde estaba la verdad antes del establecimiento del saber? Cuestión de la cual quiero recordarles la fecha: es exactamente contemporánea de las primeras articulaciones lógicas, está en Aristóteles, es el estatuto de la contingencia de la verdad, antes que se pruebe en saber, pero lo que la articulación freudiana nos demuestra es una relación divergente de esta verdad al saber. Si el saber se hace esperar, si la verdad está en suspenso, tanto que no se haya constituido el saber, está bien claro que cualquiera que hubiera formulado trescientos años antes la misma fórmula newtoniana, no habría dicho nada, falta que esta verdad pueda insertarse en su saber; es la estructura freudiana que nos revela y levanta el signáculo de ese misterio.

La orientación de la verdad, lo que se descubre no es hacia un saber mínimo en venir que está siempre en relación a un punto **x**, en una posición lateral profundamente lo que vamos a poner al día como verdad, como alétheia(50), como revelación heideggariana. Es algo que para nosotros da un sentido más pleno, sino más puro, a esta cuestión sobre el ser, que en Heidegger se articula y que se llama para nosotros, para nuestra experiencia de analistas: el sexo. O nuestra experiencia está en el error, o no hacemos nada bueno, o es así que eso se formula. Es así que eso debe formularse aquí. La verdad está en decir sobre el sexo y es por ello que es imposible. Esto está en el texto de Freud: la posición del analista es imposible. Es por eso; es porque es imposible de decirla en su entidad, que fluye de ella esta suerte de suspenso, de debilidad, de incoherencia secular en el saber, que es precisamente la que denuncia y articula Descartes para destacar de ella la certeza del sujeto en la cual el mismo se manifiesta como siendo justamente la señal, el test, el residuo de esa falta de saber por donde reúne lo que se rechaza en el saber del sexo, en lo cual el sujeto se encuentra suspendido bajo la pura forma de esa falta, el saber como entidad desexuada. Un saber, entonces, se refugia en alguna parte, en ese lugar que podemos llamar - ¿por qué no?, pues nosotros reencontramos allí las antiguas vías - un lugar de pudor original, por relación al cual todo saber se instituye en un horror insuperable a la mirada de ese lugar, donde yace el secreto del sexo. Es por ello que es importante recordar lo que cada uno puede saber, pero, es sorprendente que se lo olvide, que nosotros conocemos muchos efectos, en cascada de lo que es del sexo. No es por la multiplicidad de seres existentes que llegaremos el sexo, eso no es sino velar la cuestión, escamotearla más que hacer del sexo el instrumento de esos efectos que se encontrarían allí, justificados por su teología. El sexo, en su esencia de diferencia radical permanece tachado y se rehusa al saber. La introducción del inconsciente cambia totalmente el estatuto del saber y duplica el doblamiento antes de repetirse a cada nivel es donde tenemos que retomar los tres polos donde se constituye nuestro orden subjetivo. El saber del inconsciente en tanto que del lado del sujeto se plantea como indeterminación del sujeto. No sabemos en qué punto del significante se aloja ese sujeto presumido saber, pero del otro lado, ese saber mismo, inconsciente, es una referencia de interdicción fundamental a la mirada de ese polo que se determina en su función de saber. Hay algo que ese sujeto, ese saber, no debe nunca saber. Ésta es la constitución radical, no accidental, aunque todas las cadenas donde se lee esta concatenación subjetiva no sean nunca más que singulares, pero fundadas sobre esta toma, esta inclusión primera que hace de ello toda la lógica, lógica que se trata para nosotros de fundar, en fin de aprehender como ella se recorre y donde estamos nosotros cuando, analistas, pretendemos jugar con ella.

Esta es una cuestión que acaba de ser planteada en un concurso, en uno de esos concursos que en un medio como éste, es algo que representa cierta ilustración. Una cuestión que se plantea allí, muy bien se puede decir en el campo, se ha dicho a aquéllos que deben franquear esta barrera de la agregación: "El hombre, ¿puede representarse un mundo sin el hombre?". No diré aquí, el modo en el cual habría aconsejado a algún candidato acerca de cómo tratar esta cuestión, sino el sentido en el cual yo mismo la habría tratado. Que el mundo del cual se trata no haya sido jamás aprensible más que siendo parte de un saber, como eso se formula. El hombre mismo ha sido fabricado en el curso de esta tradición en la medida de sus engaños. Está, entonces, bien claro que no podría ser excluido de esta representación, si continuamos haciendo de esta representación la caución de ese mundo. Pero se trata del Sujeto y, para nosotros el Sujeto en la medida, justamente, en que él puede ser inconsciente, no es representación. El es el *repräsentanz* de la *Vorstellung*. Está en el lugar de la *Vorstellung-repräsentanz* que falta. Este es el sentido freudiano de *Vorstellung-repräsentanz*.

No se trata de oponernos a que desde siempre este hombre con el cual cubrimos el mundo, este meganthropos(51) al que se lo ha hecho bien sobresexuado, pero justamente está demasiado claro que falta poder decir de qué sexo era. Tenía los dos. Precisamente allí está toda la cuestión. El hecho de decir que se encuentra un pequeño toque del uno y del otro, una mezcla de carácteres en los vertebrados superiores, no agrega nada. El sujeto del cual tenemos que partir es la pieza que falta de un saber condicionado por la ignorancia, y esto es lo que se trata en cuanto a él. Si es por él que tenemos que encontrar al hombre, es siempre en posición de deyecto, por relación a su representación y en esta medida se puede decir que, hasta el psicoanálisis ha representado siempre el mundo sin el hombre verdadero, sin tener en cuenta el lugar donde él es como sujeto, lugar sin el cual no habría representación, porque la representación no tendría representante en el mundo. Es así que he marcado en el pizarrón, con sus carácterísticas - las mismas que acabo de enunciar - esos tres polos del saber en tanto que inconsciente. Que sepa todo, puede ser, salvo lo que lo ha motivado. El sujeto. El se instituye en esa certeza de ser falta en saber, y ese tercer término que es precisamente el sexo en la medida en que en esta esfera está rechazado al principio, en la medida en que, todo vuelve a salir de lo que uno se quiere saber nada de ello. Aquí les preguntaré: ¿quieren que hoy se juegue?. No digo nada más. Yo no digo: ¿quieren ustedes jugar conmigo? Porque después de todo, desde donde yo hablo como analista, jugar conmigo no dice con quién se juega. No digo nunca que se juegue a algo. Todos los analistas que seamos, lo somos en la historia, y si la física se funda sobre los términos de "Nada se pierde, nada se crea", pido a cualquiera aquí, reflexionar sobre la historia, si el fundamento de esta idea de la historia no es: "Nada se juega". Para todos aquéllos que han tenido el tiempo de probar algo de lo que en nuestro tiempo ha parecido jugarse en lo que puede escribirse de historia para aquéllos que han tenido el tiempo de ver hundirse algunos puros juegos de la historia, ¿no es evidente que la marcha de las cosas da su verdad a lo que acabo de enunciar bajo esta forma: "¿Nada se juega?". Si es una verdad

de la historia, la verdad marxistas por ejemplo, es precisamente lo que desde un cierto punto de vista uno puede ser llevado a reprocharle, esto es que todo está jugado desde antes. Si el sujeto de la historia está precisamente allí donde se nos dice, en sus fundamentos económicos, pero esto es lo que está demostrado en cada giro. Es suficiente que metamos en su lugar eso de lo cual se trata. Allí donde se cree conducir el juego, no queda nada más que ese juego en su estatuto, y que él está en alguna parte entre los tres términos que acabo de dibujar para ustedes. Es allí dentro, que vamos a entrar ahora y que proseguiré mi discurso para los analistas, aunque se pruebe que en algún juego que yo lleve a su cuenta, es siempre allí donde está el menor riesgo, que pongamos el más grueso paquete y el pequeño allí donde está el mayor riesgo. Pero se trata para eso de saber lo que quieren decir esos términos.¿Qué quiere decir el juego mismo, en cualquier nivel en que empleamos esta categoría?

El juego es un término de amplia extensión. Desde el juego del niño hasta el juego que se llama de azar, hasta lo que se ha llamado, de un modo que despista, la teoría de los juegos, entiendo aquélla que iba a datar el libro del señor von Neumann y de su colaborador. Trataré hoy de decirles cómo, desde el punto de vista del análisis, que tiene todos los carácteres de un juego, podemos acercarnos a lo que es de ese registro. El juego es algo que, desde sus formas más simples, hasta las más elaboradas, se presenta como la sustitución de la dialéctica en sus tres términos, de una simplificación que, en primer lugar, lo instituye en sistema cerrado. Lo propio del juego es siempre - aún cuando esté enmascarada - una regla. Una regla que está excluida de él como prohibida, ese punto que es, precisamente, aquel que al nivel del sexo, les designo como el punto de acceso imposible, dicho de otro modo, el punto donde lo real se define como lo imposible. El juego reduce ese círculo de la relación del sujeto al saber; esa relación tiene un sentido y no puede tener más que uno sólo; es el de la espera. El sujeto espera su lugar en el saber. El juego es siempre de la relación de una tensión, de un alejamiento por donde el sujeto se instituye a distancia de lo que existe ya en alguna parte como saber; si en el tiempo yo creía, aún, que algo se juega. He hecho ejercitarse, al menos durante un trimestre el pequeño rebaño que está bajo mi cayado; el juego de par o impar era para tratar de hacer pasar ese juego por las venas. Aquel que tuviera las canicas, sabía si su número era par o impar. Poco importa que él supiera o no. En su mano hay saber. La pulsión del juego surge de que, enfrente, yo me instituyo como sujeto que va a saber bajo cualquier forma que sea, de una apuesta, o de las canicas mismas; la realidad aquí toma su lugar de ser lo que, en ese triángulo, de ese triplo está lo imposible de saber, pero que, abatido en el juego, en tanto excluido en este imposible, deviene la pura y simple realidad de la apuesta. La apuesta es, de algún modo, lo que enmascara el riesgo. Nada, al fin de cuentas, es más contrario al riesgo que el juego. Ella encapuchona el riesgo, y la prueba es que los primeros pasos de la teoría de los juegos, que se hicieron no al nivel de Neuman, sino de Pascal, comienzan por la teoría de la división, lo que quiere decir que, en un momento del juego es concebible una división equitativa de lo que está en juego. Es posible un cálculo de las esperanzas que hace que de detenerse un juego en su mitad, lo que no implica que cada uno retire su puesta, sino que la puesta sea dividida en función de lo que es la norma a enunciar, pero, sin embargo de la estructura de lo que se trata es del cálculo de las esperanzas.

No iré al detalle de eso de lo que se trata aquí. Me contengo con reenviarlos a los opúsculos fundamentales de Pascal que han hecho ley por las mejores razones, después. ¿Qué decir?, sino que, para nosotros, estando allanadas las vías por esta teoría de los juegos donde se demuestra lo que se llama estrategia, es algo que nos muestra que lo que es perfectamente calculable, lo que en un número extenso de casos para que esto haga lo concerniente a la elaboración en el ejercicio del juego, la connotación dé golpes posibles para el jugador con el conjunto de golpes posibles para el otro. Hay un punto destacado, punto de afirmación donde se recorta como siendo estrictamente idéntico lo que deben jugar los dos jugadores para tener en conjunto y en todos los casos, el mínimo de pérdidas mostrando que la naturaleza del juego está lejos de ser pura y simple oposición entre los jugadores, sino, que la partida en su misma comprehensibilidad, en su posibilidad, es lo contrario, de acuerdo.

Lo que en todo juego busca el jugador, el jugador como persona, es siempre algo que comporta esta conjunción, como tal, de dos sujetos. Y la verdadera apuesta del asunto es este jugador, sujeto dividido, en tanto que allí interviene él mismo como apuesta, a título de ese pequeño objeto, de ese residuo, que conocemos bien, nosotros analistas, bajo la forma de ese objeto al cual he dado el nombre de una pequeña letra: la primera. Si él, es algo que soporta toda actividad de juego, es ese algo que se produce en el reencuentro del sujeto dividido, en tanto es sujeto, con ese ello por el cual el jugador se sabe él mismo el deyecto de algo que se ha jugado en otra parte, otra parte a todo riesgo, otra parte desde donde él ha caído del deseo de sus padres. ¿Está allí precisamente el punto del cual se desvía yendo a buscar en el opuesto, esa relación de un sujeto a un saber? Para imaginarizarles, bajo la forma más rudimentaria, el carácter fundado de lo que les indico como siendo radicalmente el juego, la relación de un sujeto a un saber, les indicaré una imagen para mí particularmente sorprendente: la de una niñita que, hacia los tres años de edad, había encontrado ese juego en un ejercicio que no era en absoluto por azar, que era el de ir a besar a su padre y que consistía en ir al otro extremo del cuarto y aproximarse a paso lento. A medida que ella se aproximaba, se precipitaba, escondiendo estas palabras: "Eso va a llegar". He allí la imagen donde está incluida la diversidad, la actividad lúdica bajo sus formas más complejas y ordenadas. El aislamiento del sistema en el medio de una regla donde se determina la entrada y la salida del juego, en el interior del juego mismo, el sujeto en lo que tiene de real y de real imposible de alcanzar, materializado - si pudiera decirlo - en la apuesta. Y es en esto en lo cual, el juego, es la forma propicia, ejemplar, aislante, aislable, de la posición del deseo. El deseo no siendo otra cosa que la operación de esta apuesta, de ese a, que es el ser jugador, en el intervalo de un sujeto dividido entre su falta y su saber.

Observen que en ese juego está la realidad reducida a su forma de deyecto, del sexo en su forma insexuada (sic). El otro beneficio del juego, es que la relación de verdad está allí, en razón misma de la supresión de ese polo de realidad como imposible - la relación de verdad está suprimida. Uno puede preguntarse en todos sentidos lo que hay allí de verdad, de la ciencia antes que se afirmara. Uno puede preguntarse lo que es del inconsciente antes que yo lo interprete. Pero lo propio del juego es que antes que se juegue, nadie sabe lo que va a salir de él. Allí está la relación del juego al fantasma; el juego es un fantasma tornado inofensivo y conservado en su estructura. Estas distinciones son esenciales para introducir lo que deseo articular hoy para ustedes: a saber, lo que es del juego en el análisis si tanto es que tiene todos sus carácteres. Es un juego porque se prosigue, en el interior de una regla, en la cual se trata de saber cómo el analista tiene que conducir ese juego, para saber también cuáles son las propiedades exigibles de su

posición para que conduzca, esta operación, de un modo correcto.

Digamos en primer lugar de qué nos sirve ese esquema: para decirnos aquello que sin duda nosotros sabemos, pero que estamos lejos de articular, y esto lo explica. Es que en un análisis hay, en apariencia dos jugadores. Estos jugadores, de los cuales he tratado de articular su relación como una relación de malentendido, en tanto que del lugar que ocupa uno de ellos, el otro es el Sujeto, y el sujeto supuesto saber, en tanto que si confían en mi articulación esquemática, el sujeto, si podemos hablar de ese polo en su constitución pura, el sujeto no se aísla más que de retirarse de toda sospecha de saber. La relación de uno de esos polos al polo del sujeto, es una relación de falacia, pero es también en ella, que se aproxima al juego. El sujeto supuesto saber hace la conjunción de ese polo del sujeto al polo del saber, del cual el sujeto tiene, en primer lugar, que saber que a un nivel del saber no hay que suponer sujeto, en tanto él es inconsciente. ¿Qué es lo que resulta de ello? Ateniéndonos a esos dos polos, desde el punto de vista del juego, eso hace quizá, dos jugadores, en el sentido en que la teoría de los juegos del señor von Neuman, lo que se llama jugadores, son simples agentes los que se distinguen el uno del otro simplemente por un orden de preferencia, pero el hecho mismo que esos agentes, en el caso que evocaba hace un momento, puedan coincidir, hasta sin siquiera conocerse sobre la simple hoja de papel, que establece el señor von Neuman, para mostrar que ellos no tienen más que un sólo golpe a jugar. Desde un cierto punto de vista y hasta un cierto límite, si el analista en su posición pura, original, no tiene otro sujeto que aquel que yo definí como cartesianamente, como siendo aquel que en todo caso se afirma; que hasta si él no sabe nada es quien piensa que no sabe nada y que esto es suficiente, perfectamente, para asegurar su posición de cara al otro jugador, que sabe, sin duda, pero no sabe que él sabe. Está claro que esos dos polos pueden válidamente constituir una misma persona. Si definimos una persona no por sus preferencias, sino por el interés común: la curación, ¿qué es lo que quiere decir en el punto en que Pascal detiene el juego y puede hacer la repartición de las posturas de un modo satisfactorio para los dos? La curación no tiene otro sentido que esta repartición de las apuestas en un punto cualquiera del proceso, si partimos de la idea que hasta un cierto punto, sujeto y saber están perfectamente hechos para entenderse. Esto es lo que todos los analistas de la Escuela de Psicoanálisis de hoy llaman la alianza con la parte sana del yo; dicho de otro modo: "*Engañémonos juntos*".

Si hay algo que trato de reintroducir, que permite en el análisis culminar en otra cosa que en una identificación del sujeto indeterminado, en el sujeto supuesto saber, es decir en el sujeto del engaño, es en la medida en que recuerdo lo que hasta aquéllos que tienen esta teoría, saben en práctica: es que existe un tercer jugador y que el tercer Jugador se llama la realidad de la diferencia sexual. Es porque antes esta realidad de la diferencia sexual, el sujeto que sabe que no es el analista sino el analizado - después de mucho tiempo; constituido en su propio juego, aquel que ha durado, comenzado y culminado hasta el análisis algo es del sujeto, dividido: de un lado, sujeto, del otro, saber, pero conjunto. Algo que no puede aprehenderse más que como caído (*chu*) y decaído (*déchu*) de la realidad, de la cual no puede, ni quiere, saber nada. De lo que hace que siempre el hombre tenga que huir lo imposible de la realidad sexual, que ese algo que es su suplemento lúdico, al mismo tiempo defensa, ese algo que conocemos bajo la forma de lo que se revela en el fantasma, en tanto que la causa es la puesta en juego del sujeto bajo la forma de este objeto de la relación de objeto, puesta en juego, entre los dos términos subjetivos del sujeto opuesto al saber y del consciente. Esta sustitución del a del objeto, de deyectos del objeto, de caídos en eso de lo cual se trata; la realidad de la relación sexual. Esto es lo que da su ley a esa relación del analista en el analizado en ese sentido, que lejos que él tenga que contentarse con alguna repartición equitativa de las apuestas, tiene que atender a algo donde él se encuentra precisamente en una posición de oposición a su partenaire, como en todos los casos donde no hay en el juego soluciones de acuerdo, tiene que enfrentar a un partenaire en la defensiva, pero cuya defensiva es peligrosa, es prevalente en que contrariamente a lo que se imagina, esta defensiva no está dirigida contra el otro polo,: el de la realidad sexual. Ella es imbatible justamente en que no habiendo solución de este hecho, la astucia del conductor del juego - si el analista vale merecer su nombre - no puede ser más que de esto: de hacer culminar de ella, de desprender de esta defensiva, una forma siempre más pura. Es este el deseo del analista en la operación: lleva al paciente a su fantasma original, eso no es enseñarle nada, es aprender de él como hacerlo. El objeto a y su relación en un caso determinado, la división del sujeto; esto es el paciente que sabe hacer allí. Y nosotros estamos en el lugar del resultado, en la medida en que lo favorecemos. En analizado es el lugar donde esto se verifica de un modo radical porque aquí se muestra la superposición estricta que designa el deseo del Otro, no porque al paciente le sea dictado el deseo del analista, sino porque el analista se hace el deseo del paciente. Esto es lo que está expresado por el pequeño triángulo que muestra en que espacio virtual del lado del Otro, lugar ocupado por el analista, se sitúa el punto del deseo en el polo opuesto donde yace la realidad del sexo. Pues es allí que yace lo supremo de la astucia analítica y es sólo allí que ella puede ser reunida. Es sólo en esta mira y en la medida en que el analista está allí absolutamente aislado que puede pasar algo de lo que constituye, hablando propiamente, la única ganancia concebible. Es sólo en el punto donde llega al máximo lo que hace que al saber se constituya como la guarda, entiendan en el sentido de sirviente de ese rechazo de la realidad sexual, de este más íntimo *aidos(52)*, de este pudor radical. Es precisamente en ese punto que este pudor puede traicionarse, en que esta guarda al ser llevada a su punto más perfecto, puede dejar pasar algo de una falta de guarda, pues esta realidad del sexo no es supuesto saber, y es allí que dejaré oscilante la cuestión de las últimas posiciones subjetivas ¿Sabe o no sabe este supremo pudor?. Hay quienes creen que saben pero ¿cómo saber lo que sabe sino en ese nivel del otro donde va a surgir la sombra de ese significante todo potente, de ese nombre supremo del Otro, del omnicente que siempre ha sido el lazo, el lugar, la lucha de la captura para aquéllos que tienen necesidad de creer? Cada uno sabe lo que eso quiere decir, creer allí, eso puede querer decir, eso quiere decir siempre: las gentes creen lo que afirman, es la teoría fideista, no se puede creer en lo que no se esté seguro.

Aquellos que están seguros no creen en ello. No creen en el Otro; están seguros de la cosa. Son los psicóticos. Es por lo cual, es perfectamente posible, contrariamente a lo que alguien de esta Escuela ha escrito a propósito de la historia de la locura, al cual se puede reprochar no haber dado ésta definición de la locura. Ese discurso se distingue en que está seguro que la cosa sabe.

¿Cuál debe ser ese deseo del analista, para sostenerse a la vez en ese punto de suprema complicidad, complicidad abierta a la sorpresa? El opuesto de esta espera donde se constituye el juego en sí, el juego como tal es lo inesperado. Lo inesperado no es el riesgo. Uno se prepara a lo inesperado. Lo inesperado mismo - si me permiten un instante volver sobre este esbozo de estructuración para-euleriana que he tratado de darles como necesario a ciertos conceptos, el ocho invertido, esta banda de Moebius, que debe

atravesar la pulsión oculta. ¿Qué es lo inesperado sino lo que se revela como espera ya esperada, pero sólo cuando llega? Lo inesperado atraviesa el campo de lo esperado alrededor de ese juego de la espera y es haciendo frente a la angustia como Freud mismo, en los textos fundamentales sobre ese tema, lo ha formulado, alrededor de ese campo de la espera.

Debemos describir el estatuto de lo que es del deseo del analista. Es lo que retomaré en quince días, en tanto la próxima vez, tendremosun seminario cerrado.



10 de Junio de 1965

gráfico(53)

Proseguimos nuestro propósito sobre el punto donde les llevo para cerrar el discurso de este año: problemas cruciales para el psicoanálisis. Ese punto. estructura la tríada que he introducido después de tres o cuatro cursos. Espero que lo que he indicado la última vez clausure los aportes, los elementos de un cierto diálogo, apoyándose ese término en todas las reservas por las cuales he introducido, la última vez, lo que he aportado en conclusión ,introduciendo, de cierto modo, el polo de lo real, en tanto es constitutivo de una cierta dificultad que es hablando con propiedad la del psicoanalista. Esta es la introducción de un tema que no impulsaré este año que, si la suerte lo quiere, se proseguirá el año próximo. En esta introducción quizá demasiado rápida y quizá, hasta un cierto punto catapultada, he señalado el lugar donde debemos concebir que por relación a esos tres términos, de los cuales voy a rearticular hoy la función, reuniendo de algún modo el sentido de todo nuestro discurso de este año. He ubicado los tres términos que he escrito allí en alemán por razones que están ligadas a la elucubración histórica de los mismos, en la medida en que dos de ellos se refieren al pensamiento al trabajo del autor que los ha escrito en alemán. *Sinn* término de Freud opuesto a *Bedeutung* en su elaboración conceptual de lo que para él, es el ser del número. *Zwang* donde es necesario situar esta función que es el descubrimiento freudiano que da un nuevo sentido a lo que se presenta en la fenomenología de lo que ha sido elaborado como clínica mental y le da un estatuto qué tengo la intención de hacérselas localizar como siendo lo que justifica el acento que hemos puesto con nuestro comentario de Descartes, sobre el sujeto.

Si hay *Zwang*, si hay algo que se manifiesta de modo opaco en el síntoma, que literalmente, constriñe al mismo tiempo que divide al sujeto. *Zwang* se refiere a *Zwei-Entzweinung*. Esto es lo que Freud ha proseguido hasta su último escrito. La spaltung del sujeto es esencialmente entzweínung. El tercer término es Wahrheit, el modo en que la verdad se presenta en la experiencia psicoanalítica más exactamente en la estructura fundamental que permite esta experiencia. Es de allí que entiendo hoy, volver a partir con ustedes no sin haber extraído de nuestro discurso común de la última vez, un hilo que reencontraremos en su momento que es el de la cuestión planteada por Kaufman

a Milner que nos ha dado un resumen extraordinariamente bien estructurado, texto de trabajo muy rico, comentario, en suma, al mismo tiempo que resumen de "*El Sofista*", a lo cual creo, hoy, es mi deber referirme por lo que puedo recoger de él. Ese discurso no ha caído en oreja de sordos y ha dado las dimensiones que planteaba a aquél que está habituado al avance médico, una cierta vacilación. (Ver nota(54)).

Kaufman ha planteado a Milner: *"¿Qué hace usted en todo eso con el Bien, con la idea pura del Bien?"* .Les recuerdo que Milner había puesto el acento en esta dialéctica con la que culmina "*El Sofista*", que tiende, esencialmente, a demostrar, está allí, el cúlmen(55) del pensamiento platónico. Platón, a todo lo largo de su discurso, siempre ha sido al fin de cuentas, esencialmente enigmático; enigmático al punto de hacerse desconcertante, humorístico. Está totalmente claro; es necesario ser sordo para no ver que él va en ciertos rodeos-, hasta burlarse de nosotros - que Platón, después de haber distinguido el mundo de las ideas en tanto que ellas no están sometidas a los cambios como lo que está en el mundo sensible que de algún modo, las recibe? pero no puede ser afectado por ellas, no puede reflejarlas más que de modo aproximativo. Platón al nivel de "El Sofista" es conducido y nos conduce a la demostración de que, si la acción de las ideas diría yo no puede concebirse más que bajo el modo de la participación, esta participación no puede concebirse como un efecto que se produce en el pensamiento, en eso por lo cual nosotros que nos elevamos por la dialéctica hasta las ideas más originales hacemos por nuestra dialéctica ese adiestramiento ese "sumploque" por el cual reconocemos lo que en el mundo del movimiento del cambio se sostiene por una participación de las ideas fundamentales mismas no se sostienen más que en la medida en que entre ellas se ejerce ese movimiento de participación y Milner les recordó no encontramos a la vez movimiento y reposo como sin embargo difieren y no pueden diferir más que en la medida en que participan el uno en el otro, como es necesario ese algo, en los tres términos elegidos por Platón para mostrarnos que es necesario que admitamos que hace falta que ejercitemos, como en un movimiento, una pulsión, en el nivel mismo de las ideas, como más allá de esos tres términos, otros dos serán necesarios que serán el mismo y el otro y el término de una quideidad de una Fünfheit primitiva ha sido aquí anticipado.

No recuerdo lo que Milner ha respondido a Kaufman. Espero que haya respondido que del bien -en el sentir de Platón- no había que hablar. Pues el bien para Platón es hablando propiamente ese juego de los números. Este no es un comentario, si puedo decirlo, de mi invención; lo anticipo hoy con tanta más facilidad que una cierta buena fortuna en una búsqueda como esa inspirada por la reflexión sobre "*El Sofista*" me ha conducido sobre algo que está quizá lejos de ser ignorado pero de lo cual he sido consciente en encontrar su confirmación histórica: es, a saber, que hay una lección de Platón sobre el bien, concebido como la idea de la idea. Es Simplicius(56) , comentador de Aristóteles de tercera o cuarta generación. Es Simplicius, quien nos testimonia de lo que resta atestiguado lo que Aristoxeno ha legado sobre generaciones por el hecho de haber asistido a esa lección y él Aristóteles, asistía a ella; que Aristóteles tuvo un extracto de notas de una roneotipia y que lo que tiene de sorprendente para aquéllos que asistieran a esa lección es, precisamente, que Platón no habló allí más que del número. Todo el mundo esperaba que se discutiera sobre lo que pertenece al bien, si era la riqueza, la buena salud, el buen humor, o la buena ciencia. Una parte de la asistencia tomó vacaciones en la mitad, fuertemente decepcionada. Que en verdad sea así que sea necesario situar lo que era para Platón esa referencia a lo que podemos llamar en él jugar ese rol de la idea absoluta, del fundamento inquebrantable de toda su reflexión sobre el mundo, es algo precioso para nosotros - pues como irán ustedes a ver - es lo que va a permitirnos controlar el sentido de lo que, en la historia de nuestro pensamiento es aportado por Freud. Nos abre una vía que coordina de un modo superior todo lo que ha podido ser aprehendido hasta allí, los escollos, las aporías, las dificultades con las que había chocado de hecho, lo que llamaré la definición de la verdad. Esto para nosotros psicoanalistas, es algo que hay que tomar en el nivel más crucial de nuestra experiencia en una obra a la cual me he consagrado después de muchos años, de la cual no les diré el título. En una primera redacción, que ustedes no verán, comienzo en estos términos*: "El título aquí elegido"* aquel que no digo implica otro que sería: *"Vía del verdadero psicoanálisis"*. Es precisamente de lo que se tratará. ¿Por qué vía procede el psicoanálisis? El exámen de este procedimiento será nuestro método para determinar lo que es verdaderamente el psicoanálisis. Aprehenderemos que su área no se sostiene en los efectos de la verdad. Sostenerla allí sería pintarla como una isla flotante en su propio despliegue. Medio del justo medio devendría el subtítulo, cuyo timbre extraordinariamente oriental parodiaría no sin virtud, el suceso mismo de un tal propósito. Pero esta Cerigo(57) está bien indisolublemente unida al mundo. Es la carta de estilo marina, el contorno comentado de las orillas que está en gris, las superficies interiores...

¿Por qué vía se accede al psicoanálisis? He ahí el ancla alrededor de la cual entendemos hacer girar el interés del lector. Esto dice: el lector que tenemos por estar aquí interesado La guía del verdadero psicoanalista a título de mi punto de mira. El se dirige evidentemente al médico, pero como al partenaire, que lo redobla, el público que espera "El verdadero psicoanalista. Se discernirá aquí el cliché de una literatura vecina... *"El verdadero pescador en la línea"* obra célebre de la Literatura inglesa, que es evocada aquí ... la misma razón que hace a Platón comenzar su reflexión de "*El Sofista*" por la misma referencia. Únicamente la voluntad de selección del lector se declara allí, en el resto, se libra, sería abierta por alguien que haría necesario buscar allí las vías del perfecto psicoanalizar, que uno se reasegure. Se encontraría mucho menos que en otras obras solicitadas. Aquí no le será menos rehusada la ocasión de desplazar su angustia bajo el fardo de una enorme psicología. No encontrará ahí ni mapa de la ternura, ni materia de despistarse a sí mismo. De leer esa guía no se sentirá más que interesado, partido pero no juez. O bien, más bien, que ese libro nos aporte garantías existentes, en otras más seguras.

¿Por qué vía el psicoanálisis................?

He ahí lo que se tratará de articular. Es necesario enumerar todas las ciencias donde el médico agota sus procedimientos: donde da crédito de sus principios tomándolos de los... No es de ningún modo posible para el método psicoanalítico. Todos los psicoanalistas harán coro allí. Siempre se hará gran caso de este acuerdo que va más lejos, de este modo de hacerse escuchar. No es en vano que hemos jugado sobre la metáfora de la isla, esto es el objeto a engendrar esta insularidad en su forma reflexiva del exterior, a saber la situación de segregación científica donde la comunidad psicoanalítica se sostiene. Es que la vía del psicoanálisis no se mantiene allí. Hecho que corroboraremos. La paradoja descubre más de su fondo que lo que oculta de ello. Si entendemos que el psicoanalista preserva aún un formalismo en la comunidad con la experiencia, es allí donde todavía misma de la cura debe ser buscada, si ella debe ser verdadera. Verdadera, la ciencia simple de las curas eficaces, pero en la medida que sus efectos son rápidos, nada que

supere en sus términos la referencia más ordinaria al médico, aquélla que lo hace calificar de sugestión los efectos de que dispone ... Que los medios del psicoanálisis son medios de verdad, el uso de tales medios se altera siempre, de no ser abierto a la crítica. La cuestión tiene una ambigüedad que toma una forma particular, pues la verdad aquí evocada nadie dudará sobre cuál es el sentido de su propia verdad ¿Cómo establecer la relación de esta verdad del sujeto con lo que la construcción de la ciencia nos ha enseñado a conocer bajo ese nombre? Porque Freud ha introducido bajo el nombre de inconsciente, en nuestra experiencia, el orden de hechos de sus cadenas experimentales.

Nuestro propósito trata que el psicoanalista sea sometido a una búsqueda, que se desprende de lo que se llama la estructura para el control de un tal trabajo .... Es allí que nuestro diálogo ejemplar con el médico encuentra patético: "Presta atención que e lla no irá más lejos que allí adonde pueda conducirte". Es de esta referencia del psicoanálisis como ciencia, con lo que efectivamente ligada a un cierto lugar del resurgimiento de la verdad, en la dialéctica moderna del saber. Es de allí que depende, contrariamente a lo que la idea de Platón sobre eso, que depende lo que es efectivamente, eso de lo cual podemos hablar bajo el nombre de psicoanálisis. Es en la medida que el psicoanálisis, tal como él es vivido en nuestro momento histórico que comporta en un cierto modo de dirigir esta encuesta sobre el fondo de su verdad, una cierta resistencia; resistencia, por otra parte, prevista, puntuada, designada antes por Freud. Es precisamente en la medida que es así que mi enseñanza propiamente no sé creo en derecho, pero estoy obligado en medida misma de esta resistencia a flexionar, a incurvar su continuación y no poder ir más allá de un cierto límite en lo que es de la exploración de una verdad que puede ser definida, más que en seguir lo efecto de lo que pone en juego, aquí y ahora, de lo que es práctica de lo que pone en juego el conjunto de sus procedimientos. Que a esta mirada la verdad entra en un cierto dramatismo que es el que indica suficientemente el límite a precisar; que esta virtud, ella misma, puede en un cierto punto revelarla y está en derecho de suspenderla, hasta de rehusarla. Hay allí algo que no sólo no tiene nada de original, sino que en el Psicoanálisis mismo encuentra el máximo de su justificación. Quiero decir eso en lo cual el hecho, que en curso de los tiempos, esta posición ha sido efectivamente-adoptada por muchos pensadores como un partido tomado, un partido tomado y confesado. Ellos han escrito negro sobre blanco cuando Descartes dice que no dará la solución de tal problema, ni da como pretexto, que no quiere dar la ocasión a tales de sus rivales que ellos lo han descubierto antes. Es este pretexto cuando Gauss pretende haber encontrado antes que Rieman la teoría del espacio, permitiendo el acceso trans-euclidiano que Gauss rehusa comunicar, teniendo sus razones a articular, que ninguna verdad podría anticipar sobre lo que es soportable de saber. Esta dialéctica justifica, toma su forma en la medida que el psicoanálisis, por primera vez, o que nos permite poner al día, plantear en su radicalidad sus relaciones que son las de la verdad y el saber. Se puede plantear la cuestión de un modo de alguna suerte abstracto. Es fácil de puntuar y lo hecho en el pasaje bajo la forma paradojal y seguramente no sería, sino cómica. ¿Qué sería de la verdad, de saber la fórmula newtoniana si ella hubiera surgido de alguien dos mil años antes?. ¿Es que esta fórmula da la introducción en el saber, representando un momento estructural de las relaciones de la verdad y el saber? ¿Es que esa fórmula sería anticipada?, ¿Es que ella tiene o no algún valor de verdad?, Esto no es más que juego del espíritu, aporía artificial. Es mucho más radicalmente que se plantea esta cuestión de la verdad y es alrededor de esa cuestión que juega la experiencia freudiana. Es por lo cual ella es pensable. No toma su estatuto más que a partir de un estatuto del sujeto que es el estatuto del sujeto cartesiano. Si he tenido tantos cuidados al comienzo de este año en retomar la dialéctica del Cogito como siendo la fundamental que debe permitirnos situar lo que de ella se refiere al sentido del freudismo, esto es, que pertenece al cogito cartesiano marcar la importancia de un cierto momento que define como tal las relaciones del sujeto al saber. Quizá esté allí lo que nos esclarece de tal modo todos los comentarios que han sido hechos de ese momento esencial representado por el cogito.

Lo que busca Descartes, ¿podemos decir que lo obtiene con el cogito? Que este ser imposible de arrancar de la aprehensión del "Yo pienso" sea un ser fundado en el ser, es en todo caso enteramente claro que el modo con el cual -en ustedes - a despecho de los comentarios anteriores, pero ciertamente no a despecho de los textos cartesianos, lo he articulado de modo que supera eso en lo cual en el momento o en él comentario se está forzado de atenerse en el tiempo del ergo sum. El comentario va a reconocer que allí eso sobre lo cual Descartes, al menos, cual él mismo es su propio comentador, se apoya sobre las evidencias de una idea clara y simple. Pero, ¿qué es lo que para nosotros, en el punto en que estamos de la eficiencia de la ciencia, vale esta evidencia de la idea clara y simple en la cual Descartes mismo se apoya?. Seguramente, basta para nosotros el efecto de contragolpe de todo el desarrollo de la ciencia, de aquel que se produce después de la marcha cartesiana que está hecha para hacernos revisar a nosotros esta prevalencia de la idea simple a la intuición. Y el modo que he tenido ante ustedes de articular el "Yo pienso" de donde resulta que la fórmula completa es, hablando propiamente-. "Yo soy aquel que piensa, pues yo soy". Lo que he llamado esta división del aquel yo pienso al aquel de ser, es la introducción en este Entzweinung donde va a ubicarse para nosotros de otro modo el problema de la verdad. Es aquí que toma su valor, que el ergo de Descartes que indica precisamente algo que es del orden de la necesidad y partiendo, Descartes acentúa, repudia como antes de ser interpretado de ningún modo, por una necesidad que caería bajo la incidencia del proceso lógico, de la necesidad en lo que podría expresarse, todo lo que piensa es. Esto es lo que Descartes cuida de refutar la razón es aquí una articulación que marca el lugar de una referencia causal cierta, pero de una referencia causal que es aquélla de la puesta en acto de algo que está presente, para culminar en esta disyunción en éste *Entzweinung* del *yo(je)* del sentido que Descartes en otro punto va a articular francamente no cogito, sino dubito. La ciencia vacila. La duda llega hasta el punto más radical: ergo sum. El ser del cual se trata es del dúbito aún separado.

¿Qué sería entonces Descartes si nos atuviéramos a eso a lo que se impone en este análisis de su articulación fundamental? No otra cosa que un encépticismo que se pondría, él mismo al abrigo de lo que siempre se le ha opuesto a saber, que al menos es verdad la verdad del escepticismo. Precisamente es de lo que se trata. La marcha de Descartes no es una marcha de verdad, lo que lo señala, y que no ha sido nunca más articulado cómo tal es lo que hace su fecundidad, es justamente que se propone una mira, un fin, que es el de una certitud, pero que para lo que es verdad se descargue de ello sobre el Otro, el gran Otro, sobre Dios, para decirlo todo.

No hay ninguna necesidad interna de la verdad. La verdad misma de dos y dos son cuatro es la verdad porque place a Dios que esto sea así. Es ese rechazo de la verdad fuera de la dialéctica del sujeto y del saber, que es, hablando propiamente, el nervio de la fecundidad, de la marcha cartesiana, pues Descartes puede bien, aún durante un tiempo, conservar el él pensador, la argolla (*carcan*) del seguro tradicional de las verdades eternas:

ellas son así porque Dios lo quiere. Pero de este modo en fin, sé desembaraza de ello por la vía abierta la ciencia entra y progresa, instituye un saber que no tiene más que embarazarse de sus fundamentos de verdad.

Repito: ninguna institución esencial del ser es dada en Descartes. ¿Una marcha, un acto, alcanza la certeza sobre la referencia de qué?. Que ya hay un saber. La marcha de Descartes no se sostiene un instante, si no hay ya esta enorme acumulación de debates que ha seguido el saber; un saber siempre ligado, tomado como por un hilo en la pata sobre el hecho crítico que su partida, en ese saber, está ligada a las posibilidades de constituir la verdad. Yo llamaré a ese saber anterior a Descartes, un estado preacumulativo del saber; a partir de Descartes, el saber aquel de la ciencia se constituye sobre el modo de producción del saber.

Lo mismo que una etapa esencial de nuestra estructura que se llama social, pero que es metafísica: el capitalismo, la acumulación del capital es la relación del sujeto cartesiano a ese ser que se afirma allí, que está fundado sobre la acumulación del saber. Es saber, a partir de Descartes, es lo que puede servir para acrecentar el saber. Esto es otra cuestión que la de la verdad. El sujeto es lo que hace falta al saber. El saber, en su presencia, en su masa, en su acrecentamiento propio es regulado por otras leyes que las de la intuición, es regulado por las del juego simbólico y de una estrecha copulación del número con un real, que es ante todo, lo real de un saber. He allí aquello que se trata de analizar para dar el estatuto verdadero de lo que de ello es del sujeto, en el tiempo histórico de la ciencia. Lo mismo que toda la psicología moderna está hecha para explicar como un ser humano puede conducirse en la estructura capitalista, lo mismo que el verdadero nervio de la búsqueda sobre la identidad del sujeto es saber como un sujeto se sostiene delante de la acumulación del saber. Esto es precisamente el estado extremo que el descubrimiento de Freud trastorna, descubrimiento que quiere decir y que dice que hay un pensamiento que es saber sin el saber. Que el lazo está descuartizado, pero al mismo tiempo bascula de esa relación del yo pienso al yo soy. El uno y el otro están Entzweinung. Allí donde yo pienso no sé lo que yo sé. no es allí donde discurro, allí donde artículo que se produce este anuncio que es el de mi ser, de ser, del yo soy del ser. Es en los tropiezos, en los intervalos de ese discurso donde encuentro mi estatuto de sujeto. Allí me es anunciada la verdad donde no presto atención a lo que viene de mi palabra. El problema de la verdad resurge. La verdad gira en la experiencia y por otra vía que la de mi enfrentamiento el saber de la certeza, que puedo tratar de conquistar en este enfrentamiento mismo, porque aprendo que este enfrentamiento es unívoco. Allí donde yo presento, contorneo, adivino tal escollo en la construcción rica y compleja de un síntoma, que lo que yo muestro como un síntoma y que prueba que sé en qué obstáculo hay que dejar de lado mis pensamientos, mis fantasmas, y se construye no sólo como si yo no supiera nada de ello, sino como si yo no quisiera saber nada.

Esto es lo *Entzweinung*. El interés de la imagen que está sobre la derecha, fácil de reproducir, construcción que se hace simplemente, la banda de Moebius achatada, aplastada. Perfil qué he tornado familiar en el ocho interior, donde se anuda la banda de Moebius que tiene la propiedad, ésta superficie, de no tener ni revés ni derecho. ¿Qué es lo que nos muestra el mundo al presentar así lo que hay sobre el lado superior derecho de esta estructura triangular? Hay simetría: los dos replegamientos del papel se hacen de modo simétrico, del modo en el cual está anudado, que ustedes ven que en el tercer lado es de un modo no simétrico, que el repliegue se produce. Concebimos lo que es de la relación de sentido, en la medida en que, a este nivel del saber inconsciente, lo que se establece es comunicable de una cierta estructura significante en este, enigma que es el ser sexuado.

La otra vía que es la de las significaciónes que arriban al nivel del sujeto; de ese núcleo opaco del ser sexuado, tenemos dos campos, no sólo autónomos, sino que pueden situarse, uno por relación al otro, como lo está en esta imagen: derecho y revés. Esun punto donde la juntura no puede producirse más que bajo la forma de este Entzweinung esto es con el borde que liga el sujeto al saber. Lejos que ésta sea la relación de certeza, que no se funda más que sobre la relación de desvanecimiento del sujeto por relación al saber. Es la realidad que se llama síntoma que resulta que se anuncia del lado del inconsciente en el encuentro y de un modo heterogéneo a lo que es de eso que se constituye como identidad del sujeto: la división del sujeto y del síntoma, esto es la encarnación de ese nivel donde la verdad reencuentra sus derechos, bajo la forma de ese real no sabido, qué es ese real del sexo, al cual -hasta el presente - no accedemos más que por travestis, más que por la transposición de la oposición masculino-femenino, en oposición activo-pasivo o visto-no visto. Es decir hablando propiamente- en esta función que ha dado tantos atolladeros a los fundadores de la dialéctica, a saber, la función de la díada. Es sorprendente que esta función de la díada la han percibido perfectamente como lo que hace obstáculo y murallón en la instauración del ser y del Uno- sea la vía por la cual es abordado al nivel de "El Sofista" o de Parménides, o del comentario de Aristóteles, y que porta el reflejo de lo que Aristóteles había integrado deesa lección platónica. Encontramos que el estatuto del número, en ese momento del pensamiento aristotélico, porta el reflejo de la lección de Platón; el número es el número dos. El uno no es un número. Es un número para nosotros en la medida que la dialéctica freudiana nos permite hacerlo surgir del cero por la vía que llamamos la sutura subjetiva. Pero antes de la constitución de ese sujeto en el saber no había otro medio de instaurar el sujeto del número más al nivel del dos, -2- el *Zwei* es aquél quien nos reúne en la distinción del sexo, distinción fuera del alcance de la dialéctica platónica. Es por la vía de ese algo que es avistado por esta dialéctica platónica y que se traiciona donde se traduce o se refleja en las formas que ella da - esta dialéctica - de la deducción de la díada repórtense al texto y lo verán. Ellos no toman el *zwei* y la díada sexual como dada la toman como un dato, no es una solución. Esta díada, Aristóteles trata de hacerla surgir de las relaciones triádicas, el Uno el Grande el Pequeño. El nacimiento del dos será concebible cuando la diferencia exacta del grande y del pequeño venga a igualarse al uno. Está claro que esta deducción es frágil, en tanto ella supone la proporción y la medida. Está claro que requiere la misma proporción variante para hacer surgir todos los otros números. Está claro que ella traiciona una fundamental disimetría. Es de esta disimetría que se trata, en lo que es siempre toda aprehensión verídica del ser, en tanto, que sexuado. Esta misma disimetría que viene a anudarse en la disparidad del haber en el sujeto, en el hecho que el sujeto es falta, que el sujeto nos fuerza, nos solicita construir una imaginarización más radical que aquella que nos es dada en la experiencia analítica, como aquélla donde surge la imagen del yo (moi). Esta singularidad absoluta del sujeto como falta es la traducción que no puede ser apareada de la oposición dual de un sexo en el otro sucesivamente; la relación dos es una relación disimétrica. Esto es lo que hace surgir nuestra experiencia lo que surge de esta diferencia sexual es algo de otra estructura. Es alrededor de lo cual va a girar nuestra crítica del psicoanálisis, a saber: el objeto **a** en cualquier lado que el sujeto encuentre su

verdad, es allí que ella viene a nuestra experiencia, lo que encuentra, lo cambia en objeto a como el rey Midas que todo lo que tocaba devenía oro. Lo que nosotros reencontramos en el lugar por esta incidencia del ser sexuado rechazado al saber y por relación al cual el sujeto en ese singular, que sólo señala esta disimetría de la diferencia, cada vez que el sujeto encuentra su verdad allí, lo que encuentra, lo cambia en objeto **a**. Este es precisamente el traumatismo sin anterioridad, el cual nos impulsa la experiencia analítica, pues nos damos cuenta qué no es cuestión leve, ni accesoria cuando Platón se interrogaba si él tenía también una idea del barro y la escoria, lo que la experiencia revela, esto es que es bien de otras cosas, que el oro que el hombre en la experiencia se encuentra cambiando lo que él espera en su punto de verdad. La introducción del deyecto como término esencial de una de las posibilidades de soporte del objeto **a**; he allí que hay algo que yo llamo una indicación sin precedente. Ese estatuto del objeto a que está allí en el lugar del tercer. He ahí el hecho de experiencia que nos lleva a la cuestión radical de lo que más allá del saber, pertenece en relación al sujeto de una verdad. Proseguiré lo que tengo que decir la próxima vez, que será también, mi último curso.



Clase 18

16 de Junio de 1965

---

gráfico(58)

Les haré, hoy, en principio, el último curso de este año, por otra parte, no será enteramente nuestro último encuentro, al contrario, el seminario cerrado que tendrá lugar en ocho días podrá, para todos y cada uno, dar lo ocasión de plantearme algunas cuestiones sobre lo que habría podido dejar de oscuridad, sea sobre su texto, sea sobre su designio, lo que he expuesto este año.

He detenido la última vez la lectura de un texto preliminar de un escrito en curso, en el término siguiente: *"... Pues el psicoanálisis no querrá* -digo yo- *a aquél que demanda ser analista, lo que tú quieras, cuando seas psicoanalista no irá nunca más lejos que allí donde él puede conducirte." "Esto no es para engañarnos justamente de un merecido sermoneo sobre la responsabilidad a tu práctica. Tú sabes bien que todo ejercicio de un poder no está sólo sujeto a error, sino en ese colmo de equivocación, de ser bien hecho en su error. ¿Cómo aceptaremos ser médicos si no aceptáramos este increíble humano laberinto?" "Lo que me falta decirte es el riesgo para ti de ese matrimonio a la suerte del psicoanálisis. Pues lo que tú pones aquí en juego no tiene nada que hacer con lo que de ello se trata en la salida de un psicoanálisis ordinario. Y el término de perfectamente analizado que se te hace apuntar en la salida de tu psicoanálisis, calificado de didáctico, es también engañoso, más que insuficiente a la definición de los fines de este análisis.*

"Pues no basta que tú seas, según la forma clásica, perfectamente claro en tus relaciones con tus pacientes; es necesario también que puedas soportar tus relaciones con tus

pacientes, es necesario también que tú puedas soportar tus relaciones con el psicoanálisis mismo." "Pues el psicoanálisis nos lo enseña; la verdad responde a una falta venial en su lugar -a una represión, dicho de otro modo, tomando sobre el cuerpo mismo donde yace tu ser, su razón." No creas que ella sea más clemente a la falta capital siempre inminente en una acción que pretende seguir su traza sin conocer sus rastros. Una acción cuyo medio es el verbo, titubea entre la mentira y la verdad, recurre sus trazos siempre con usura".

Mi posición está, pues, bien ligada a la suerte de todo aquello que se llama: los psicoanalistas. Pues el psicoanálisis no está en ninguna otra parte. Si no se puede esperar nada más del psicoanálisis que lo que allí se pone. Lo que yo exijo es, a saber penetrar lo que hay detrás de una cierta resistencia instituida en el cuerpo mismo de los psicoanalistas. Ésta es la apuesta en cuestión esencial. Y después, el tiempo o mi enseñanza se han planteado pura y simplemente como oponiéndose a cierta sordera en la teorización de la práctica, cuyo común denominador es dado por la psicologización que allí se denuncia con (...) en tanto ella confiesa ser la cima de algunos de sus promotores, buscar lo real del cual el psicoanálisis tiene que ocuparse en la psicología. Es el principio de una desviación radical. Toda reducción, toda tentativa de retorno, como se dice, o de acepción en el psicoanálisis de algún psicólogo... de algún modo constituido que se pueda forjar, es la negación del psicoanálisis. Desde el tiempo en que he mostrado que la psicología está tejida de falsas creencias - llamemos las cosas por su nombre- el de esta identidad intuitiva que se llamaría el yo (moi). Me parece que he recorrido bastante camino para mostrar dónde se puede trazar otra vía totalmente distinta. Jamás nadie, salvo una cierta forma de ignorancia que, en un tema de humor, atribuí, muy gratuitamente, no sin razón, al dentista, jamás nadie ha osado aún imputar a Descartes el origen de este error intuitivo.

Lo que les he recordado la última vez concerniente al estatuto instaurado del sum en el cogito, no lo recordaré hoy. Es de allí que vuelvo a partir. Para aquéllos que no estaban aquí, tengo, por otra parte, que marcar que aquello sobre lo cual he puesto el acento es que esta fundación del *sum* en el cogito no es fundación primera, que es necesario recordar, ese surgimiento del cogito, en esta división donde el análisis me marca el ser; ser yo soy del ser, al yo sé del sentido: yo se, '*entonces yo soy*" (*donde jé suis*). Que esta marcha no se conciba sin la localización de eso, por relación a lo cual se sitúa como una duda metódica, radical, ese algo, que es un saber ya constituido y que esta relación del sujeto al saber es aquí esencial, que partiendo de allí, en el comienzo, reencontramos en el resultado, ese algo, el incentivo de una reflexión que puede ser retomada y proseguida en otra parte. El resultado de la marca de Descartes es el de hacer posible ese algo que he carácterizado como la acumulación de un saber.

El fundamento, la marca, el estilo del saber de la ciencia, es, ante todo, el de ser un saber que puede ser acumulado, y todo lo que la filosofía -desde que yo hablo de ella- que podemos retener como la mejor, no ha sido otra , que definir las condiciones de posibilidad de un sujeto frente a ese saber, en tanto que puede acumularse, pues es esto lo que es posición falsa de la filosofía, pero el filósofo está, diría, en la misma posición de valet que hace que el psicólogo esté allí, para darnos las condiciones de posibilidad de un sujeto en una sociedad dominada por la acumulación del capital. El sujeto, en tanto debe constituirse para hacer posible esta acumulación de un saber; he allí aquello en lo cual podemos puntuar la marca de la marcha kantiana, la más sana en esta materia. Pero el origen de ese algo acerca de lo cual debemos plantearlo como inscribiendo en falso, la condición de posibilidad del saber, no es eso lo que nos interesa. Es precisamente de eso que Descartes, de eso que con Descartes, la consumación está hecha, de lo que yo llamaría la alienación del saber y que es que él se desembaraza de las verdades eternas sobre el arbitrio divino. Este es el resorte de esta nueva marcha donde algo es fundamentalmente desconocido, y cuyo retorno constituye la esencia del descubrimiento freudiano.

Si Descartes libera el carro del saber de esas verdades eternas, de las cuales se desembaraza sobre el arbitrio divino, ellas podrían ser otras. Seguramente el carácter decisivo de ese momento, es allí donde puntúa -la importancia pero conviene darle su continuidad, pues nada, ni aún dos y dos hacen cuatro, sino necesario para sí; si todo es posible, nada lo es, y desde entonces es allí lo importante de lo que es omitido en nuestra apercepción, la aperpepción filosófica del punto de partida de Descartes. Desde entonces lo real es lo imposible. Todo es posible salvo lo que está aquí desde entonces, y no se funda más que en su imposibilidad. Es imposible que dos y dos hagan cuatro porque Dios lo quiera, y partiendo, esa es la única razón. Es necesario pasar por allí. Newton tiene la vía facilitada por ese nudo, aún nunca desanudado del campo gravitacional y Descartes puede permitirse ser relapso del lado de lo posible, con su teoría de los torbellinos. Desde entonces está claro que, para los filósofos, y aquéllos de la línea kantiana -la mejor - el análisis de las condiciones de posibilidad del saber, es una desviación, como si se los hubiera esperado para eso, pues, es justamente durante todo lo que ha precedido, donde se buscaba la vía por donde hacer posible saber que se había probado imposible encontrar esa vía. Repentinamente se tornó posible saber, lo que ha sido imposible de descubrir, cuando se buscaba allí, en primer lugar, lo que era verdad. Lo he llamado la ciencia. Ahora, ahora, que no se la buscaba más porque se la había desembarazado sobre Dios, lo que se buscaba descubrir se imponía de un modo que no resolvía nada en la verdad. He ahí porque ahora los filósofos se han reducido a pescar algunas futilidades por comentarios hermenéuticos. En una vía que pasa enteramente por otra parte, yo trato de constituir para ustedes, no las condiciones de posibilidad del psicoanálisis, sino en que, su vía se traza del fundamento de lo que Freud ha articulado siempre como siendo su imposibilidad. Es el término de lo imposible, lo articulo hoy, sin duda, de un modo que puede parecerles àpresurado, hasta torcido, pero que podría, provisoriamente, que para aprehender de los dos sesgos, en cuanto a lo real, que nos permite aprehender esta relación a lo posible, tan esencial para marcar bien para toda nuestra marcha de analista, en recordarles que los contingentes de lo real, lo que no puede ser, que lo necesario, si cometemos el error de fundarlo en lo real y no allí donde es fundado, a saber, en una relaciónsimbólica.

Lo real es lo que no puede no ser. Si vemos allí el fundamento de lo real, no tendrá más que operar sobre esas dos fórmulas: lo que no puede no ser; esto es en la instauración de lo posible que surge efectivamente la dimensión de lo real.

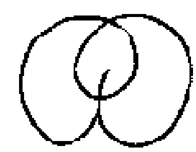
Les había anunciado el año pasado que hablaría de las posiciones subjetivas del ser, después, por un movimiento de prudencia , me dejé aconsejar, y me contenté con hablar de los problemas cruciales del psicoanálisis. No porque mi primer designio haya sido abandonado: las posiciones subjetivas del ser están en el pizarrón desde hace cuatro cursos, bajo los tres términos: del sujeto, del saber y del sexo. Es precisamente de las

posiciones subjetivas del ser, del sujeto, del "*Yo soy*" (*Je suis*) de Descartes, del ser del saber y del ser sexuado, que se trata, en la dialéctica psicoanalítica y nada es allí concebible sin la conjunción de esos tres términos. La relación de esos tres términos está marcada por una relación que es la que bajo el término inscripto en rojo, que es el título de ese esquema del *Entzweiung*, como instaurándose, en el mundo de la relación de lo que constituye el estatuto del sujeto. El estatuto del sujeto -en tanto hemos girado todo el año alrededor de la especie de trazo particular que es el que constituye ese Uno; que hemos ido a buscar en Frege, la fórmula en la medida en que ese Uno se instituye en la localización de la falta-. Ese uno singular, debemos buscarlo en alguna parte. De ese algo que es el Zwang por relación al saber esto es del *Zwei* (dos) del ser sexuado en tanto que él tiene siempre, para eso uno del sujeto imaginario, ha sido no soluble. Esa relación del *Zwei* al uno del sexo, esto es de lo cual encontramos la instancia en todos los niveles de la relación entre los tres polos de esta tríada, pues ese *Zwang*, ete *Entzweiung* son algo que he creído inscribir en ese esquema topológico como marcándose, por el hecho que la estructura de esta topología es la de una superficie tal, que su lugar viene, en alguna parte a reunirse con lo que es su opuesto, a saber: su anverso. En nuestra experiencia de analista de lo que se trata es de esa relación muy particular de un sujeto a su saber sobre sí mismo, que se llama un síntoma. El sujeto se aprehende en una cierta experiencia que no es una experiencia donde él esté sólo , si no una experiencia en un cierto punto educada, dirigida, por un saber. Del síntoma del obsesivo no tenemos en apariencia más que demasiada experiencia, que no toma su plena constitución más que en una cierta relación al Otro, que puede ser alguna vez el primer tiempo del psicoanálisis; esta división es *Zwang*, esa división en lo que le viene del lado del saber, es la relación del sujeto a su síntoma. Es el primer paso del psicoanálisis. No recuerdo esto más que para motivar el hecho que sea allí que he marcado la dirección.

El *Zwang* si está allí y si ese dibujo es motivo de que la hoja simbólica de la relación topológica, de la cual se trata- es una relación de tríadas que tiene su sentido, su importancia. Volveré a ello en su momento. Está claro que en esa banda de Moebius que está representada -no habrán reflexionado suficientemente en esta banda tres veces replegada sobre ella misma- lo que ella oculta de *Entzwiung*, en que no hay dos superficies, que es la misma superficie viniendo a reencontrarse en su anverso, esto es en todos los puntos que puede manifestarse.

Es precisamente la experiencia que nosotros vemos: que el signo, lo que hace la potencia de la experiencia analítica, que ella ha introducido en el modo de ese algo ambigüo, donde reconocemos al nivel más opaco, de una cadena significante, ese algo que hace sentido y siempre más o menos tomado en esta bi-polaridad aún irresuelta, que es la que emana del sexo y esto es lo que, en todos los casos, hacen allí sentido. Pero, ¿no había comenzado yo el año mostrándoles que esa naturaleza del sentido es la del no sentido? Lo que podemos articular, tratar de conjugar, hará ese no sentido, manifestar aún de ello más el relieve y la originalidad. El Sinn está marcado del *Unsim* . Es allí que surge su más grande pureza, donde encontraremos esa línea de fuga del *Entzweiung*, en el lugar de ligazón del sujeto al sexo que hemos llamado *Wahrheit*. Es de eso de que se trata en el análisis. Si el *Sinn*, si lo que es sentido, es interpretable viniendo al sujeto del lado del saber, en los tropiezos del discurso, en los titubeos del significante, el significante que viene así, viene de otra parte, viene aquí por las bandas, no por el desvío del saber, por esa relación del sujeto con el ser sexuado, ¿dónde está entonces, aquí, la división? ¿Tengo necesidad ante los psicoanalistas de llamarlo por su nombre?. ¿Cuál es la experiencia a la cual el psicoanálisis nos conduce y define la relación del sujeto con el sexo si no es, cualquiera sea el sexo de ese sujeto, que esa relación se expresa de este modo singular que es el que llamamos la castración? Es en la medida en que está megativizada lo que es la cópula, el instrumento de conjunción, que al sujeto, cualquiera sea, se entrega en la verdad del sexo, y esta necesidad de la castración, he ahí lo que nos muestra el principio de este extraordinario *Entzweiung*, gozante de la imposibilidad. De ese Uno. siempre evanescente y siempre obligado a confrontarse al 2 - pues, se los, he dicho- la idea de la idea, raíz de toda institución de instauración de lo simbólico en lo real, el bien de Platón, no es otra cosa que número. Y les he indicado la última vez que es *Simplicius* hace de referencia de ese testimonio. Me agradaría que algunos de mis auditores tomen allí pretexto para una búsqueda más desarrollada. Observen que no es porque me haya gustado dibujar esta banda que he llamado banda de Moebius, tres veces replegada de un cierto modo ella con mis designios, que la última, vez había mostrado que tiene simetría: el rulo inserto en la banda, se opone, al otro, hay simetría, pueden reunirse, lo mismo a nivel del otro lado de la juntura, pero no en el tercero, curiosidad de la cual les pido destacar, habituándose a esta suerte de experiencia- .

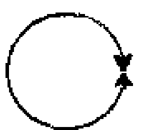
No hay ningún medio de realizarla en su achatamiento triangular, sin, que, en alguna parte, aparezca la estructura que acabo de subrayar. Puedo decir que no se distingue, de esto: que lo que es una banda de Moebius forzosamente no tiene otra posibilidad, la misma cosa se produzca al nivel de los tres lados; lo que se hace en el caso en que uno use, lo que se llama, la forma del nudo.



A saber, que es del mismo modo invertido, las tres veces, que la banda será replegada y no será menos banda de Moebius. La tríada - es singular que uno no se haya percibido - implica esta topología de la banda de Moebius. Puede parecerles que eso se juega con singulares caprichos, que yo quiero retrasarme tanto en una estructura de la cual, cuanto menos, pueden presentir que es una estructura poco familiar - no estoy seguro de ello para algunos, sino para la mayor parte- la distinción que acabo de hacer, el hecho de servirnos de esta superficie como siendo el soporte más propicio para representar una cierta tríada, que se plantea para nosotros allí instituyendo la posición subjetiva. Subjetividad del ser como tal que ese soporte lleva en él, la necesidad de una cierta relación imaginada por la banda de Moebius, pero de la cual ya les he hecho notar que la banda no es más que la imagen. Puedo recordarles que, no es porque esta superficie sea superficie, que ella existe - para decir todo - que la hace superficie de Moebius. Pueden sacar cuantos trozos quieran; su continuidad resta. Ella es siempre superficie de Moebius y, en el límite, no es más que ese corte medio, que cambiando la superficie, en una superficie verdaderamente única, un corte medio no corta en dos la banda de Moebius,

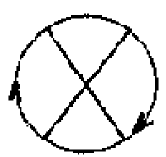
pero la transforma en una banda que hace solamente eso que se llama un bucle. Pero lo propio de esta banda es que ella puede - ya se los he mostrado en su momento- recubrirse a sí misma, ella puede tomar la forma exacta de una banda de Moebius y, que, entonces, lo que será el doble borde de esta banda replegada en una banda de Moebius, será un intervalo del cual se puede demostrar que comparta un medio giro que es una banda de Moebius, igualmente.

¿Qué quiere decir esto? Que, si, conforme a la topología, consideramos la superficie como debiendo ser siempre definida por un borde, no hay otra definición topológica de la superficie que un borde vectorizado como éste:



He ahí el símbolo de la superficie esférica. Una esfera. Es allí donde se puede hacer un agujero que anulará borde a borde. Los dos bordes del agujero viniendo a confundirse en el mismo sentido. Si quieren, para no confundirse, ni perderse en una imaginación concerniente al volumen que no está de ningún modo interesado en la materia, llamemos a esta superficie, un globo. La topología del globo no está definida de otro modo que por la duplicidad de ese borde. Lo que está fuera y dentro del borde, hasta si es un globo infinito, hasta si es un plano, es estrictamente equivalente. Lo que está fuera del círculo, es un círculo como lo que está en el interior. Lo propio de una superficie que se llama globo, es que un corte cerrado, separa de él un trozo. Esto no es verdad para toda superficie, como un toro o un anillo, o si este corte cerrado puede tener un mismo efecto. Está quien abre la cámara de aire, que es el toro, y la deja en un sólo trozo. Es verdad que un doble corte, previendo que se crucen, el uno sobre el otro, en algún fragmento, no deja más en dos trozos, al toro. He introducido este año la botella de Klein cuya propiedad es que no puede tener sobre ella dos cortes que no se crucen y que ella no es en esa medida dividida.

La botella de Klein está hecha de dos bandas de Moebius. Hay, pues, un trazo que hace dos veces el giro del vacío central, de ese vacío del cual no tenemos que hablar cuan do especulamos sobre las superficies. Les parece que esta superficie es así dividida en dos bandas de Moebius. ¿Por qué revoqué aquí la botella de Klein? Hay una cuarta forma de superficie definible por su borde, es la que, para ir más rápidamente he llamado el cross-cap y que se llama, teóricamente, con todo rigor, el plano proyectivo.



No puedo volver a evocar para ustedes cómo está hecho esto. Para los otros, quieran imaginarse que esta línea manifiesta el cruce. Si nosotros tomamos un globo previamente abierto en los bordes, y si hacemos reunir esos bordes entrecruzándose, de modo tal que, cada punto ligándose suture con el punto simétrico por relación a una línea qué sea, sino por relación a un punto central, lo que constituye lo que he llamado, provisoriamente, el cross-cap. ¿Cuál es la propiedad de un corte cerrado, en algunos tipos de cortes cerrados?

Existe uno que tiene el mismo efecto que la esfera. Pero hay una diferencia de naturaleza entro uno y otro de los jirones. Uno es lo que aquí se figura aislado, se representa bajo esta forma llamada del ocho interior. Hoy llamaré al otro: una banda de Moebius. Me excuso de ese largo desarrollo que está hecho para plantear, introducir, ese elemento central, tomémoslo como tal, por relación a lo que ven aquí figurar bajo la forma de una banda de Moebius. Este elemento central que lo completa y lo cierra, y que yo he llamado la porción nula; eso topológicamente completa lo que tenemos que decir de las posiciones subjetivas del ser, lo que en ¡a botella de Klein se completa por una banda de Moebius simétrica y que forma, bajo el aspecto de ese algo que semeja (...) por equivalencia a otra cosa de naturaleza diferente de la banda de Moebius. Esa otra cosa es lo que topológicamente corresponde al objeto **a.** Este objeto **a** es esencial a la dialéctica analítica. He escuchado decir - me ha vuelto - que alguien entre mis auditores se ha expresado sobre objeto **a** en términos tomísticos. El objeto **a** sería lo que en el ser encontraría su acabamiento, con seguridad puede haber un tal malentendido hasta el momento en que esta imagen les muestra esta cerradura del *Entzweiung*, la ocultación de la imposibilidad, la consumación de la indeterminación -de la cual yo hablaba- que es la del lugar del *Entzweiung*, de esta falsa seguridad de la certeza que se instaura en el enmascaramiento de la división.

Tal es la función de este objeto, diría, tan poco conforme a una buena forma. Ustedes no pueden imaginarlo más que como esta rodaja de la cual alguna parte el contorno más reñido, escotado, hendido en recubrirse a sí mismo, no es, sin embargo, algo diferente de una superficie ordinaria, pero ese lado artístico de la buena forma, ese lado que yo llamaría el jirón , ese jirón es la forma en que (...) donde se localizan en la instancia, las posiciones subjetivas del ser, a saber lo que se llama en el análisis: el objeto, el seno, el objeto fecal, o el excremento, la mirada y la voz. Es bajo esta forma topológica que se constata la función del objeto **a**, y es en esto que la equivalencia, la sustitución posible del objeto **a** en la conjunción al otro es carácterística de un cierto modo macroscópico que ha prevalecido hasta una cierta fecha del mundo, donde el hombre se repliega y se adhiere a la realidad de un otro preformado, de aquél que lo hace a su imagen, en imagen semejante a la vez invertida. El corte en la historia y también en el estatuto del sujeto como tal es el momento en que ese partenaire sustituya la función del objeto **a.** Es en tanto que yo soy **a**, que mi deseo es el deseo del Otro, y es por ello que por allí pasa toda la dialéctica de mi relación con el Otro, que define mi relación de la alienación. sustituyéndose allí, nos permite el otro modo de la relación, el de la separación de algo donde yo me instauro como caído, como reducido al rol de jirón, en lo que ha sido esta estructura del deseo del Otro por la cual el mío ha sido determinado al hecho que la satura, que la adherencia de mi relación subjetiva, de mi posición subjetiva como ser,

puede ser encontrada en el objeto **a**. Es allí por, donde pasa la verdadera naturaleza de mi dependencia del Otro, y especialmente de su deseo, pues el fantasma no es otra cosa que esta conjunción de la *Entzweing* del sujeto con el **a** gracias a lo cual una falaz completitud viene a recubrir lo que de ello es imposible de lo real. El carácter de cobertura que tiene el fantasma por relación a lo real, no puede, no debe articularse de otro modo. El análisis pasa por el desfiladero de esta reposición del *yo (moi)* como sujeto en ese **a** que yo he sido para el deseo del Otro.

Y ningún desenlace es posible en el enigma de mi deseo sin ese pasaje por el objeto **a**. He escuchado en uno de mis análisis, hace , poco tiempo, emplear el término, a propósito de alguien cuyo análisis no parece haberle servido mucho, por la cualidad personal. Hay, entonces, -decía mi analizado- "falsas camas (*fauses couches*) analíticas". Me gustó bastante esa fórmula. Yo no la habría inventado. En efecto; hay un giro del análisis donde el sujeto permanece peligrosamente suspendido en ese hecho de reencontrar su verdad en el objeto **a**. Puede acá tenerse allí, y eso se ve.

Mi curso del año próximo lo haré, entonces, sobre lo que falta en las posiciones subjetivas del ser: lo haré sobre la naturaleza del objeto **a**. En inglés habría dicho: "*Significant object small a*". Pero como hablo una lengua que se llama el latín, me inspiraré del "*De natura objecti a*".

Siempre he deplorado que la madre iglesia haya abandonado esta lengua que tiene el privilegio de hacer herméticas las explicaciones en las ceremonias, sobre, lo que ocurre. Cuando se escuchan ceremonias en latín, se tienen posibilidades de comprender que es incomprensible. Estén seguros: no les haré discursos en latín, quizá uno, cuanto menos... Todo esto quiere decir - hay quien cree que estoy lejos de la clínica relatándoles esta historia - hay un cierto número de posiciones subjetivas verdaderamente concretas, a las cuales debemos atender, bien que en el síntoma uno no cuida en buscar el saber.

En el análisis existe el Otro, y nos damos cuenta del modo en el cual por relación al Otro, se plantea el problema del deseo. No es hoy que volveré sobre la tri-percepción con:

La demanda del Otro --------------------------> Neurosis

El goce del Otro ---------------------- > Perversión

La angustia del Otro -------------------------> Psicosis

En la neurosis, de donde ha partido nuestra experiencia más cotidiana, también fundamental, es por relación a la demanda del Otro que se constituye el deseo del sujeto. Decir que es por relación a la demanda no es ir contra lo que yo he dicho: que el deseo del sujeto es el deseo del Otro, sino su punto de mira, porque es también el principio de su mantenimiento en la posición neurótica.

Es la demanda del Otro, lo que el Otro demanda, seguramente, no es lo que él desea. He insistido bastante sobre ese radical *Entzweiung*, para no olvidarlo. Retomemos todo lo que he podido dejar como comentario sobre tal punto de la "*Traumdeutung*", para proseguirlo hasta la estructura de la homosexualidad femenina: la histérica carga a un tercero para responder a la demanda del Otro por ella; ella se sostiene en su deseo como insatisfecho y es por eso, es por la síntomatología que a la evolución de la histérica tenemos el acceso más rápido, pero al mismo tiempo, lo vela en parte por el hecho de la castración.

La castración es demasiado instrumental, demasiado mediatizante en la histérica, y también demasiado fácil de hacer, en tanto la mayor parte del tiempo, la histérica es ya objeto castrado, para que eso no nos vele. El obsesivo, como neurótico, está en el mismo caso. Opera de otro modo con la demanda del Otro, se pone en su lugar y le ofrece, en su lugar, el espectáculo de un desafío, mostrándole que el deseo que esta demanda provoca en él, es imposible. En los casos fecundos, pues de estos son los neuróticos obsesivos, él le demuestra que todo es posible en el lugar, multiplica las hazañas. Todo eso tiene también una gran relación con la castración, y si él acoge con dureza, si él degrada, si él destruye, burla el deseo del Otro, lo sabemos, es para proteger su pene. Del lugar del Otro, a través de todos los riesgos calculados que él corre, se prueba como falo salvaguardado. Es allí que la oblatividad es su asunto. El ofrece todo al lugar, tanto más gustosamente en tanto todo lo que ofrece es mierda. Forzarle la carta interpretándole el fantasma del fellatio, puede ocurrir, en efecto, y ocurre ordinariamente en su análisis, imaginándose de ello que es avidez del pene quien lo dirige haciéndole el objeto de comunión. Esto es en realidad, un desconocimiento del analista, que está en el hecho de la confusión del falo perdido con el objeto fecal y que ha interesado al sujeto en análisis, en una dialéctica del tocar, del no tocar, del contacto y del no contacto, testimonio pues, de está dialéctica del obsesivo que es precisamente la de la limpieza y no la de la propiedad. El sujeto por tal vía es invitado a lo que yo definí como siendo la función del objeto **a**, a encontrar su verdad en este objeto **a**, en sus aspectos fecales. Lo que, en efecto, colma al obsesivo que no demanda más que eso.

Ven que esta teoría tiene consecuencias prácticas; ella permite articular objeciones estructuradas, contra algo que se presenta como no siendo sin efecto clínico, hasta un cierto punto bienhechor, en tanto todo el peligro está en satisfacer la demanda que vemos manifestarse en el neurótico. Cuando yo retome esta dialéctica de lo posible y lo imposible, les mostraré que no está en otra cosa que en la oposición del principio del placer al principio de realidad; que el sufrimiento neurótico sea un placer, no puedo demostrar cómo es posible, si no es por malas jugadas (entourloupettes), pero puedo manifestarlo poniéndome en el lugar donde hago imposible la demanda, donde se oculta ese sufrimiento. No iré más lejos sobre los detalles clínicos, porque es necesario que concluya. No diré como el fóbico está bajo la relación de la demanda del Otro. Les he hablado suficiente del significante faltante. Para cerrar y terminar lo que tengo que decirles sobre ese punto donde culmina todo el discernimiento que ha tenido Freud del fenómeno inconsciente, cuando él habla del deseo que habita el sueño, que es el verdadero deseo del Otro. Deseo de que durmamos. No es por nada que es en el momento en que un sueño llega a ese punto culminante, es en esta figura inmóvil que encarna el fantasma de la realidad. Si el fantasma nos despierta en la angustia, es porque la realidad no aparece. Pueden ustedes sólo estar así despiertos para que el sentido de esa palabra a venir en mi designio desde ahora les toque. No desembarazaré al Otro ni de su saber, ni de su verdad. El término del análisis, si es eso que he inscripto en el **S** significante del **A**

barrado, el Otro sabe que él no es nada de eso.

Final del Seminario 12

Notas finales

1 (Ventana-emergente - Popup)

"Piensa, piensa, Cefisa,
en esa noche cruel,
que fue para todo un pueblo
una noche eterna".

Los versos pertenecen a la escena octava del acto tercero de Andrómaca de Jean Racine y está a cargo de Andrómaca que rememora así la noche en que los griegos asolaron Troya.

2 (Ventana-emergente - Popup)

Epifántico: relativo a epifanía, aparición

3 (Ventana-emergente - Popup)

La frase de Queneau termina con la palabra lézard: lagarto, en argot: mal compañero, ladrón de perros, pobre diablo.

4 (Ventana-emergente - Popup)

Atopía: insituable, no susceptible de calificación. Literalmente, sin lugar, de atopos.

5 (Ventana-emergente - Popup)

Muséum: Museo de Historia Natural, nombre dado en 1794 al Jardín des Plantes de París.

6 (Ventana-emergente - Popup)

Signo, signas, signare, signavi, signatum, verbo: señalar, marcar, imprimir, grabar; estampar, grabar, acuñar.

7 (Ventana-emergente - Popup)

Miror, miraris, mirari: maravillarse de, admirar, estimar mucho, contemplar.

8 (Ventana-emergente - Popup)

Ousía: Sustancia. Término utilizado por Platón con otros sentidos (en tanto sustantivación del verbo ser) adquiere con Aristóteles un uso específico. Discriminar puntualmente su empleo requeriría un desarrollo amplio y complejo, pero podemos ubicar la cuestión, tentativamente, como sigue: La sustancia es considerada, inicialmente, por Aristóteles, como el sujeto de inherencia de los accidentes, que recibe alternativamente atributos contrarios, pero que él mismo no tiene contrario. La sustancia es el ser singular que existe en concreto; el Universal es una noción abstracta que sólo puede ser asilada por el pensamiento, por lo tanto, en ningún caso lo Universal puede ser sustancia (Metafísica). La fórmula siguiente, en el pensamiento aristotélico, ubicará a la sustancia como sustancia sensible, compuesta de materia y forma, siendo la forma el constituyente principal de la sustancia. Toma ahora el sentido de quididad o esencia.

9 (Ventana-emergente - Popup)

Signo, signas, signare, signavi, signatum, verbo: señalar, marcar, imprimir, grabar; estampar, grabar, acuñar.

10 (Ventana-emergente - Popup)

Hypokeimenon: Sujeto. Para delimitar las implicancias del término sujeto en Aristóteles, debemos referirnos brevemente a "el ser" y su conceptualización particular que trata de evitar las dificultades suscitadas por ese término de Parménides en más. Es así que Aristóteles va a enunciar: "El ser se dice en varios sentidos". (Metafísica) Diferenciará, entonces, al verbo ser en cuanto expresa la realidad o existencia cuando indica atribución (predicación). Luego distingue dos formas de predicación, por esencia (género) y por accidente; la primera afirma de un sujeto que es esto o aquello y la segunda que es de tal o cual modo (ej.: blanco o negro). El predica así mismo, sin un sujeto a quien se apliquen y en quien residan ("Categorías")

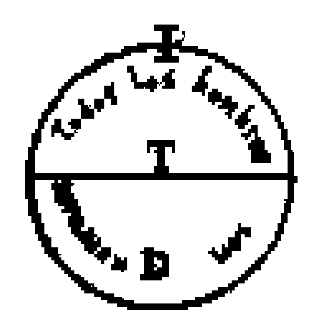
11 (Ventana-emergente - Popup)

Referencia: "Psicopatología de la vida cotidiana", capítulo 3, adición de 1920, ejemplo de T. Reik, aparecido en "Uber kollektibes vergessen". Int. 2. Psychoanal. Nro. 6

12 (Ventana-emergente - Popup)

"Proposition productive": proposiciónproductiva,conforme el original.

13 (Ventana-emergente - Popup)



14 (Ventana-emergente - Popup)

Onoma: nombre, nombre sustantivo o adjetivo, por oposición a rema, verbo.

15 (Ventana-emergente - Popup)

Lexis: Frase, oración. Terminología semiótica de los estoicos. Lenguaje. Todo el vocabulario de un lenguaje.

16 (Ventana-emergente - Popup)

Idion: propio, particular.

17 (Ventana-emergente - Popup)

Soi-disant: adjetivo invariable. Que pretende ser, que no es reconocido por tal. (Los así llamados filósofos). Locución adverbial: a lo que se pretende, pretendidamente

18 (Ventana-emergente - Popup)

Atopía: insituable, no susceptible de calificación. Literalmente, sin lugar, de atopos.

19 (Ventana-emergente - Popup)

Exposición de Yves Duroux: "Psicoanálisis y lógica" . Reseña de dicha intervención en "Significante y sutura en psicoanálisis" Varios-SXXI.

20 (Ventana-emergente - Popup)

Ref: obra "Sartor Resartus", de Thomas Carlyle (nac. en Ecclefechan Escocia, el 4/12/1797, muerto en Chelsea, el 4/2/1881. Esta obra aparece por primera vez en el año 1833/4. El "Frazer's Magazine" lo edita en folletines periódicos incluidos en sus ediciones.

21 (Ventana-emergente - Popup)

Buridan, Jean. Doctor escolástico del siglo XIV, nacido en Béthune, hacia 1300 y muerto alrededor de 1358. Rector de la Universidad de París hacia 1327. Se le atribuye el argumento llamado "Del asno de Buridan", que ilustra la situación de un hombre que duda al ser solicitado desde dos lugares. ¿Por qué comenzaría un asno igualmente apremiado por el hambre y la sed que se encontraría a igual distancia de un balde de agua y de un montón de avena Es el problema de la libertad indiferenciada.

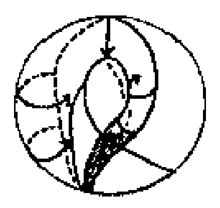
22 (Ventana-emergente - Popup)

Filoctetes: Uno de los jefes griegos del sitio de Troya a quien Heracles lega sus flechas envenenadas. Yendo a Troya es mordido por una serpiente y su herida produce tal hedor que se lo abandona en la isla de Lemnos. Permanece allí diez años. Ulises y Diómedes lo rescatarán al anunciar un oráculo que Troya no será vencida más que con las flechas de Heracles. La historia de Filoctetes ha inspirado a Sófocles una de sus tragedias.

23 (Ventana-emergente - Popup)

Exposición de Jacques A. Miller. Reseña publicada en "Significante y sutura en psicoanálisis". Varios. S.XXI.

24 (Ventana-emergente - Popup)



Castración	R	S	I
Frustración	S	I	R
Privación	I	R	S

25 (Ventana-emergente - Popup)

Chopine: antigua medida equivalente aproximadamente a medio litro.

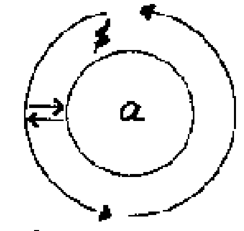
26 (Ventana-emergente - Popup)

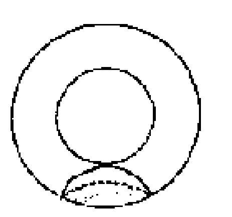
Lexis: Frase, oración. Terminología semiótica de los estoicos. Lenguaje. Todo el vocabulario de un lenguaje.

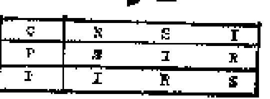
27 (Ventana-emergente - Popup)

Se ha elegido respetar la traducción literal, lo cual contempla la no omisión de las partículas negativas.

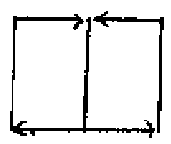
28 (Ventana-emergente - Popup)







C	R	S	I
P	S	I	R
I	I	R	S



29 (Ventana-emergente - Popup)

Heráclito, Fragmento 93.D.K. (22B23) Plutarco, De Pyth. Or 21,404 d-e: "El señor, cuyo oráculo está en Delfos, no dice ni oculta, sino indica que por medio de signos (semaine)

30 (Ventana-emergente - Popup)

Lekton: , enunciado para los estoicos.

Lektikos: , capaz de hablar, relativo al arte del decir.

Lektikos: ,usando con habilidad las palabras, en el sentido de, con la significación de.

31 (Ventana-emergente - Popup)

Signo, signas, signare, signavi, signatum, verbo: señalar, marcar, imprimir, grabar; estampar, grabar, acuñar.

32 (Ventana-emergente - Popup)

Lexis: Frase, oración. Terminología semiótica de los estoicos. Lenguaje. Todo el vocabulario de un lenguaje.

33 (Ventana-emergente - Popup)

Skléros: , duro.

34 (Ventana-emergente - Popup)

Nom: del latín, nomen-nominis. Palabra que en francés sirve para designar persona, animal o cosa. Nombre que los cristianos reciben en el momento del bautismo.

35 (Ventana-emergente - Popup)

Se alude a la homofonía existente entre signe(signo) y cygne(ciane)

36 (Ventana-emergente - Popup)

Lapalissade: afirmación, reflexión de una evidencia necia, como las de la canción del señor de La Palice. Jacques de Chabannes, señor de La Palice fue un gentilhombre francés nacido hacia 1470 y muerto en la batalla de Pavia en 1525. Sus soldados compusieron en su honor, una canción donde se encontraban los siguientes versos: "Un cuarto de hora antes de su muerte, él aún estaba vivo..." lo que quería decir que, hasta su última hora, La Palice se había batido bravíamente; pero poco a poco, el sentido de esos dos versos se perdió y no se retuvo más su ingenuidad. De donde la expresión "una verdad a La Palice" sirve para designar una verdad evidente que salta a los ojos de todos.

37 (Ventana-emergente - Popup)

Se refiere a uno de los acápites de la obra ya citada "De vulgari elocuentia".

38 (Ventana-emergente - Popup)

Leitas; sic en el original. Vocablo inexistente.

39 (Ventana-emergente - Popup)

Del vocablo latino rex-rei: cosa, del cual deriva la palabra francesa rien, nada.)

C.f "La instancia de la letra en el inconsciente",

(J. Lacan, 1957).

40 (Ventana-emergente - Popup)

El autor hace referencia a la traducción directa del vocablo "Oedipus" del griego que indica "El de los pìes hinchados"

41 (Ventana-emergente - Popup)

Tó kanon: la regla

Tó kanonisma la regla gramatical
Tó kanonismatos idem
Tó kanonikon la lógica

42 (Ventana-emergente - Popup)

Akmé punto culminante

43 (Ventana-emergente - Popup)

Dactyle, dáctilo. Del griegot: daktulos, dedo

44 (Ventana-emergente - Popup)

Se llama así al pie formado por una sílaba larga y dos breves en los versos griegos y latinos. Spondée, espondéo. Del griego: spondeion. Pie compuesto de dos sílabas largas.

45 (Ventana-emergente - Popup)

Debe tratarse indudablemente de Aristóteles, cuyas obras referidas al tema aludido son las siguientes: "Historia de los animales" (historia en el sentido de recolección de hechos); "De las partes de los animales"; "Del movimiento de los animales"; "De la marcha de los animales"; "De la generación de los animales".

46 (Ventana-emergente - Popup)

Sexus-sexus, palabra latina que designa el sexo.

47 (Ventana-emergente - Popup)

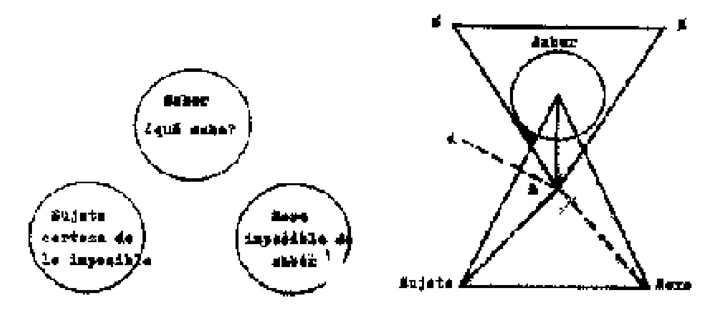
Seco-as-are-avi-atum. Verbo latino que implica: cortar, endir, dividir, partir, hacer piezas; operar, amputar; hacer mal; herir, lastimar; atravesar, recorrer, cortar, hender nadando, volando; criticar, dividir, distribuir, dirimir; dirigirse, encaminarse a.

48 (Ventana-emergente - Popup)

Chiennerie: palabra francesa que designa el conjunto de perros. En argot, lepra o leprosario. Deriva del verbo chienner que designa la cópula en relación a los perros chiens y también el acto de parir

la perra.

49 (Ventana-emergente - Popup)



50 (Ventana-emergente - Popup)

Aléthia: la verdad.

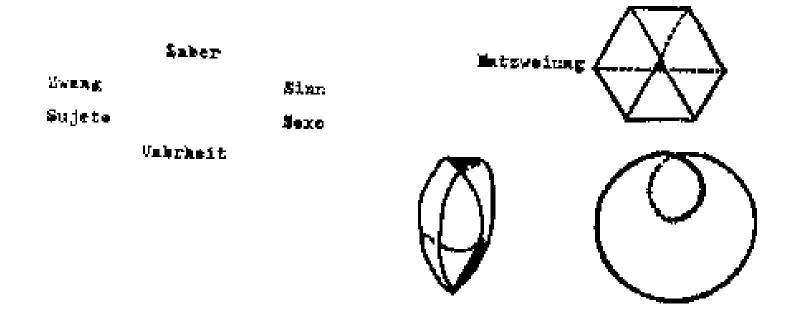
51 (Ventana-emergente - Popup)

Mégantropos: la palabra sería un compuesto de Mega: el más grande y Antropos: hombre

52 (Ventana-emergente - Popup)

Aidos: pudor

53 (Ventana-emergente - Popup)



54 (Ventana-emergente - Popup)

Exposición de J.C.Miller intitulada: "La cuestión del significante". Reseña de la misma en "Significante y sutura en Psicoanálisis" Varios S XXI.

55 (Ventana-emergente - Popup)

Culmen, culminis, palabra latina que designa altura, cumbre, cima, tejado, techo; edificio y templo.

56 (Ventana-emergente - Popup)

Simplicio de Sicilia (simplicio) S VI. D.C. Neoplatónico, comentariata de Aristóteles, Escribió: "In Aristotelis Physikca" Comm.; "In Aristotelis caelo" Comm; "In Aristotelis categorías", Comm.

57 (Ventana-emergente - Popup)

Cerigo o citeres: Nombre antiguo de la isla de Cerigo donde había un templo consagrado a Afrodita, porque allí cerca se ubicaba el lugar de nacimiento de la diosa.

58 (Ventana-emergente - Popup)

Saber
Zwang
Sinn
Sujeto
Sexo
Wahrheit
ENTZWEIUNG